Julián Más de Ayala

MISIONES



ALFA S. A.

1950

JULIAN MAS DE AYALA

MISIONES

ALFA S. A. - La Paz 1700
Montevideo

"Id, y preguntad de Canelones a Tacuarembó, quién es
"el mejor jinete de la República, quién es el mejor baqueano,
"quién es el más sangre fría en la pelea, quién es el mejor
"amigo de los paisanos, quién el más generoso de todos, quién
"en fin, el mejor patriota, y os responderán todos: El General
"Rivera, su reputación nacional que sirve de fábula a los niños
" y de historia a los viejos, no podía ser adquerida sino con una
" larga serie de servicios que estuviesen en armonía con el pen-
" samiento de la campaña, de su partido, su patria, su familia,
" su casa......"

Manuel Herrera y Obes

CAPITULO I

RIVALIDADES DE LOS JEFES ORIENTALES — SUS CAUSAS Y EFECTOS INMEDIATOS — ALEJAMIENTO DEL GENERAL RIVERA DEL EJERCITO PROVINCIAL — DESINTELIGENCIA ENTRE LOS GENERALES MARTIN RODRIGUEZ Y LAVALLEJA — OPERACIONES CONTRA BENTOS MANUEL RIBEIRO — REMOCION DE LAVALLEJA COMO GOBERNADOR DE LA PROVINCIA ORIENTAL.

Muchas y de diferente orden fueron las causas del divorcio material y moral entre las dos principales figuras del movimiento emancipador de 1825.

Ya, desde mucho antes, existían dos partidos políticos perfectamente definidos: la ciudad y el campo, que si bien se unen, por que la unión es necesaria al iniciarse las operaciones militares, pronto chocan nuevamente al consolidarse en parte la situación con los triunfos de Rincón y Sarandí.

Es uno de estos partidos, el menos numeroso, pero en el que militan figuras de prestigio en las dos ciudades del Plata, el que rompe las hostilidades haciendo revivir viejos recelos y antiguos rencores que encienden y avivan la llama del odio contra una de las figuras más puras de la revolución americana, empañando así el espíritu que animó a tan grande momiento libertario.

Los dos partidos se agitan desde el período artiguista y los dos tienen idéntica orientación: la libertad de la patria. A uno pertenecen los integrantes del movimiento emancipador del año 1822-23, los Caballeros Orientales de la logia masónica montevideana, filial de la gran logia bonaerense, que fueron apoyados en su anhelo, aparentemente, por el general Alvaro da Costa, jefe de las fuerzas portuguesas que ocupaban Montevideo. Este partido estaba integrado exclusivamente por elementos capitalinos cuyo prestigio estaba limitado al reducido recinto de Montevideo, siendo apoyados en la campaña, por Lavalleja, donde aislado y sin el concurso de las masas campesinas, se ve obligado a emigrar a Santa Fé.

El otro partido es poderoso y responde en forma unánime al general Rivera. Está integrado por la totalidad de los hombres de campo, donde el caudillo goza de ilimitado prestigio. Es la gran masa de la población del país, que en aquel momento no acompaña a los Caballeros Orientales por razones muy poderosas, permaneciendo con el general Lecor, simulando una lealtad que nunca ha sentido y considera a dicho movimiento inoportuno y suicida ,ya que está huérfano de un apoyo exterior imprescindible. Para éllos no ha llegado el momento de pronunciarse.

Alvaro da Costa procede en nombre de Portugal con es-

casas fuerzas, y Portugal está muy distante de apoyar a los orientales sinceramente, desde que no es capaz de conservar al Brasil para si. En cambio, el Brasil es vecino y tiene poderosas fuerzas de ocupación y otras no menos numerosas que se agitan en los estados fronterizos.

Por otra parte, Buenos Aires se desentiende en forma radical de este asunto. Mansilla, Gobernador de Entre Ríos, paraliza las gestiones de los orientales deteniéndolos y secuestrándoles documentos, que el intrigante Juan Florencio Perea negocia después con Lecor. Corrientes tampoco interviene permaneciendo en un aislamiento temeroso después de haber sufrido años antes las incursiones de las fuerzas de Chagas, Bentos Manuel y otros jefes brasileños.

Solo Santa fé apoya simbólicamente ese movimiento, con el aparato de la creación de un escuadrón que pronto es disuelto.

Rivera ve este cuadro, e inteligentemente renuncia a pronunciarse con los Caballeros Orientales, por que ello significaría el sacrificio total de su pueblo ;aniquilado ya en una larga guerra de diez años donde consumió lo más hermoso y rico de su población. Las heridas están abiertas y aún sangran. Considera con acierto, que no es oportuno exigir a su pueblo tan duro sacrificio y simula lealtad. Además, tiene sus planes que ha estructurado pacientemente y comunicado a Lavalleja y éste movimiento interfiere sus ideas en forma absoluta.

Alvaro da Costa se retira con sus fuerzas para Portugal y esos hombres de Montevideo se expatrian y en su desgracia son egoístas, no quieren y hasta son muchos los que odian a Rivera al que no comprendieron.

Pasan dos años, llega el 19 de Abril del 25 e inmediatamente se realiza la trescendental unión de Monzón; y Rivera si no lo es todo, da al movimiento un impulso nacional de tal magnitud que hace tambalear asombrado al poder brasileño.

Sus oficiales y sus amigos se pronuncian a su influjo en todos los ámbitos del país y establecido en Durazno organiza apresuradamente las fuerzas, vigila y sondea al enemigo, descompone su poder y traza un plan de campaña con Lavalleja, el que mientras recorre los departamentos de Florida, Canelones, Montevideo, San José y Colonia, confía ciegamente en Rivera y en el éxito de su gestión.

Se inicia la lucha, llegan los choques armados, y Rivera se bate en el Partido, en Los Laureles, en El Aguila, en Mercedes y Paysandú, para culminar su acción personal en El Rincón y ser factor decisivo del triunfo de Sarandí, al pulverizar de un solo y violento golpe la derecha del dispositivo brasileño, acción que inclina el triunfo para las armas de la patria.

Rincón y Sarandí electrizan a las poblaciones argentinas que exigen a su Gobierno la intervención a favor de los orientales y así se consigue ese poderoso apoyo.

Después de los triunfos iniciales y de la intervención de la Argentina en la guerra, el panorama político de la Banda Oriental cambia radicalmente y mientras las fuerzas permanecen en una ociosidad incomprensible en sus respectivos estacionamientos departamentales, vuelven a aflorar viejos rencores, dormidos desde 1823. Aquellos hombres que se consideraron defraudados en esa portunidad, creen ya no precisar más de Rivera y abandonándolo, rodean a Lavalleja, al que elevan descollante y triunfal. Lavalleja se deja arrastrar por ese movimiento y su Cuartel General es asiduamente concurrido por los Caballeros Orientales, los que gota a gota vierten corrosiva intriga contra Rivera, mientras insidiosa correspondencia llega desde el otro lado del Plata.

Braulio Costa cree que Rivera debe ser enviado a Buenos Aires como Diputado. ¡Pero si Rivera es un soldado y ha sido el alma del movimiento insurreccional!

Ha sonado la clarinada triunfal de Sarandí y ya sus escasos pero influyentes enemigos lo acosan. Rivera los presiente, pero cree en Lavalleja.

El 30 de octubre de 1825, encontrándose al N. del Rio Negro en observación de las fuerzas enemigas del general Barreto, le escribe a Lavalleja poniéndolo al corriente de las depredaciones cometidas por el capitán Bernabé Albin contra los vecinos del Cordobés y el Cerro Largo y al exigir que se tomen medidas enérgicas al respecto, exclama indignado:

" Amigo y señor: Por eso soy portugués, soy tirano, soy " déspota y soy todo cuanto quieran decir los antiguos puñales " de nuestra patria a las que esas almas viles han abandonado " y perseguido con crueldad; y como les consta que les miro con " indiferencia por sus hechos, gritan al diablo por ponerme, lo " que me llena de satisfacción por que mi país bien me conoce y " ellos todos, todos, todos, son bien conocidos". (Correspondencia Militar. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 30 de octubre de 1825.)

Rivera, con muy bueno e inteligente criterio sostiene que se deben continuar las operaciones militares sobre el vecino Estado de Rio Grande para hacer la guerra en territorio enemigo, explotando los éxitos iniciales y la alta moral de las fuerzas; pero Lavalleja no comparte esa idea y mientras las unidades permanecen ociosas en sus estacionamientos y el jefe viaja por las villas del Sur y Litoral del país, Rivera resignado le escribe:

" Aquí estamos sin pena ni gloria como los niños del lim- " bo, Ud. nada nos dice como le ha ido con el tan visconde." (Correspondencia Militar. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 3 de diciembre de 1825.)

Lavalleja ya no lo entera de sus gestiones políticas ni

le da intervención en las mismas. Se hace el vacío alrededor del caudillo, se le va aislando.

Rivera no comparte la opinión del Jefe Militar de Soriano, D. Miguel Gregorio Planes, que acusa al capitán Felipe Caballero de organizar un plan con el fin de deponerlo de su cargo, pero eleva los antecedentes a Lavalleja el 27 de noviembre, ha ciendo constar en su informe la inconsistencia de la acusación. Pero el capitán Caballero que es un distinguido oficial de Dragones, muy apreciado por Rivera, es sometido a juicio y no resultando los cargos que se le hicieran vuelve al poco tiempo a hacerse cargo de su escuadrón. Caballero pertenece al partido de Rivera y es de los oficiales que ha tenido una singular y relevante actuación en todos los combates.

Planes había sido designado Juez de Instrucción en la causa que se le seguía al coronel D. Andrés Latorre por no cumplir éste la orden de montar un falso ataque sobre Mercedes, de acuerdo a las órdenes que al efecto se le dieron, cuando Rivera incursionó sobre el Rincón de las Gallinas. Falta gravísima, que en cualquier época y lugar es suficiente para castigar severa mente a un oficial. Sin embargo el veterano y valiente Latorre, quizás por estas razones, merece la consideración y el decidido apoyo de Lavalleja y la causa será olvidada.

Rivera reclama, como jefe accidental del ejército, que Planes devuelva el sumario correspondiente y éste contesta desde Dolores:
" Que lo dejo, según cree, en Mercedes junto con otros papeles". (Correspondencia Militar. — Nota del general Rivera al general Lavalleja, del 5 de diciembre de 1825.)

Por lo que Rivera al tiempo que vuelve a ordenar a Planes la pronta remisión del sumario ordenado instruir por el propio Lavalleja, eleva a éste el 5 de diciembre, estos antecedentes. Mientras tanto Latorre, está seguro de que no se insistirá más en este enojoso asunto; y más aún, será designado comandante del Regimiento de Dragones.

El 6 de diciembre, Rivera desde el Durazno escribe a Lavalleja que se encuentra en Canelones desde el 22 del anterior mes:

" Yo no sé por que Ud. desde que salió de ésta, hasta aho- " ra no me ha escrito una sola letra, yo no sé a que atribuír este " silencio y espero en adelante envíe a su compadre y amigo con " sus cartas, que éllas si no dejan de ser precisas en razón de " que todos los días vienen a mi a preguntarme que si he sabi- " do algo del general; yo digo que sí, por que si dijese que nada " sabía, desde que se había ido, sería extraño a los que nada se " les escapa". (Correspondencia Militar. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 6 de diciembre de 1825.)

El 7 de diciembre, Ignacio Oribe ha sido sorprendido en Melo por fuerzas enemigas numerosas a órdenes de Bonifacio

Isas y Bentos Gonzalvez, al mismo tiempo que otros contingentes enemigos se presentan en la línea del Arapey—Santa Ana, haciendo replegar las avanzadas del coronel Laguna hacia Paysandú y las del capitán Benavides a Tacuarembó.

Por suerte, las fuerzas enemigas que han logrado rehacerse en territorio brasilero por pasividad del comando oriental, sólo ejercen una acción de alcance limitado.

Rivera que comanda el ejército por ausencia de Lavalleja, ordena las medidas pertinentes para oponerse a lo que parece una vuelta ofensiva, y al tiempo que comunica a Lavalleja esta novedad, ordena la concentración sobre el Durazno de las unidades de Planes, Manuel Oribe y Leonardo Olivera, destacadas en los departamentos, mientras Laguna en el N. e Ignacio Oribe, que ha logrado rehacerse en el Fraile Muerto, hacen la cubertura.

Lavalleja dispone desde el Manga dejar sin efecto la orden de Rivera, por lo que éste le escribe desde el N. del Yi:

" Ahora son las 3 de la tarde y he tenido el gusto de re-
" cibir las comunicaciones de V. E. del 19, en que me incluye
" copia de las órdenes pasadas a los jefes de los departamentos,
" en virtud de los partes recibidos de nuestras avanzadas".

La situación ya se ha aclarado, pero es recién después de doce días, en que las avanzadas han comunicado que el enemigo se ha detenido y se dedica solo a efectuar vaquerías.

Continúa Rivera:

" Yo estoy conforme con V.E. en que la nueva invasión de los
" enemigos tenga por objeto principal el llevarse las haciendas;
" pero sin embargo de estos no pequeños males, — Como he-
" mos de dudar de que éllos están en actitud de otras incursio-
" nes, cuando cuentan con recursos y elementos para verificar-
" los? La precaución es buena, y lo único que me llena de satis-
" facción, es que V.E. estará muy pronto por estos destinos,
" donde no padezcan tanta morocidad nuestras relaciones y las
" providencias tengas más actividad si el caso lo requiere".

(Correspondencia Militar. — Comunicación del general Rivera al general Lavalleja, del 31 de diciembre de 1825.)

Rivera como se ha visto y por las razones conocidas, ha quedado con el mando de las fuerzas y la medida que ha tomado fué perfectamente lógica, sin discusión de ninguna clase. La aparición del enemigo en un extenso frente, obteniendo un éxito parcial contra Ignacio Oribe, exige la pronta reunión de todas las fuerzas; máxime no conociéndose su verdadera intención y poderío.

Rivera desea sinceramente la presencia de Lavalleja que ha prometido volver al Durazno, por que es mucha su responsabilidad con facultades tan restringidas.

En otras oportunidades, ante la simple sugestión de Rivera de reunir las fuerzas, Lavalleja se había apresurado a eje-

cutarlo; ya cuando Bentos Manuel marcha de Mercedes a Montevideo o antes de la acción de Sarandí, donde Rivera se lo repite diariamente.

El caudillo comprende su situación. La noche anterior en el campamento al N. del Yi, frente al Durazno y según anotó en su diario el ayudante Brito del Pino, Rivera discurre:
"sobre los hombres que lo atacan injustamente ya por poca
" ilustración, ya por malicia o ingratitud; ya no recuerdan que
" el quedó combatiendo con 300 hombres en la Provincia, y que
" éllos por patriotas, sin duda, lo abandonaron y se fueron a
" diferentes partes. ¿Qué hubiera sido de la Provincia, si él en
" último caso no hubiera sabido sacar ventajas de esa cruel
" situación, haciendoles creer, que seguía sus ideas para estar
" así en actitud de evitar la devastación del país, y la perse-
"cución y ruina de sus habitantes?"

Es cierto, ¡Cuántos abandonaron la lucha! ¡Cuántos se fueron a otros países despreocupados de los terribles males que afligían a la patria y a sus habitantes, de los que Rivera se constituyó en tutelar garantía!

Continúa Brito del Pino:
"También hablo de los tiempos desastrozos de Artigas, Otor-
"gúes, etc. y todo cuanto hizo para separar al primero de una
" conducta que envilecía a la Provincia, colocándolos en un pun-
" to de vista tan desfavorable y ostentándose él como un tira-
" no y no como un protector. Enseguida contó su separación de
"él; pues no quería hacer la guerra a los particulares ni a sus
" haciendas y solo a los enemigos generales como los brasileros".

Más de uno ha explotado injustamente esta conducta de Rivera, él que era por sobre todas las cosas un soldado inteligente y como tal consideró en aquellas difíciles circunstancias que sólo existía un enemigo a combatir con todos los medios: las fuerzas portuguesas, disciplinadas y aguerridas, que en número de 14.000 hombres de todas las armas se internaban por nuestras fronteras y contra las que los recursos provinciales eran insuficientes.

Debió ser una guerra internacional y no de un Estado contra una provincia y en consecuencia la Nación debía ponerse en pié para contrarrestar al poderoso enemigo. Criterio éste que no sustentó Aritgas, él que por mantener la Liga Federal se embarca en una guerra desastroza sobre dos frentes; contra los ejércitos portugueses y contra el poder de la provincia de Buenos Aires, decretando así su irremediable y desastrosa derrota.

Con el Gobierno de Buenos Aires tenía pendiente Artigas un problema de familia que podía muy bien aplazarse, ya que la idea de Federación había hecho carne y surgía triunfal en casi todas las provincias argentinas.

Más, al iniciarse la invación portuguesa, el Delegado Ba-

rreiro gestiona por orden del propio Artigas y concluye un Tratado de ayuda con Buenos Aires. Tratado que significaba poner a la Nación Argentina frente a las pretensiones portuguesas. Pero Artigas rechaza lo realizado por Barreiro, y las provincias que le responden marchan a tambor batiente contra Buenos Aires, para volverse contra él inmediatamente.

Rivera ve claro el problema y considera angustiado la conducta del Precursor como suicida e impolítica, conducta que significaba una desigual y desastrosa lucha , que asimismo dura cerca de cuatro años, siendo el caudillo el último en envainar la espada y lo hace dignamente, después de batirse con éxito en la Laguna del Sauce, Casavalle, Paso de Cuello, Pintado, Dayman, Rabon y otras acciones de significación.

Además Rivera fué el mejor discípulo de Artigas, el más distinguido y el que conservará bien alto sus principios e ideas de libertad y democracia.

Esa misma noche del 21 de diciembre ha mirado hacia el Norte y dejado escapar un prisionero, que apresuradamente se escurre perdiéndose en las sombras. Lleva cartas para Barreto y Bonifacio Isas insinuándoles por última vez un movimiento insurreccional en Rio Grande. (Diario del ayudante Brito del Pino.)

Rivera es como se ha dicho, segundo jefe de las fuerzas patriotas y las comanda en jefe en aquellas circunstancias en que Lavalleja se aleja del Durazno por razones de orden administrativo o político de su competencia; pero al primero le ha salido un émulo que pretende y reclama la administración de las fuerzas. Es el Jefe interino del Estado Mayor General, teniente coronel D. Pablo Zufriategui, que ha planteado en ese sentido enojosas incidencias, que Rivera resuelve por notas del 28 de octubre y 30 de diciembre de 1825, señalándole a Zufriategui el lugar que lógicamente le corresponde. (Correspondencia Militar. — Comunicación del genarl Rivera al teniente coronel Pablo Zufriategui, del 28 de octubre y 30 de diciembre de 1825.)

Aún encontrándose Lavalleja en el Cuartel General, tenía Zufriategui dependencia directa de Rivera; pero estos incidentes han sido elentados, unica razón de la insistencia de Pablo Zufriategui, el que como Caballero Oriental está juramentado y no transije con el caudillo por el que siente una decidida y contraria inclinación que no apagara el tiempo.

Lavalleja ha hecho cesar de su cargo al Comandante Militar de San José, coronel D. Juan José Quesada, amigo de Rivera, sustituyéndolo con Durán, conspícuo miembro de los caballeros Orientales.

El 4 de enero de 1826, escribe Rivera al coronel Laguna, Comandante Militar de Paysandú, oponiéndose a que fusile sin previo juicio a tres personas que aquel asegura lo merecen por

considerarlos unos foragidos. Rivera le expresa preocupado, que no haga tal cosa, que solo la ley debe condenarlos; deteniendo así la aplicación de sanciones tan radicalmente severas sin un juicio que lo justifique y ordene.

Lavalleja ha llegado el 20 de enero al Durazno y las relaciones con Rivera son muy frías por las causas apuntadas y la influencia que en el ánimo de Lavalleja han ejercido personas interesadas en quebrar una larga amistad, un compañerismo cultivado y cimentado en los campos de batalla durante largo tiempo. Es la acción calculada, medida y bien dirijida de un pequeño grupo que con tesón y constancia han trabajado el sencillo pero vanidoso espíritu de Lavalleja.

Rivera observa y comprende, ve bien clara su situación y en consecuencia se decide a tomar una patriótica resolución para no entorpecer la acción del mando, del jefe amigo. Escribe mucho para organizar su futuro en otro ambiente, desde donde pueda participar en la lucha, que piensa será larga y difícil, por que nadies como él conoce el poderío del Brasil y el valor de sus jefes y oficiales.

Ha escrito desde la tarde del 21 hasta las 9 de la mañana del 22, y entre esas cartas hay algunas dirigidas al general Martin Rodríguez y al Gobernador de Entre Ríos D. Leon Solas. Sigue escribiendo el 23 y deja de hacerlo para recibir a su esposa que llega apresuradamente de su estancia del Arroyo de la Virgen para compartir las inquietudes del caudillo. A ella no le oculta ninguna de sus preocupaciones, aún en circunstancias trágicas y será la más leal y consecuente colaboradora, desenvolviendo su pensamiento y acción con un calor admirable.

En la noche del 25 de enero la frialdad y tirantéz existente entre los generales hace crisis. Rivera ha tenido un disgusto con Lavalleja, así lo consigna Brito del Pino, pero no establece las causas, que no deben ser otras que las que se han expuesto. La situación de Latorre, la separación de Quesada, el arresto de Caballero, la pertinacia de Zufriategui, la indisciplina de Planes y por sobre todo, el clima hostil creado por los Caballeros Orientales en su rencorosa conducta contra Rivera. Es la acción de la logia que ve triunfar así su aspiración, y Lavalleja hasta cierto punto complacido deja sacrificar a su mejor compañero y amigo, el alma de la triunfal revolución. ¡Los Caballeros Orientales han vencido!

Pero Lavalleja estima aún a Rivera que ha resuelto firmemente abandonar su posición en las fuerzas provinciales, y en la mañana del 27 se despide de sus inmediatos colaboradores para dirigirse al Ejército Nacional establecido en el Salto. Lavalleja ha llegado hasta el campo del caudillo para despedirse de su compadre, con el que chancea, por que se "marcha a lo charrúa", con todo el sol, en ese día caliginoso del 27 de enero de 1826. Así se separan esos dos hombres y mientras Lavalleja

queda en el Durazno, Rivera va rumbo al Norte.

Pasarán muchos años antes de que vuelvan a encontrarse nuevamente, pero también transcurrirán trascendentales acontecimientos.

Rivera se ha ido y si la despedida no ha sido afectuosa, ha sido cordial.

¡Aleluya! Dirán los Caballeros Orientales. ¡Aleluya! Repetirá ese apretado círculo de egoístas e intransigentes enemigos. Han deshecho al binomio que tantas glorias dió a la patria. Lavalleja sólo, no repetirá jamás las hazañas de su primera época.

Esa misma noche en que Rivera se ha ido, Lavalleja da posesión del comando del Regimiento de Dragones de la Unión, al coronel Latorre. La unidad que creara Rivera y que comandase por tantos años; prolongación de la segunda división de infantería artiguista, restos gloriosos de la retirada del Rabón y de la epopéyica resistencia a la ocupación portuguesa. Allí esta su nuevo jefe, Latorre, al que sus subordinados no ven con satisfacción.

ooOOOoo

Lavalleja se dirige a Colonia en los primeros días de febrero, escoltado por los regimentos de Húsares y Dragones, hasta el Paso de la Cordobesa del Maciel, desde donde estos regresan al Durazno.

Doña Bernardina Fragoso de Rivera que se encontraba con su esposo en el Durazno, ha retornado a su estancia del Arroyo de la Virgen, desde donde se vuelve rápidamente para llegar junto a su esposo enfermo en el Hervidero, mientras Bernabé Rivera marcha con su escuadrón de Dragones, el 4 de marzo, para incorporarse al Ejército Nacional donde lo sorprenderán graves acontecimientos.

oooOOooo

Lavalleja ha escrito a sus amigos de la Comisión Oriental en Buenos Aires, exponiéndoles su desinteligencia con el Demonio de Rivera, y aquellos contestan por intermedio de D. Pedro Trapani, con sanas y patrioticas reflecciones. Pero ya es tarde y en vano dirán:

" Uno de éstos le encarga a Ud. mucho, conserve la bue-
" na inteligencia que por parte de Ud. ha habido con Fructuoso
" Rivera; yo se bien todo lo que Ud. puede decirme a este res-
" pecto pero Ud. no sabe tal vez todo lo que hay. Aunque bien
" puede calcularlo después del pasaje que Ud. me comunica en
" su carta del 18 con ese Demonio: Unión y pulso le recomien-
" dan repito sus amigos". (Archivo Lavalleja. — Carta de Pedro Trapani al general Lavallleja, del 23 de marzo de 1826, desde Buenos Aires.)

¡Ya es tarde! y por otra parte Lavalleja no ha dicho la verdad a sus amigos, los que a pesar de ésto saben adivinar muy bien la verdadera situación. ¡Unión y Pulso! Le recomiendan inutilmente, al que pareciera estorbar la presencia, influjo y prestigio del caudillo y en realidad estorba a las desmedidas aspiraciones de ese pequeño núcleo que rodea, cultiva y explota la creciente vanidad de Lavalleja.

¡Unión y Pulso! Pero los dados ya han sido tirados.

oooOOOooo

El 20 de marzo a la oración y respondiendo a órdenes del general Martin Rodríguez, sale Rivera hacia el N. desde San José del Uruguay, para observar a una fuerza enemiga que opera entre los ríos Cuareim y Arapey. Lo acompaña el 4º escuadrón del regimiento de caballería Nº 1, de Brandzen; pero el 5 de mayo es reforzado con la totalidad del regimiento; el 8 lo alcanza el coronel José María Paz, con dos escuadrones del regimiento de caballería Nº 2; y el día 10 se le incorpora el escuadrón de la guardia y tres piezas de artillería. El jefe enemigo, Benito Manuel Riveiro, ha sido señalado en las inmediataciones del Cuareim y hacia allí marcha Rivera, donde bate a la retaguardia enemiga que se repliega rápidamente, después de perder varios hombres, entre muertos y heridos, encontrándose entre los primeros el jefe del destacamento de seguridad enemigo. Raña que marcha en la descubierta, se ha distinguido en esas acciones, al frente de las milicias de Paysandú.

Rivera, como siempre, es extremadamente celoso de que sus fuerzas no cometan ningún acto que pueda afectar a los habitantes de esas regiones. Protege a los vecinos, cualquiera sea su nacionalidad y abona al contado lo que necesita para el mantenimiento del personal. Se atrae el afecto y la simpatía de los pobladores, que un día lo verán pasar en circunstancias bien difíciles en procura de Misiones.

Bentos Manuel se ha replegado profundamente y Rivera no regresa. Recorre y observa la región y es allí que afirma en su mente la posibilidad de ocupar Misiones, ampliando operaciones contra el Ejército Imperial y en coordinación con el Ejército Republicano.

El 25 de mayo se le ordena el regreso, que recién efectúa a mediados de junio, trayendo 1.500 caballos para el ejército.

oooOOooo

Martín Rodríguez detenta los cargos de General en Jefe del Ejército de Operaciones y Capitán General de las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Misiones Occidentales y Banda Oriental. Tiene sobre si las graves preocupaciones y responsabilidad de las operaciones militares; operaciones que piensa ini-

ciar de inmediato contra las fuerzas enemigas que se organizan en el vecino Estado de Rio Grande del Sur. Por lo tanto gobierna las fuerzas que ha puesto a sus órdenes el Gobierno Central y las provinciales de la Banda Oriental y en consecuencia, envía a su Jefe de Estado Mayor, general D. Benito Martínez, a conferenciar con Lavalleja en el Durazno, a donde llega el 16 de marzo; pero no encontrándolo allí, se dirige a la Colonia, donde recién puede trasmitir al jefe oriental las instrucciones que recibiera del General en Jefe.

El 3 de abril, escribe Rodríguez a Lavalleja:

"He recibido su apreciable del 29 del ppd. marzo, por élla "contemplo a Ud. ya en marcha con los cuerpos veteranos y las " milicias disponibles, como en ella me lo anuncia; pero ésto no "debe privar a Ud. el que inmediatamente me remita a este "Cuartel General los Dragones y 300 milicianos que en mi no- "ta oficial le prevengo al ejecutivo servicio que le indico y de- "mandan las circunstancias del día, sin perjucio de la conti- "nuación de sus marchas con el remanente de la tropa hacia "el Durazno desde donde dándome Ud. inmediatamente "aviso delibareré lo conveniente. Es preciso que Ud. se conven- "za que la guerra de recursos que deben hacer las fuerzas de "Montevideo y Colonia, lo mismo han de aventajar con 400 que "con 100 hombres por ello es que debe Ud. dejar lo que oficial- "mente le prevengo". (Archivo Lavalleja. — Nota del general Rodríguez al general Lavalleja, del 3 de abril de 1826.)

Rodríguez ha ordenado y Lavalleja parece estar de acuerdo, perfectamente de acuerdo el 29 de marzo, en reunir sus fuerzas en el Durazno y remitir al Cuartel General el Regimiento de Dragones y 300 milicianos. En lo que no está de acuerdo y es justificable y lógico, es en que las fuerzas que sitian Montevideo y Colonia sean disminuídas en la proporción que se le exige; por que no es una guerra de recursos la que se realiza contra esas plazas, como sostiene Rodríguez, sino una vigilancia activa contra fuerzas numerosas y disciplinadas, que guarnecen a las dos ciudades, y que si se procediese con el criterio de Rodríguez, pueden saliendo, controlar sin oposición el Sur y litoral del país, región esta última, por donde se efetuan las comunicaciones con Buenos Aires.

El 24 de abril ha regresado al Cuartel General, el Jefe del Estado Mayor. Vuelve de conferenciar con Lavalleja, el que también se hace presente el 28, retirándose el 30 de madrugada para Paysandú, al parecer disgustado con su jefe, el que el 27 le había escrito:

"Supe que se ponía en marcha para este destino y lo he " estado esperando ansiosamente, pero por su tardanza ya se "vuelve el capitán Bernardo González que mandó Ud. en com- "pañía de aquel. (Del general Benito Martínez.)

" Yo siento mucho que no se tome la molestia de venir,

"pues tenemos algunas cosas que arreglar..." (Archivo Lavalleja. — Carta del general Rodríguez al general Lavalleja, del 27 de abril de 1826.)

Hace cuatro meses que el Ejército de Operaciones pisa territorio Oriental y las relaciones entre Lavalleja y Rodríguez, fueron normalmente de oficio o epistolares, ya que ésta es la segunda vez que se encuentran, separándose disgustados sin haber resuelto absolutamente nada.

El delegado de Rodríguez, su Jefe de Estado Mayor, ha conferenciado con Lavalleja y por éste es que Rodríguez se entera oficialmente del estado de las fuerzas orientales, ya que anteriormente lo que conocía, era, por la prensa de Buenos Aires o por lo que le pudo haber referido el coronel Laguna y después el general Rivera, que en esos momentos se encuentra bien lejos ocupado con Bentos Manuel Riveiro.

"¡Aquí estamos sin pena ni gloria, como los niños del limbo!" Si tendría razón Rivera cuando expresó irónicamente esa reflección. Mientras tanto, el Ejército Imperial comienza recién a organizarse en Puerto Alegre y Santa Catalina. ¡Que oportunidades se pierden!

Se podría argüir, que dueños los brasileros de la ciudad y puerto de Montevideo, podían por medio de transportes, colocar una cantidad tal de fuerzas sobre un punto del Río de la Plata que obligasen a trasladar a nuestro territorio el centro de gravedad de la lucha. Si, pero si lo pensaron las autoridades brasileras nunca lo realizaron, y ni siquiera se atrevieron a ello por temor al poder marítimo de Buenos Aires cada día más creciente, más poderoso y siempre capaz de hacer fracasar en el Río de la Plata una operación de esa índole.

El hecho es que, Puerto Alegre y Santa Catalina fueron las ciudades que el comando imperial ha elegido para organizar las fuerzas que un año después luchan en Ituzaingó.

Cubrieron hasta entonces las fronteras y territorios brasileros, fuerzas de milicias rápidamente agrupadas, fuerzas irregulares como las patriotas, pero sin la entonada moral de éstas y el excelente cuadro de oficiales veteranos que las comandaban.

Lavalleja perdió tiempo después de Sarandí en 1825 y lo pierde igualmente el general Rodríguez en 1826. Será recien en 1827 que se iniciara la marcha hacia Río Grande.

Lavalleja debió y pudo orientar una fuerza hasta Bagé, y desde allí hacer reconocimientos profundos en todas direcciones, informarse, retroceder o avanzar reforzado, con el fin de hostilizar la organización del enemigo, que había perdido en Paysandú, Mercedes, Rincón y Sarandí, las mejores fuerzas regures riograndenses.



Lavalleja disgustado, plantea al general Rodríguez una

serie de conflictos que se solucionarán recién en los primeros días de julio.

Desde el Durazno, envía apresuradamente a Buenos Aires a su ayudante el teniente coronel D. Atanacio Lapido, con instrucciones reservadas y correspondencia para el Ministro de la Guerra, general D. Carlos María de Alvear.

También marcha al mismo destino el Jefe interino del Estado Mayor de las fuerzas provinciales, teniente Coronel D. Pablo Zufriategui, con casi idéntica misión que Lapido.

Rodríguez ha dado cuenta al Ministro de la marcada resistencia de Lavalleja a cumplir sus órdenes, por lo que éste ha recibido una enérgica carta de Alvear, a la que Lavalleja contesta diciendo:

"Permítame que le sea franco y le diga que la maledi-
" cencia y la intriga o una remarcable equivocación que pade-
" ció el general Rodríguez, fué sin duda lo que dió mérito a la
" comunicación oficial que me dirigió a la que ahora contesto,
" y para probarlo bastará decirle sin extenderme a más, que
" en mi primera entrevista con aquel jefe quedamos convenidos
" en que marcharía el todo de la fuerza a los Queguais para de
" allí marchar a Tacuarembó dejando de este modo guardada
" toda la campaña, después variando este plan me ordena que
" mi marcha con el todo lo haga a su Cuartel General dejando
" sobre Montevideo y Colonia y de consiguiente en abandono
" la provincia entera, en este caso me fué forzoso repetir de
" esta medida, y este paso justo hizo que aquel jefe y sus inme-
" diatos formar opiniones de un modo serio que ofendió mi de-
" licadeza, pero lejos de manifestarlo me apersoné a él, le puse
" de manifiesto su equivocación en el primer convenio. ¿Y cree-
" rá usted; Resulta un escribiente el culpable de todo por que
" oficio señalando el Cuartel General para la reunión, cuando
" la mente del jefe fué para los Queguai. Pero amigo es mucha
" equivocación". (Archivo Lavalleja. — Copia de una carta del general Lavalleja al general Alvear, del 9 de mayo de 1826, desde el Durazno.)

Según consta en la comunicación de Martín Rodríguez de un mes anterior, del 3 de abril, éste ha ordenado a Lavalleja la concentración de las fuerzas orientales en el Durazno y la rápida remisión al Salto, del Regimiento de Dragones y 300 milicianos; es decir, parte de los Dragones y parte de los milicianos, ya que Bernabé Rivera con su escuadrón y Raña con las milicias de Paysandú se encontraban en el Ejército Nacional, en lo que Lavalleja estaba perfectamente de acuerdo. Solo resistía y con perfecta razón, retirar un solo hombre de las fuerzas que vigilaban a Montevideo y Colonia.

Luego, si se le ha ordenado, de acuerdo a lo expresado por Lavalleja, marchar a los Queguay, también estuvieron de

acuerdo, como hemos visto, pero ésto tampoco se realiza.

¿Que pasa entonces? ¿Cree ver Lavalleja la acción de Rivera en todo esto, cuando dice: "aquel jefe y sus inmediatos"? Por que Rivera es el más inmediato a Rodríguez y lo ha sustituido en el mando de las fuerzas, momentánea y accidentalmente. ¿Se refiere a Rivera? Seguro que sí. ¡Pero si Rivera en esos momentos está muy lejos, persiguiendo a Bentos Manuel!

Los Caballeros Orientales, ahondan el abismo y el más apasionado de todos ha ido a Buenos Aires a fulminar al caudillo; es para ellllo que Pablo Zufriategui se encuentra en ese punto.

Lapido escribe a Lavalleja recién el 18 de mayo, después de haber conferenciado por dos veces con Alvear y dice:

" Hasta hoy ninguna resolución he podido recabar del " señor Presidente sobre el asunto principal de mi comisión. " Puse en manos del Ministro de la Guerra las comunicaciones " que conduje, tuve con dicho señor un rato de conferencia y " **se declaró convencido y agradado del pensamiento de V. E.**

" Es constante que ellos están en el plan de nacionalizaciones, y que el poder que ostentan para marchar de frente es " la obediencia de la provincia Oriental y muy particularmente " del Gobernador de ella."

Luego de tratar la lucha política entre la Federación y la Unidad, continúa:

" Cuando mi llegada aquí lo he encontrado en la más viva desconfianza, que no se si habré conseguido disipar, desmintiendo innumerables cuentos en que se fundaban. Creo " también que puedan esperar algunos informes del ejército " donde necesariamente debemos creer que han consultado el " asunto".

y luego:

" **a mi no me queda duda que el general Alvear mandará el " ejército**, pues son muy contestes todos los informes que he " recogido sobre ésto". (Archivo Lavalleja. — Comunicación del Tte. Cnel. Aanatanio Lapido al general Lavalleja, del 18 de mayo de 1826, desde Buenos Aires.)

oooOOooo

Alvear y Rodríguez aparentemente son amigos, pero algún recelo debe existir en el fondo del espíritu del primero, que revive al recordar que Rodríguez fué el segundo de Rondeau, cuando diez años antes, se sublevó el Ejército del Alto Perú, resistiéndose al comando de Alvear, al que buscan después por Córdoba con la intención de detenerlo. Pero los dos en ese momento pertenecen al mismo partido, son unitarios.

Sobre Martín Rodríguez ha escrito el general D. José María Paz en sus memorias, definiéndolo en la forma siguiente:

"El coronel D. Martín Rodríguez, por su antiguedad, " sus antecedentes en la revolución, y más que todo por la muy " principal parte que tuvo en el movimiento de diciembre, que " excluyó al general Alvear, era una categoría, y su influencia " era de mucho peso al ejército.

"Pienso no equivocarme juzgando que aspiraba a ser " algo más que coronel de un regimiento sin que ni quizás su- " piese él mismo, si deseaba el mando en jefe excluyendo de él, " al general Rondeau.

" Manifestaba una inquietud vaga en sus acciones y pa- " labras, no perdía ocasión de censurar, aunque con cierta tem- " planza, al general, y procuraba por todos medios popularizar- " se y adquirir crédito y opinión".

Más adelante agrega:

" El general Rodríguez era un patriota sincero, un hom- " bre leal a la causa de la independencia, era dotado de un ex- " celente corazón, generoso, de maneras insinuantes y de un " trato agradable; **pero sea como militar, sea como administra- " dor, era de limitados conocimientos: ignoraba aún la prácti- " ca de rutina de su profesión,** por que la escuela que tuvo en " los cuerpos urbanos de Buenos Aires no pudo administrarle.

" Creía de muy buena fé que el modo de entusiasmar al " soldado era tener condescencias que relajan la disciplina, y " el modo de premiar a sus subalternos era cerrar los ojos y " tolerar el merodeo".

Con motivo del desastre sufrido el 21 de octubre en la aldea de Venta y Media, donde el general Rodríguez al frente de un regimiento de dragones y un batallón de infantería, va con la intención de sorprender un puesto avanzado enemigo, pero es sorprendido por las fuerzas españolas a órdenes de Olañeta, dice Paz:

" El suceso de Venta y Media fué un golpe de muerte pa- " ra la popularidad y crédito del general Rodríguez, como por el " contrario, lo hubiera aumentado inmensamentet si se hubiera " obtenido la victoria. Es seguro que en este caso hubiera as- " pirado, a cara descubierta, a tomar el mando en jefe del ejér- " cito, pués aún sin eso lo pretendía secretamente, lo que daba " lugar a mil intrigas y a mantener una constante división en- " tre los jefes. El coronel Arenales que nos había traído un " crecido regimiento, se había retirado con pretexto de enfer- " medad, para no mezclarse en las disenciones que amenazaban " al ejército. Otros jefes no menos juiciosos miraban también " con horror todos estos manejos y los contenían hasta cierto " punto con su circunspecto modo de proceder.

" La reputación del genaral Rodríguez sufrió como he di- " cho un golpe terrible y desde entonces todos sus sueños de am- " bición se hicieron imposibles. Lo conoció él, y solicitó dejar " el ejército para volver a su Presidencia de Chuquisaca. El ge-

" neral Rondeau se lo concedió inmediatamente, librándose así
" de un rival molesto".

El general Paz no ha sido algunas veces muy imparcial en los juicios contenidos en sus narraciones históricas, por que habiendo intervenido en los acontecimientos, los critica desde un punto de vista muy personal; de allí que a esta semblanza de Rodríguez haya lógicamente que tomarla con reservas, pero los acontecimientos darán en parte razón a Paz.

Rodríguez, Capitán General de cuatro provincias y coman dante en jefe del ejército, se encuentra en la Banda Oriental, considerada teatro de operaciones, donde procede de acuerdo a instrucciones terminantes del Gobierno argentino, supeditando todo en la provincia al interés y necesidades de la guerra.

Lavalleja, máxima autoridad del pueblo oriental, tiene sus puntos de vista perfectamente lógicos. Defiende la posición militar alcanzada por sus armas, y defiende los arraigados sentimientos e intereses provinciales, como todas las demás provincias argentinas lo han hecho; pero a pesar de esto, Lavalleja debió concentrar sus fuerzas en Durazno y hasta marchar al Queguay como expresase estar de acuerdo. En lo referente a las fuerzas que vigilan al enemigo en Cerro Largo y asedian Montevideo y Colonia, su resistencia es lógica; pero en todo esto, Lavalleja disimula la verdadera finalidad que tan tenazmente persigue.

Rodríguez es un fuerte puntal del partido Unitario, partido político, al que él personalmente ha consolidado en el poder en valerosa y sangrienta lucha en 1820, y los jefes que lo acompañan, como Lavalle, Paz, Martínez, Iriarte, Medina y otros, también son unitarios.

El apasionado Zufriategui escribe a Lavalleja desde Buenos Aires el mismo día en que lo ha hecho Lapido, pero a la inversa de éste, que se expresa serena y juiciosamente, Zufriategui enciende al rojo vivo el enconado rencor del general, cuando dice:

" E n vano es cansarnos, Ud. debe caminar en sus provi-
" dencias con pies de plomo, así en las que reciba del General en
" Jefe; como en las que de Ud. en su provincia, la intención de
" estos está ya bien conocida, éllos tratan de subyugarnos y po-
" nernos la ley, y ellos nos la pondrán si nosotros lo consentimos,
" aquí se han levantado miles de especies contra Ud. y todo, todo,
" salido del Ministerio, yo debo estar persuadido de que es plan
" contra Ud. el que se está formando con poner a Frutos al fren-
" te y darle la importancia que se le da, se han creído que ese
" pueda hacerle aire a Ud. y que algún día puedan con él hacer
" lo que hicieron los portugueses; yo veo un grave error ......
" ....

" Aquí se desconfía de la buena fé de Ud. en un todo y

"lo mismo en el ejército, yo he visto contar del, en que nada
" esperan de Ud.

" Sin embargo tenga Ud. entendido que la fuerza que Ud.
" mande al ejército va a ser mandada por jefes de aquel ejér-
" cito y los que vayan con ella serán separados como con las tro-
" pas de Córdoba ya lo han hecho, yo he visto carta de un jefe
" que está en el ejército nacional que dice que estaban esperan-
" do las fuerzas que debía mandar Ud. para ponerse a la cabeza
" de uno de los cuerpos, sin embargo que creían que Ud. nada
" mandaría.

" Es que aquí se desconfía de Ud. me lo ha dicho S. V.
" (Santiago Vázquez). Sabe Ud. que este es el trompeta de Al-
" vear y Rivadavia pues es uno de los del complot". (Archivo Lavalleja. — Carta del Tte. Cnel. Pablo Zufriategui al general Lavalleja, del 13 de mayo de 1826, desde Buenos Aires.)

Hay mucho de cierto en lo que escribe Zufriategui, pero en absoluto en lo que se refiere a Rivera, el que está bien lejos de toda esta intriga.

La situación personal del caudillo es excelente: desempeña la segunda jefatura del Ejército Nacional y el Jefe del Estado Mayor, general don Benito Martínez, está a sus inmediatas órdenes operando en el Cuareim. Además, Rivera, piensa como Lavalleja y los demás jefes orientales respecto a la indivisibilidad de los cuerpos que constituyen el Ejército Oriental. Rivera como Lavalleja, sabe del alto valor moral y material que significa el mantenimiento de esas unidades, tanto los cuerpos veteranos como las milicias departamentales, que por otra parte estaban mandadas por oficiales de elíte, que conocían la profesión y sabían de las condiciones de sus subalternos. Deshacer eso, equivalía a dislocar una fuerza eficiente y de un gran valor.

¡Si serían buenos nuestros oficiales que al final de la campaña comandan en propiedad la gran mayoría de las unidades del ejército! Martínez, Garzón, los hermanos Oribe, Laguna, Medina, Juan Zufriategui Lenguas, Juan J. Quesada, Lapido, Manuel Correa, Ventura Alegre, Servando Gómez y otros, son una prueba elocuente de ello.

Rodríguez pretende absorver los contingentes orientales para reforzar las unidades de Buenos Aires, y esa intención es tenazmente resistida por las razones apuntadas, bien poderosas por cierto.

Las fuerzas orientales eran más numerosas que las que poseía Rodríguez, y según un cuadro firmado por Lavalleja y Lenguas, el 14 de marzo de 1826, aquellas ascendían a 4.245 hombres con 6.000 caballos en excelentes condiciones, sin incluír las existencias que se encontraban en las invernadas, las que triplicaban esa cifra.

Rivera, comoLavalleja , sostiene y lucha por que se man-

tenga y respete la organización de las fuerzas orientales y en esa lucha por sostener ese criterio, tendrá que alejarse hacia Buenos Aires.

oooOOooo

Lavalleja en abierta resistencia contra Rodríguez, no marchará al Queguay ni al Durazno y no entregará un solo soldado.

En lo que respeta a Manuel e Ignacio Oribe, como también a Miguel Gregorio Planes, que efectúan la vigilancia del enemigo, les ordena que en adelante recibirán órdenes directamente del general Rodríguez.

Es de orden que dependiesen de Rodríguez, sin intermediarios de ninguna clase, las fuerzas que operan con Ignacio Oribe en el Cerro Largo en observación de la frontera del Yaguarón, como también las que asedian Montevideo a órdenes de Manuel Oribe y Colonia a las de Planes, y por eso es que lo ordena Lavalleja; pero ésto no quiere decir que esas fuerzas pasen a reforzar en momento alguno al Ejército Nacional.

Hay sorpresa y marcada resistencia de parte de los jefes orientales y así se lo trasmiten a Lavalleja.

Manuel Oribe le dice en comunicación del 20 de mayo:

" Bien dice Ud. en la suya del 17 que me sería extraña
" la orden que se me había pasado el día antes para que en
" asuntos del servicio me entienda con el general de la Nación.
" A la verdad que nunca lá había esperado, y hasta ahora no
" tengo más aviso que el que Ud. me trasmite por su nota es-
" pecial sin que por aquel jefe se me haya prevenido alguna re-
" ferente a este inesperado y nada agradable asunto ....
" y ahora más que nunca no me retire sus consejos ni su coo-
" peración para precaucionar sus consecuencias y marchar al
" nivel del interés común".

y a continuación agrega con el fin de que Lavalleja pueda seguir enterándose de las relaciones escritas entre él y el general Rodríguez:

" P. D. Mis comunicaciones sucesivas con Rodríguez las remi-
" tiré abiertas para su gobierno y las que reciba las copiaré pa-
" ra que por esta vía se instruya de toda ocurrencia". (Archivo Lavalleja. — Carta del coronel Manuel Oribe al general Lavalleja, del 20 de mayo de 1826, desde el Manga.)

Ignacio Oribe, al igual que su hermano, manifiesta su desagrado al general Lavalleja por no continuar bajo sus directas órdenes, por carta del 23 de mayo, desde el Cordobés; y lo mismo hace Planes desde Colonia el 14 de junio. (Archivo Lavalleja.)

Como es sabido, los tres eran soldados veteranos, que debían conocer lo justo de esa disposición; pero se muestran

contrariados por que están unidos por profundos lazos de un arraigado provincialismo.

Lavalleja que ha enviado a Zufriategui a Buenos Aires con el exclusivo fin de destruir el prestigio de Rivera, por que siente en el ejército la influencia poderosa del caudillo, cuya presencia es añorada por una gran parte de los oficiales y tropa, los que manifiestan su disgusto en distintas formas, siendo la deserción una de las expresiones más graves, y además muchos son los oficiales que con distintos motivos o pretextos, solicitan y obtienen su licenciamiento, o el traslado a las fuerzas de Rodríguez.

Escribe Lavalleja a D. Juan Francisco Giró, destacado y entusiasta miembro de los Caballeros Orientales y secretario del general Rodríguez, acusando a Rivera de ser el promotor de la deserción y hasta de encubrir a los hombres que abandonaron sus fuerzas para incorporarse al ejército del general Rodríguez, y al respecto le contesta Giró desde el Cuartel General en San José del Uruguay:

" Estoy persuadido de todo cuanto V. E. me dice respecto " al individuo a quién se presume promovedor e instigador de " este escándalo e íntimamente convencido que ellos se repeti- " rán a cada instante a pesar de todos nuestros esfuerzos, sino " se remueve radicalmente el orígen. Yo escribo hoy mismo al " Gobierno para que llame inmediatamente a Buenos Aires al " Brigadier Rivera, sin lo cual no podrá restablecerse el orden " y la armonía sin lo que no es posible hacer la guerra con su- " ceso ni satisfacer cumplidamente el agravio que se ha hecho " al honor del General en Jefe de la Nación.

" Persuádase V. E., que el General Rodríguez está inde- " ciblemente pesaroso de esta ocurrencia y toma las medidas " que están a sus manos para remediar lo pasado y prevenir " lo futuro, disponeindo vengan los desertores si se hallan efec- " tivamente con Rivera para remitirlos a su disposición, lo que " las circunstancias han embarazado hasta ahora, a pesar de " sus órdenes; por hallarse aquel a mucha distancia, sin saberse " hace ya 6 o 7 días su destino fijo, a que se agrega la dificul- " tad de que esos hombres se desertarían tal vez al enemigo o " se dispersarían en los montes por temor al castigo que les " aguarda, si no se les escolta hasta aquí con una fuerte escolta. " Pero V. E. ha de quedar satisfecho, y por lo que hace al Briga- " dier Rivera y a los oficiales agentes de esta seducción el re- "medio ha de ser radical y a satisfacción de V. E. y de todos "los amantes de la felicidad de mi Patria". (Archivo Lavalleja. Carta de Juan F. Giró al general Lavalleja, del 22 de mayo de 1826.)

Como se ha visto, se combatió a Rivera hasta hacerlo retirar de las fuerzas provinciales y luego se arremete contra él en el Ejército Nacional.

Lavalleja ataca por intermedio de Giró, abiertamente, a cara descubierta; mientras que anteriormente solo le opuso obstáculos que sostenía injustamente en su condición de jefe.

Es una intriga más, pero por y con este sistema conseguirán su objeto, alejando a Rivera del ejército, de su provincia, de su familia, de sus intereses, y de sus amigos. Es un plan diabólico el que desenvuelve Lavalleja, secundado incondicionalmente por el clan logista, el que lo acompaña en su resistencia hacia Rodríguez, al que intrigan en Buenos Aires, como igualmente intrigan a Rivera en esa ciudad y en San José del Uruguay.

El mismo Rodríguez, que bien sabe que el general Rivera no tiene nada que ver en ese asunto, dice a Lavalleja simulando una afectación que no ha sentido:

"Querido amigo y compañero: Las comunicaciones que "ha conducido el capitán Soria, me han causado un disgusto "tal que en la noche anterior no he podido pegar mis ojos, más "yo aseguro a Ud. que el atentado no quedará impune y que " Ud. recibirá una satisfacción como corresponde, se lo asegura "a Ud. su mejor amigo". (Archivo Lavalleja. — Carta del general Rodríguez al general Lavalleja, del 23 de mayo de 1826, desde San José del Uruguay.)

Es claro que la deserción existió y continuará hasta el fin de la guerra; pero Rivera no tiene ninguna ingerencia en ese enojoso asunto, y si alguna intervención le cupo, fué con el fin de evitarla. Mientras tanto, continúa el caudillo en el Ejército Nacional disfrutando del aprecio y consideración de que es acreedor.

oooOooo

El Ministro de Guerra Alvear le dice a Lavalleja, que dependiendo de un jefe natural como el general Rodríguez, es por su intermedio que debe dirigirse al Gobierno en todo aquello que tenga relación con las fuerzas militares, y no directamente al Ministro, como lo hace, procedimiento que considera y es irregular. También Alvear le expresa que el Gobierno tiene la mejor y más decidida disposición hacia él, concluyendo:

" Deseo ver a Ud. cuanto antes reunido al ejército, en"tonces Ud. verá como todos los cuentos y enredos quedan des" vanecidos, pues el general Rodríguez tiene un bello carácter "y buena disposición para llevarse bien con todos." (Archivo Lavalleja. — Comunicación del Ministro de la Guerra, general Lavalleja, del 22 de mayo de 1826.)

Los tales cuentos y enredos forman ya una intrincada madeja que el propio Lavalleja ha tejido astuta y calculadamente, inspirado y secundado por el círculo de Caballeros Orientales que lo rodea, y mientras ataca a Rodríguez y a Rivera, se cubre con Alvear, haciendo intervenir a su favor a D. Julián

Segundo de Agüero y a D. Manuel Moreno, a quienes ha escrito el 28 de mayo, quejándose de su situación y del abandono de que son objeto sus fuerzas por parte del general Rodríguez.

Alvear en esa fecha ya sabe que él será el jefe del Ejército Republicano, como lo ha señalado Lapido varios días antes y trata en consecuencia de limar asperezas para evitar futuras contrariedades.

Pero en Buenos Aires se sigue con el insidioso juego de la intriga. Una voz anónima ha hecho correr la especie, en las agitadas esferas gubernamentales, de que el general Rivera ha sufrido un serio contraste; y ésto se expande en los álgidos momentos en que se discute la personalidad del caudillo y hasta su destino en el ejército.

Las autoridades son sorprendidas con la noticia, que rápidamente se propaga alarmando a la población, de que Rivera ha sufrido un desastre, operando contra el enemigo por el Cuareim; y es así que Trapani que no está en la trama de este ardid o intriga, y que es un patriota sincero y honesto, se lo comunica rápidamente a Lavalleja, desde Buenos Aires, en las siguientes líneas:

"Aquí hemos tenido tristes fiestas mayas; por que se "ha esparcido una funesta noticia de un contraste acaecido a "Rivera. No se sabe con toda certeza, al menos yo no lo tengo "y quiera Dios que se falsifique: por que a la verdad sentiría- "mos mucho el menor revés con nuestros tiranos usurpadores". (Archivo Lavalleja. — Carta de Pedro Trapani al general Lavalleja, del 31 de mayo de 1826 desde Buenos Aires.)

Felizmente Rivera marcha ya de regreso al Cuartel General con su destacamento, después de haber actuado con marcado éxito alejando a Bentos Manuel Riveiro, el que curioso deseaba observar y hostilizar los aprestos del Ejército Republicano, para después remitir su informe al comando brasilero.

Pronto se serena el ambiente en Buenos Aires, pero esa noticia en esas circunstancias ha jugado su papel.

Volvamos nuevamente a las relaciones entre Rodríguez y Lavalleja y al párrafo donde éste último, rectificando un anterior acuerdo con el primero, le comunica a Alvear las razones que tenía para no marchar al Rincón del Queguay con las tropas orientales, en el breve plazo de diez días como se le exigía:

"Por serles sumamente necesarias para guardar las cos- "tas y otros puntos de la provincia que no podía desatender sin "un conocido peligro de estos habitantes."

Por la razón que expone Lavalleja, se ve claro que este nunca tuvo la más mínima intención de cumplir lo acordado con Rodríguez, respecto al envío o remisión de sus fuerzas para unirlas al Ejército Nacional, mientras estuviese Rivera en él, por la situación predominante del caudillo; situación que Lavalleja no acepta. Además sabe que la posición de Rodríguez es

inestable, que se tambalea y su relevo será cuestión de días.

El 18 de junio, Rodríguez comunica al Ministro de la Guerra que el general Lavalleja:

" Resistía terminantemente la orden que se le repitió el 20 del
" presente para marchar al Cuartel General con el Regimiento
" de Dragones y Batallón de Libertos Cazadores con otros por-
" menores que envuelven en sí un principio de desobediencia a
" la autoridad nacional, sobre todo la cual ha creído él que sus-
" cribe deber abstenerse de ulteriores contestaciones con dicho
" general, mientras el Gobierno no resuelva lo conveniente".
(Palomeque. — Misiones.)

Hacen seis largos meses que Lavalleja desobedece al General en Jefe, por lo que éste, que ha agotado ya todos los recursos para conseguir una leal subordinación, encarga la solución del problema al Gobierno Nacional y es así por lo que Rivadavia toma el asunto en sus manos y con su Ministro de Gobierno, delegan al señor D. Ignacio Nuñez la dilucidación de esta enojosa incidencia. Nuñez se dirige a la villa de San José de Mayo, sede del Gobierno Oriental, a donde llega el 27 de junio, y el 28 entrega los pliegos de que es portador a la Junta de Representantes provincial, la que el 29 le contesta:

"Que está convencida plenamente de la justicia con que el señor Presidente de la República reclamaba la resolución que se propone en las notas oficiales y habían dispuesto que compareciese el señor Gobernador don Juan Antonio Lavalleja."

A Lavalleja el Gobierno Central exige permita la designación de un Gobernador Delegado, por considerar incompatible el cargo que desempeña de Gobernador propietario y jefe de las fuerzas militares de operaciones de la provincia.

Cualquiera de las dos tareas eran absorbentes y de extraordinaria responsabilidad; y no sólo existía incompatibilidad, sino imposibilidad absoluta de ejercerlas una misma persona. No se le exigía a Lavalleja la renuncia de ningún cargo, sino simplemente que permitiese la designación de un Gobernador Delegado, por que existía interés en mantenerlo al frente de las fuerzas orientales dentro de una leal y sincera subordinación al General en Jefe, lo que no era posible conseguir mientras se escudase tras la propiedad del Gobierno provincial.

Los representantes le expresan al delegado Nuñez:

" que se ocupaban de los mejores medios de satisfacer los de-
" seos manifestados y el interés de la República. La Sala, en un
" todo obraba en un perfecto acuerdo con el comisionado". (Archivo Mitre. — Revista Histórica. — Informe de Ignacio Nuñez.)

Núñez encuentra, y siempre según su informe, en la mayoría de los miembros un criterio análogo y opinión favorable a sus requerimientos, que son los del Poder Ejecutivo, en cumplimiento de las leyes para la nacionalización del país y la

condución de la guerra bajo una autoridad única y una sola dirección.

La consulta sobre la especie que se dió en circular con insistencia entre algunos miembros de la Junta y aún de las autoridades militares de que se continuaría la lucha contra el Brasil con absoluta independencia del gobierno de Buenos Aires fué desmentida poco después en forma terminante por el propio general Lavalleja, justamente alarmado de esa descabellada hipótesis, que sin fundamente alguno se difundió oprimiendo el corazón de los orientales.

El 1º de julio a la noche llega Lavalleja a San José y el 2 mantiene una conferencia de tres horas con Nuñez, el que por el espíritu cordial que ha encontrado en el Gobernador, cree equivocadamente que el negocio tendrá a breve término el más halagüeño desenlace. Pero Lavalleja no era hombre que claudicase de sus ideas e intenciones tan fácilmente y ya tendrá Nuñez para entretenerse un buen rato, antes de conseguir su objeto. Este último espera mucho de la acción individual de algunos representantes amigos del Gobernador, que pueden decidir el asunto sin necesidad de hacer valer la autoridad que representa y las razones expuestas por el Ministro Agüero, que eran indudablemente poderosas. (Archivo Mitre. — Revista Histórica. — Notas del Departamento de Gobierno al general Martín Rodríguez, al general Lavalleja y a la Junta de Representantes de la Provincia Oriental, del 16 de junio de 1826 y nota del Departamento de Gobierno a la Junta de Representantes de la Provincia Oriental, del 26 de junio y al general Rodríguez, del 27 de junio de 1826.)

El día 3, ante la sorpresa y consternación general, llega un chasque desde el Durazno, matando caballos, con la noticia de que el Regimiento de Dragones de la Unión se había sublevado en esa localidad, proclamando la resolución de pasarse al Ejército Nacional, y ya sin otros informes se señala a Rivera como el causante de ese hecho. Lo señala Lavalleja y sus amigos pronto lo difunden, creando un ambiente caldeado y hóstil contra el caudillo, el que si bien es cierto intervino en ese asunto, lo hizo por que el general Rodríguez se lo ordenó, en cumplimiento de órdenes emanadas del Ministerio de la Guerra.

El mismo día 3 y en ese clima, continúan las deliberaciones entre Nuñez y Lavalleja; mientras la Junta que se reune esa misma mañana designa una comisión de cinco miembros para entrevistarse con el Gobernador y expresarle su opinión concordante con la del Poder Ejecutivo Nacional. Esta comisión pasa a conferenciar en horas de la tarde, retirándose entonces el delegado Nuñez sin haber logrado su objeto, después de una conversación de cuatro horas. No bien termina la entrevista de los miembros de la Junta, vuelve a entrar Nuñez a las 8 de la noche, insistiendo en el cumplimiento por parte del Go-

bernador de las disposiciones del Presidente de la Nación, en una larga conversación que se prolonga hasta las dos de la mañana y en la que tampoco se llega a un acuerdo por que Lavalleja hace incapie en que no se deben mover las fuerzas estacionadas en Durano, que según el Poder Ejecutivo deben ser trasladadas a San José del Uruguay. La razón que expone Lavalleja, es discutible y se apoya en que, de cumplirse la resolución del general Rodríguez se dejarían en el aire a los destacamentos de Cerro Largo, Montevideo y Colonia, y en condiciones de ser fácilmente batidos; perdiéndose además el estratégico punto del Durazno, apoyo de las fuerzas antes mencionadas. Esta tésis no tiene realmente consistencia, por que, antes y durante Sarandí, en Ituzaingó y cuando se abandona el asedio de Montevideo y Colonia para perseguir a Rivera en 1828, esos puntos no fueron peligrosos, no demostraron más que una actividad relativa y no por que le faltase intención al enemigo, sino que, por que no tenían capacidad para ejecutar una acción de verdadera importancia.

Rodríguez quizás pensase que su base de operaciones estaba en las costas del Uruguay por la facilidad para comunicarse con las provincias de la Unión, y especialmente con Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes; pero sin abandonar este criterio se podía contemplar el interés de Lavalleja, asegurando un punto sobre el Uruguay, que es la solución a que después se llega.

Pero como ésto no lo podía entender el señor Nuñez, por que no era soldado y además no estaba en sus instrucciones, expresó :que esa medida correspondía o era del resorte del Poder Ejecutivo Nacional o del general Rodríguez e insiste en que Lavalleja debía cumplir la orden tal como se le transmitió, sin tener en cuenta el balance favorable que en el orden táctico y estratégico habían conseguido los orientales.

Al fin Nuñez se retira c on la esperanza de ver al día siguiente terminado su cometido, por la expresión de Lavalleja, en la que cree ver un anuncio auspicioso, a pesar de haber recordado el pasado con profunda amargura.

Lavalleja demostró en esas circunstancias ser un hombre de una tenacidad y valentía admirable. Agobiado por el intenso trabajo y preocupaciones inherentes a la administración de la provincia y al gobierno del ejército, problema agravado por la desagradable noticia de la sublevación de los Dragones y acechado dos días con sus noches por los miembros de la Junta de Representantes y el obstinado Nuñez, no demuestra ni tiene un momento de debilidad en la defensa de su tésis. Prolonga el debate, lo desvía y al final mantiene las mismas férreas energías. El temple de ese carácter lo manifiesta en todas sus aciones y es por ello que en los errores e injusticias le es tan terriblemente adverso. Ha hablado del pasado con profunda amargura por

el inícuo tratamiento de que fueron víctimas los orientales, y ese recuerdo enciende el apasionamiento del hombre que en ese momento representa a un pueblo que ha sufrido mucho injustamente, precisamente por el egoísmo y torpeza de los hombres de Buenos Aires. Nuñez le pide que aparte la imaginación de ese pasado, cuyo recuerdo no dejaba ver bien hacia adelante, y a las dos de la mañana se separan en la mejor armonía.

A la mañana siguiente Nuñez conferencia con la Comisión Legislativa a quienes comunica su optimismo, rogándoles que ese mismo día traten de dar por terminado este asunto. Desde las cuatro de la tarde hasta las siete, Lavalleja conversa con los representantes, hora en que Nuñez es invitado a pasar indicándosele previamente las dificultades que deberá salvar para llegar a un satisfactorio arreglo. Estas dificultades eran: 1º. Si las milicias iban a ser consideradas tropas veteranas y si podían sacarse algunos vecinos que habían sido incorporados como correctivo o sanción y no por contrato de servicio. 2º Si el señor Lavalleja podía ponerse a cubierto de no ser empleado en la carrera militar, sino hasta que se concluyese la guerra; y a ambas cosas contestó Nuñez favorablemente.

Pero Lavalleja y la Comisión de la Junta, precisan en forma terminante que sólo se asignará un limitado contingente de fuerzas orientales, contingente con que contribuiría la provincia en esa lucha, al igual que las otras de la confederación; sin perjucio de que todos los habitantes fuesen llamados a las armas cuando las circunstancias y el General en Jefe lo exigiesen.

Sobre este último punto Nuñez no está de acuerdo por que es contrario a las disposiciones y prevenciones hechas por el Ministerio de la Guerra a Rodríguez. La ley del Congreso, expresa Nuñez, es clara y la idea del contingente contraría preceptos legales, que determinan expresamente que la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Misiones Occidentales, están bajo la ley marcial y todas sus fuerzas a las órdenes directas del General en Jefe.

Tiene mucha razón Nuñez al plantear en esta forma el problema del contingente, pero en los hechos ésto no se ha cumplido, ya que las provincias mesopotámicas, sólo contribuyeron con muy limitada fuerza en la lucha que sostenía la Nación Argentina.

En la lucha que se sostenía por la libertad de la Banda Oriental, ésta debía contribuir decididamente con todas sus fuerzas y energías, por ser la más interesada en el triunfo y además por que todos sus recursos estaban movilizados y organizados.

La guerra la hacen Buenos Aires con sus tropas y oficiales veteranos; con su material, armamento y equipo; e íntegramente la provincia Oriental. Buenos Aires es poderosa y

rica; con sus puertos controla la riqueza de la Nación y en consecuencia la que, como en la guerra contra España, da el mayor y decisivo impulso. Los otras provincias, sino indiferentes, se sustraen a este esfuerzo nacional, y si mantienen ejércitos provinciales, bien importantes por cierto, no intervienen en este juego y sólo existen para justificar y sostener a sus creadores en los gobiernos provinciales.

Provincias que podían aportar hermosos contingentes, solo contribuyeron con 300 o 400 hombres, manteniendo fuerzas numerosas en sus territorios respectivos, con el arma al brazo, alertas contra las fuerzas de las provincias vecinas, a cuyos gobernadores se les atribuían intenciones de predominio, unas veces, ciertas y extravagantes otras.

La conferencia entre Lavalleja, los representantes y Nuñez continúa, pero, este último, apoyado por los miembros de la Junta, cree que el problema se resolverá por fin con la designación de un Gobernador Delegado, por lo que Lavalleja quedaría en condiciones de poder incorporarse con sus fuerzas al general Rodríguez. Lo primero debía cumplirse al día siguiente, como así quedó expresamente resuelto, según Núñez, como también lo relativo a la marcha de Lavalleja, el que sería acompañado por el Diputado D. Francisco Joaquín Muñoz para el arreglo de cualquier dificultad que surgiese con el general Rodríguez.

Pero, al día siguiente, Nuñez es sorprendido con la noticia de que Lavalleja tenía un nuevo proyecto para poder retener el título de Gobernador de la provincia. Mucho se lamenta Nuñez de esta incidencia, de la inconsecuencia de Lavalleja, y de su indiferencia hacia los dramáticos problemas que vive la Nación.

Meditando ésta Nuñez sobre este nuevo entorpecimiento, cuando se le aproxima el comandante don Manuel Oribe, el que se encuentra en San José desde el primer momento con el objeto de contribuír —según Nuñez— al interés de la autoridad nacional. Se le presenta Oribe para informarle de parte de Lavalleja, del regreso al Durazno de algunos hombres del sublevado Regimiento de Dragones, acusando inmediatamente a Rivera como causante directo de la sedicción, expresando además que Lavalleja estaría decidido a marchar con sus fuerzas para ponerse a órdenes de Rodríguez, nombrando previamente y de acuerdo a la ley de la provincia un Gobernador Delegado que gobernase en su ausencia mientras durase la guerra; pero no satisfecho totalmente sobre este punto, resolvía quedarse con el Gobierno interior y económico de la provincia, una vez entregadas sus fuerzas, y que al efecto citaría a la Comisión de la Junta para comunicarles esta radical resolución.

A las dos de la tarde del 5 de julio, pasa la comisión a conversar con Lavalleja, saliendo poco después con el mismo

desengaño que Nuñez por la mañana, comprobando que no eran ciertas las anteriores manifestaciones del comandante Oribe, el que sólo ha tratado de descubrir en el espíritu de Nuñez cual era la verdadera posición del caudillo, único obstáculo para arribar a la solución que se busca; por que tanto Oribe como Lavalleja, saben perfectamente que Alvear será el futuro jefe del ejército y en consecuencia con Rodríguez debe irse también el general Rivera, y si en ese momento y con esas intrigas no se le elimina de la escena nacional, ya se encontrarán otros medios para llegar a ese fin.

En la tarde del 5 de julio, Nuñez recibe nuevas y radicales instrucciones, fechadas en Buenos Aires el 27 del mes anterior, en las que el Presidente de la República insiste en la conveniencia de separar del Gobierno de la provincia al general Lavalleja, por ser más interesante sus servicios en el ejército.

Si se aceptase la permanencia de Lavalleja en el Gobierno provincial solamente, crearía otra crisis, ya que el hombre indicado para ejercer el comando de las fuerzas orientales era, indiscutiblemente, el general Rivera; lo que no sería aceptado por Lavalleja.

Nuñez resuelve abandonar el sistema de conferencias privadas, decidiéndose tratar este asunto públicamente, al tiempo que el ejército del general Rodríguez, abandonando su estacionamiento en San José del Uruguay se dirige al Durazno; y ésto, y la defección de los dragones, deciden a Lavalleja, el que con los representantes resuelve definitivamente el problema, comunicando al Presidente de la República que procederá de acuerdo y conformidad con sus deseos.

La Junta de Representantes de la Provincia Oriental designa a don Joaquín Suárez, Gobernador Delegado y Lavalleja comunica:

" Que marcha a compartir los afanes y glorias con el Ejército
" de la República, obediente a la voz de las autoridades y des-
" pués de depositar la autoridad gubernativa en el ilustre pa-
" triota Joaquín Suárez."

Alvear tiene allanado el camino para tomar poseción del comando del ejército, no habiendo intervenido en esta gestión, la que se realiza por intermedio del Dr. Agüero, Ministro de Gobierno.

Alvear cree poder sustituir a Rodríguez sin ninguna preocupación agena a la función militar, pero encontrará y avivará otros problemas y volverá a ser el mismo de 1814.

oooOOooo

CAPITULO II

MARCHA DE LAS FUERZAS DE CABALLERIA DEL EJERCITO NACIONAL HACIA EL DURAZNO E INCORPORACION DE LOS DRAGONES — INSOLITA RESOLUCION DEL GENERAL RODRIGUEZ — SUBLEVACION DE LOS DRAGONES Y MILICIAS DE PAYSANDU — RIVERA SE RETIRA A BUENO AIRES — ASPIRACIONES DE LOS OFICIALES DISIDENTES — ALVEAR EN EL EJERCITO — ACUERDO ENTRE EL GENERAL LAVALLEJA Y LOS OFICIALES DISIDENTES — PRISION DEL MAYOR BERNABE RIVERA Y TERMINACION DEL CONFLICTO — DERECHOS PROVINCIALES.

El Regimiento de Dragones de la Unión, fué la única unidad militar perfectamente organizada, con que los patriotas contaron y dispusieron al iniciarse el movimiento emancipador del año 25 y en ese molde se fundieron las unidades que con extraordinario éxito intervinieron en la lucha durante ese año, y del cuadro de sus oficiales salieron muchos jefes departamentales que agruparon e instruyeron las milicias tan eficientemente, que les correspondió una destacada y gloriosa actuación.

Los Dragones eran una unidad histórica y con una tradición elocuente y honrosa, digna de consideración y respeto. Ya y con otras designaciones se había distinguido en infinitas acciones, siempre a las órdenes del general Rivera, con el que estaban profundamente identificados.

Era corriente que los jefes de la emancipación poseyesen una unidad, que aún comandando ejércitos, las mantenían en propiedad a sus inmediatas órdenes. Así vemos el 2º de infantería de Alvear, el 6º de Soler, los Blandengues de Artigas, los Dragones de Otorgues y los regimientos de infantería de Belgrano, Rondeau y Arenales y los Granaderos de San Martín.

Las primeras fuerzas que comandó Rivera, dieron orígen al 9º de infantería de Pagola, reforzado con los prisioneros españoles de Montevideo; pero por dársele a Manuel Francisco Artigas otro destino, pasó Rivera a comandar la 2ª División de Infantería artiguista, con la que entra a Montevideo en relevo de Otorgués y se distingue en el comando de la guarnición de la plaza.

Rivera nos dice en su autografía lo siguiente:

" Como teniente coronel de línea, mandó las tropas orien-
" tales en la batalla del Guayabo el 10 de enero de 1815, contra
" el ejército de Buenos Aires mandado por el coronel Dorrego
" y en ésta jornada obtuvo el empleo de coronel y el mando poco
" después de las armas de la capital de Montevideo a la cabeza
" de un regimiento de línea que organizó con el nombre de Dra-
" gones Orientales."

Es indudable que la memoria de Rivera no le fué muy fiel cuando escribió o dictó esta parte de su actuación, ya que según los documentos, la unidad a que se refiere, fué en realidad la 2ª División de Infantería; pero si los nombres de esos cuerpos no eran los mismos, los hombres si lo eran, por que es sobre los cuadros de esa unidad, que organiza en Maldonado, en 1816, su regimiento de Dragones.

En su manifiesto protesta, publicado en Buenos Aires, dice, refiriéndose a su unidad:

" La medida que V. E. acaba de tomar con el Regimiento "de Dragones no la creo oportuna —le expresa al general Rodríguez con motivo de la disolución de ese cuerpo—, puede "traer disgustos de gran consideración; está siempre unida en "el discurso de 16 años, forma un espíritu de cuerpo tal que " casi son insuperables, cuya prueba nada equívoca la acaban de " dar para incorporarse al ejército. Si se quiere nacionalizar el " regimiento como es justo, bastará ponerle el número tal y todos serán conformes; este regimiento es interesante conservarlo en la presente guerra, tiene regular orden, sus soldados " son bravos, saben sufrir hambre, la intemperie y todo cuanto es necesario a un guerrero y podrán dar hoy o mañana una " batalla que nos corone de laureles, sus oficiales y jefes son " excelentes y a **quienes ellos han abandonado por cumplir la " orden de V. E.**, muchos de los primeros han sido soldados del "mismo cuerpo, los segundos excepto el coronel. Los demás, " el que no ha sido sargento, ha sido cadete: Han hecho conmigo una campaña de 16 años; ellos, es verdad, no son grandes teóricos, pero sí excelentes prácticos; conocen de cerca " esta clase de guerra, así como el terreno en que han de hacerla; tienen un conocimiento pleno de los enemigos y como " tales no les temen. A más este cuerpo que en todas las épocas ha sido el paño de lágrimas de los habitantes de este país, "aún en los tiempos calamitosos de la anarquía, era el respeto " de los ciudadanos, a sus casas, familias y bienes. El pueblo " todo; señor general, los mira como a sus protectores; en el " tiempo que la provincia sufrió el yugo de los portugueses, encontró en ellos un amparo que siempre respetaron los usurpadores; adonde había un soldado dragón eran respetado hasta " por los mismos que nos habían vencido.

"Mírese, mi general, que los mismos enemigos lo conservaron, por que temían que al dislocarlo, se sufriera un contraste. Acuérdese, mi general, que este cuerpo fué el plantel " sobre el cual se formaron en diferentes direcciones las fuerzas de la provincia en su desarrollo para exterminar los enemigos que ocupaban su campaña." (Revista Histórica. — Manifiesto del general Rivera del 19 de setiembre de 1826, dado en la ciudad de Buenos Aires con motivo de haberse ordenado su detención.)

Ese si era el Regimiento de Dragones del general Rivera, compuesto exclusivamente de orientales, que mantenía celosamente, esperando la oportunidad de proclamar la libertad de la patria.

Dice antes el caudillo en el mismo documento, historiando los sucesos, desde cuando este se presenta al general Rodríguez en Salto:

" pedí entonces al General en Jefe que me concediese el
" permiso para dirigirme al Gobierno a recabar mi absoluta se-
" paración del servicio de las armas, que no podía continuar
" en razón de hallarse mi salud enteramente quebrantada por
" por una campaña de 16 años contínuos y con una enfermedad
" habitual de más de 12, no obstante que la nación de quién
" dependía, estaba empeñada en una guerra; que a esta estaba
" dado el primer paso y mi persona y mis cortos conocimientos
" los consideraba innecesarios para abrir la campaña, mas no
" se cumplió mi deseo; el General en Jefe me dijo que nunca era
" yo más preciso, que la Nación esperaba que redoblase mis
" empeños para la presente guerra en la que iba a decidirse la
" suerte del país, que era preciso que yo me convenciera de és-
" to, y que esperaba que lo acompañase; me hizo ver por últi-
" mo de que carecía de mis conocimientos prácticos en la cam-
" paña, así como en la clase de guerra que debía hacerse, etc.
" Yo ví el estado del ejército, y todo el no era más que obra
" del momento; no habían jefes de graduación por que todo era
" nuevo, y por lo mismo no dejé de conocer que sería útil al país
" y desempeñar a aquel general que me ofreció su amistad. Hay
" mi amigo del alma y por ello como me veo! En ese tiempo
" mismo, el general Bentos Manuel ocupaba las Cañas con una
" división de 900 hombres de caballería, sin duda para obrar so-
" bre el ejército que estaba entonces con poco más de 1.000
" hombres de caballería, por que la infantería que no ascende-
" ría de 700 hombres había quedado en el Molino de la otra par-
" te del Uruguay.

" Como todo se estaba formando todavía no se había for-
" mado la moral del soldado, y el ejército sufría una horrorosa
" deserción; se iban con armas hasta de a 20 juntos, sin embar-
" go de ser perfectamente bien pagos y bien asistidos de modo
" que en estas circunstancias en caso de un encuentro sufriría
" un inevitable contraste.

" De todo esto, que es muy largo, mi amigo, podrán ins-
" truir a Ud. el coronel don Manuel Rosas, entonces Jefe del Es-
" tado Mayor del mismo ejército, e infinitos de ellos que allí se
" hallaban y me consta subsisten en esa capital. Todo lo expues-
" to me obligó a acceder a las insinuaciones del general Ro-
" dríguez, quién se encargó de dar cuenta al Gobierno de mi
" arribo al ejército y enseguida se me dió destino de general de
" división en el mismo ejército donde he servido como consta

" al país desde enero hasta el 15 de julio que me separé en el
" Durazno para trasladarme a esta capital.

" ¿Puede ser un crimen que desde que me incorporé al
" ejército en enero, yo no he sido sino un ciego obedecedor de
" mi general y sus órdenes?

" Prueba de ello es que a los cinco días el General en
" Jefe se separó del ejército para ir a recorrer los puestos avan-
" zados de Colonia, Montevideo y Cerro Largo de lo que desis-
" tió y quedó en Paysandú; yo quedé con el ejército a mi pesar,
" por que en primer lugar no conocía a los jefes, la tropa estaba
" a mi ver disgustada, y una prueba de ésto es que una noche
" antes de separarme del General en Jefe se desertaron 16 hom-
" bres con sus armas, pero yo tuve suerte.

" S. E. faltó veinte días seguidos al ejército; yo lo condu-
" je al campo de San José con todos sus bagajes, caballadas, etc.
" y solo se notó la deserción de un correntino en todo ese tiem-
" po: puede también lo dicho ser crimen y serlo también que a
" mi llegada a San José ya encontrase algunos Dragones Orien-
" tales, que por el cariño con que siempre han distinguido a mi
" persona, se habían ido a seguirme, yo preveía este un mal
" que podía encelarme con el Gobernador de la provincia y por
" lo mismo eran mis instancias en alejarme y separarme de to-
" da responsabilidad; los presenté al General en Jefe y S. E.
" me ordenó los conservase en mi compañía; los demás noticiosos
" de la acogida de los primeros se venían de a 20 y de a 30 y
" antes de un mes había más de 200 Dragones y hasta oficiales;
" este será también un crimen de alta traición que resultará
" contra mi.

" También lo será que en la noche del 2 de julio me lla-
" mó el general Rodríguez, y me hizo saber que había llegado
" el teniente coronel don Paulino Rojas y que por él tenía órde-
" nes del Gobierno para marchar a poner su Cuartel General en
" el Durazno a consecuencia de que el Gobernador Lavalleja no
" estaba conforme con las medidas nacionales y que era nece-
" sario hacerlo entrar por sus deberes o perseguirlo por anar-
" quista que para evitar el que hubiese que batirlo sería con-
" veniente despojarlo de toda fuerza con la que pudiese contar.
" Yo no trepidé en ofrecerle mi valer para con la tropa y fuí en
" aquel mismo instante víctima de su temeridad; por que en al
" momento hice, saliese para el Durazno el vecino Romualdo
" Ledesma y como éste se demorase, mandé una ordenanza para
" que el cuerpo viniese a mi presencia como sucedió. Veníamos
" en marcha por las puntas del Arroyo Malo y en la mañana
" del 6, nos encontró un sargento con 6 soldados que conducía
" el parte de la marcha del regimiento. S. E. a la presencia de
" todos los jefes del ejército me mandó que fuera inmediata-
" mente a ponerme a la cabeza de ellos y que los reuniese al
" ejército, como lo verifiqué en el Arroyo Grande, donde fué el

" Jefe del Estado Mayor don Benito Martínez a nombre del mis-
" mo general ofreciéndoles todas las seguridades que deseasen
" y que el General en Jefe haría presente al Gobierno la buena
" disposición que manifestaban a la causa nacional y por el in-
" comparable orden que habían guardado."

De lo que antecede, puede apreciarse claramente, que el Gobierno había dispuesto se tomasen serias medidas coercitivas, paralelas y simultáneas a la acción del delegado Nuñez, el que en San José trata con el tenaz e irreductible Lavalleja, después de haber recibido las comunicaciones del 26 y 27 de junio, en las que se le decía, que:

" El Gobierno de la Nación seguirá con firmeza la mar-
" cha que se ha propuesto y no transigirá jamás con alguna
" que esté en oposición con los intereses generales."

al igual que en otra nota dirigida a la Junta de Representantes de la Provincia Oriental:

" El Gobierno de la Naeión no trepidará en hacer lo que
" corresponde. Y si las resoluciones que se vea forzado a tomar
" traen por resultados desastres que no es posible preveer y
" quizás la ruina de esa provincia, S. E. el señor Presidente que-
" dará justificado ante la Nación". (Achivo Mitre. — Revista Histórica. — Comunicación del Ministro de Gobierno D. Julián Segunda de Agüero a la Junta de Representantes de la Provincia Oriental, del 26 y 27 de junio de 1826.)

El gobernante argentino, en el afán de imponer su criterio a Lavalleja, negociaba con éste un arreglo por intermedio de Ignacio Nuñez y en la imposibilidad de llegar a un rápido y felíz acuerdo, dispone por otra vía la adopción de enérgicas medidas y es así por lo que, al tiempo en que Agüero remite las comunicaciones últimamente citadas a las autoridades que discuten en San José de Mayo; un jefe ha salido desde Buenos Aires, el teniente coronel Paulino Rojas, para San José del Uruguay, con drásticas órdenes para el General en Jefe del ejército y es así por lo que, los pliegos para Nuñez y las instrucciones para el general Rodríguez llegan casi sumiltáneamente a sus respectivos destinos.

Pero volvamos un poco hacia atrás. Es cierto que muchos Dragones se encontraban ya en el Ejército Nacional a órdenes del mayor Bernabé Rivera prestando muy buenos servicios en las operaciones que se realizaban contra Bentos Manuel Riveiro, donde se distinguieron conjuntamente con las milicías de Paysandú; pero de regreso al Cuartel General, Rivera es sorprendido con la novedad de que su jefe va a marchar con las unidades de caballería, solamente, hacia el Durazno con la exclusiva finalidad de quitarle las fuerzas allí acantonadas a Lavalleja y hasta de perseguir a éste por anarquista, si no se somete a las imposiciones de Rivadavia.

Rodríguez, que conocía la influencia y ascendiente que

Rivera poseía sobre los Dragones, le ordena que disponga que aquellos que aún permanecían en el Durazno se incorporasen al ejército, y Rivera cumple sabiendo que aquellos harán lo que el les pida, por que como ningún Jefe del Río de la Plata es tan querido y respetado por esos veteranos, ni nadies los ha comandado tanto y en tan difíciles circunstancias. Da sus órdenes al respecto por intermedio de un vecino y las repite por un ordenanza, y los Dragones abandonando su acantonamiento vuelan hacia su jefe. Vienen ordenados y correctos esos veteranos del Guayabo, India Muerta, Sitio de Montevideo, Rabón, Rincón y Sarandí; manojo viviente de nuestra historia en su época más grandiosa y venerada.

Rivera que tanto se lamentara en el Durazno por la inacción a que estuvieran sometidas las fuerzas orientales después de Sarandí y escribiese por ello a Lavalleja en tono de amistoso reproche: "Aquí estamos como los niños del limbo, sin pena ni gloria". Líneas escritas con la preocupación lógica del que comprende que no se han explotado debidamente los triunfos iniciales y sabe de las graves consecuencias que esa conducta podía significar, por que el enemigo rehecho ya de los primeros golpes, aumenta día a día su poder y Rivera como soldado inteligente, tiembla ante la perspectiva de ver nuevamente invadida y subyugada su patria.

Se perdió el tiempo durante ocho meses de desobediencias y discusiones lamentables e inoportunas, y se perderá lastimosamente un año por esas incidencias. Recién en 1827 se abrirá la campaña para ir en busca de un ejército perfectamente organizado.

Si la Argentina ha intervenido decididamente en la lucha por la libertad de la Banda Oriental, correspondía y era muy justo que esta provincia depusiese sin egoísmos de una parte de sus intereses, que si algunos fueron o debieron considerarse provinciales, también y no pocos respondían y lo eran esencialmente personales. Esa conducta no significaría una claudicación, sino comprensión de la necesaria armonía que debió reinar en beneficio general y en especial de las aspiraciones unánimemente manifestadas por el pueblo oriental .

Rivera ha cumplido con su jefe, y más que con su jefe consigo mismo, por que bien sabía el caudillo de ese círculo que le era adverso, el que rodeando a Lavalleja, influía poderosamente y en forma decisiva en todos los asuntos y eran los causantes directos de esa crísis y de la caótica situación de las fuerzas orientales, que día a día disminuían notablemente.

Lavalleja apercibe alarmado la situación y rápidamente acepta las condiciones que se le exigían, abandonando su intransigente actitud, por que sabe de las fuerzas que marchan hacia el Durazno, a las que se le han plegado las milicias de Paysandú y el Regimiento de Dragones. Lavalleja acepta las condiciones

que le impusieron y al hacerlo no tuvo tiempo de calcular las ventajas de todo orden que ha conquistado, pues allanó el camino para una brillante carrera.

Buenos Aires también ha ganado y desde ese momento se inicia la gestación de Ituzaingó.

Pero, como en toda lucha debe existir un vencido, se buscará y encontrará una víctima a la que se sacrificará despiadamente. Sellan esta resolución con un abrazo en las márgenes del Yi los generales Rodríguez y Lavalleja. En Rivera se descargará y cebará la ira de las dos partes.

Siguiendo los acontecimientos narrados por Rivera, dejemos ahora la palabra al ayudante José Brito del Pino, el que en el desempeño de una misión, se encuentra el día 6 de julio con el sargento de Dragones Bruno Aquino, en el Queguay Chico y al que acompañan seis soldados. Es el sargento que lleva el parte al caudillo y el que lo entera de la sublevación del regimiento y su marcha hacia el Arroyo Grande, hacia donde se ha adelantado el general Rivera, dejando las fuerzas de caballería del Ejército Nacional que conduce Rodríguez, estacionadas en Manantiales.

El 7 de julio Brito del Pino encuentra a Rivera en la posta de Filiberto, con el que continúa la marcha hasta el Aroyo Grande, donde en la tarde encuentran a los Dragones. Rivera en ese escenario donde ha transcurrido su niñez, arenga a los veteranos; y al día siguiente se dirigen al Cuartel General en Manantiales, desde donde unidos a Rodríguez siguen hacia el Durazno, llegando el 13 a esta localidad, coincidiendo exactamente con lo que manifiesta Rivera en su informe del 14 de agosto, donde dice:

" Convencido el señor General en Jefe de que los senti-
" mientos del Gobernador de la provincia don Juan Antonio La-
" valleja eran desconformes al sistema de nacionalización, acor-
" dó con el que expone el tránsito al Ejército Nacional del Cuer-
" po de Dragones que se hallaban en el Ejército de la provincia
" y el que suscribe se prestó a empeñar sus relaciones con los
" oficiales cuya disposición al efecto le eran constantes. Duró
" tres meses este manejo, correspondiendo el resultado a los de-
" seos del general.

" Con la noticia de la aproximación del Cuerpo, salió el
" infrascripto a encontrarlo en el Arroyo Grande donde se in-
" corporó el día 7 del pasado julio, lleno de un júbilo y aclama-
" ciones que no le toca referir. Se aumentó la complacencia con
" la llegada allí del jefe del Estado Mayor, don Benito Martínez,
" quién arengó a la tropa en nombre del señor General en Jefe
" que le había mandado a felicitarla por su bienvenida, alabar-
" la por su buena comportación y ofrecerle dispensar sus ma-
" yores consideraciones.

" Túvose ese día por el de una victoria". (Palomeque.—

Misiones. — Informe del general Rivera al Ministro de Guerra y Marina ,hecho en Buenos Aires el 14 de agosto de 1826.)

Y en el manifiesto de setiembre, anteriormente citado, y encadenando los sucesos que se relatan, expresaba:

"Seguimos al Durazno y llegamos el 13, dió S. E. orden "para que a las 10 de aquel día, el regimiento estuviese forma- "do en parada: se verificó y a esta hora mandó al incomparable "cojo don Juan Zufriategui para que le mandase 100 Dragones "escogidos (otras informaciones dan un número mayor) lo "hizo así el ayudante don José Augusto (Posolo) y el mismo "general hizo de ellas una distribución en los varios cuerpos "del ejército recogiéndoles a los primeros las tercerolas que de- "positó en su carretilla dejándoles solo el sable, ofreciendo hacer "con el resto otro tanto, como lo hizo al día siguiente, yo enton- "ces, a mi ver, en obsequio de la patria, hice al general las expli- "caciones siguientes. Mi General, la medida que Vd. acaba de "tomar con el Regimiento de Dragones no la creo oportuna, "puede traer disgustos de gran consideración: esta tropa siem- "pre unida en el decurso de 16 años, forma un espíritu de cuer- "po tal, que casi son insuperables, cuya prueba nada equívoca "la acaban de dar para incorporarse al ejército .... (Revista Histórica. — Manifiesto del general Rivera, dado en Buenos Aires el 19 de setiembre de 1826.)

Rodríguez que ha estado ardiendo durante seis meses contra Lavalleja, ya no tiene problemas con este jefe, ante quién y por su propia falta de carácter pretende justificarse, disolviendo en primer término la unidad de Rivera, la mejor unidad del ejército, la que no ha cometido otra falta que cumplir estrictamente sus propios deseos.

Sacrificar a Rivera es la voz de orden, y se le sacrificará sin consideración; y esa intención será acción en una y otra margen del Plata.

"Mire mi general —le sigue diciendo Rivera a Rodrí- "guez —que V. E. va a poner una corona de laureles a los ene- "migos, con la dislocación de ese cuerpo; les da Ud. una batalla "por que ganan en diferentes modos y resultan a su favor el "que tengamos un cuerpo con la costumbre de la guerra sobre "el cual podríamos formar los demás del ejército que está a "organizarse.

"Ultimamente, mi general, esta tropa va a dispersarse "indudablemente, unos se convertirán en fascinerosos, otros se "refugiarán a los enemigos, el pueblo dudará de la buena fé con "que se procede por el Gobierno y esto vendrá a ser un caos de "males. Así mismo general, vea V. E. el compromiso en que me "ha puesto con el Gobernador Lavalleja, quien como V. E. y el "Gobierno dicen, está discorde en la marcha del orden.

"Quedo en el mismo compromiso para con los oficiales "del cuerpo; yo he sido una víctima de las medidas de V. E.

" y del Gobierno y ahora me quiere V. E. comprometer de un
" modo cruel con la plebe para que sirva de pasto a sus resen-
" timientos y venganzas, sobre todo si el general Lavalleja no
" está conforme, esto es proporcionarle materiales para sus
" opuestos miras; disgustando a esta tropa la plebe de todo el
" país se alarmaría contra nosotros y con élla lo general del
" país, de quién tenemos que valernos para que nos presten sus
" recursos para llevar la guerra que tenemos empeñada. Ud. mi
" general me contestó: yo no he de hacer lo que quieran los sol-
" dados; yo no soy general como Ud. A lo que repetí: general,
" mire V. E. que este país se pierde, que la guerra va a parali-
" zarse, que los enemigos se reforzarán y todos serán momentos
" de amargura.

" No señor, no capitulo con nadies, dice Rodríguez, y si
" acaso el arreglo se ha de hacer pésele a quienes le pese, he
" de fusilar la mitad de ellos.

" A esta contestación le hablé con la crianza que acos-
" tumbro, pidiéndole permiso para retirarme a la capital con el
" objeto que había solicitado meses antes. Me lo concedió y partí
" al día siguiente." (Revista Histórica. — Manifiesto del general Rivera, publicado en Buenos Aires el 19 de setiembre de 1826.)

Y Rivera se va, anota Brito del Pino, en la mañana del 18 de julio.

Rivera se va a Buenos Aires acompañado solamente del capitán D. José Augusto Posolo, por el valiente y leal Posolo. Ya no llega su compadre Lavalleja para despedirlo y chancear con el que marcha a lo charrúa. Rivera se detiene brevemente en la villa de la Santísima Trinidad de Porongos y luego sigue para atravesar el Uruguay en una débil embarcación, frente a Las Vacas. Pronto nuevos tormentos flagelarán espiritual y físicamente a este hombre que ha contribuído como nadies para levantar un pueblo contra el opresor. La intriga y la calumnia lo perseguirán despiadadamente, hasta que su patriotismo impulsado por su talento y su fuerte brazo la destruyan. Es un predestinado de la gloria. Sufrirá cruelmente, pero resurgirá como un sol en el resplandeciente firmamento rioplatense. Hará de nuevo batir furiosamente las campanas de mil pueblos y la artillería con sus salvas se asociará al delirante entusiasmo de los patriotas que aclamarán fervorosamente su nombre y sus nuevos triunfos.

Pocos días después, Rodríguez eleva un informe sobre estos sucesos y dice: " que la medida que tomó con el hasta enton-
" ces Cuerpo de Dragones, disgustó al Brigadier General don
" Fructuoso Rivera, como si aquel cuerpo fuese la propiedad de
" un individuo y ha pedido la separación del ejército y pasa-
" porte para pasar a la capital que le ha sido acordado por él
" que suscribe, no hallando medio para conciliar las pretensio-

" nes de aquel general con los intereses nacionales, que ha de-
" bido consultar ante todo el que suscribe." (Palomeque. — Misiones.)

¿Interés nacional? No, Rodríguez persiguió un fin personal bien definido; quiere justificarse con Lavalleja con el que puede actuar en adelante.

oooOOooo

Según un cuadro de efectivos de las fuerzas orientales del 14 de marzo de 1826, el Regimiento de Dragones tenía 495 plazas, y de estos, unos 200, se encontraban operando a órdenes del mayor Bernabé Rivera en la región del Arapey por disposición del general Rodríguez, cubriendo a las fuerzas de infantería que aún permanecían estacionadas en San José del Uruguay; ocupándose ademas esos Dragones, en la requisa de ganado para el servicio del ejército.

En consecuencia, en el Durazno sólo se encuentran el 14 de julio unos 300 Dragones, aproximadamente, y es contra esas fuerzas que el General en Jefe ha tomado la inoportuna medida de disolución, distribuyendo esos elementos entre otras unidades del ejército.

Dejemos nuevamente la palabra al general Rivera, testigo de una parte de de los sucesos que lo lesionan profundamente y deciden su separación definitiva del ejército, después de haber agotado todos los recursos para la conservación de ese su querido regimiento, y veamos su informe elevado al Ministro de la Guerra el 14 de agosto, donde narra los acontecimientos desde su orígen.

"El Brigadier Rivera marchó con ellos (después de rein-
" corporarse en Manantiales al general Rodríguez, conduciendo
" los Dragones) y llegó el 13 del mismo (julio) al campamento
" que ocupaban los Dragones que de antemano había en el Ejér-
" cito Nacional. Fué dada la orden por el señor General en Jefe
" la tarde del 14 para que en la mañana del 15 hiciesen parada
" los Dragones en su propio campo distante como ocho cuadras
" de la línea del ejército: se cumplió con ella y hallándose to-
" dos formados se acercó el teniente coronel don Juan Zufriate-
" gui, quién por orden del mismo señor general, entresacó de
" la formación 114 hombres que hizo marchar a la presencia
" del jefe, quién recibiéndolos, ordenó en el acto, su distribu-
" ción en los demás cuerpos del ejército en que fueron desar-
" mados y traídas sus tercerolas en la carretilla del mismo se-
" ñor general. S. E., el señor Ministro de Guerra, debe estar
" cierto, que aquí fué el origen del disgusto de los Dragones pa-
" ra llevarlos al estado en que hoy se hallan. Algunos jefes y
" oficiales con sargentos y soldados, fueron al cuartel de Ri-
" vera a noticiar esta medida de que estaba ignorante, manifes-

" tando con el mayor desagrado y enojo que era el más grande
" agravio que podía inferirse a todo el cuerpo, la separación de
" aquellos compañeros de armas. No puede ponderarse el grado
" de encono que estos hombres manifestaron y las amenazas
" que produjeron cubriendo a Rivera de la mayor angustia y le
" obligaron a ir a la presencia del señor General en Jefe, a quién
" representó la inoportunidad de esa resolución y sus fatales
" consecuencias que consideraba como indispensables. El señor
" general estuvo por lo que había dispuesto.

"En esa tarde hizo comparecer a todos los sargentos
" primeros, ordenándoles que al día siguiente se le presentasen
" a recibir sus pasaportes para la capital, donde merecían las
" mejores consideraciones, trayendo la más favorable recomen-
" dación para la continuación de sus servicios; los sargentos
" agradeciendo y resistiendo al mismo tiempo estas ofertas, su-
" plicaron al señor general que les permitiese la continuación
" de sus servicios en su propio país, donde se habían coronado de
" gloria. El señor general repuso entonces que se retirasen, inti-
" mándoles la comparencia ordenada so pena de que haría fu-
" silar a los que no la cumpliesen. Salir de allí y hacer su fuga
" los mismos sargentos fué una sola cosa; tras ellos hicieron lo
" mismo diferentes trozos de los Dragones de forma que el día
" 16 ya se habían ausentado del ejército al pie de 300 hombres.
"Son de omitir aquí por no molestar al señor Ministro varios
" lances particulares del señor General en Jefe con diferentes
" individuos de dicho cuerpo que han ido preparando esa falta
" de confianza, de voluntad y obediencia que se siente en los
" Dragones."

De esto, como se ha dicho y apreciado, Rivera fué testigo; pero los sucesos posteriores los conoce por intermedio de una persona de su amistad, la que lo entera detenidamente y así lo establece el caudilllo en la siguiente versión:

" Por el vecino de San Salvador don Manuel Llupes, he si-
" do informado que estando muy descontentos los Dragones que
" existían en el Ejército Nacional, fugaron armados y se diri-
" gieron al Arapey donde se hallaba el mayor don Bernabé Ri-
" vera con cerca de 200 hombres de ellos mismos, que venían
" conduciendo el ganado que habían podido extraer del territo-
" rio enemigo en consecuencia de órdenes de S. E. el señor Ge-
" neral en Jefe que para ello tuvo el dicho mayor; que a su in-
" corporación con sus compañeros se pusieron estos de acuerdo
" con los fugados y de sus resultados el mismo mayor Rivera
" vino a dar cuenta del suceso al General en Jefe e instruírlo
" de su resolución y pormenores que había presenciado. S. E.
" dispuso que regresase Rivera con orden de que permaneciesen
" en el punto donde se hallaban, que allí serían asistidos y paga-
" dos en conformidad de las listas que se le debían pasar, bajo
" la calidad de que la tropa no conviniese, dijese a los oficiales

" que la desamparasen y se viniesen. Así lo hizo Rivera; pero
" ni la tropa, ni los oficiales estuvieron por las propuestas del
" general, fundando recelos en ellas mismas y de todo dió Ri-
" vera nueva cuenta por escrito. Esta gente resolvió entonces
" acercarse al Dayman donde entregaron el ganado que traían
" al teniente coronel don Bartolo Quinteros y allí partieron con
" dirección al Río Negro. Esta ocurrencia hizo tomar al señor
" General en Jefe, la medida de mandar con gente al comandan-
" te don Anacleto Medina hacia ellos, lo cual sabido por los Dra-
" gones destacaron a encontrarlo una fuerza que debía obrar en
" consorcio de una partida situada de antemano en Villasboas, de
" otra en el Caballero y de otra que venía a la expectación de
" Medina; todas tres descontentas. Este era el estado de las
" cosas que preparaban un día infortunado ....
" ....
" ....

" Arrancado, pues, este mal de la conducta que con ellos
" ha guardado S. E. el señor General en Jefe, sin traer a consi-
" deración los motivos que S. E. haya tenido para ello, pues ha-
" ciéndolo la justicia debida no son de presumir otros que los
" que tendiesen al bien común y obren en consonancia de sus
" instrucciones estando cierto por otra parte que ya a los Dra-
" gones no serán agradables cualesquiera de las resoluciones de
" S. E. temiendo en fin que a imitación de este ejemplo pueda
" repetirse la escena, es de desear vaya a sustituir a S. E. el
" señor General en Jefe del Ejército Nacional un otro general
" que con su crédito y prudencia haga restituir esa confianza
" y afecto que constituyen la verdadera subordinación. El bri-
" gadier que suscribe se atreve a indicar el general que en estas
" circunstancias puede conciliar las cosas haciéndolas arribar a
" un término feliz.

" El valor, suficiencia, crédito público y demás cualida-
" des conducentes que adornan la persona de S. E. el señor Mi-
" nistro de la Guerra, le señalan para la ocupación de aquel pues-
" to y endulzar las amarguras que hoy padece la patria." (Palomeque. — Misiones. — Informe del general Rivera al Ministro de la Guerra, general Carlos María de Alvear, hecho en Buenos Aires el 14 de agosto de 1826.)

Rivera ha sido testigo de los sucesos que se desarrollaron entre el 14 y el 18 de julio, día este en que se retira hacia Buenos Aires después de haber agotado todos los recursos para convencer al general Rodríguez de que no proceda de acuerdo con esa su tan grave resolución. Por eso se va Rivera, abandonando al que considera arbitrario para con él y sus viejos compañeros; colocándolo adrede y calculadamente en desairada posición ante el ejército y ante el general Lavalleja.

Sabiendo su pasaje por Porongos, se le reunen allí algunos Dragones, a los que ordena presentarse al coronel D. Ma-

nuel Oribe, y al efecto escribe al general Rodríguez. (Diario de marcha del coronel José María Paz.)

En el informe del 14 de agosto, Rivera opinaba patrióticamente que debía ser Alvear el sustituto del general Rodríguez; opinión sana y completamente al margen del juego que realizaba Lavalleja en el mismo sentido; por que Rivera conocía a Alvear como soldado y como hombre, y creía firmemente que primando el primero sobre el segundo, realizaría la obra de concordia a que aspiraba su noble corazón.

Ausente Rivera de la Banda Oriental, se redobla contra éste la campaña de intrigas y calumnias, tendiente a destruir su enorme prestigio, edificado y consolidado a través de una distinguida actuación y ya profundamente arraigado en el alma popular.

Las flechas parten de todas direcciones, y así vemos a D. Miguel Gregorio Planes escribir a Lavalleja desde Colonia, el 20 de julio, cuando ha visto alejarse a Rivera rumbo a la capital porteña:

" Se que un tal Zalado (Gregorio Salado) que se ha he-
" cho gran amigo del señor don Frutos solicita el mando de este
" departamento y si se cierto, podría ahorrar mucho con acer-
" carme por que haría dimisión al instante." (Archivo Lavalleja. — Carta de Miguel Gregorio Planes al general Lavalleja, del 20 de julio de de 1826.)

El capitán Gregorio Salado era oriental y hermano del teniente del mismo apellido, ayudante de Rivera, que muriera combatiendo heroicamente en Sarandí; pero don Gregorio es amigo de don Frutos y esto en esas circunstancias era una falta muy grave, por lo que tendrá que emigrar a Santa Fé y será una figura destacada en la reconquista de Misiones.

Volvamos a la sublevación de los Dragones y al informe que al respecto eleva el general Rodríguez, el 9 de agosto:

" La partida de 112 hombres (Rivera da 200) de los de-
" nominados antes Dragones que obraban sobre el Arapey a las
" órdenes del mayor Bernabé Rivera, la que se sublevó. El jefe
" don Bernabé se trasladó entonces al Río Negro y antes de te-
" nerse la noticia de este hecho se presentó al infrascipto el re-
" ferido mayor y manifestó la ocurrencia indicada que expresó
" tener su origen en la disolución del cuerpo para mezclarlo
" con los demás del ejército solicitando ahora que dicho cuerpo
" volviera al estado que tenía y que viniese el general Rivera . .
" . . . .
" manifiesto también el mayor expresado que el había hecho
" cuanto era posible para hacerlo retroceder de tal resolución
" pero que todo había sido inútil, de cuyas resultas se había
" visto obligado a presentarse personalmente al infrascripto
" para darle cuenta de todo."

Y en consecuencia el general Rodruíguez dispuso, que el mayor Rivera:
" regresase al lugar en que se hallaban los sublevados a empe-
" ñarse en conducirlos nuevamente a continuar el servicio que
" habían estado ejercitando sobre el enemigo y que remitiese
" el presupuesto de una paga a cuenta de los haberes vencidos
" de ellos." (Palomeque. — Misiones.)

El regimiento de Dragones casi en su totalidad se había separado del ejército para orientarse hacia el Aparey, donde se encontraba el mayor Bernabé Rivera al frente de un escuadrón de la misma unidad, al que también se le unen las milicias de Paysandú a órdenes del comandante D. José María Raña, el que por su grado toma el comando de los disidentes, mientras se realizan las necesarias gestiones para un honorable arreglo.

Bernabé Rivera, espíritu elevado, comprende la gravedad de la resolución tomada por su regimiento y después de entregar el ganado que traía para las fuerzas de infantería estacionadas en San José del Uruguay al comandante D. Bartolomé Quinteros, resuelve ir en persona a conferenciar con el general Rodríguez, a quien le expresa la razón del resentimiento y separación de esa fuerza del acantonamiento del Durazno y lo que estos solicitan, que consiste, en el mantenimiento de la unidad tal cual como estaba antes de estos acontecimientos y el retorno del general Rivera, ya que por ellos éste se había separado del ejército; accediendo Rodríguez solamente a lo que se refería a la primera parte y tal es así que le ruega a Bernabé que continúe con esa fuerza en el desempeño de la primitiva misión. Pero Rodríguez no procedía de buena fé, por que mientras así se conduce con Bernabé, simultáneamente disponía que el Escuadrón de Coraceros, unidad bonaerense del Ejército Nacional a órdenes del comandante don Anacleto Medina, se aproximase a las fuerzas disidentes que se encontraban en la barra del Arroyo Tres Arboles y las redujese, misión un tanto difícil ya que las fuerzas argentinas eran inteligentemente observadas desde los pasos del Río Negro desde donde se adelantaron descubiertas hasta los arroyos Caballero y Villasboas.

Es en esa circunstancia que un Dragón dominado por el pánico, llega hasta la avanzada que comanda el teniente Santana, diciendo:

"Que los del Ejército Nacional lo habían perseguido,
" muerto y acuchillado a varios de ellos y que venían a exter-
" minarlos." (Palomeque. — Misiones.), lo que induce a algunos soldados a tomar represalías, según explica Bernabé Rivera a Lavalleja en comunicación del 4 de setiembre.

Los jefes, tanto Raña como Bernabé Rivera, nunca permitieron, en mes y medio que duró el conflicto, que sus subordinados ejerciesen ningún acto de hostilidad contra el Ejército Nacional y sus comunicaciones.

Artigas, en parecidas circunstancias procedió de muy distinta manera, ya que contra Sarratea y poco después contra Rondeau y Alvear, dispuso y dirigió hostilidades contra las fuerzas de Buenos Aires a las que después combatió enérgicamente; y Güemes en Salta no procedió de distinta manera contra el Ejército del Alto Perú del que el mismo general Rodríguez era segundo jefe. Se podrá argüir de que el volúmen de los personajes fué distinto, pero las razones eran las mismas y las mismas por las que luchó Lavalleja en San José contra don Ignacio Nuñez, después de haber resistido a Rodríguez durante seis meses.

Las causas directas de estas incidencias es el arraigado espíritu provincialista; que si se reconoce y acepta en la actitud de Lavalleja, también late y con la misma fuerza en esos otros corazones orientales.

Es por ese doblés del carácter de Rodríguez que se cierne la amenaza de guerra civil, guerra que Raña y Bernabé quieren evitar a toda costa; pero no pueden impedir que una de sus partidas de descubierta, en una desgraciada reacción, se apodere el 30 de agosto y como represalía, del carretón en que van los efectos personales del general Rodríguez:

Refiriéndose a este incidente, Bernabé Rivera escribe al general Lavalleja, comunicándole la forma como se desarrolló el suceso y agrega feririéndose al jefe de la partida, teniente Santana, a quién pertenecía el Dragón que llega con el informe de la persecución:

"Este oficial creyó con bastante facilidad este acerto y " como la tropa de su partida pidiese venganza, el dicho oficial no " pudo contenerla y se llevó a efecto lo que a V. E. y a mí y a " todos los que tienen honor les causará el mayor disgusto. Es- " to es lo que ha pasado y yo me pongo inmediatamente en " marcha para recoger todo lo sustraido del carretón e igual- " mente para evitar alguna nueva desazón si la gente que ha " marchado del ejército se aproxima donde está el capitán Ca- " ballero y se efetúa algún acto de imprudencia. Por lo demás " puede V.E. hacer presente al señor general mis sentimientos " por esta desgracia la que será reparada en cuanto dependa " de mi. Por lo que V. E. me dice de ponerme en observación " del enemigo yo siempre estoy pronto y solo espero instruccio- " nes de V. E. sin embargo de que esta tropa está bastante " desprovista de armamento y montura." (Palomeque. — Misiones).

Al día siguiente vuelve Bernabé a escribir a Lavalleja protestando por los derechos de la provincia y contra la inconsulta actitud de Rodríguez: "Para con los jefes y oficiales, tal " vez los más respetables de esta provincia y con sus mismos " habitantes." (Palomeque. — Misiones.)

¡Los derechos provinciales! ¿Cuándo fueron considerados y respetados por los hombres de Buenos Aires, imbuídos de un enconado espíritu autoritario, cerrado y egoísta?

El 4 de setiembre ha escrito Bernabé al Gobernador Provisorio, D. Joaquín Suárez, para defender su posición, diciéndole:

"El que firma hace presente al señor Gobernador que " está siempre pronto para recibir las ordenes del señor General en Jefe, esto es, las que tiendan a batirse con el enemigo " común de la patria, pero en ninguna manera para nivelarse " al cuadro degradante que están formando sus antiguos compañeros dignos de mejor suerte y consideración. En este supuesto el señor Gobernador puede estar tranquilo y confiado " en que jamás las armas que dirige el que firma servirán para " mezclar en desgracias al país como se sospecha; sino para contribuír a la destrucción de los enemigos, pero haciéndose los " que las cargan el lugar que tan dignamente se merecen. A " V. E. le consta por mis anteriores que nuestro único deseo " era hacer la guerra al enemigo común de la patria, y habíamos ya olvidado toda clase de resentimientos apesar de la " grande injusticia que se nos ha hecho, pero ahora que nos lo " recuerdan si acceden a nuestra solicitud estamos dispuestos " a toda clase de sacrificios a **reclamar los derechos de la provincia**. Ya no lo hace V. E. ni el Gobierno de ella, nos creemos " con derecho para ello como ciudadanos y como hombres llenos " de sacrificios por nuestra patria." (Palomeque. — Misiones.)

Raña como jefe superior de los disidentes, también ha escrito al general Rodríguez:

"Si V. E. no quiere ver annegada en llanto una provincia que ha dejado atrás en heroismo a cuantas alumbra el sol " de la libertad y si quiere armarse de gloria y de opinión pública y al mismo tiempo hacer temblar al Imperio, vacilante " que aún quiere medir su espada con la nuestra, le suplico que " con la mayor brevedad posible haga venir a ponerse a nuestro " frente y dirección al inclito general don Fructuoso Rivera y " a los demás jefes y oficiales de concepto y valor que habiendo " bañado heroicamente su espada con la sangre de los tiranos " en los inmortales Haedo y Sarandí; han sido separados de " las filas de sus compañeros cuyo sentimiento únicamente se " borrará volviendo al estado en que se hallaron el día en que " la patria necesitó más de sus servicios." (Palomeque. — Misiones.)

Lavalleja, de acuerdo con el General en Jefe, ha iniciado personalmente gestiones con los oficiales disidentes y acompañado al efecto por el coronel Escalada se entrevista el 8 de agosto con el capitán Felipe Caballero y la conversación mantenida con este oficial ha impresionado al jefe argentino a tal punto, que lo induce a tener un violento incidente con el te-

niente coronel D. Juan Zufriategui, por haber éste manifestado que se debía proceder:
"a sangre y fuego contra los patriotas, que por sus disenciones
"se habían separado del ejército. Escalada lo trata de proscrito
"que solo ha derramado sangre de hermanos y aún tenía sed
"de más, pero nunca la del enemigo." (Diario del ayudante Brito del Pino.)

Juan Zufriategui, como su hermano Pablo, era un Caballero Oriental y en consecuencia su opinión no podía ser favorable a los oficiales disidentes.

Lavalleja insiste y vuelve a conferenciar con Caballero, pero este se mantiene irreductible en su posición y criterio que sostiene valientemente.

Alvear toma poseción del comando del ejército el 1º de setiembre, relevando por fin de ese cargo al general Rodríguez, verdadero causante de todas estas incidencias y el que permanecerá aún varios días en el Durazno.

El 3 de setiembre, el teniente José Brito del Pino que presta servicios en el Estado Mayor del Ejército Nacional y que ha tenido que salir en comisión, se encuentra con el mayor Bernabé Rivera, el que le entrega dos cartas para Lavalleja y le pide que si el general Alvear le preguntase si lo había encontrado:
"Que no hiciese misterio y que le dijese francamente lo que
"querían, que era la reorganización del Cuerpo de Dragones y
"la colocación de los jefes de la provincia en los puestos en que
"antes se encontraban; que ellos habían libertado la provin-
"cia y que no era justo dejarlos abandonados." (Diario del ayudante Brito del Pino.)

Vuelto Brito del Pino al Durazno, a donde llega el día 4, y después de hablar con el General Rodríguez se entrevista con Alvear, a quién informa detalladamente de lo conversado con Bernabé. Molestose Alvear al extremo de tirar lo que estaba comiendo y dominado por la más intensa ira, grita:
"Esto parece juego de compadres y yo canejo he de fusilar
"aunque sea un general."

¡Cómo! ¿Alvear piensa fusilar a un general; ¿A qué general; ¿A Rivera? Indudablemente debe ser a éste, ya que algo terrible se estaba gestando contra el caudillo. Algo que aún permanece reservado y en lo que el comando del ejército y el Gobierno están identificados. El ayudante Brito del Pino que ha escrito esas palabras en su diario —que lleva al día en esa época— ni remotamente sospecha el atentado que se realizará once días después en Buenos Aires, pero ha dejado entrever la inteligencia de Alvear con posteriores sucesos.

Brito del Pino por su amistad con Bernabé, es comisionado nueavmente el día 5 para trasladarse al Paso de los Toros, sobre el Río Negro, en cuya margen Sur se en-

cuentra el coronel Brandzen con su regimiento de caballería Nº 1 y en la opuesta, el disidente capitán Caballero con una partida de Dragones, dueños del único bote existente en un río extraordinariamente crecido.

La misión de Brito del Pino consiste en traer el equipaje del general Alvear desde donde lo encontrase, interesándose Rodríguez en que le consiga un anteojo y unos libros de sus saqueadas maletas.

Brito del Pino llega al campamento de Brandzen en la barra del Tala, donde se entera que este jefe ha conversado con Bernabé Rivera al que da razón y considera que:
" se le ha engañado horrorosamente y al efecto ha enviado al capitán Velazco al cuartel General."

El día 6 Brito del Pino se dirige por la margen Sur del Río Negro al Paso de Don Pablo, donde es detenido por una partida de orientales, hasta que llega el capitán Caballero, con el que después de abrazarse se dirigen al Paso de Quinteros; llegando al día 7 a la barra del Arroyo Tres Arboles, Cuartel General de los disidentes, donde encuentra a Raña, Bernabé y Araucho a quienes reclama los efectos del general Rodríguez. Rivera le expresa su disgusto por ese atentado, dándole seguridades de que los efectos sustraídos serán remitidos a su dueño.

Esa noche llegan los capitanes Vera y Berdun con 60 hombres, con lo que aumenta el considerable número de oficiales y tropa en esa hostil actitud.

El 8 Raña recibe carta del general Alvear, comunicándole la salida del general Lavalleja y coronel Laguna con el fin de conferenciar y tratar de arreglar rápida y honorablemente para las dos partes ese enojoso asunto; y poco después es Bernabé quién recibe una comunicación, pero ésta es de Lavalleja, el que lo invita para una entrevista a realizarse en el Paso de los Toros, lugar al que se dirige inmediatamente Bernabé, después de consultar a Raña, el que ese misma tarde sale para encontrarse con Laguna en la posta de la Vieja Orosia, en Averías.

El 9 regresa Bernabé, diciendo, que a las proposiciones que le hiciera el general Lavalleja, no pudo responder definitivamente en razón de que Raña era el jefe de mayor grado y a quién le daría cuenta como correspondía de las ofertas que se le habían hecho, por lo que arreglaron una segunda conferencia para el Paso de Don Pablo, lugar al que deberán concurrir al día siguiente Raña, Araucho y Rivera; pero el primero que ha vuelto sin haberse encontrado con el coronel Laguna, recibe una comunicación de este jefe en la que le decía que lo estaba esperando.

El 10 de setiembre aparece recién el teniente Santana, quién interrogado sobre los efectos del general Rodríguez, promete entregar el anteojo y los libros que en ese momento no tenía. Este mismo Santana termina la campaña en 1828 con el

empleo de capitán y permanecerá adicto y como persona de absoluta confianza al general Lavalleja, hasta su trágico fin en Río Grande, al iniciarse la campaña Farrupila.

Mientras Raña parte nuevamente para Averias, Rivera, Araucho y otros oficiales se dirigen al Paso de Don Pablo, con el fin de encontrarse con Lavalleja, y según anotó Brito del Pino al respecto, resultó que:

" Vueltos de tarde, Raña dice que se le han prometido
" garantías por su conducta y que se dirigiesen reunidos a si-
" tuarse en el Queguay."

y Rivera a su vez, da cuenta detallada de los resultados de su misión:

" y sus palabras son atestiguadas por los oficiales que lo acom-
" pañaron; expresa que Lavalleja les ha dicho; que lo que le
" pedían era justo, que el general Rodríguez había cometido mu-
" chas injusticias para con ellos; que estaba autorizado para
" prometerles a nombre de S. E. el general Alvear la reorgani-
" zación del Cuerpo de Dragones y colocación de todos los je-
" fes y oficiales de la provincia en los cargos que antes desem-
" peñaban, que si S. E. faltaba a esta promesa, tendría el dere-
" cho a decirse que lo habían engañado; que en lo tocante al re-
" greso del general Rivera, S. E. decía que no estaba en sus fa-
" cultades el hacerlo venir, pero que él oficiaría a la Sala de
" Representantes para que esta lo pidiese al Superior Gobier-
" no de la Nación, que en esta virtud fuesen a situarse en el
" Queguay, a lo que responden unánimemente que estaba bien,
" pero si no se cumplía, se entendiera que lo prometido estaba
" anulado."

De acuerdo con los términos de este formal arreglo, a la noche se reunen los oficiales disidentes y resuelven marchar al Queguay en cumplimiento de lo verbalmente pactado con Lavalleja, mientras Bernabé llegará hasta el Paso de los Toros para retirar las guardias y entregar el bote al coronel Brandzen.

Lavalleja expresó a Bernabé Rivera y a los oficiales que estuvieron presentes en esa conferencia, que escribiría a la Sala de Representantes para que ésta solicitase los servicios del General Rivera al Poder Ejecutivo Nacional. ¡Cinco días después, los amigos de Lavalleja y Alvear ordenaran su prisión y se le perseguirá por traidor!

Es posible que Lavalleja estuviese al margen de la intriga, pero su conducta al siguiente día hace pensar en forma muy distinta, ya que el día 11 Bernabé y Brito del Pino marchan al Paso de los Toros, donde en las inmediataciones, las avanzadas les comunican que los porteños los estaban tiroteando. Brito del Pino se queda en la casa que da sobre el paso, mientras que Rivera se dirige a conversar con Brandzen, al que ha comunicado este deseo anticipadamente, recibiendo la contestación de que Alvear se encontraba con él y a quién podía entrevistar si así

eran sus deseos. A pesar de las serias prevenciones que le hacen sus compañeros, Bernabé cruza decidido el río y con ese motivo escribió Brito del Pino:

"Yo cuando vi que pasaron los caballos de él y los orde-
" nanzas, no dudé que lo habían tomado."

Brito del Pino quizo seguirlo, pero la guardia se lo impidió, por lo que regresa al campamento de Tres Arboles donde llega a las 11 de la noche, encontrando ya allí a Araucho, el que ya conocía la prisión de Bernabé; novedad que trasmitió inmediatamente a Raña, jefe de los disidentes el que desentendiéndose del compromiso contraído con su desgraciado compañero, se somete sin protestas al coronel Laguna. Lavalleja, jefe de las fuerzas orientales, no cumple con lo pactado. Elevándose sólo una airada y viríl protesta, la del digno y pundonoroso Brandzen.

Bernabé Rivera permanecerá detenido durante dos meses, hasta que en la noche del 8 de noviembre logra fugar acompañado de cuatro granaderos. En vano se le buscará batiéndose el monte en el Paso Hondo del Arroyo Grande con un batallón de infantería, enviándose partidas en su persecución y expidiéndose circulares a todas las autoridades. El nuevo procrito sabe eludir a sus enemigos, presentándose poco después a su tío en Santa Fé, refugio seguro de los patriotas perseguidos.



La actitud de los oficiales y tropa del Regimiento de Dragones y de las milicias de Paysandú respondía y estaba perfectamente de acuerdo con las doctrinas y costumbres de la época. No existía la nacionalización del ejército, lo que llega a realizarse en la Argentina después de la batalla de Pavón en 1861, en que Buenos Aires triunfante consigue imponer que todas las fuerzas armadas, pasasen sin excepción a depender del Poder Central; quedando establecido con carácter permanente en la Constitución Argentina de 1865. Hasta entonces las provincias mantuvieron sus propias fuerzas militares, con sus cuadros de oficiales, su entretenimiento, etc. La Banda Oriental en lucha con el Brasil, mantenía su ejército provincial; y el llamado Ejército Nacional era el que alineaba la provincia de Buenos Aires con el aporte de sus cuantiosas rentas. Era tan respetable la actitud de los orientales disidentes al exigir la integridad y respeto de su organización e inamovilidad de sus oficiales, que esta conducta es aceptada y reconocida por el propio Gobierno de Buenos Aires en los acuerdos que realiza el 2 de octubre de 1827 con las provincias de Santa Fé, y poco después con Entre Ríos y Corrientes; acuerdos en que se trata la forma en que cada una contribuirá con nuevos contingentes en la guerra que se sostiene contra el Brasil.

El artículo 3º del convenio establecía:

" Dominado asimismo el Exmo. Gobierno de la Provincia " de Santa Fé del sentimiento nacional por la libertad Oriental " y por el honor e integridad del territorio del Estado, sin dete- " nerse en arrostrar todo género de sacrificios se compromete " y obliga a mandar en auxilio de aquella, a la mayor brevedad ' 'posible una división de 300 hombres de caballería con sus " competentes oficiales y jefes acreditados por su valor y ex- " periencia, los que no podrán en ningún caso ser removidos por " el General en Jefe del Ejército sin previo sumario que justi- " fique el crimen, que justifique su separación, el que será re- " mitido al que preside los negocios de la guerra y este lo tras- " mitirá al Gobierno de la Provincia. La enunciada división mi- " tar no podrá tampoco dividirse ni repartirse entre los diversos " cuerpos que forman el Ejército, sino que se conservará siempre " íntegra y con su denominación Provincial." (Palomeque. — Misiones.)

Es la doctrina defendida por el general Rivera, por su hermano, por Raña, por Araucho, Caballero y los demás oficiales disidentes, contra el absorvente espíritu de los hombres de Buenos Aires.

Felizmente Alvear comprende el valor del Regimiento de Dragones y lo mantiene comandado por uno de sus viejos oficiales, Servando Gómez.

oooOOooo

CAPITULO III

EL GENERAL RIVERA EN BUENOS AIRES — REVELACION DE SU PLAN A DORREGO — ORDEN DE PRISION Y FUGA — MANIFISTO DE RIVERA — DOCUMENTOS FRAGUADOS — RIVERA EN SANTA FE

Llega el general Rivera a Buenos Aires, donde reina una caldeada atmósfera política, y entretiene su nostalgia y preocupaciones entre comentarios de los sucesos de la guerra y los debatidos problemas de su tierra, escuchándosele con vivo interés, ya en animadas tertulias sociales o en círculos políticos, donde los caudillos de la oposición se disputan a este general de 36 años.

La capital ve desmoronarse el último Gobierno constitucional Unitario que preside Rivadavia, el que se resiente de los cional Unitario que preside Rivadava, el que se resiente por los enérgicos ataques del Partido Federal que acaudilla el coronel D. Manuel Dorrego. Las ideas y principios de Artigas se proclaman triunfalmente en todas las provincias argentinas, ahogando en la capital a los sostenedores del sistema Unitario.

Rivera, precedido de una aureola de leyenda, conquistada en una larga y distinguida actuación de 16 años, que ha combatido contra los españoles, porteños, portugueses y brasileros, ya en el sitio de Montevideo, en la Azotea de Don Diego, en el Guayabo, India Muerta, Rincón y Sarandí; que ha sido Gobernador militar de Montevideo y discípulo dilecto de Artigas, padre de la Federación, —Rivera, caudillo indiscutido y jefe de valer, se enrola, siguiendo sus democráticas ideas, en el partido de la oposición. Rivera es Federal y amigo de Dorrego, con quién cambia ideas y le trasmite sus inquietudes y proyectos.

Su presencia en la capital inquieta al Gobierno, el que lo considera un poderoso enemigo político por su enorme prestigio en la provincia Oriental.

Hasta Rosas que acaudilla al elemento campesino del Sur de Buenos Aires, no puede contener su admiración y en una comida en honor del caudillo, rompe entusiasmado el frío protocolo levantando su copa para brindar por el GAUCHO RIVERA. ¡EL GAUCHO! Para Rosas es la expresión más elevada de patriotismo, valor, leatad, generosidad, hidalguía y nobleza; por que Rosas es el primer gaucho de la provincia de Buenos Aires y aún está muy lejos de entrever el rol que el destino le tiene señalado.

Baldrich ha establecido que Rivera, revela a Dorrego en este período y en varias conferencias, la idea de trazar con la espada el límite del Imperio del Brasil en las márgenes del Río Pardo. Pensamiento del caudillo acariciado de tiempo atrás y expuesto después por el propio Dorrego al Dr. Vicente López

en su breve período presidencial, luego de la renuncia de Rivadavia.

Rivera piensa en las Misiones, o mejor dicho, ya pensó cuando al Norte del Río Negro controla a Barreto en 1825 y ese mismo pensamiento ha madurado en el Durazno cuando se lamenta de la quietud en que es mantenida su espada. Esa idea se afirma cuando persigue a Bentos Manuel Riveiro al Norte del Cuareim y con esa idea nace un plan de operaciones que expone en Buenos Aires a sus amigos.

Poco está Rivera en la capital para sostener sus interesantes ideas, ya que es considerado un hombre peligroso para las intenciones unitarias de los gobernantes y al efecto preparan el instrumento que lo anule. Alvear ya lo ha dicho. ¡Fusilará a un general! Los dirigentes unitarios del Gobierno y del ejército están en el secreto.

Rivera no oculta sus relaciones con Dorrego y los primases de la oposición, que en esos momentos atacan ardiente y despiadamente con el fin de destrozar la Constitución Unitaria que se pretende imponer. Constitución que es resistida por la gran mayoría de las provincias argentinas. Se considera a Rivera como muy capaz de encabezar la oposición en la Banda Oriental, donde Lavalleja, Suárez y la Sala de Representantes se mantienen sumisos. Saben del espíritu levantisco de los orientales, siempre dispuestos a luchar por sus libertades y no en valde es la cuna del federalismo. Lavalleja, Suárez y la Sala de Representantes acatan, pero Rivera ....? Rivera es la prolongación de Artigas. ¡Hay que destrozarlo! Y si no se le sienta en un banquillo, las heridas que recibirá serán terribles para su reputación y prestigio.

oooOooo

Martín Rodríguez había remitido el 28 de agosto al Ministro de la Guerra, desde su Cuartel General en el Durazno, cinco cartas, que decía, habían sido interceptadas al enemigo. Dos de ellas firmadas por Juan Florencio Perea y las restantes per Enrique Xavier de Ferrara. Cartas que aparecen y son dadas a conocer en circunstancias verdaderamente críticas para Rivera, el que se ha separado del ejército por la incidencia conocida. El momento y el efecto de esas cartas fué inteligentemente calculado. Las de Perea están dirigidas a Bernabé Rivera y a Doña Bernardina Fragoso de Rivera y las de Ferrara fueron consignadas, una al general Rivera con fecha adulterada, y las otras dos a la esposa y al hermano del caudillo.

Es una intriga clara y burda e incapaz de engañar a un neofito, y sin embargo se utilizarán como instrumento contra Rivera, del que simulan dudar de su lealtad, patriotismo y sinceridad de sentimientos. No lo vieron acaso en Monzón esperar

a Lavalleja para plegarse al movimiento emancipador? ¿No recuerdan tampoco haberlo visto poco después en el Durazno proclamando, reuniendo y organizando a las fuerzas patriotas? ¿No luchó acaso como ninguno en El Perdido, Laureles, Mercedes, Paysandú, Rincón y caer como un rayo en Sarandí, donde fué el factor decisivo del éxito? ¿No realiza después la persecución en la que los jefes derrotados logran escapar con sólo 200 hombres? ¿Y no lo han visto volverse con la misma velocidad para dirigirse contra Barreto, deteniéndose por orden expresa de Lavalleja en el Arroyo Grande, cuando pudo haber conquistado fácilmente otro resonante éxito?

Esas cartas no prueban absolutamente nada y sin embargo se las hará valer. Comienza la intriga el General en Jefe, elevándolas al Ministro de la Guerra y diciendo en esa comunicación:

" Ellas han ratificado completamente el juicio que por " otros motivos y por la observación inmediata del jefe a quién " se complica, el General en Jefe había llegado a formar."
agregando después, que no creía necesario:
" detenerse a explanar las cuestiones que por estos documentos " se resuelven, ni menos deducir las observaciones que ellas su- " gerirán al Exmo. señor Minitsro de Guerra y Marina .... " y solo se limitaba a prevenir que no serían vanos los temores " que daría lugar la presencia del sindicado jefe en este territorio " principalmente o en cualquiera en que pueda ejercitar su in- " fluencia, aún indirectamente, en servicio de la causa de los ene- " migos por lo que parece decidido." (Palomeque. — Misiones.)

Pocos días después, el 7 de setiembre, Alvear al frente ya del Ejército Republicano, acusa a Rivera diciendo que este desde Buenos Aires mantenía inteligencia con Raña y Bernabé y de ser el promotor del movimiento anárquico agregando:

" El país perderá infinito si el Gobierno de la Repúbli- " ca no ve en esta predicción todos los caracteres de la evidencia " y no asegure una persona contra quien abundan los indicios " más vehemente y los temores más bien fundados." (Palomeque. — Misiones.)

Rivera ha estado con Alvear en Buenos Aires, al que ha manifestado su deseo de que sea designado jefe del ejército, como así resulta poco después; pero Alvear se encuentra con la incidencia de los disidentes y un fuerte partido que apoya al caudillllo, lo que conspira contra sus intereses e intenciones. Tres días después dirá tirando la comida: ¡Que va a fusilar a un general!

oooOooo

Sigamos ahora al ilustrado historiador don Isidoro de María en la ajustada versión de la fuga del general Rivera:

" Víctima de la intriga y la calumnia de sus rivales o

" enemigos ;se le imputaban trabajos de infidencias, confabula-
" ciones con el enemigo, forjando cartas en este sentido, que
" daban interceptadas del modo más inverosímil, en cuya con-
" secuencia se había acordado su prisión donde apurase el cális
" de la amargura.

" Sabedores de lo que se tramaba contra su persona, sus
" amigos don Ladislao Martínez y don Braulio Costa, se apre-
" suraron a ponerlo en conocimiento de don Agustín Almeida y
" de don Julián de Gregorio Espinosa; sus íntimos amigos, pa-
" ra que tratasen de ponerlo a salvo. Almeida se apersonó al
" general sin pérdida de tiempo a imponerle del peligro que co-
" rría y a preparar los medios de acuerdo con los otros amigos
" para que se evadiese. Rivera resistía, pero, vencido por los
" consejos de sus amigos, se resolvió a salir ocultamente de
" Buenos Aires y dirigirse a Santa Fé, con recomendaciones
" para el Gobernador don Estanislao Lopez.

" Convenidos de ello Almeida lo condujo en reserva a
" la casa del doctor Tagle, donde le proporcionó caballo con mon-
" tura y persona de toda confianza para que lo acompañase.
" Para proteger su salida apostó algunos hombres armados en
" las boca-calles, y se puso en camino el general afrontando los
" riesgos de la evasión a la que le obligó la necesidad de sus-
" traerse a la persecución de sus enemigos."

Mientras Rivera se orienta por la campaña de Buenos Aires con rumbo a Santa Fé, burlando las intenciones de sus enemigos, el Gobierno se expide en la siguiente forma:

"O R D E N

Buenos Aires, Setiembre 15 de 1826.

" Habiéndose ordenado el arresto del Brigadier General
" don Fructuoso Rivera para que respondiese en juicio público
" bajo las garantías que dan las leyes a los cargos que debe
" formársele sobre datos relativos al crimen de alta traición e
" infidelidad, y notándose que se ha ausentado de esta capital
" luego que supose le buscaba, se le llama, cita y emplaza por
" este edicto de orden del Gobierno para que en el perentorio
término de 24 horas se presente a esta Inspección General.

Miguel Soler"

(Palomeque. — Misiones.)

Veloces mensajeros conducen esta orden a todos los Gobernadores provinciales, donde no encuentra eco el llamado del Ejecutivo, por que su autoridad es resistida. Alvear fué el único que responde dictando severas medidas y conminando por una circular al Gobierno Oriental para que lo secunde en su acción contra el caudillo y sus amigos y admiradores.

Esa circular redactada en Averias, desde los propios campos de la familia de Rivera, decía:

CIRCULAR

"Habiendo fugado de la capital de la República el Bri-
" gadier don Fructuoso Rivera en circunstancia de haberse in-
" terceptado comunicaciones por las que resulta en inteligencia
" con los enemigos, y promoviendo desde Buenos Aires la sub-
" levación que ha consternado la provincia, causando males que
" es difícil remediar y que la hubieran hecho presa inerme de
" las garras brasileras.

" El General en Jefe del Ejército y Capitán General de
" la Provincia Oriental lo pone en conocimiento de las autorida-
" des civiles y militares y de los habitantes todos, ordenando
" a los de su dependencia y rogando a los que no lo son lo per-
" sigan y aprehendan en cualquier parte que se presente; ha-
" ciendo responsables ante la patria a todos aquellos que nega-
" sen su cooperación para prenderlo o lo auxiliasen de cualquier
" modo; debiendo tanto estos como el que no denunciare su pa-
" radero, ser considerados como traidores y castigados como ta-
" les. Comuníquese a todos los jefes de departamentos encar-
" gados de su publicación para que llegue a noticias de todos.

" Cuartel General en las Averias, Setiembre 19 de 1826.

Carlos de Alvear."

(Palomeque. — Misiones.)

Pero Rivera, que ha conseguido burlar la persecución, cabalga libremente acompañado de un baqueano, añorando a su ayudante Posolo que ha sido detenido. Vuelve el caudillo a ser una obseción para los gobernantes y sus mezquinos partidarios. Alvear es el más aprovechado de todos; se desahoga con los bienes de la familia de Rivera, mientras el Gobernador Delegado se expide en forma incomprensible, conducta que sorprende a los amigos del hombre tan alevosamente perseguido.

"En virtud de la antecedente circular el Gobierno de la
" Provincia como más interesado que nadie en la aprehesión
" del Brigadier Rivera convencido de traidor a la patria por las
" comunicaciones interceptadas y aún más por su ocultación
" requiere y ordena a todas las autoridades de la Provincia y a
" cada uno de sus habitantes en particular, lo persigan y apre-
" hendan en cualquier parte que se presentare; teniendo enten-
" dido que serán considerados como cómplices de su traición y
" castigados como tales todos aquellos, que sabiendo su parade-
" ro no lo denuncien o lo auxilien de cualquier modo.

"Comuníquese a todos los cabildos y autoridades de la

"Provincia recomendando su publicación para que llegue a no-
" ticias de todos.

Canelones, Setiembre 25 de 1826
"Joaquín Suárez.

"Juan Francisco Giro.
"Secretario"

(Palomeque. — Misiones.)

Suárez ha firmado ese documento y doña Bernardina no lo olvidará, recordándoselo oportunamente en amargo reproche.

Suárez sabe de la tremenda injusticia que se comete; pero quizás pensase que con esa medida evitaba la guerra civil.

Hay otra firma en el documento; la de don Juan Francisco Giró, secretario del Gobernador y enemigo personal de Rivera. Giró era enemigo apasionado y ardiente y ya lo hemos visto en otra oportunidad escribir a Lavalleja e injustificadamente expresarse en forma vehemente contra Rivera, por que Giró seguía siendo un Caballero Oriental.

oooOOooo

Era muy corriente en esa época, como también en anteriores y posteriores períodos, el uso de cartas o documentos apócrifos o fraguados; hechos con espíritu avieso, con la intención exclusiva de intrigar, destruyendo o haciendo decaer la moral, despertando celos o acentuando rivalidades que dividiesen las fuerzas disminuyendo su capacidad combativa, etc. Era proceder muy corriente en la primera mitad del siglo pasado.

Ya había sido usado este sistema por los españoles con Artigas y Otorgués, con el fin de separar al primero de los porteños y al segundo, de Artigas.

Fué empleado con éxito por Pueyrredon y Lecor con Bauza y otros oficiales y también Rivadavia lo adopta para con su "apreciable paisano" Rivera, tratando en vano de conquistarlo para su causa.

Fué empleado después en plena Guerra Grande, y en Caseros juega un rol preponderante; aplicado inteligentemente por Urquiza, consigue evitar la directa intervención del general Pacheco en el comando de las fuerzas del tirano Rosas.

Alvear lo explota contra Otorgués y el mismo Rivera hecha mano de este recurso, ya para confundir o desorientar al enemigo, ganar tiempo o atraerse una simpatía que le proporcionase informes que en otra forma le hubiera sido difícil conseguir.

¿Cuántas veces y de acuerdo con Lavalleja ha escrito a los jefes brasileros? Les escribió antes y después de Sarandí, no sólo con el fin de desorientarlos o confundirlos, o con el más problemático de atraerlos a su causa, si es que no había otra

intención en esa finalidad; y ¿acaso el Gobierno Imperial le quitó su confianza a esos generales?

Lecor fué un consumado maestro en urdir fina y peligrosa intriga, con lo que esperaba alcanzar mejores éxitos que con la fuerza de sus ejércitos.

Analicemos las cartas, elemento fundamental de esta intriga y en la que creo ha tenido alguna influencia o participación el clan logista de los Caballeros Orientales o por lo menos uno de éllos, por estar éste íntimamente ligado por estrechos vínculos al intrigante Juan Florencio Perea.

La primera carta está dirigida a Bernabé Rivera en circunstancias que éste negocia un arreglo con Lavalleja, para poner fin a la incidencia de los Dragones y milicianos disidentes, y dice:

"Estimado amigo: más tiempo había que yo presagiaba
" el destino de L........ (Lavalleja) y sus secuaces prepara-
" ban a mi particular amigo Fructuoso, el benemérito patriota,
" el amante de su provincia y de sus conciudadanos; pero como
" mi señora doña Bernardina me escribe asegurándome que
" Fructuoso no experimentaba ningun trabajo, descuidé en su
" envío y esperaba verlo regresar en breve. Hoy sabemos por
" cartas muy seguras de Buenos Aires que aquel Gobierno es-
" tá interesado en afianzar a L. y destruir a Fructuoso a pre-
" texto de que él tenía miras muy positivas de tratar con el
" Brasil y buscar un nuevo acomodamiento. Es verdad que por
"el Tetis acaba de llegar al Visconde (Lecor) la orden para que
" busque por todos los medios posibles algún camino si lo hu-
" biera de traer a razón a Fructuoso o cualquier otro caudillo
" en la campaña siendo oriental y de ningún modo de Buenos
" Aires. El Gobierno de Buenos Aires, mi querido Bernabelito,
" no tiene dato alguno para pensar así de nuestro Fructuoso,
" es su natural inconsecuencia quien lo obliga a dejar siempre
" al benemérito fuera de la escena. Su política, su enemistad
" al nombre oriental es la que le hace ser injusto con los que
" han trabajado de buena fe; entran siempre enmascarados
" pero luego se dan a conocer que son los mismos de 1812-14,
" quieren solo ellos tener influjo en la Provincia: Sabe Ud. pa-
" ra que? para vendernos al Brasil segunda vez y salvar el
" compromiso en que Buenos Aires se encuentra hoy, respecto
" de aquel Imperio y los orientales. Sé y me lo han asegurado
" que don Felipe Caballero, Ud., Oroño y algunos decididos
" orientales se hallan mandando una reunión considerable; ami-
" go, no abandonar la empresa; o Fructuoso regresa a la Pro-
" vincia de donde le han arrancado la intriga, o no pertenezca-
" mos jamás a nuestra sola provincia. Yo marcho mañana para
" Río Grande, donde debo estar conforme acordamos con Fruc-
" tuoso para entendernos oportunamente en lo relativo a las

" operaciones de ambos ejércitos. Mi influencia con el Visconde
" la cultivo y aumenta cada día más y más para lograr tan jus-
" tas intenciones como Uds. animan, cuente Ud. conmigo y con
" cuánto valgo, y tenga entendido que nada quedará sobre sus
" quisios si de acuerdo tomamos esta obra con empeño. Procu-
" re Ud. mandarme a Alegrete o Puerto Alegre un hombre de
" confianza con cualquier motivo que preguntando por mi no se
" le embarazará ni pedirán explicaciones y dígame con franque-
" za lo que pueda interesar haga yo por Ud. teniendo entendido
" que jamás me comprometeré a cosa alguna que no tenga se-
" guridades de su concecución; quieran Uds. no olvidar esta
" oferta. Ofréscame Ud. a la consideración de Caballero y los
" demás bravos que lo acompañan y mande sin reservas a su
" afectísimo paisano y amigo.

"Q.S.M.B.
"Juan Florencio Perea.

" Montevideo, Agosto 23 de 1826." (El Mensajero Argentino. — Nº 86—1826.)

oooOOooo

Una prueba evidente de que ni Rodríguez, ni Alvear, ni Lavalleja esperaron conseguir tanto éxito de esta carta escrita por Perea e inspirada por Lecor, dándosele el valor que realmente merecía, aún después de haberla enviado a Buenos Aires el 28 de agosto, es que los tres jefes nombrados siguieron tratando —Lavalleja lo hacía personalmente— con los jefes y oficiales disidentes en las costas del Río Negro, hasta el 10 de setiembre en que Bernabé es detenido arbitrariamente por Alvear y en ese grupo de oficiales disidentes estaban Raña, Bernabé, Oroño, Berdun, Caballero, Araucho y otros más que plantearon claramente su posición a Rodríguez primero y luego a Alvear, a Lavalleja y a Joaquín Suárez.

Juan Florencio Perea fué un hombre en el que Lecor se apoyó con absoluta confianza y permaneció leal al Brasil a pesar de ser oriental; terminando sus días en Río de Janeiro en 1859, sin haber nunca vuelto a su patria y aún desde esa lejana ciudad mantuvo estrecha amistad que cultivó desde la infancia, con Manuel Oribe y Gabriel Antonio Pereira. (Correspondencia de G. A. Pereira.)

La intención de Lecor y Perea al fraguar esta carta fué bien clara; explotar la discordia o diferencias existentes entre Lavalleja y Rivera y sobre todo eliminar a este último de toda participación en las operaciones militares, a quién las autoridades brasileñas consideraban con acierto su más temible enemigo por su talento y prestigio, sin imaginar el éxito de la intriga y las proyecciones que debía tener.

Es condenable que los primaces del Partido Unitario se-

cundasen el juego de Lecor, trampa en la que no cayeron las figuras más prestigiosas de la sociedad rioplatense, vinculadas a las esferas del ejército y de la política. Intriga que no logró disminuir la admiración y aprecio de los gobernadores provinciales hacia Rivera, ni afectó el enorme prestigio que gozaba el caudillo entre sus paisanos de la Banda Oriental.

En cuanto a Juan Florencio Perea, no pienso como el distinguido historiador brasileño señor Alcides Cruz, que duda de la lealtad de este sujeto hacia el Emperador; sosteniendo en cambio, que desde que ese hombre se enroló en las filas imperiales, fué y permaneció leal hasta su muerte a su nueva bandera, jugando poco después, un rol primordial en las operaciones militares del Ejército Brasilero.

Siendo Juan Florencio Perea teniente coronel al servicio de la provincia de Entre Ríos, fué comisionado por el Gobernador Mansilla para concluir con Lecor un convenio de extradicción y amistad, y fué así como conoció y trató a Lecor, el que lo atrae a su partido, reconociéndole el grado militar con el que pasa a revistar en el Ejército Brasileño, consiguiendo después por su inteligencia e ilustración, ser persona de absoluta confianza de Visconde de La Laguna. Antes y aún al servicio de Mansilla, detiene y despoja de sus decumentos a los oficiales orientales que viajaban por Entre Ríos; documentos relacionados con el movimiento revolucionario de 1823.

Lo veremos a Perea actuar en otra intriga donde la víctima es el propio Lavalleja, cuando éste es ya General en Jefe del Ejército de Operaciones en 1828, llamando poderosamente la atención la confianza que demostró Lavalleja en este hombre, confianza que quizás se arrastrase desde agosto de 1826. Esta última intriga a que me refiero está tan bien urdida, que hasta los propios gobernantes argentinos la creen y es de tal proporción, que las operaciones a que está abocado el ejército, corren el gravísimo riesgo de un descalabro sin precedentes en la historia de América, si los jefes brasileños, hubiesen sabido explotar el éxito inicial. Veremos a continuación lo que anotó Brito del Pino en su diario, el 4 de enero de 1828:

" Que cuando Lecor fué designado comandante del Ejército
" Imperial, llevó consigo como jefe de la artillería al coronel
" Juan Florencio Perea.

" Encontrándose prisionero el capitán de las milicias de
" Colonia don Benjasmin Suárez; Perea que lo conocía habló a
" Lecor para que lo llevase consigo, haciendo entender que po-
" dría servir de espía en el campo patriota. Desde que el viscon-
" de se hizo cargo del ejército en Río Grande, el capitán Suárez
" pasó al campo patriota y expresó la propuesta de Perea de
" entregar la artillería del Ejército Imperial lo que originó un
" cambio de notas entre Lavalleja y el Ministro de la Guerra
" Balcarce.

" Suárez siguió pasando al Ejército Republicano y luego
" volvía al campo brasilero con los informes que Lavalleja le
" indicaba. Como este acompañase a Suárez en varias oportu-
" nidades hasta las avanzadas, lo que conocido por Lecor empe-
" zó a tener sospechas, y temor también de Suárez y Perea de
" ser descubiertos por lo que no vuelve más al campo patriota."

Si en realidad Perea y Suárez fueron patriotas, se hubieran pasado decididamente a las filas republicanas, máxime con el temor de ser descubiertos y aún sin ese temor que apunta Brito del Pino; cosa que no realizaron, sino que continuaron sus servicios en el ejército enemigo.

Lo que deseaba Lecor por medio del falso y traidor Perea, era obtener informes, como lo consiguió, de las futuras operaciones del Ejército Republicano.

En efecto; Lavalleja, en cumplimiento de un plan, ha proyectado para el 15 de abril de 1828, un golpe de mano sobre la villa de Río Grande, el que deberá ser dirigido por el Jefe del Estado Mayor, general don José María Paz y ejecutado por dos batallones de infantería transportados por la escuadrilla de la Laguna Merin y dos regimientos de caballería reforzados por las milicias de Maldonado a órdenes del coronel don Isidro Suárez, el que con ese objeto ya se encontraba en la frontera del Chuy; pero por una circunstancia fortuita esta operación se postergó para unos días después.

El hecho es que, el día 15 de abril, el general Laguna, jefe de las avanzadas comunica que un destacamento enemigo fuerte de 2.000 infantes y 1.000 de caballería pasando el Yaguarón sin ser sentidos, se presentó frente al desapercibido campamento de la vanguardia, con el Arroyo Cañas por medio.

La Providencia protege a Laguna, el que asombrado ve retirarse a los enemigos, los que dejan escapar un fácil triunfo que tenían al alcance de la mano; y esto sucede por que el jefe brasileño cree haber sido mal informado, pues se le había asegurado que la vanguardia era exclusivamente de caballería, y sin embargo ha escuchado claramente el toque de tropa en el cercano paso, toque ejecutado por pifanos y tambores que le señalaban la indudable presencia de una infantería alerteada, que estaba seguro no encontrar; por lo que volviendo sobre sus pasos, repasa el Yaguarón en la noche del 17. Si el jefe enemigo hubiera enviado un reconocimiento hasta el paso, habría encontrado a los indios misioneros del Gobernador Aguirre, tocando alarma y al campamento de la vanguardia en el mayor desorden y angustia. La poderosa fuerza brasilera hubiera batido fácilmente al general Laguna y prosiguiendo su acción, caer sobre Melo donde estacionaba el grueso que ha fraccionado sus fuerzas.

El 16 se subleva la tripulación del lanchón Convención, pasándose al enemigo después de haber arrojado al jefe por la

borda; el 20, cinco marineros italianos se pasan igualmente al enemigo con la goleta Ituzaingó; el 24 la vanguardia es despojada de una parte de su caballada; el 27 aparecen tres goletas enemigas, fuerza que no existía antes en la Laguna Merin, las que baten a la escuadrilla nacional y se apoderan de la capitana.

Lavalleja ordena al general Paz que regrese inmediatamente a Melo con los batallones a sus órdenes, con los que se dirigía por la margen derecha del Tacuarí, para embarcar esa fuerza en la barra de este río.

Ni que decir que la proyectada expedición fracasó rotundamente, destruyendo el exagerado optimismo de Dorrego; y fracasó por que el enemigo estaba perfectamente enterado de los detalles de la operación, su organización y ejecución.

El plan de Lavalleja era audaz e interesante. La aparición sorpresiva de una fuerza en el Río Grande hubiera surtido efectos de consecuencias incalculables en el enemigo. Pero el que va a sorprender es sorprendido en el momento de montar la operación, esta se desorganiza y el Ejército Republicano se salva de un desastre por la indecisión de los jefes brasileños.

¿Quién informó al enemigo? ¿Quién lo enteró de los detalles de la operación? ¿Perea y Suárez? Aunque la investigación mandada realizar por Lavalleja para comprobar o establecer como el enemigo ha pasado el Río Yaguarón sin ser sentido, río que estaba desde luego vigilado por elementos de la vanguardia, nunca llegó a aclararse; ni se hicieron cargos de responsabilidad, como lo expresa Brito del Pino en su diario. En cambio se puede establecer con seguridad la conclusión de que Perea, por intermedio de Suárez, montó una red de espionaje que funcionó en el ejército y marina republicana; espías bien pagados por Lecor, al que mantuvieron al tanto de los proyectos de operaciones del general Lavalleja.

Veamos la correspondencia cambiada al respecto entre Lavalleja y Balcarce.

"Ministerio de Guerra y Marina.

Nº 893. - Reservada.

"Buenos Aires, Diciembre 16 de 1827.

"El infrascripto tiene el honor de dirigirse al señor Ge-
" neral en Jefe del Ejército para manifestarle que el Gobierno
" ha sido impuesto con satisfacción de la propuesta que ha hecho
" el coronel don Florencio Perea al servicio del Imperio y que
" S. E. ha dispuesto que se conteste al señor general que pue-
" de asegurar en nombre del Gobierno al expresado, no solo un
" indulto total y olvido de su conducta y sucesos anteriores,
" sino también la conservación de su empleo de coronel al ser-
" vicio de la República y el premio de cincuenta mil pesos siem-
" pre que preste el importante servicio que ofrece.

" El Gobierno creería hacer una injusticia al señor ge-

"neral deteniéndose en manifestarle la necesidad de poner en
" movimiento todos los resortes que puedan tocarse para re-
" portar al coronel Perea todas las ventajas que se promete con
" su ascendiente sobre el visconde; y es por esto que en la elec-
" ción de los medios se libra a las luces y acreditado celo del
" señor general, no dudando un momento del más feliz resultado.
" El infrascripto saluda, etc.
" Juan Ramón Balcarce "
(Diario del ayudante José Brito del Pino.)

oooOOooo

"Ejército de Operaciones.
"Nº 163
"Cerro Largo y Enero 4 de 1828.
" Impuesto el infrascripto de cuanto el señor Ministro
" le previene en su nota reservada Nº 893, respecto al coronel
" al servicio del Imperio don Juan Florencio Perea, y del in-
" dulto y premio que le acuerda el Gobierno, siempre que lleve
" a efecto el distinguido servicio que ofrece, solo resta al que
" firma augurar al señor Ministro que abrazara todos los me-
" dios para la realización de este negocio, como igualmente de
" cualquier otro que tenga tendencia con este poniendo en ac-
" ción cuanto resorte esté a su alcance para que el resultado sea
" consecuente con los deseos del Exmo. Gobierno y con los del
" infrascripto que aprovecha esta oportunidad para saludarlo,
" etc. Juan "Antonio Lavalleja.
(Diario del ayudante José Brito del Pino.)

oooOOooo

Juan Florencio Perea se inicia en esta historia, como teniente coronel al servicio de la provincia de Entre Ríos, cuando esta era gobernada por el coronel D. Lucio Mansillla y por disposición de éste realiza exitosamente gestiones amistosas con el general Lecor, jefe de las fuerzas de ocupación de la Cisplatina (Hombre inteligente y que poseía una elevada ilustración, Perea resulta un amanuense ideal para los gobernadores provinciales de la época, cargo para el que indudablemente se sobraba, aspirando en consecuencia a otros de mayor jerarquía remunerativa, por lo que entra al servicio de Lecor el que satisface espléndidamente esa inclinación. Hombre sin moral, presta a Lecor invalorables servicios, sometiéndose sin escrúpulos a las más extravagantes exigencias del nuevo jefe, el que explota su capacidad de intrigante y las relaciones que desde niño ha mantenido con las principales figuras nacionales hasta los que sabe llegar sin despertar recelos o desconfianzas.

Perea propone a Lavalleja el imposible negocio de la entrega de la artillería del Ejército Imperial, y con ese pretesto mantiene relaciones con los jefes del Ejército Republicano, y

es en ese proceso que organiza un servicio de información en campo republicano y después desaparece para continuar a las órdenes de Lecor con inalterable lealtad al Emperador del Brasil.

Juan Florencio Perea o Pereia, según Alcides Cruz o Pereda como lo llama el general Mansilla en sus memorias, y personaje central de estas intrigas, es el que fragua las cartas a Bernabé Rivera y a doña Bernardina Fragoso de Rivera en el momento culminante y crítico de la disidencia de los Dragones y milicianos.

Veamos la segunda carta, dirigida como se ha dicho, a la esposa del caudillo, la que permanece en su estancia del Arroyo de la Virgen, completamente ajena a esta intriga y profundamente apenada por el alejamiento de su Rivera, temiendo las consecuencias de la altiva actitud de Bernabé y las preocupaciones propias de la responsabilidad de velar por la numerosa familia de su esposo.

" Montevideo, Agosto 23 de 1826.

"Señora doña Bernardina Rivera.

" Mi estimada amiga y señora: Cuando pregunté a Ud. el
" destino de nuestro Fructuoso, yo lo ignoraba y podía cierta-
" mente evitar lo que hoy está sucediendo. Entre amigos como
" nosotros es menester toda franqueza si es que recíprocamen-
" te estamos interesados en nuestro bien.

" Hoy mejor instruido por Buenos Aires del estado de
" Frutos, y de las verdaderas intenciones de aquel Gobierno, no
" podré prescindir de decir a Ud. que me horrorizan los trabajos
" subterráneos de la política maquiavélica de esos miserables.
" Yo tengo manifestado a Ud., a mis amigos y a todo imparcial,
" el extravío que se advierte en nuestra marcha y los funestos
" resultados que nos cercan por todas partes. Fructuoso cuya in-
" fluencia, crédito, pericia y patriotismo bastaba a hacer frente
" a los enemgios, se separa de la provincia, bajo pretextos muy
" dorados, en los momentos en que empieza a ser tan necesario
" y que los enemigos se disponen a hostilizarnos con todos sus
" recursos. Las legiones orientales casi disminuidas, y la tea
" de la discordia asoma en todos los ángulos del territorio.

" Yo marcho para el Río Grande dentro de breves mo-
" mentos, cuyo viaje he estado demorando con destreza, para re-
" tardar los esfuerzos de las fuerzas brasileras; ya no es po-
" sible demorarse más, pues que nada veo en conformidad con
" mis deseos. Escribí a Bernabelito días pasados exhortándolo a
" que no desistiera de su propósito; pues es ya el único medio
" de restituir a Frutos a nuestra provincia. Bueno sería que Ud.
" no se descuidase en alentar esta obra por medio del influjo de
" D...... yo ya no tengo que prevenir a Ud. nada más: mar-
" cho señor de mi influencia que mis amigos dispongan de ella

" sin taza pero en tiempo si es que queremos obtener ventajas.
" Adiós mi buena y querida amiga. Su muy afecto Q.B.S.M.
"Juan Florencio Perea."
(El Mensajero Argentino Nº 93.—1826.)

oooOOooo

Del estudio de estas dos cartas surge que si hay un traidor, este es el propio Perea, que aparece haciendo doble juego; pues estando al servicio del Brasil, apoya las aspiraciones de los orientales en sus deseos de libertad, no ya solamente del Brasil, sino también de la Argentina.

Se ve o aprecia claramente que esta intriga, tiende no solamente a enardecer más a Lavalleja contra Rivera y sus amigos, sino que involucra a las autoridades argentinas, las que concientes del atentado que cometen, atacan decididamente al caudillo, a sus amigos, a su familia y a sus bienes, calculando el partido que esa inconducta reportará a la causa unitaria.

Si Rivera hubiese sido partidario de los brasileros, no hubiera tenido participación en los sucesos o no hubiera luchado como nadies lo hizo, ni tampoco tendría justificación su vuelo redentor hacia Misiones.

Esta correspondencia fué publicada por el "Mensajero Argentino", diario oficial de Rivadavia, en el mes de setiembre de 1826, diario que llega a manos de Lecor pocos días después, y sin embargo, Perea aumenta su influencia y confianza con el jefe brasileño.

Pasemos a las cartas escritas por el coronel Enrique Xavier de Ferrara. Este señor era un oficial portugués, integrante de la División de Voluntarios Reales, que como Lecor, Márquez de Sousa y muchos otros continúa sus servicios con don Pedro I, al emanciparse el Brasil de Portugal. Luego y con el correr del tiempo, el movimiento emancipador de la Banda Oriental, lo sorprende con el empleo de coronel, jefe del Regimiento de Dragones de la Unión, cargo dejado por Rivera al pasar a desempeñar las funciones de Inspector de Campaña.

Al plegarse los Dragones al movimiento revolucionario, Ferrara es detenido y mantenido breve tiempo como prisionero de guerra; hasta que Rivera y Lavalleja resuelven enviarlo con correspondencia para Lecor, como procedieron con otros jefes brasileros detenidos, los que fueron comisionados ante Abreu, da Silva, Barreto y Bentos Gonzalvez.

Ferrara llega a Montevideo el 14 de mayo conduciendo una nota, como se ha dicho, de Rivera y Lavalleja, en la que proponen al general Lecor una suspención de hostilidades hasta que el pueblo oriental exprese su voluntad en comicios libres; pero Ferrara no vuelve al campo patriota como lo han hecho sus otros compañeros que cumplieron idéntica misión, por existir compromisos morales que los obligaban a ese proceder, y según

manifiesta Nicolás Herrera en carta del 23 de mayo a su cuñado Obes, Ferrara debe ir a Río de Janeiro de acuerdo con instrucciones de Rivera:
" para aumentar las dificultades del envío de socorros ponde-
" rando las fuerzas de los patriotas."
según se lo ha expresado el cura vicario de Canelónes P. Larrobla, que ha llegado a Montevideo en misión oficial de Lavalleja.

Esta es indudablemente una versión hecha circular de exprofeso por los jefes orientales o quizás por iniciativa del propio P. Larrobla, al ver que Ferrara se embarcaba para Río de Janeiro en los primeros días de junio, con la intención de restarle valor y autoridad a lo que Ferrara pudiera expresar sobre la capacidad de las fuerzas orientales. El hecho es que Ferrara ha ido a Río de Janeiro enviado por Lecor; como también va Juan Florencio Perea, después de regresar de Paysandú a donde fuera previamente para conferenciar con Abreu y Barreto.

Es decir, que Perea con valiosos informes de las fuerzas brasileras en campaña y Ferrara testigo de la capacidad material y moral de los revolucionarios, son enviados urgentemente a Río de Janeiro por el general Lecor con el fin de informar al Emperador detenidamente sobre los sucesos de la provincia Cisplatina. Ambos jefes vuelven muy pronto, encontrándose de regreso en Montevideo a fines del mes de agosto; y es entonces que Ferrara pide y obtiene de Lecor, ser sometido a un Consejo de Guerra, para justificar su conducta de cuando estuvo detenido por los patriotas, según ha escrito Nicolás Herrera al Dr. Obes, el 20 de agosto. Poco trabajo le cuesta a Ferrara probar su lealtad al Emperador; lo demuestra fácilmente, sobre todo después de la notable misión que se le ha confiado. La fuerza que impulsó al jefe brasilero para asumir esa actitud, fué sin duda la versión del P. Larrobla, que llegó a conocimiento de sus camaradas. Después Ferrara probará su lealtad una vez más, no como soldado, ya que no tuvo la fortuna de encontrarse en ninguna acción y cuando esa oportunidad se le presentó, fué detenido por los patriotas. Probará su lealtad a la causa que sirve y a un año de estos sucesos, en agosto de 1826, fraguando cartas con el fin de comprometer a una de las figuras principales de la revolución americana y la que más preocupa al comando brasilero.

La misión que les confía Lecor a Perea y Ferrara, demuestra en forma concluyente, de que ambos gozaban de su más grande y absoluta confianza. Perea y Ferrara fueron sus delegados ante el Emperador para exponer con precisión el estado de las fuerzas beligerantes.

En Montevideo había muchos oficiales brasileños de alta graduación, pero, o desempeñaban el comando de tropas o no

eran adictos a Lecor, del que estaban separados por celos, rivalidades, o aspiraban al alto cargo que este desempeñaba; esta y otras razones, sobre todo la reserva y lealtad de Perea y Ferrara, influyeron para que fuesen enviados en esa delicada misión.

La primera carta de Ferrara dice:

" Ilmo. y Emo. Sr.

" Compadre y apreciado amigo. Después de dar parte a
" V. E. que lluegué a esta corte con 21 días de viaje, con al-
" gunas incomodidades del tiempo, felizmente estas quedaron
" en olvido cuando vi que S. M. I. ya estaba enterado que V. E.
" había sido prisionero. Aunque V. E. vea en los diarios de esta
" corte palabras ignominiosas contra su persona, no haga de
" eso caso alguno: por que así se hace necesario para el mejor
" éxito del negocio que S.M.I. espera. El mismo augusto señor
" manda orden en esta fecha al Exmo. señor Visconde para dar
" a V. E. 25.000 pesos y aquellos que acompañan a V. E. en es-
" ta empresa, las cantidades a que los juzgue merecedores pues
" sabe de cierto que ese maldito ladrón, Lavalleja hasta mandó
" quitarle a V. E. las escuelas.

" Quedo esperando con ansias la noticia del gran aconte-
" cimiento .... para tener la satisfacción de ver a V. E.
" y a la Exma. señora mi comadre en aquel auge que le está
" reservado. Mi sobrino que cuide de esa estancia como suya,
" y V. E. sírvase tenerla consideración, librándola, hasta el felíz
" momento de las garras de esos ladrones.

" Fueron órdenes terminantes al mariscal Abreu para
" marchar para esa con la mayor fuerza posible, y creo que a
" esta hora ya estará para entrar en la gran liga.

" Solo deseo las cartas de V. E. para con ellas autentizar
" las protestas de V. E. para S. M. I.

"Mande en todo lo que fuera de su agrado a este que se
" aprecia de ser de V. E. compadre, amigo muy venerado y
" obligado.

" Enrique Xavier de Ferrara.

" P. D. — Esta carta va por conducto del amigo Vilaza y por él
" espero la contestación.
" Río de Janeiro, Junio 23 de 1825."
(El Mensajero Argentino. Nº 98-1826.)

oooOOooo

Como puede apreciarse, esta carta está fechada en Río de Janeiro el 23 de junio de 1825 y sin embargo no fué escrita en esa fecha, sino en agosto de 1826 y a un año justo del regreso de Ferrara de Río de Janeiro. Fué hecha conjuntamente con las otras dos y enviadas de exprofeso para que llegasen a manos de Lavalleja y Rodríguez, quienes en esos momentos están profundamente enemistados con Rivera y tenía por finalidad

ahondar más el encono que separaba a Lavalleja de su compadre don Frutos. Esta carta cumple en ese sentido la malévola intención con que fué escrita.

El simple resentimiento se convertirá por éste y otros idénticos pretextos en ardiente y apasionado odio.

Ferrara había sido amigo de Rivera como lo fué también de Lavalleja, y esa fué la razón por lo que se permitió al capitán Posolo el cuidado de la estancia del jefe brasilero, como lo establece el propio caudillo en carta a Lavalleja, escrita en la barra del Arroyo Grande al Norte del Río Negro, cuando se queja de las correrías del capitán Bernabé Albin:

" De la estancia del coronel Ferrara que está a cargo de " su sobrino don José Augusto (Posolo), que sirve a mis órdenes, " se tomaron 56 caballos y a nuestro regreso del Cordobés se " recogieron 18 contando en este número un caballo de mi pro- " piedad y de mucho precio, y hace tres días se recibió aviso que " el Bernabé Albin había llegado a dicha estancia y llevado los " dichos únicos caballos que se habían allí remitido; añadiendo " no se que más exageraciones propias solamente de Albin, a " quién no es posible disimularle lo más pequeño por cuanto " puede creer que aún está a las órdenes del general Lecor, " quién solo le podía disimular los robos y hechos bajos que ha " cometido y que tanta lágrima ha hecho vertir a nuestras afli- " gidas familias .... estas arbitrariedades que " no sufriré por que ellas no hacen honor alguno al Gobierno " por quien todos debemos interesarnos en su lustre.

" Amigo y señor: por eso yo soy portugues, soy tirano, " soy despota y soy todo cuanto quieran decir los antiguos pu- " ñales de nuestra patria." (Correspondencia Militar. — Carta del general Rivera al General Lavalleja, del 30 de octubre de 1825.)

Conocemos bien cuales fueron los sentimientos y precederes de Rivera con respecto a las personas y sus propiedades. Muy pocas veces hemos visto proceder así a las personas de responsabilidad de esa época, y ese espíritu se manifiesta en Rivera en toda su larga actuación.

Pocos días antes a la fecha en que el caudillo escribiera esta nota anterior y cuando dirigía la persecución de los restos enemigos escapados de Sarandí; dictó las siguientes instrucciones a Ignacio Oribe, previendo la ocupación del Cerro Largo:

" Reuna Ud. todo hombre que sea útil para las armas, sin " que sean apercibidos los que le sea gravoso dejar sus fortu- " nas y familias. Si entra como lo espero, al Cerro Largo, haga " usted enarbolar el Pabellón de la Patria pero que esto sea co- " mo resolución del juez civil y de los habitantes sin aparecer " Ud. sino como un protector de las resoluciones de los pueblos; " respete Ud. toda autoridad civil sin hacer innovación alguna

" hasta la resolución del señor general a quien dará Ud. cuen-
" ta de esta orden." (Correspondencia militar.)

Esta como la anterior conducta respondía al amplio y elevado concepto del caudillo sobre el derecho de gentes y el respeto al ser humano, sus libertades y sus bienes.

El capitán Posolo, ayudante y oficial de confianza de Rivera, que ha tomado parte en todas las acciones, por que en todas se encontró su jefe, era sobrino de Ferrara y encargado de la estancia de este. Posolo cuida de los bienes de su tío con conocimiento y aprobación de Rivera y Lavalleja, como lo demuestra la carta del 30 de octubre y esto le era permitido por que fué la conducta seguida durante los años 1825-26, de profundo respeto a los bienes y propiedades de los enemigos, como también de aquellos orientales que siguieron en las filas del Emperador, haciéndose un inventario de sus bienes y poniéndolos bajo segura custodia.

Por lo demás, no existe constancia que en el correr de ese tiempo se procediese en distinta forma y que en el caso del capitán Posolo se le impidiese ejercer esa facultad.

Ferrara en su carta hace resaltar el detalle de la estancia y de su sobrino para dar más realidad a la intriga. Qué le importaba a Ferrara una estancia cuando estaba en juego la posesión de una o más provincias?

Para conseguir el efecto deseado, Ferrara va al tono afectuoso, familiar, busca el detalle y éste lo repite en las subsiguientes cartas como se verá. Estas ya llevan la fecha en que fueron escritas, dirigiendo una a la esposa de Rivera y la otra a Bernabé, y son como siguen:

" Mi señora comadre y señora mía de mi respeto y con-
" sideración: Tengo la oportunidad de dirigirle esta, protestando
" la continuación de un afecto y amistad sincera que es garan-
" te perpetuo y por este motivo le daré constantemente decidi-
" das pruebas para que disfrutemos un futuro feliz. Por tanto
" ruego a mi comadre tenga la bondad de dirigir con seguridad
" la adjunta a don Bernabelito que es conveniente; favor que
" espero deberle, para bien del país en que me intereso.

" La ropa que mi comadre había dejado a mi hermano
" ya está en su poder; el piano también; deseaba que mi coma-
" dre me mandase mi apunte para que no falte cosa alguna.
" Comadre, yo voy a hacer cuanto pueda para que mi compadre
" salga bien de estas complicaciones: el señor general Lecor
" está dispuesto y propicio a hacerlo todo a su favor, contando
" que esto se concluya bien. Esta esperanza me es muy grata
" por proporcionarme nuevos momentos de volver a abrazar y

" ver a mis compadres de mi invariable aprecio. Así lo afirma
" su compadre.

" Enrique Xavier de Ferrara.

" Montevideo, Agosto 25 de 1826."

(El Mensajero Argentino. Nº 93-1826.)

oooOOooo

"Mi apreciable don Bernabé Rivera: Tomo la delibera-
" ción de dirigirle está, cierto de que Ud. conoce bien mis senti-
" mientos que siempre exprese, y de que estoy animado, en bien
" de este bello país; y confiado de su amistad; y en sus buenas
" intenciones debo hablar franco. Estos sucesos siempre yo
" anuncie por infalibles; ahora es preciso evitar otros. El señor
" general Barón de la Laguna me autorizó para poderme comu-
" nicar con Ud. Estamos a tiempo de hacer mucho, y puede tra-
" tar conmigo con confianza. La dificultad es la errónea alianza
" de la Banda Oriental con Buenos Aires, que precisamente im-
" pide a la Banda Oriental entrar en arreglos con el Brasil.
" Atienda mi Bernabé a todo lo que le digo. Lavalleja y Oribe
" trabajan contra su hermano: sus proyectos son malos; la
" política exige la seguridad general del país y en particular de
" mi compadre.

" No conviene al país que Buenos Aires se ingiera en
" sus negociaciones: estas deben ser independientes de auspi-
" cios ajenos, máxime de protecciones dudosas. Pregúntese a
" los pueblos si la protección de Buenos Aires corresponden a
" los sacrificios que todos los días aumentan. Nada de esto.
" ¡Afuera! y si es preciso algunos auxilios, avíseme. Si fuera
" conveniente le ruego tenga la bondad de decir a don Felipe
" Caballero que siendo yo la causa de llamarlo al regimiento
" que también lo seré de prepararle un futuro feliz. Tenga toda
" la precaución en su correspondencia y no me falte a escribir,
" para que sus expresiones me sirvan de gobierno, el camino
" está abierto: vamos a salvar a la provincia del caos de desgra-
" cias en que está precipitada. El problema no es difícil de re-
" solver; respecto a Buenos Aires la marcha es la misma de
" todos los tiempos. ¿Que se espera;

" Su afectísimo.

Enrique Xavier de Ferrara.

" Montevideo, Agosto 25 de 1826." (El Mensajero Argentino, Nº 93-1826.)

oooOOooo

Se intriga mortificando e hiriendo a Lavalleja y se insinúa una inteligencia que no existió, nunca desde luego, entre Rivera y el comando brasileño, para crear en connivencia con los jefes riograndenses un estado independiente, indudablemente presidido por Lecor; explotando de contragolpe lo que el caudillo ha tratado con Abreu, Barreto y los Bentos, pero que

Rivera ha seguido con el exclusivo fin de crear complicaciones al Brasil, como muy bien lo sabía Lavalleja y el mismo general Rodríguez.

Las cartas apócrifas pretenden ser dirigidas a la señora de Rivera, para que ella a su vez retrasmita las correspondientes a Bernabé, con el que bien sabe Ferrara que no puede tener comunicación, encontrándose como se encuentra, instalada en su estancia del Arroyo de la Virgen. Esta correspondencia debía primero eludir la estrecha vigilancia que ejercía Manuel Oribe sobre Montevideo, para luego y una vez en manos de esa patriota dama, burlar el control que ejercía Martín Rodríguez sobre toda la campaña al Sur del Río Negro, desde su puesto de mando en Durazno. Es claro que estas cartas fueron detenidas en la primera barrera, y al día siguiente ya estaban en manos del general Rodríguez, quién las envía el 28 de agosto a Buenos Aires. Las cartas, así por este proceso, llegan al destino deseado en el momento más crítico de la incidencia de los oficiales y tropa de Dragones y milicias que reclaman con justicia el respeto de los derechos provinciales.

En la primera carta se llega al detalle de la ropa y las promesas de influencias con Lecor.

Conocedor Ferrara, como su jefe y toda la población del país, de las rivalidades y celos surgidos entre Rivera y Lavalleja, trata este punto con marcado acierto y seguro del efecto que desea; es decir, brindar un instrumento a Lavalleja para que hiera a Rivera, esperando de ésto, consecuencias que desgraciadamente consigue ampliamente.

Se reprocha a Rivera los servicios prestados al Imperio, olvidando que Lavalleja, los Oribe y muchos otros estuvieron como el caudillo al servicio de la casa de Alcántara, y ésto no les resta nada de su ardiente y ascendrado patriotismo.

La primera carta de Ferrara no pudo haber sido escrita antes de agosto de 1826, por la razón de que Rivera la hubiera conocido en esa oportunidad, lo que no sucedió.

No se puede olvidar además, que fué el caudillo el cerebro y la acción inicial decisiva en la reunión y organización de los contingentes voluntarios que fluyen y se aprestan al sólo influjo de su enorme prestigio; y tampoco se puede olvidar que fué el jefe que más luchó y el que conquista los primeros triunfos para las armas nacionales en El Perdido, Laureles, Mercedes, Paysandú y Rincón. Que ha evitado con su actuación en El Aguila el aislamiento de Lavalleja frente a Colonia, como lo manifiesta Abreu a Lecor, y hace así posible la conjunción de las fuerzas patriotas que triunfan después en Sarandí.

Todo esto lo sabían muy bien Lavalleja y las principales figuras de la Banda Oriental y del Gobierno Argentino. ¿Como lo pudieron olvidar? Por otra parte, Rivera no es ajeno a la decisión de Lavalleja de invadir y proclamar la libertad de la

patria; el caudillo jugó un rol importantísimo en esa heroica resolución, que sin él no se hubiera realizado.

Se le quiere sentar en un banquillo y acaso fusilarlo? Así lo ha dicho Alvear, y Alvear sabía lo que decía, cuando dominado por la ira tira su comida. Fué una imprudencia, pero ha dicho la verdad. Alvear conocía perfectamente la intriga y el fin que con ella se perseguía.

oooOOooo

Está probado que el general Martín Rodríguez mantuvo relaciones con los jefes y caudillos riograndenses, con el exclusivo fin de atraerlos a su causa, ya que aquellos eran en su casi totalidad republicanos o separatistas, como lo comprobaron pocos años después, en la lucha que sostuvieron contra el Emperador.

Baldrich establece, que Martín Rodríguez fué apercibido por esas gestiones con Bentos Manuel Riveiro.

Hay más, en el Archivo Lavalleja existe la constancia de esas relaciones. Ignacio Oribe da cuenta que ha permitido el tránsito del señor Joaquín Barboza con comunicaciones de Bentos Gonzalvez para Martín Rodríguez, y Barboza algo ha confiado a Oribe sobre su misión. (Archivo Lavalleja. — Comunicación del teniente coronel Ignacio Oribe al general Lavalleja, del 3 de junio de 1826, desde el Cordobés.)

En 1827, Servando Gómez, jefe de las avanzadas, ha interceptado una carta proveniente del campo enemigo destinada a Lavalleja. Gómez la pone en manos del general Alvear, el que al dirigirla al Ministro de la Guerra, expresa que solo se trata de una intriga con el objeto de disgustar y minar la moral del ejército.

La mencionada carta decía así:

" Exmo. Sr. D. João Antonio Lavalhega.

" Con satifaçao recebi sua de 1º do Cor. con reposta a
" minha de 18 do proximo pasado en que le propur o plano de
" concluir con o perfido Albiar, e esos argentinos auniendo a
" sua propoziçao de sus domo, farzandolhe as refleçoes, que
" Va. Ea. nesta aprova. Nao nos resta mais que darma principio
" a obra de Va. Ea. fique serto que eu fico garante pr. toudo
" quanto lhe prometi, en nome de meu amabelisimo Imperador,
"huma vez que Va. Ea. em nada falte como de he esperar apro-
" veita esta ocaciâo pa saludarlo quien he D. E. y E. Ea.

" Amigo seguro S.

" Bentos Ge. Yz. da Silva."

En esta oportunidad las relaciones entre Alvear y Lavalleja eran muy tirantes, y sin embargo Alvear no procede como lo hiciera contra Rivera por la razón de que sus amigos se tambalean en el Gobierno, y es entonces él quien debe cuidarse.

Alvear se ha ensañado con Rivera y ha puesto en la ex-

plotación de esa intriga toda su inteligencia y el afán de su apasionado corazón. Era un jefe de indudables valores, inteligente, organizador, disciplinado, dinámico, audaz, de carácter, y animado de un gran patriotismo, pero con una moral a su manera, vanidoso, altanero y ambicioso; condición esta, a la que sometía los más elementales principios de moral y sacrificaba hasta sus propias ideas.

Fué unitario contra Artigas y federal con López, Ramírez y Carreras, luego nuevamente unitario con Rivadavia, para volver a ser federal con Rosas.

No siente pudor en desconocer lo solemnemente firmado como en el caso de Vigodet cuando la entrega de Montevideo.

En desgracia y en el exilio en Río de Janeiro, entrega al representante del Rey de España en 1815, su famoso Memorial, en que constaban las fuerzas militares del Río de la Plata. ¡Una relación de las fuerzas de su patria!

Pero Alvear es el vencedor de Montevideo, gloria que le ha sacado de las manos a Rondeau y después obtendrá el incompleto triunfo de Ituzaingó.

oooOooo

Rivera oculto en la casa del doctor Tagle, en la ciudad de Buenos Aires, escribe su célebre manifiesto, dirigido a su amigo, don Julián de Gregorio Espinosa:

" Mi querido amigo: Un inesperado acontecimiento me " obligó a separarme de esa capital de un modo privado; por esta " razón no tuve el placer de despedirme de Ud. y de su amable " familia a quien siempre respetaré. Ud. sin duda habrá sido in- " formado del acontecimiento del 14 de Set. en el cual el Presi- " dente de la República dictó un decreto y lo dirigió al Inspector " para que me aprehendiese y me pusiera a disposición de la po- " licía; yo le confieso amigo que hubiera sido víctima de la con- " fianza que me inspiraba la sanidad de mi corazón; pero un " pueblo que sabe respetar la inocencia y tal vez más interesado " por yo mismo en mi conservación parecía que a porfía se dis- " putaba a quien primero me salvase: yo creí broma pero cuando " se apoderaron de mi ayudante y lo pusieron en una mazmorra, " no me quedó entonces que dudar y me puse aquella misma no- " che a salvo.

" Todo esto es poco amigo querido, pero lo que sucedió al " día siguiente, 15 del mismo mes, que empezaron mis persecu- " ciones; no por cierto que no la olvidaré jamás. Asómbrese " Ud. el Presidente pone otro decreto —que no he visto— lo ha- " ce firmar por el general Soler, y según estoy informado, entre " otras cosas dice así: que se presente el general Rivera en el " perentorio término de 24 horas a responder en un juicio públi- " co de un crimen de alta traición, etc. Le aseguro a Ud. amigo " que si no hubiesen sido mis reflexiones tan fundadas, estuve

" para regresar y presentarme al tribunal que había de juzgar-
" me, pero como las leyes están infrigidas tantas veces por el
" Gobierno que ilegalmente rige la presente administración, te-
" mí, amigo, el exponerme a correr la suerte que tuvo el desgra-
" ciado Ubeda, oriental en el año 15, así como otras víctimas in-
" moladas a la venganza de nuestros magistrados; esto y la sú-
" plica de mis amigos, me hicieron seguir mi marcha sin destino
" por que como Ud. ve ¿A dónde yo voy acusado por el Gobierno
" de que dependía, de crimen de alta traición? Todo el mundo
" me perseguirá y con justicia; si así fuese necesaria la execra-
" ción pública.

" Pero, mi amigo, yo estoy abismado por las acusaciones
" de alta traición, aún paso el juicio y no puedo creer que por
" tal criminal se me tenga a menos que sea crimen de alta trai-
" ción el haber peleado con los españoles el año 10 y el haber
" sido yo uno de los primeros orientales con que se contó para
" la insurrección de aquella provincia contra los tiranos espa-
" ñoles que oprimían estos países.

" Tal vez haya sido un crimen haber consumido en esta
" guerra una fortuna grandiosa que habían adquirido mis pa-
" dres con el sudor de sus rostros y la ayuda de mis hermanos
" y de mi brazo. Pudiera también ser un crimen el haber visto
" padecer en los más crueles calabozos de Montevideo cargado
" de grillos, procesado y sentenciado por tres veces a morir en
" la horca por traidor él y sus hijos a la corona de S.M.C. a un
" padre de más de setenta años a quién por fortuna inesperada,
" la rendición de Montevideo por las tropas que mandaba el ge-
" neral Alvear, le facilitó la libertad que no disfrutaba hacía
" tres años.

" Habrá sido un crimen haberme dejado correr contra la
" voluntad del país que me vió nacer en las desgraciadas revo-
" luciones y la guerra civil del año 15 en que era yo un oficial
" subalterno a las órdenes de don José Artigas y que entonces
" hice lo que hicieron los demás orientales, habiendo observado
" una conducsta que no olvidarán jamás don Francisco Gelis,
" actualmente empleado por el Gobierno, ni don Modesto Sán-
" chez, también comisario de los que me perseguian en la noche
" del 14 y otros infinitos que fueron prisioneros en aquella épo-
" ca? Dígalo el mismo Alvear a quien devolví su equipaje, y con
" el una porción abultada de onzas de oro y sus conductores.

" Pudiera ser un crimen de alta traición el haberme ba-
"tido incesantemente desde el año16 con los portugueses y sos-
" tener durante cinco años una guerra superior a nuestros es-
" fuerzos y en ese tiempo pisar muchas veces la sangre de los
" tiranos, perder un hermano, ver derramar sangre de otro y
" verlo sufrir una prisión de tres años, así como innumerables
" de mis mejores amigos, unos muertos en el campo de batalla,
" otros prisioneros sufriendo toda clase de martirios, asimismo

" ver con frente serena robar tres veces a mi cara esposa, verla "fugar a los montes a pie, llena de espanto, por no caer presa " en manos de los enemigos, que no se paraban en medios para " hacernos sentir todo el furor de su tiranismo y opresión atro- "pellando los derechos más sagrados, sin mirar la respetabilidad " del bello sexo.

" Es verdad que a mi esposa no le sería extraño el ser " presa y conducida a la ciudadela de Montevideo, como lo fue- " ron por los portugueses las dignas señoras de don José Llupes, " la del coronel Julián Laguna, la del comandante don Juan Jo- " sé Florencio, la del capitán don Lorenzo Medina y la del ciuda- " dano don José Antonio Ramírez: mi esposa escapó en esta jor- " nada en ancas del Gobernador Suárez, su compadre y buen " amigo, que la ocultó en los montes como un criminal. Cito esto " amigo por lo que creo del caso y por que he dicho que a mi " señora no le sería extraño una prisión pues en el año 15 ya " había sido presa y conducida con una escolta al Fuerte de " Montevideo y de allí depositada dos meses en casa de las se- " ñoras Navias.

" Podrá ser mi amigo, crimen de alta traición el haber " sucumbido al fuerte poder de los portugueses, que nos escla- " vizaron cinco años y en ese tiempo haber sufrido todos los " martirios que proporciona un tirano que triunfa: haber lucha- " do contra la esperteza y vigilancia de los dominantes, sacar " partido de nuestra misma esclavitud para en tiempo oportuno " darle al país su libertad que había perdido y con ella mucha " sangre vertida y arruinada casi al extremo una riqueza? Po- " drá ser un crimen el haber tomado partido con los america- " nos brasileros contra los portugueses europeos, hacer que se " dividieran y ser yo la principal parte en que se rompiesen las " hostilidades sobre la línea de Montevideo, influyendo en cuan- " to fué posible para que se engendrara entre ambos partidos " un odio implacable, que subsiste? Podrá ser un crimen el no "haber tomado parte en los pasos que dió al Cabildo de Mon- " tevideo asociado con el General portugués don Alvaro en el " año 23? Para mi eso era complicado: el país no estaba confor- " me por que mis paisanos no querían sino patria neta, a más " yo veía para mi que no era oportuno en circunstancias que el " Brasil estaba todo en juego por una causa que la generalidad " estaba empeñada, que nuestro país estaba en suma desgracia, " que estaba sin brazos por que la flor de sus habitantes guerre- " ros habían perecido en la guerra contra los portugueses y en " la anarquía que últimamente no había un solo capitalista que " pudiese contribuir con mil pesos al empeño que nos propusie- " ramos, que entonces las provincias se devoraban en la guerra " civil y más que en todo, que entonces nadie tomaba parte con " los orientales para la grande empresa de libertar el país, por " que nadie podía dar entonces lo que no tenía para si y darlo a

" correr el inminente riesgo de perderlo todo, fué para mi ver, " imprudencia. Yo tocaba entonces las cosas de cerca, veía que " el Brasil por esta parte realizaría su libertad y que los con- " tinentales, así que los portugueses europeos desaparecieran " debían retirarse a su país para disfrutar de nuestras haciendas " de que nos habían despojado y entonces era el tiempo, por que " hace diferencia el hombre guerrero pobre que cuando llega a " un estado de riqueza; no le gusta hacerse matar por que le " digan que es valiente.

" Puede ser mi caro amigo, que haya sido crimen de alta " traición que a la pasada del general Lavalleja a la Banda Orien- " tal en el año 25 yo me aviniese con él, pusiésemos en planta un " plan que habíamos convenido mucho antes del desarrollo del " Brasil y que no había tenido efecto por acaso que suceden; pe- " ro yo le había seguido y esperaba una oportunidad.

" Puede ser crimen de alta traición la parte que en con- " sorcio de aquel heroe tome desde el día que nos dimos las ma- " nos en la barra del Monzón en el Arroyo Grande; Puede ser " también un crimen de alta traición en haber contribuido a la " incorporación de la provincia a la masa de las demás y que " entrase a formar la liga que constituye la Nación Argentina, " en circunstancias que no todos los ánimos estaban dispuestos, " que la mayor parte de las provincias indicaban sus recelos y " hay disidencias? En esto he tenido parte, pero si la he tenido " en haber mandado las tropas de la provincia por disposición " de mi general en el día en que se enarboló el Pabellón Nacional " por la primera vez, haberlas proclamado de un modo influyen- " te y propio del deseo de que era animado. Pero puede haber " sido un crimen el haber admitido el despacho de Brigadier Ge- " neral de la Nación Argentina de igual modo que lo fué el señor " General Lavalleja en razón de nuestros relevantes servicios " prestados a la causa pública junto con los elogios con que nos " honra el Presidente de la República al condecorarnos y dicen: " **que se lisongea de tener unos subditos tan dignos por su pa- " triotismo y aptitudes.**

" Documentos que conservaré siempre para hacer a mi " corazón menos afligente, o mortificante el estado en que me " hallo perseguido por crimen de alta traición. Puede ser tam- " bién un crimen el que luego que la provincia pertenecía a la " Nación y yo como he dicho pertenecía también como oficial " general al Gobierno de la República —pidiera a mi Goberna- " dor y Capitán General de la provincia el pasar a la disposición " del General en Jefe don Martín Rodríguez que se hallaba ya " en la margen derecha del Uruguay? Mi solicitud me fué otor- " gada el 3 de Enero del presente año, me reuní al ejército que " ocupaba el Dayman, pedí entonces al General en Jefe que me " concediese el permiso para dirigirme al Gobierno a recabar mi " absoluta separación del servicio de las armas, que no podía

" continuar en razón de hallarse mi salud enteramente quebran-
" tada por una campaña de 16 años contínuos y con una enfer-
" medad habitual de más de 12; no obstante de que la Nación
" de quien dependía estaba empeñada en una guerra; que a esta
" estaba dado el primer paso y mi persona y cortos conocimien-
" tos los consideraba innnecesarios para abrir la campaña; más
" no se cumplió mi deseo: el General en Jefe me dijo que nunca
" era yo más preciso, que la Nación esperaba redoblase mis em-
" peños para la presente guerra en que iba a decidirse la suerte
" del país, que era preciso que yo me convenciera de esto, y que
" esperaba lo acompañase: me hizo ver por último que carecía
" de mis conocimientos prácticos en la campaña así como en la
" clase de guerra que iba a hacerse, etc. Yo ví el estado del
" Ejército y que todo él no era más que obra del momento: no
" había jefes de graduación por que todo era nuevo y por lo
" mismo no deje de conocer que podría ser útil al país y desem-
" peñar a aquel general que me ofreció su amistad. Hay de mi,
" amigo del alma y por ello como me veo! En este tiempo mismo
" el general Bentos Manuel ocupaba Las Cañas con una divi-
" sión de 900 hombres de caballería, sin duda para obrar sobre
" el Ejército que constaba entonces con poco más de 1000 hom-
" bres de caballería por que la infantería que no excedería de
" 700 hombres había quedado en el Molino de la otra parte del
" Uruguay.

" Como todo se estaba formando todavía no se había for-
" mado la moral en el soldado y el Ejército sufría una horrorosa
" deserción; se iban con armas hasta de a 20 juntos, sin embar-
" go de ser perfectamente bien pagos y bien asistidos de modo
" que esta circunstancia anunciaba en caso de un encuentro un
" inevitable contraste. De todo esto que es muy largo, mi ami-
" go, podrán instruir a Ud. el coronel don Manuel Rosas, enton-
" ces Jefe del Estado Mayor del mismo Ejército, el coronel Hor-
" tiguera, e infinitos de los que allí se hallaron y me consta sub-
" sisten en esta capital. Todo lo expuesto me obligó a acceder a
" las insinuaciones del general Rodríguez quien se encargó de
" dar cuenta al Gobierno de mi arribo al Ejército y enseguida
" se me dió destino de General de División en el mismo Ejér-
" cito, donde he servido como costa al país desde Enero hasta
" el 15 de Julio que me separé del Durazno para trasladarme a
" esta capital. Puede ser un crimen que desde que me incorporé
" al Ejército en Enero, yo no he sido sino un ciego obedecedor de
" las órdenes de mi general? Prueba de ello es, que a los cinco
" días, el General en Jefe se separó dl Ejército para ir a recorrer
" los puestos avanzados de la Colonia, Montevideo y Cerro Lar-
" go, de lo que desistió y quedó en Paysandú, yo quedé con el
" Ejército a mi pesar, por que en primer lugar no conocía los
" jefes, la tropa estaba a mi ver disgustada, y una prueba de
" esto es que una noche antes de separarme del General en Jefe,

" se desertaron 15 hombres con sus armas; pero yo tuve suerte: " S. E. faltó veinte días al Ejército, yo lo conduje al campo de " San José con todos sus bagajes, caballadas, etc. y solo se no- " tó la deserción de un correntino en todo ese tiempo: puede tam- " bién lo dicho ser un crimen y serlo también que a mi llegada " a San José, ya encontrase algunos Dragones Orientales que " por el cariño con que siempre han distinguido a mi persona " se habían ido a seguirme. Yo preveía este un mal que podía " encelarme con el Gobernador de la Provincia y por lo mismo " eran mis instancias por alejarme y separarme de toda respon- " sabilidad; los presenté al General en Jefe y S. E. me ordenó " los conservase en mi compañía; los demás noticiosos de la aco- " jida de los primeros se venían de a 20 y de a 30 y antes de un " mes habían más de 200 Dragones, hasta oficiales: este será " también un crimen de alta traición que resultará contra mi.

" También lo será que en la noche del 2 de Julio, me lla- " mó el general Rodríguez y me hizo saber que había llegado el " teniente coronel don Paulino Rojas y que por él tenía órdenes " del Gobierno para marchar a poner su Cuartel General en el " Durazno a consecuencia que el gobernador Lavalleja no esta- " ba conforme con las medidas nacionales y que era necesario " hacerlo entrar por sus deberes o perseguirlo por anarquista, " que para evitar el que hubiese que batirlo sería conveniente " el despojarlo de toda fuerza disponible con que él pudiera con- " tar. Yo no trepidé en ofrecerle mi valer para con la tropa y fuí " en aquel mismo instante víctima de su temeridad; por que " en el momento hice saliese para el Durazno el vecino Romual- " do Ledesma y como este se demorase, mandé una ordenanza " para que el cuerpo viniese a mi presencia como sucedió: venía- " mos en marcha por las puntas del Arroyo Malo y en la maña- " na del 6 nos encontró un sargento con seis hombres que con- " ducía el parte de la marcha del regimiento.

" S. E. a la presencia de todos los jefes del Ejército me " mandó que fuese inmediatamente a ponerme a la cabeza de " ellos y que los reuniese al Ejército, como lo verifiqué en el " Arroyo Grande, donde fué el Jefe del Estado Mayor don Beni- " to Martínez a nombre del mismo General, ofreciéndoles todas " las seguridades que deseasen y que el General en Jefe haría " presente al Gobierno la disposición que manifestaban a la cau- " sa nacional y por el incomparable orden que habían guardado.

" Seguimos al Durazno y llegamos el 13, el 14 dió S. E. " orden para que a las 10 de aquel día el regimiento estuviese " formado en parada: se verifico, y a esta hora mandó al incom- " parable y malísimo cojo don Juan Zufriategui para que le man- " dase 100 Dragones escogidos, lo hizo así el ayudante don Josè " Augusto y el mismo general hizo de ellos una distribución en " los varios cuerpos del Ejército, recogiéndoles a los primeros " las tercerolas que depositó en su carretilla dejándoles solo el

" sable. ofreciendo hacer con el resto otro tanto como lo hizo al
" día siguiente. Yo entonces a mi ver y en obsequio de la patria
" hice al general las explicaciones siguientes: Mi general, la
" medida que V. E. acaba de tomar con el regimiento de Drago-
" nes no la creo oportuna, puede traer disgustos de gran consi-
" deración: esta tropa siempre unida en el discurso de 16 años,
" forma un espíritu de cuerpo tal que casi son insuperables cu-
" ya prueba nada equívoca la acaban de dar para incorporarse
" al Ejército. Si se quiere nacionalizar el regimiento como es
" muy justo, bastará ponerle el número tal, y todos serán con-
" formes: este regimiento es interesante conservarlo en la pre-
" sente guerra, tiene regular orden, sus soldados son bravos, sa-
ben sufrir el hambre, la intemperie y todo cuanto es necesario
"a un guerrero y podrán dar hoy o mañana una batalla que nos
" corone de laureles, sus oficiales y jefes son excelentes a quie-
" nes ellos han abandonado por seguir las órdenes de V. E., mu-
" chos de los primeros han sido soldados del mismo cuerpo y los
" segundos excepto el coronel, los demás el que no ha sido sar-
" gento ha sido cadete: han hecho conmigo una campaña de 16
" años: ellos, es verdad, no son grandes teóricos pero si exce-
" lentes prácticos; conocen de cerca esta clase de guerra así co-
" mo el terreno en que han de hacerla; tienen un conocimiento
" pleno de los enemigos y como tales no les temen, a más este
" cuerpo que en todas las épocas ha sido el paño de lágrimas de
" los habitantes de este país, aún en los tiempos calamitosos de
" la anarquía, era el respeto de los ciudadanos, a sus casas, fa-
" milias y a sus bienes. El pueblo todo, señor General, los mira
" como sus protectores: en el tiempo que la provincia sufrió el
" yugo de los portugueses, encontró en ellos un amparo que
" siempre respetaron los usurpadores: adonde había un soldado
" Dragon eran respetados hasta por los mismos que nos habían
" vencido. Mírese, mi General, que los mismos enemigos lo con-
" servaron por que temían que al dislocarlo se sufriera un con-
" traste. Acuérdese, mi general, que este cuerpo fué el plantel
" sobre el cual se formaba en diferentes direcciones la fuerza
" de la provincia en su desarrollo para exterminar los enemigos
" que ocupaban su campaña. Mire, mi general, con ojos compa-
" sivos derramar lágrimas a los vencedores de los tiranos en el
" Rincón de Haedo y que tuvieron parte en la batalla de Sarandí,
" que admiran hasta las propias fieras. Mire, mi general, que V.
" E. va a ponerle una corona de laurel a los enemigos; con la
" dislocación de este cuerpo; les da V. E. una batalla por que
" ganan en diferentes modos y resultan a su favor en que no
" tengamos un cuerpo con la costumbre de la guerra sobre el
" cual podríamos formar los demás del Ejército que está a orga-
" nizarse. Ultimamente, mi General, esta tropa va a dispersarse
" indudablemente; unos se convertirán en fascinerosos, otros se
" refugiarán a los enemigos, el pueblo dudará de la buena fe

" con que se procede por el Gobierno y esto vendrá a ser un caos " de males.

" Así mismo, General, vea V. E. el compromiso en que " me ha puesto con el Gobernador Lavalleja, quien como V. E. " y el Gobierno dicen esta discorde en la marcha del orden: que- " do en el mismo compromiso para con los oficiales del cuerpo: " yo he sido víctima de las medidas de V. E. y del Gobierno, y " ahora me quiere V. E. comprometer de un modo cruel con " la plebe, para que sirva de pasto a sus resentimientos y ven- " ganzas.

" Sobre todo si el General Lavalleja no estaba conforme, " esto es proporcionarle materiales para sus opuestas miras; " disgustando esta tropa, la plebe de todo el país se alarmará " contra nosotros y con ella lo general del país de quién tene- " mos que valernos para que nos presten sus recursos para llevar " la guerra que tenemos empeñada —y mi General me contes- " tó— yo no he de hacer lo que quieran los soldados: yo no soy " general como Ud. —yo le repetí— Mi General, mire V. E. que " este país se pierde, que la guerra va a paralizarse, que los ene- " migos se reforzarán y todos serán momentos de amargura. " No señor, yo no capitulo con nadie, y si acaso el arreglo se ha " de hacer, pésele a quién le pese, he de fusilar la mitad de " ellos. A esta contestación le hablé con la crianza que acostum- " bro, pidiéndole permiso para retirarme a la capital con el ob- " jeto que había solicitado meses antes, me lo concedió; y partí " al día siguiente. Por esto será, sin duda, que se me acrimina " de crimen de alta traición? Será por que mi hermano y los de- " más que han sufrido y visto sufrir una tal degradación a sus " compañeros de tantos trabajos y de días de gloria se hayan " puesto en disidencia, y hagan resistencia a incorporarse al " Ejército, que me aclamen que vaya a dirigirlos en la presente " guerra o será en mí un crimen de alta traición el que mi her- " mano me haya escrito y mis demás amigos atendiéndose a " cosas más grandes que el motivo que exponen para la disiden- " cia en cuestión? También será esto crimen contra mi de alta " traición? Quiero, amigo, que así sea, que esté de acuerdo con " mi hermano y los demás, que les aconseje que no reconozcan " ninguna autoridad que no sea legítima de su país natal, que " les ha considerado y que les ha conservado con respeto sus " glorias adquiridas con mucho trabajo. Por esto soy traidor? " Y como no aparece como traidor Alvear que se comprometió " con el General Lecor, recibió de el dinero, armas y municiones, " trajo la guerra de desolación y espanto contra el mismo pue- " blo de Buenos Aires, que se complotó con los bárbaros que " hasta ahora oprimen a la campaña de esta capital; Nada ex- " traño sería que yo estuviese conforme con lo que desean mis " paisanos y mis amigos y con ellos un hermano a quien idola- " tro sobre mi corazón: esto está, amigo, en la masa de la san-

" gre; o quiere el Presidente que yo me trasforme en un mons-
" truo y sea un puñal de mis hermanos, de mis amigos y com-
" pañeros. Ultimamente, mi amigo, yo no sé lo que haya hecho
" para que se me declare criminal de alta traición y se me per-
" siga de un modo cruel; es muy regular que para tales decre-
" tos del Presidente tenga en su poder los justificativos de mi
" crimen con los portugueses; pero a mi ver, esto no podrá ser
" por que no habrían de ser tan rudos que me quisiesen hacer
" aparecer como traidor convenido con los portugueses con
" quienes hice servicio. Podría yo hacer que fuesen indemniza-
" dos de la pérdida de más de cinco mil guerreros y más de diez
" millones de pesos que llevan gastados desde el desarrollo de la
" provincia? Quiero, amigo, que el tirano del Brasil me alagase
" por estar con sus intereses, que me ofreciese a la princesa
" María da Gloria, su hija, sería yo tan indiscreto que pasase
" por sus ofertas aunque no las cumpliese? Cuando en el mejor
" estado en que yo me hallaba en el caso terrible que yo tuviese
" que pedirle protección, podría borrarse en el corazón de un
" padre que haya perdido un hijo en las batallas del año 25, al
" hermano, su hermano, al pariente, al amigo, y todo lo más ca-
" ro del corazón de los hombres? Me atonto, mi amigo, en sólo
" pensar lo que haría de mí un pueblo que me culpa de todos los
" acontecimientos desgraciados que han tenido en la guerra co-
" mo me verá Ud. aparecer en todos los papeles públicos en que
" se declara traidor y se me pone como un monstruo de la per-
" fidia y se maldice hasta con las expresiones más denigrantes
" que puede vertir un plebeyo.

" Aquí me tiene Ud. amigo en el más bonito estado que
" podría verme: perseguido por los portugueses como mis mayo-
" res enemigos en mi corazón, perseguido por el Gobierno de
" la República como delincuente de alta traición, adonde iré que
" encuentre auxilio; El Gobierno que he sostenido y pensaba
" sostener de la mayor buena fe, me persigue y me declara trai-
" dor a imitación del infame Pedro I. Si me voy a los bárbaros,
" tendré que venir con ellos en sus incursiones sobre un pueblo
" de quien he recibido las mejores muestras de gratitud que
" nunca olvidaré: Si me voy donde está Bolívar, el Presidente
" me ha dicho que es un tirano que ambiciona sobre estos países;
" y si es así, como he de ir? Yo no gusto servir a miras parti-
" culares: Si me voy adonde está el Gobernador Bustos o el de
" Santa Fé, el Presidente tendrá entonces que añadir un ren-
" glón más al mensajero poniéndome como anarquista: Si voy
" al Entre Ríos, sucederá otro tanto; si voy al Paraguay, Fran-
" cia, que sabe, que me gusta pelear, y que sé practicamente
" mandar soldados, me ahorca al momento de mi llegada: si a
" la Banda Oriental, tendré que reunirme a los disidentes, este
" es un mal: Si me presento a Alvear, para que me lleve a la
" guerra como un soldado, este no me creerá de buena fe y le

" puede dar ganas de enredarme de palabras con mi pescuezo y
" colgarme. Ahí me tiene Ud., amigo, que no sé para dónde he
" de tomar; pero en este momento se me ocurre, me voy a bus-
" car a Brown; voy a ser marino, quiero mudar de arma y de
" elemento a ver si así no tengo quien me persiga: allí solo con
" los marineros no tendré opinión de esto y creo no le disgustará
" a S. E.. Si no alcanzo a Brown, no habrá remedio, amigo, ten-
" dré que transformarme en un caudillo tal cual un carreras
" para repeler las persecuciones con que me persigue el Presi-
" dente. Ya yo no tengo patria por que me la ha hecho dejar S. E.
" con sus decretos y en ella mi esposa, una anciana madre y her-
" manitas llenas de amarguras: los pocos bienes que tenía es
" muy regular que como criminal de lesa patria se me despoje de
" ellos, y no hay más que tengo que hacerme un fascineroso. En
" este estado, mi amigo, me tiene Ud., por que así lo quiere el
" Gobierno que me trajo a su servicio para perseguirme.

" Adiós, mi amigo, hasta que mi suerte quiera que vuel-
" va a ver a Ud. y le agradezca sus distinciones con que me ha
" distinguido.

" Fructuoso Rivera.

" Setiembre 19 de 1826." (Revista Histórica)

oooOOooo

Don Julián de Gregorio Espinoza recibe este manifiesto, protesta y lo da a publicidad cuatro días después, precedido de la siguiente nota dirigida al pueblo de Buenos Aires:

" Ciudadanos:

" Sólo el noble imperio de la amistad que le profeso al
" Brigadier don Fructuoso Rivera ha podido obligarme a desple-
" gar mis labios y saliendo de mi retiro doméstico hacer que me
" presente al público en calidad de editor de la carta que recibí
" suya el día de su evasión.

" En señal de mi patriotismo yo me comprometo a ins-
" cribir con la sangre de mis venas en el obelisco levantado a la
" memoria de nuestra libertad, **Odio Implacable y Eterno a
" Fructuoso Rivera, siempre que se pruebe que la historia de sus
" heroicos hechos ha sido manchada con la traición que apare-
" ce en el número 93 del Mensajero Argentino.** Todo ciudadano
" tiene derecho entonces para exigirme el cumplimiento de es-
" ta deuda que me impongo; más de lo contrario espere de mi
" el Brigadier Rivera todo lo que pueda esperarse de la verda-
" dera amistad a favor de un amigo, buen patriota verdadero,
" lleno de mérito y perseguido.

"Julián de Gregorio Espinosa.

" Buenos Aires, Setiembre 23 de 1826." (Revista Histórica.)

¡Felíz el caudillo que en esa infinita desgracia tenía amigos de esta estirpe! Y mientras Rivera cruza los campos en procura de las boscosas márgenes del Paraná, su carta es comen-

tada ampliamente. Será el tema obligado por muchos días en todas las esferas y en todos los hogares de la populosa capital, donde la figura del caudillo ha conquistado admiración y profundas simpatías.

La oposición al Gobierno ríe y festeja alborozada el fracaso de las autoridades, y tienen por un tiempo una bandera que agitar contra las arbitrariedades de Rivadavia.

No podía faltar en la protesta del caudillo las festivas o jocosas expresiones, llenas de ironía, cuando dice que cambiará de arma, que se irá con Brown para hacerse marino, mientras galopa seguro en procura de Santa Fe. Rivera en el campo encuentra su seguridad y en vano las partidas de Soler lo buscarán en todas direcciones. En el campo vuelve a ser el Gaucho Rivera. Rosas está seguro de que no lo detendrán, y en vano Alvear que lo espera prevenido, escribirá el 26 de setiembre desde el Paso de Quinteros:

" Aún no se ha tenido noticia de que hubiera aparecido " por algún punto de esta provincia y el que suscribe se prome- " te que sus planes y sus esperanzas no tendrán el éxito que se " propone, habiendo tentado algunas medidas para evitar tan " funesto influjo en aquellos puntos que han parecido más in- " dicados para el efecto." (Palomeque. — Misiones.)

Ahora más que nunca, ansían la detención del caudillo que ha eludido la trampa, colocándolos en ridículo.

Una de las primeras noticias que recibe Lavalleja sobre la marcha que sigue Rivera, se la proporciona Martín Rodríguez desde Buenos Aires.

" Ayer he sabido que don Frutos Rivera —le dice— se " hallaba detenido por el comandante de Rosario (Jurisdicción " de Santa Fé), sin duda este buen hombre había oído decir al- " go, o el comandante Zeballos de San Nicolás (Jurisdicción de " Buenos Aires) le había escrito sobre el particular; ello es que " no lo ha dejado pasar y ha dado parte a su Gobierno de modo " que en López está en el día en que el bueno de don Frutos no " nos pueda hacer mal alguno, pues yo estoy seguro que si lo " dejan pasar, nos ha de dar muchos disgustos y esto será luego " que el vea que el Ejército se ha alejado; en fin veremos que " es lo que hace nuestro amigo López a quien supongo que el " señor Presidente de la República habrá oficiado sobre el par- " ticular." (Archivo Lavalleja. — Carta del general Martín Rodríguez al general Lavalleja, del 3 de octubre de 1826, desde Buenos Aires.)

Rodríguez se identifica profundamente con Lavalleja, quizás no conozca aún el cúmulo de cargos que le ha hecho su aparcero, causa principal de su alejamiento del ejército.

Lavalleja se manifiesta inquieto y nervioso en la Banda Oriental; teme la aparición del caudillo y escribe presuroso a los gobernadores de Entre Ríos, don Mateo García, y a López,

de Santa Fé, pidiendo la detención de Rivera, como si las órdenes en este sentido del Presidente de la República no fueran bastantes.

Don Mateo García le contestó:

" Ayer recibí su estimable del 10 en contestación a la que " escribí a Ud. con fecha 6 en que avisaba la pasada del señor de " Ribero; la oposición del señor don Ricardo el haber trascendido " se me daba a mi aviso, hizo destruír el plan, pues esa misma " noche se le hizo retroceder; esta circunstancia es la que hace, " no tenga efecto la solicitud, no sucederá así si vuelve a hacer " una nueva tentativa." (Archivo Lavalleja. — Carta del Gobernador de Entre Ríos don Mateo García al general Lavalleja, del 17 de octubre de 1826, desde Paraná.)

Rivera después de abandonar la casa del doctor Tagle, su refugio de Buenos Aires, se apresura en alcanzar la frontera de Santa Fé, llegando a los pocos días a Rosario y el 6 de octubre pasa frente a Paraná, donde, y según el Gobernador don Mateo García, intentó cruzar el río por dos veces. ¿Es esto cierto? García era muy amigo del Gobernador de Santa Fé y lo probable es que rechazase complicaciones de este orden, ya que bastantes tenía en su provincia. Lavalleja le pide que detenga a Rivera(pero el Gobernador le dice que lo hará, si el caudillo insiste en ese propósito.

Rivera se encuentra en jurisdicción de Santa Fé, ya muy cerca de esa ciudad y hasta quizás puesto en comunicación con don Estanislao López, para quién lleva excelentes recomendaciones.

Lavalleja teme que Rivera pueda pasar a Entre Ríos y desde allí cruzar a la Banda Oriental; ésta es su preocupación y por lo que despierta el celo de los gobernadores. Los chasqueros después de correr enormes distancias, llegan y golpean en las puertas de Ferré, García y López pidiendo la detención de su compadre, el que gracias a sus buenos amigos, sigue con un rumbo seguro desde que salió de Buenos Aires. Va al refugio de los orientales en desgracia, donde encontrará otro amigo y seguro asilo para su cuerpo y alma atormentada. Va a Santa Fé donde otro discípulo de Artigas gobierna democráticamente, rodeado del decidido apoyo y afecto de su pueblo. La figura ilustre de Estanislao López recibirá a Rivera cordialmente, al que brindará la clásica hospitalidad de estas tierras.

López conoce al prófugo a través del eco de sus resonantes triunfos y el prestigio de su valor y patriotismo; y poco tiempo es necesario para que la inteligencia y simpatía del refugiado conquiste decididamente un nuevo y poderoso amigo.

Han estado junto frente a los muros de Montevideo, pero no se recuerdan.

López está en abierta disidencia con la política unitaria de Rivadavia. Pertenece al Partido de la oposición y es federal

desde que Artigas iluminó a su pueblo con sus ideas democráticas. López fué el primero y más grande demócrata de su provincia y luchó muchas veces contra las desmedidas ambiciones de absoluto predominio de la capital. Conoce a esa oligarquía, a esos hombres y a su política absorvente y presuntuosa. Conoce muy bien al general Alvear, al que tuvo deseos de fusilarlo.

Ahora es Lavalleja, quién también fuera su protegido en 1823, el que en repetidas cartas acusa a Rivera de **Infernales Maquinaciones**, propias únicamente de su exaltada imaginación y apasionamiento. Pide la detención del caudillo y López le contesta en forma apacible con el fin de que deje tranquilo a Rivera y no insista en ese enojoso asunto.

Después de demorar la contestación, le dice a Lavalleja el 16 de diciembre:

" Tengo a la vista sus dos estimadas de .... el pa-
" sado y 3 del que luce; la primera relativa a noticiarme no ha-
" ber llegado por conducto del coronel Laguna la carta del se-
" ñor Bustos, sino una que a él le dirigía don Frutos invitándo-
" lo a una revolución."

¡Estaba Rivera como para tales invitaciones! Venía salvando su vida en un largo y accidentado viaje sin poder comunicarse con nadies, y es recién en Santa Fé donde conoce los acontecimientos de su patria y la prisión de su sobrino, luego su fuga el 9 de noviembre y al que pronto estrecha entre sus brazos. Conoce así los pormenores de aquella incidencia y el proceder de Lavalleja y Raña, pero bien pronto olvida todo esto ,ese noble corazón.

Sigue diciendo López:

" Por el........ de dicho coronel infierno cuales serían
" los planes que proponía........ igualmente el desconcepto
" general en que ha quedado, y por consiguiente la nulidad a que
" se ve reducido para emprender cosa alguna aún cuando fuese
" así, mi vigilancia lo reduciría a este estado.

" Va adjunta la antedicha carta que su compadre había
" abierto cuando todavía creía que debía contar con su amistad
" así que por esta razón no le reconvine."

Es de imaginar el gesto de violenta contrariedad que ha tenido Lavalleja al leer esta parte tan llena de velada ironía: **El desconcepto general** .... La nulidad a que se ve reducido .... cuando muy bien sabía Lavalleja de que Rivera gozaba de la protección del gobernador de más prestigio y ha comprendido que entre los dos han abierto la carta de Bustos, Gobernador de Córdoba, para enterarse de su contenido.

" La del 3 y copia anterior que la acompaña —sigue di-
" ciendo López—, me han impuesto de las maquinaciones que
" los enemigos de la patria tratan de su destrución. Si como se
" me indica esté complicado su compadre, crea Ud. positivamen-

" te que tan pronto como se le descubra el crimen, recibirá un
" ejemplar castigo.

" No tema que aquí se haga cosa tan oculta que no lle-
" gue a mis noticias: ninguna precaución le será bastante para
" que los agentes de tamaña maldad para encubrir sus desig-
" nios, si arriban a este destino, no por eso lo e............mo
" del empeño con que me dice, queda para descubrir los nombres
" y las personas y avísemelo oportunamente, pues si esto se con-
" sigue, poco nos queda que hacer en precaución de este mal."
(Archivo Lavalleja. — Carta del general Estanislao López al general Lavalleja, del 16 de diciembre de 1826, desde Santa Fé.)

López pide los nombres de las personas involuctradas en la **maquinación**; Lavalleja comprende y no insiste.

oooOOooo

El 26 de diciembre, el ejército se pone en marcha desde el Paso Hondo del Aroyo Grande para batirse en Ituzaingó.

A Santa Fé han llegado Bernabé, Posolo, Iglesias, Salado y otros distinguidos oficiales orientales, a los que no se les permite luchar por su patria. Esperarán que el caudillo les proporcione esa oportunidad.

oooOOooo

CAPIULO IV

CARTAS DE RIVERA — CRISIS ENTRE LAVALLEJA Y ALVEAR — MORAL DEL EJERCITO REPUBLICANO — SUCESOS POLITICOS EN BUENOS AIRES — DESIGNACION DE LAVALLEJA PARA EL COMANDO DEL EJERCITO DE OPERACIONES — POLITICA DE LAVALLEJA — GOLPE DE ESTADO DE SETIEMBRE — TRATADOS PROVINCIALES

El año 1827 se inicia bajo los mejores auspicios. Se ha triunfado en Ituzaingó; triunfo a medias, desde que no se explotó el éxito como correspondió hacerse, por incomprensible indecisión de Alvear, el que debió en esa jornada terminar con las fuerzas enemigas, las que desorganizadas, fatigadas, sedientas y faltas de dirección, se retiraron del campo de la lucha sin ser perseguidas y hostilizadas como correspondía. Se retira el enemigo ante el asombro de muchos jefes republicanos que no comprendieron las razones que pudo tener Alvear para seguir esa conducta, dejando subsistir una fuerza vencida, que poco tiempo después se presentará tan fuerte y poderosa como al principio de las operaciones.

En fin; se triunfó en Ituzaingó y el enemigo tendrá que curar sus heridas, como también tendrá que hacerlo el Ejército Republicano; pero éste por otras razones muy distintas y tan graves como un contraste y que oportunamente trataremos.

Rivera en Santa Fé ha escrito en dos oportunidades a su "Compadre y Amigo". Fórmula invariable, de todos los tiempos, que usa el caudillo cuando se dirige a Lavalleja. ¡Mi compadre y amigo! Rivera nunca le guardará rencor por que en su noble corazón no anidó ese mezquino sentimiento. Escribe, y refleja su estilo, el compañerismo de largos años. Claro, leal, campechano y sin retiscencias, dejando para la postdata el verdadero objeto y motivo de esas líneas.

El 23 de abril le dice:

" En mi anterior le felicitaba por la jornada de Ituzaingó y demás acontecimientos favorables a las armas de la patria y entonces le daba una pequeña idea de los acontecimientos de las Provincias del interior y ahora lo repito instruyéndolo del acontecimiento de Bedoya en Salta y la resolución de aquella provincia como lo verá Ud. por el adjunto impreso.

" De Buenos Aires, según los papeles públicos que Ud. tendrá, verá Vd. que todo sigue lo mismo, excuso decir a Ud. nada sobre esto, por que de ello a una merienda de negros no hay difirencia.

" Mi señora comadre de Ud. después de haberme hecho compañía en mis peregrinaciones cuatro meses, ha resuelto regresar a su casa con la esperanza de que el respeto que siempre se tiene a su sexo, nos hará conservar los restos de lo que

" teníamos, para hacer subsistir nuestra numerosa familia.

" Se la recomiendo y haga Ud. compadre, que Alvear nos " reintegre el ganado y demás que nos llevó de Arroyo Grande " y Averias, mire Ud. que lo que allí había no era robado, era " de mi propiedad y de la de mis padres, y por lo mismo ahora "es regular que ese caballero tenga mucho ganado que se me " de el mío para que con él pueda mi familia subsistir: puede " Ud. escribir a mi señora que le mande un poder y Ud. cóbre- " le a don Carlos lo que nos ha quitado, este favor será para mí " de eterna memoria.

" A otra cosa compadre; cuidado con los fidalgos, cuida- " do con Alvear. Mire Ud. que es lo más malo que he conocido. " Ud. no se fie ni de unos ni de otros, los primeros en su país " tienen ventajas sobre nosotros para hacernos la guerra como " Ud. sabe y por lo mismo no hay que dormirse. Alvear, por " otro principio está con vistas sobre Ud. así como todos los " que no se adhieran a sus inícuas miras: sírvale esto de go- " bierno y no olvide nunca a su compadre y amigo.

Q. B. S. M.

" Fructuoso Rivera

" P.D.—Compadre, déjese de bromas, vamos a reconciliarnos " y hacer desaparecer esos trompetas como Ud. les dice y " hacer palizas esos trompetas portugueses en menos de seis " meses? Yo le pongo a Ud. la vida a que unidos, ni unos ni otros " nos hacen nada."

Rivera desde fines de diciembre ha estado acompañado de su señora. ¿Dónde no lo irá a buscar, para secundarlo, esa mujer extraordinaria? Correrá el mundo si es necesario para estar junto a su esposo, alentarlo, defenderlo y compartir con el todas sus penurias. Está en todas sus inquietudes, apoyándolo con valor y energía. Luego volverá, portadora de un montón de cartas que distribuirá en el trayecto, o más reservadamente en la azotea del Arroyo de la Virgen, desde donde reclamará en vano los ganados y efectos de la familia de su esposo.

Lavalleja se cierra en un hermetismo receloso; sordo a la justa reclamación que se le hace y no contestará. No contestará a su compadre y antiguo jefe que le hace de corresponsal, que ha madurado ya su plan sobre Misiones y quiere compartirlo con Lavalleja.

¡Merienda de negros !Así pinta el caudillo al tambaleante Gobierno central. Jarana, bulla, desorden, donde no es posible entenderse.

Le aconseja que se cuide de Alvear tanto como del enemigo, a quienes llama fidalgos. Conoce a Lavalleja y sabe de sus descuidos imprudentes.

Continúa Rivera en su postdata, ejerciendo de corresponsal:

" Otra reserva por ahora. — La Honorable Sala de esta

" Provincia se ha separado del Congreso, así como lo han hecho " las demás Provincias. Muy pronto se dirigirán los capítulos " que han sancionado al Presidente del Congreso y es muy re- " gular lo den al público como ha sucedido con las demás provin- " cias que se han pronunciado por la federación, por ahora es " menester guardar reserva por que aún no se ha publicado. Sír- " vale de gobierno." (Archivo Lavalleja. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 23 de abril de 1827, desde Santa Fé.)

Le adelanta así un paso trascendental de las provincias en sus manifestaciones federalistas. Es la caída del Gobierno Unitario y será también la de Alvear. Lavalleja comprende en el acto la difícil situación de su jefe y ataca. Escribe desde Corrales a don Julián Segundo de Agüero, quejándose de Alvear, de su agresividad e injusta altanería con que hiere su honor. Las relaciones son tirantes y esto trasciende y llega a oídos de Rivera, el que escribe inmediatamente a don Julián de Gregorio Espinosa, el 12 de mayo, y éste a su vez retrasmite a Lavalleja estas nobles y elocuentes expresiones:

" Antes de ayer he recibido carta de fecha 12 del corrien- " te en Santa Fé en que dice mi amigo y su compadre Fructuo- " so las palabras siguientes: **según acá se dice parece que el " compadre Lavalleja está ya en apuros y es preciso favorecer- " lo o perecer con el ya que sus compromisos son por sostener " los derechos de los pueblos.**

" Cuantas reflexiones me ofrecen mi amigo estas cuatro " palabras! Pero Ud. sabrá dar a ellas todo el valor que me cons- " ta que en si tienen, yo no digo a Ud. más que esto solo. Fruc- " tuoso es mi amigo; Ud. me ha dispensado este mismo nombre " que lo miro con gratitud, yo soy patriota y me considero un " hermano de los orientales. Dícteme y ordene lo que Ud. guste " seguro de su cumplimiento." (Archivo Lavalleja. — Carta de don Julián de Gregorio Espinosa al general Lavalleja, del 19 de mayo de 1827, desde Buenos Aires.)

¡Es inútil! Lavalleja ha cerrado su corazón a estos patrióticos llamados; se considera fuerte, en sólida posición y desdeña la colaboración de Rivera.

¡Pero es la patria la que está en juego! No importa, no lo quiere y lo acusa de confabularse con sus enemigos ,de revoluciones, de maquinaciones, etc. En todo esto hay un hecho cierto, y es que Lavalleja está en peligro. Rivera escribe a sus amigos de Buenos Aires para que lo apoyen, por que si cae, será para desgracia del pueblo oriental, previendo las escenas de 1814.

Dos meses después de la anterior carta, vuelve a escribir Rivera a Lavalleja adelantándole acontecimientos trascendenta-

les en las provincias del interior. Santa Fé es la llave que controla el pasaje de los correos de todas las provincias.

Le da noticias de Santa Fé, Córdoba, San Juan, Catamarca y Tucumán donde existe una gran esfervecencia política. Los pueblos se levantan proclamando las ideas federales:

" Van ya transcurridos 17 meses en que una desgracia
" fatal, tal vez de nosotros mismos, nos separó, habiendo yo de-
" jado de ser su subdito y Ud. de ser mi amigo. Aquí compadre
" es donde llamo su atención. En el tiempo precursado que se
" ha hecho, que se ha visto? Ah, cual fué nuestro estado y
" cual es ahora! Cuántos los conflictos de nuestra cara patria
" que nos vió nacer y que con placer nos vió miles de veces pro-
" digar sacrificios en defensa de sus más sagrados derechos!
" Vuelvo compadre a llamar su atención. Cuantos días aciagos
" de entonces acá no han nuestros compatriotas y amigos expe-
" rimentado. Cuántos, compadre, de nuestros antiguos y fieles
" compatriotas ya son víctimas de las perversidades de Alvear
" y sus satélites, otros sufriendo todas clases de martirios en
" las inmundas mazmorras de Buenos Aires, otros desterrados
" en el Tandil, etc., otros fugitivos en peregrinación y persegui-
" dos por el Ministerio sin otro crimen que no adherirse a sus
" inícuas miras arbitrarias. ¿Cual, mi compadre y amigo, el orí-
" gen de tamaños males? Está demostrado práctica y verídica-
" mente nuestra incauta fé y nuestro deslumbramiento, que,
" dando oídos a sus perversas tramas, nos hicieron rivalizar
" para ellos reinar a su arbitrio. Ud. sabe, que los agentes del
" general portugues Lecor nos circumbalaban; que los del tira-
" no Rivadavia se introdujeron en nuestro territorio, y que, unos
" como otros se fijaron en nuestras discordancias para que, lue-
" go que la realicen, pudiesen hacer la esclavitud de un modo,
" otros de otro, pero ambos a la vez.

" Compadre, el estado presente de las cosas me obliga a
" extenderme esta vez más que en otra alguna para significarle
" cuanta es la necesidad de que deje Ud. sus manías y que
" uniformemos nuestros esfuerzos e ideas y restauremos a la
" patria lo que ella ha perdido por nuestras rencillas. Para esto
" es preciso que Ud. no se pare en cosas pequeñas a las que
" muchas veces son propensas las visicitudes de lós hombres.
" Mire, compadre y amigo, por el bien del país; eche Ud. una
" pequeña ojeada por el estado presente y futuro que le aguar-
" da, que sin duda precisa una mano protectora o un genio ex-
" traordinario que haga para siempre desaparecer esa especie
" de anarquía que ya se deja traslucir en todas direcciones. Sea
" Ud., compadre, el destinado para esa nueva regeneración de ese
" país que sirve como siempre, como siempre ha servido de an-
" temuro a todas las provincias, y que, ahora más que nunca,
" es preciso darle un nuevo tono para que estimulado, de con

" su ejemplo un empuje al gran todo de la República. Yo sé " como Ud. el estado de la Banda Oriental; sé el riesgo que corre " y con ella todo el continente del Río de la Plata, y por lo mis- " mo no se me oculta el pronto remedio a sus grandes males. " Cual es y lo diré siempre, nuestra reconciliación compadre; " sin ella, la patria — ese nombre sagrado que debe Ud. por sus " mismos padecimientos respetar más que todo será la que en " todo sentido sufrirá los males, y con ella Ud. y yo y todos los " que tengan el placer de ser sus fieles hijos. Reflexione, com- " padre, que en el sentir de todo hombre sensato no hay uno " que no ansie entrañablemente, por vernos unidos y restaura- " da a su antiguo estado nuestra amistad: esto está en el inte- " rés público que no desea sino el bien general y que conoce a " todo tiempo los efectos favorables que ella produce toda vez " que marchemos en consonancia.

" No lo estará en el de los agentes del Emperador Pedro " I., ni en los de Rivadavia, Alvear, etc., por que estos saben " todo lo que pueden nuestros esfuerzos unidos. Unos y otros " justamente lo han experimentado, y nuestra patria nos admi- " ró y llenó de bendiciones. Por qué pues, compadre, queremos " que ella ahora nos maldiga y haga alcanzar esta maldición a " nuestros venideros? No dejemos, compadre, esa triste memo- " ria a la posteridad; seamos menos necios, conduzcámonos de- " recho por el sendero que prescribe el patriotismo y el honor " de hombres de reflexión y no por el espíritu de venganza y " escarnecimiento entre jefes de una misma familia.

" Mi compadre, no me será extraño que Ud. crea en mi " una impostura mis expresiones, entendiendo que, siniestras " miras me conduzcan para vengarme de Ud. por los aconteci- " mientos que han habido; no, compadre, Ud. sabe que soy in- " capaz de una tal bajeza, así como sabe que mi ambición fué " siempre la de la gloria en los campos del honor, y no en el de " la malesdicencia; pues sabe bien que he odiado toda cosa que " tenga asomos de perversidad y tiranismo. Pero si Ud. dudase " de mi buena fé, yo le podré garantir mi conducta futura con " los mismos pueblos que desean vernos unidos.

" Yo iré gustoso a servir bajo sus órdenes como lo he " hecho otras veces; mi objeto no es, ni será otro, que el de ser " parte en la presente guerra contra los enemigos generales, y " ayudarle a Ud. a restaurar los derechos de nuestro país, su- " cumbido al poder arbitrario de esa facción despreciable y de- " testada por todos los pueblos.

" En suma, compadre, mi deseo es emplear mi brazo por " un objeto tan digno de todo aquel que conoce los derechos del " hombre, y espero que Ud. no desconociendo sus principios, no " se rehusará a mis expresiones que son hijas puramente de " mis mejores deseos y el de una infinidad de nuestros paisa- " nos que, conmigo se ven en un país extraño peregrinando sin

" auxilio más que los que le dispensa la providencia y las bon-
" dades de este Gobierno a cuya protección nos hemos abrigado.

" Yo compadre y amigo estoy resuelto como lo he estado " siempre a que nos reconciliemos; lo que espero es al contesto " de esta, tener la satisfacción de ver concluída nuestra enemis- " tad; por lo mismo, echando Ud. todo en un eterno olvido, yo " obraré de igual modo. Pero basta ya, compadre, de cargos y " reflexiones; vamos a lo esencial. Nuestra amistad en su anti- " guo estado, quiero decir, nuestra reconciliación de buena fé " en lo que mucho, mucho interesa y conviene; sin esto, Ud. " mismo se verá lleno de trabajos en razón de que presentemen- " te es solo en grande y terrible riesgo y muy grandes cosas " que hacer, yo no digo si le serviré para estas, pero podré ser- " virle para poder pelear con los fidalgos y es de lo menos que " hay que hacer; podré servirle también para baqueano, pues " para esto ya Ud. sabe lo calandria que soy; para recordarle " cuando se duerma que también sabe Ud. que soy de los que " duermen menos. En fin, yo no dudo que Ud. meditará larga- " mente sobre mi exposición y que si otras veces ha hecho Ud. " grandes sacrificios por la patria, haga este también en fuerza " de su honor, recordando nuestra antigua amistad, esa amistad " que en tiempos más fatales fué inseparable y ejemplo de la " más verdadera que jamás pudieran tener los hombres.

" Yo creo que se verá Ud. con el Gobernador don Mateo " García; el sin embargo de que no está tan al cabo de mis ver- " daderos deseos, le instruirá a Ud. en parte de los sanos sen- " timientos que me animan. Muchas veces me ha manifestado " don Mateo García el mayor interés por que nos reconciliemos: " como este señor lo desean todos los hombres que piensan en " el bien general y palpan los males que nos circundan. En esta " virtud, yo no dudo que Ud. dé a los buenos este placer y de- " sesperación eterna a los tiranos que han fijado su abominable " cetro sobre nuestra candidez y falta de conocimiento de sus " pérfidas tramas.

" Compadre, mando a Maciel y espero que si Ud. es con- " forme, me conteste prontamente y me apunte el plan que se " proponga para en su virtud proporcionarnos las mejores con- " formidades con estos gobiernos, sin necesidad de más nada " que poner en planta una firme resolución: o hacer la felicidad " de la patria, o perecer en sus ruínas.

" Ultimamente compadre. Para que me cansaré en decir- " le de nuevo, cuanto le he dicho antes de ahora, si Ud. todo " lo tiene presente y bien palpado?

" Por lo mismo, concluyo saludándolo y ofreciéndole la " invariabilidad de una amistad sin límites, como ha sido siem- " pre la de su compadre y amigo." (Archivo Lavalleja. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 23 de junio de 1827, desde Santa Fé.)

Líneas escritas con el corazón desbordante de nobles y patrióticos sentimientos, y quizás hasta alguna lágrima ha caído sobre esas páginas.

Si el Gobierno Unitario de Buenos Aires se sostiene, se sostendrá Alvear en el ejército y no sería difícil que Lavalleja tuviese que correr la misma suerte de Rivera, alejándose de la patria; o lo que sería más grave, oponerse con las armas para contener los atentados de Alvear. Lavalleja profundamente disgustado, se ha retirado del ejército acompañado de algunos oficiales orientales, instalándose en el Durazno con intención de proseguir después hasta Buenos Aires para resolver su situación, que en esas circunstancias parecen difíciles, como aconteciera a Rivera un año antes.

Rivadavia sacrificará a Lavalleja para sostener a Alvear, y es por esto, que Rivera le recuerda a su compadre, el azote que significó para el país ese mismo hombre en 1814.

Lavalleja habrá leído más de una vez esa larga carta, la que indudablemente lo ha conmovido; pero junto a él en apretado círculo eminentemente hostil a Rivera, permanece el clan logista de los Caballeros Orientales, destruyendo los nobles sentimientos que tienen forzosamente que haber despertado tan gratos recuerdos y tan poderosas razones.

Lavalleja debe ir a Buenos Aires; pero posterga esta decisión, que los enemigos de Rivera aprovechan para anesteciar ese corazón a los patrióticos llamados del amigo.

Rivera es inteligencia y acción. Es, en el medio en que se desarrollan los sucesos, el que posee el más brillante talento militar; alquirido y consolidado en largas luchas contra distinguidos jefes. Conoce el valor y capacidad de los comandantes enemigos como ninguno, y por sobre todo, sabe conducir sus fuerzas, hacerse apreciar y admirar por sus soldados y el escenario y sus recursos no lo reservan secretos.

Sabe explotar con acierto a las improvisadas milicias, tanto como a los soldados veteranos y hace un juicioso empleo de las distintas armas en la batalla.

No es genial, nada de eso; es lógico, sereno, juicioso, audaz, valiente y coronado por una despierta inteligencia.

Su oratoria y arengas son precisas, ajustadas, pero elocuentes y oportunas; permitiéndole exigir de sus hombres cualquier sacrificio. Además, es caudillo por naturaleza y comprende como ninguno el alma popular, con la que está identificado. Sus hombres lo seguirán en cualquier empresa, sintiendo por su jefe un aprecio rayano en fanatismo.

Es generoso y muchas veces espléndido. Su fortuna particular fué forjada antes de la revolución y es extaordinariamente aumentada al fallecimiento de su padre haciéndolo uno de los hombres más ricos del país, lo que le permite, siguiendo

su naturaleza desprendida e indiferente por los bienes materiales, ser generalmente dadivoso y tratándose de aportar recursos para la defensa de la patria, hipotecará o se desprenderá expontáneamente de sus cuantiosos bienes.

Su prestigio es tal, que sin nada formará ejércitos y hace brotar recursos de donde parecieran no existir.

Rivera es sincero. Le ha dicho a su compadre la verdad de sus afanes y de sus sentimientos, y todo lo expresado tiene la más grande y noble inspiración: La Patria: su tierra y su pueblo.

En esa carta no dice una sola palabra de su familia ni de sus bienes arrasados, eso no le interesa en estas circunstancias. La patria es todo, y en ella el bien general, propio de la democracia que fundara Artigas; por que este es su mejor discípulo.

oooOOooo

Las rivalidades o celos entre los jefes resienten la disciplina del ejército. Al iniciarse el año 1826 y debido a las diferencias que surgieron entre Lavalleja y Rivera, se notó el germen de la descomposición en las fuerzas orientales, descomposición que aumenta y llega hasta la rebeldía, ante la actitud de Rodríguez para con algunas unidades orientales.

Ahora, con la incidencia entre Alvear y Lavalleja, los jefes y oficiales orientales hacen causa común con este último; y todo esto repercute como es lógico, en la organización, disciplina e instrucción de las tropas.

Descuidados o rotos los vínculos que deben unir a las tropas con sus oficiales, pronto son dominados por el mal, que se presenta en abandono, insubordinación y deserción; y esto es tan terrible como la pérdida de una batalla. Felizmente, el enemigo cura sus heridas de Ituzaingó, y de no haber sido por esta razón, hubieran sido incalculables los males y desgracias de todo orden que hubiesen caído sobre el país, como inmediata y lógica consecuencia de esta situación. Del estado de desorden da una idea esta carta de Alvear a Lavalleja, el que resentido con su jefe, se encuentra como se ha dicho, en el Durazno.

" Mi querido general: —dice Alvear— Ud. habrá sabido " el modo poco honroso con que ha sido sorprendido el coronel " Oribe, habiendo caído prisionero con 14 oficiales, entre ellos " su hermano de Ud. Este coronel hacía doce días que estaba en " el Cerro Largo, ocupado en bailes y combites, contra mis ór- " denes que lo había mandado venir al paso de Valiente, a las " cuales no se había dignado contestar este caballero.

" Una conducta semejante no podía tener menos que un " fin igual, y Ud. conocerá la trascendencia que tendrá en el " continente un suceso semejante. Lo más singular es que Ori- " be tenía más de 200 hombres reunidos, y fué tomado por Cal-

" derón y Yuca Teodoro que entre ambos apenas tenían 150
" hombres: tal es la confianza que tenía Calderón de hallarlos
" descuidados y dormidos después del baile.
" ....
" ....

" El marquez de Barbacena estaba ayer en el paso de la
" Armada del Camacuá; según las relaciones de pasados y ve-
" cinos se asegura que ha recibido refuerzos de infantería de
" Santa Catalina y que viene resuelto a darme batalla. Si el en-
" vida estoy resuelto a esperarlo, aunque estoy en el estado más
" deplorable de caballos, como Ud. sabe, pues no he recibido
" uno solo, yo no se que apatía se ha apoderado de la Banda
" Oriental. Si ella no toma un caracter más enérgico, segura-
" mente le pronostico un mal resultado en la guerra. La deser-
" ción de la vanguardia ha continuado. Si los orientales se em-
" peñan en perder su país, creo que lo conseguirán; los pocos
" que han quedado en el 1er. Cuerpo, tanto oficiales como tropa,
" están deseando irse exceptuando solo al comandante Araujo
" de Dragones.
" ....
" ....

" Del mismo modo es preciso que active Ud. el regreso
" de los oficiales que fueron a esa con el objeto de reunir tro-
" pa, así como también el comandante Servando cuyo retardo
" me es extraño.

" Concluyo, mi amigo, asegurándole a Ud. que es de im-
" portante necesidad su vuelta de Ud., tanto por el honor que
" a Ud. le resulta como para lo que influirá su presencia en el
" ánimo de los orientales." (Archivo Lavalleja. — Comunicación del general Alvear al general Lavalleja.)

Salvo la intención que atribuye Alvear al general enemigo, lo demás es la cruda y real verdad. Ignacio Oribe, Francisco Lavalleja y 13 oficiales han sido sorprendidos y tomados prisioneros. Al poco tiempo son puestos en libertad, por canje con oficiales brasileños detenidos.

La vanguardia compuesta esencialmente de tropas orientales sufre fuerte deserción, muy difícil de contener.

Jefes de prestigio se han alejado del ejército con distintos pretextos, pero la causa es una, la divergencia de los jefes.

Otra cosa de esta carta no es cierta: el tono amable que usa Alvear para que Lavalleja vuelva al ejército, no es fiel expresión de sus sentiminetos para con el jefe oriental, y no puede velar el profundo resentimiento que los separa. Alvear conoce la situación política de sus amigos en Buenos Aires y con ellos se tambalea. Prepara el terreno para las próximas adversidades que presiente.

oooOOooo

A fines de junio la situación política hace crísis en la capital porteña. Rivadavia ha renunciado y el Congreso acepta esa renuncia el día 30, e inmediatamente se disuelve.

Permanece como máxima autoridad, la Asamblea General Constituyente, la que el 5 de julio designa al doctor Vicente López, Presidente Provisorio, quién el 13 exonera al general Alvear de su cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones.

Alvear ya anticipadamente y prevenido de estos sucesos por sus amigos, había elevado el 28 de junio su renuncia del alto cargo que desempeñaba, pero esta no llegó a tiempo o no fué tenida en cuenta.

Es en estos momentos que Dorrego escribe a Rivera y conversa con el Presidente López sobre el plan del general oriental de incursionar sobre Misiones.

El 3 de agosto se instala la nueva Legislatura de la provincia de Buenos Aires y el 12 nombra al coronel Manuel Dorrego Gobernador de la misma, cargo del que toma poseción al día siguiente.

El Congreso General Constituyente también se disuelve el 18 de agosto, pero antes deposita en el Gobernador de Buenos Aires, la dirección de la guerra y las relaciones exteriores de la Nación Argentina.

Días antes Dorrego ha escrito a Rivera:

" No puede Ud. creer cuan sensible me haya sido el que " sus desavenencias con el general Lavalleja no se hayan ter- " minado de modo que pasase Ud. inmediatamente a prestar " servicios importantes en la presente guerra. Tal vez más ade- " lante podrá suceder el que termine esto.

" Me pide Ud. que le indique la marcha que debe adoptar " y aunque animado de los mejores deseos, tiemblo al dar con- " sejos que tal vez sin preveerlos pudieran perjudicarle. Mi opi- " nión, pues es, de que Ud. y su hermano podrían venirse a esta " y presentarse al Gobierno para que se les juzgue y hagan los " cargos que hubiesen por convenientes; y caso de no existir, " pedir daños y perjucios contra la administración que ha con- " cluído, esto es, si al presente no se realiza la expedición de " esas provincias sobre los pueblos de Misiones. Pues entonces " Ud. no debería perder la oportunidad de distinguirse en tal " empresa, agregando este nuevo servicio a los muchos que tie- " nen prestados a la causa pública y a la libertad de su patria." (Palomeque. — Misiones.)

¡Vaya un consuelo! Rivera no morderá ese anzuelo. Dorrego sabe y le consta que Rivera ha sido víctima de sus enemigos; pero Dorrego es político, y sabiendo que Rivera sería absuelto por cualquier tribunal que lo juzgase, desea que el caudillo y su hermano se presenten para hacer cargos contra Rivadavia y Alvear; sobre todo contra este último, por el saqueo de

sus haciendas. Pero Rivera no es capaz de tomar revancha o venganza de los caídos. No, eso no es propio de Rivera, y en cuanto a Bernabé, todos sus compañeros de disidencia ocupan cargos destacados en el ejército.

En lo referente a Misiones; Dorrego, al tanto de los planes de Rivera, lo alienta en la ejecución de esa idea, y uno de sus primeros actos de gobierno será designar al presbítero Dr. D. Pedro Pablo Vidal, para que en su representación, realice tratados con las provincias de Santa Fé, Entre Ríos y Corrientes, con el fin de organizar una fuerza con el objeto de ocupar y explotar la ocupación de ese territorio. Es un rayo de luz, pleno de esperanza que anima el corazón de Rivera y bien sabe Dorrego que este es muy capaz de distinguirse.

oooOOooo

Don Isidoro de María nos dice, que:

" La elección del general Lavalleja causó desconcierto en
" los jefes argentinos del ejército y aun en algunas personas
" orientales de significación, que preferían al general Paz para
" el mando en jefe como militar de escuela."

y Berra agrega:

" Que la elección del general Lavalleja al puesto que había ocupado Alvear en el ejército de la Nación, dió lugar a su-
" cesos lamentables."

Vuelto Lavalleja apresuradamente desde Buenos Aires a la Banda Oriental, se dirige al Durazno, encontrándose en el camino con el general Alvear y su comitiva, pero los jefes no se saludan. Una vez, en el Durazno, una de las primeras medidas que toma es decretar un indulto general y amplio para los desertores que vagan por montes, sierras y bañados en crecido número; si es que no se han pasado al enemigo para eludir la constante persecución de que son objeto y el correspondiente castigo.

La indisciplina en el ejército ha llegado a tal extremo, que un convoy que se dirige de Durazno a Melo con equipos, vestuario y munición, es asaltado a mediados de agosto por la misma fuerza encargada de su custodia.

Los más notables historiadores que han estudiado el período que se inicia con el comando de las fuerzas por Lavalleja, se han expresado en forma unánime y elocuente, estableciendo que la situación tanto militar como política, sufrió graves trastornos.

Aquella brillante fuerza que se había batido con éxito en Ituzaingó, permanece estacionada en el Cerro Largo, Tacuarí y Conventos; cubriéndose con una vanguardia de caballería sobre la línea del Yaguarón, y en esa actitud permanece hasta la terminación de la guerra en octubre de 1828.

"Debiose esto, —dice Berra— a que el General en Jefe

" se ocupaba más de la política que de la guerra. Había trasla-
"dado la capital al Durazno y fijado allí su residencia. Algunos
" de los otros jefes caracterizados se habían ido a Buenos Ai-
" res, por no sufrir el hastío que se había apoderado del ejér-
" cito. Todos exigían que algo se hiciera en esos meses de bue-
" na estación que ya corrían adelantados a lo que Lavalleja con-
" testaba que estaba reuniendo elementos, que pronto invadirían
" el Brasil, que no descansarían hasta llegar a Río Grande y
" a Puerto Alegre, al fin se presentó en el ejército después de
" delegar el Gobierno en don Luis Eduardo Pérez, con escasas
" caballadas, unos 800 soldados de caballería y un pequeño cuer-
" po de paisanos, que tenía por misión especial el pasar a la
" provincia el ganado vacuno que hallaban en el territorio ve-
" cino.

"Todo un conjunto de ideas erróneas y de resentimien-
" tos lo arrastró al terreno de las violencias en el que era au-
" xiliado y quizás astimulado por jefes que lo rodeaban y por
" hombres de Buenos Aires interesados en hacer desaparecer
" del escenario político a los que habían prestado su conformi-
" dad a la Constitución y a las tendencias oficiales del año 26.
" Los comandantes de los departamentos disponían de las per-
" sonas y de las cosas, en nombre de los intereses de la guerra.

Antonio Díaz, cuyo padre formaba parte del ejército en importante cargo y dejó luego los apuntes con que su hijo ha escrito la Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata, si bien tendenciosa, con errores intencionales y apreciaciones injustas en algunos capítulos, decía lo siguiente:

" El ejército —nos dice— había permanecido un año
" acampado en sus cuarteles de Cerro Largo, sin recursos y en
" la más completa inacción.

" El general Lavalleja diseminó una parte de sus fuerzas
" en partidas ligeras y las lanzó al territorio brasilero para que
" hiciesen una guerra de depredación la única que entonces po-
" día hacerse, dado el estado en que se hallaban aquellas fuer-
" zas, sin organización, con el elemento resistente de los je-
" fes argentinos que componían el Estado Mayor y algunos de
los cuales se consideraba desairado por el decreto que había da-
" do al general Lavalleja el mando superior.

" Estas partidas sueltas no emprendieron otra clase de
" operaciones que incendiar las poblaciones y hacer grandes
" arreos de ganados para este lado de la frontera.

" Mirado como medida por el lado de las consecuencias,
" cierto es que estos ganados volvían a su primitivo destino; pe-
" ro en tal estado de guerra, el ejército debía considerarse ya
" perdido y efectivamente la desmoralización cundió en sus fi-
" las. El general Lavalle y los principales jefes de importancia
" se consideraban demás en el, y pidieron su pase a Buenos Ai-
" res.

En forma casi análoga se expresa don Isidoro de María:

"Después que el general Lavalleja tomó el mando del "Ejército de Operaciones en agosto del año 1827, poco adelan-"taron estas por diversas causas.

"Contínuo inactivo en sus cuarteles de Cerro Largo, fal-"to de recursos, esperando en vano el remonte de fuerzas de "las provincias que estas rehusaban, apesar de las peticiones "del Gobierno de Dorrego, y trabajando por las rivalidades de "los bandos políticos que se habían formado y por el descon-"tento de los jefes de mayor graduación, argentinos, que se "consideraban desairados con el nombramiento de Lavalleja de "General en Jefe del ejército.

"Reducido a la inacción en que permaneció el resto del "año, sin emprender operación alguna formal, apesar que los "meses habían sido aparentes para iniciar nueva campaña. Su "acción no se había hecho sentir sobre el enemigo sino por al-"gunos grupos insignificantes, fraccionados y desordenados, "cuyas depredaciones los hacían odiosos, y cuyo principal obje-"to era el arreo de hacienda vacuna del territorio limítrofe a "esta banda de la frontera, figurando en primera línea en esos "grupos y sus trabajos el famoso indio Lorenzo, conocido por "el baqueano. Este estado de cosas, la desmoralización y el abu-"rrimiento eran consiguientes en el ejército y esto dió lugar a "que muchos jefes de importancia se separasen de sus filas y "marchasen para Buenos Aires."

Por último, Deodoro de Pascual nos relata que:

"La Banda Oriental se resentía de la falta de Frutos "Rivera, el cual hacía un año se desterró forzado por la perse-"cución de los de Buenos Aires a Santa Fé. Aun existía en su "rigor la orden de prisión que contra el fulminara Rivadavia, "apesar de los esfuerzos del señor Espinosa y de los dos cam-"bios que tuvo la administración. Ni López (Vicente), ni Do-"rrego levantaron la orden de prisión de Rivera donde se ha-"llase."

Dorrego, es cierto, no levantó la orden de prisión que pesaba contra Rivera, y esto es comprensible, como es comprensible también la elección de Lavalleja para el comando del ejército. Dorrego era un soldado valiente e inteligente, pero por encima de todo era político. En la política se había embanderado decidida y entusiastamente desde muchos años antes. Con respecto a Lavalleja y Rivera procede políticamente. Al primero le da el comando del ejército por que controla una provincia y necesita su decidido apoyo para la gestión que va a iniciar, contraria en absoluto a la desarrollada por Rivadavia, y con respecto a las operaciones militares, estas se señalarán por directivas.

No levanta la orden de prisión contra Rivera, por no contrariar a Lavalleja o por que este indudablemente se lo ha exi-

gido; pero Rivera podrá viajar seguro a Buenos Aires sin que se le moleste ni se le recuerde la existencia de tal orden. En todo caso será una carta a jugar contra Lavalleja, el que, por su triunfo sobre Alvear y su designación para el comando de las fuerzas, se considera en una situación tal de privilegio, que su arrogancia crece, toma volumen y se eleva en tal forma, que procede como lo han expresado los historiadores citados; con la diferencia de que Dorrego le remonta el ejército, lo equipa, le da medios para que inicie la campaña y hasta le remite un plan de operaciones. Elementos y circunstancias que Lavalleja no explotara.

oooOOooo

Rivera no se desalienta por la falta de contestación a sus cartas, sobre todo a la última .Algo ha conseguido de Lavalleja que se muestra generoso con Bernabé y le insinua al respecto vagas esperanzas, por intermedio de don Pedro Trapani. Más algo ha llegado a conocimiento de éste que se apresura en comunicar a Lavalleja, al día siguiente en que este ha llegado al Durazno, diciéndole:

" Rivera ha escrito a Pascual Costa, que iba a pasar a " esa con las fuerzas de Entre Ríos. Yo no creo que esto pue- " da ser cierto, yo he dicho a varios de los amigos de Rivera que " sería conveniente se le proporcionase aquí un empleo, y que " no era prudente permitir pasase ahora a esa provincia; he " dicho que Ud. me dijo escribiera a Bernabé para que fuese y " que esperaba que con el tiempo lo demás podía arreglarse.' (Archivo Lavalleja. — Carta de Pedro Trapani al general Lavalleja, del 11 de agosto de 1827, desde Buenos Aires.)

Algo ha comunicado Rivera de su proyecto a Pascual Costa; sobre todo del apoyo que va a necesitar del Gobierno, y en tal sentido moviliza a sus amigos influyentes de Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé.

Estas gestiones encuentran a Dorrego muy bien dispuesto, e interesándose en ellas desde el primer momento, designa al canónigo Dr. D. Pedro Pablo Vidal, íntimo amigo de Rivera, para que con instrucciones y poderes suficientes, se traslade a Santar Fé, Entre Ríos y Corrientes, con el fin de que por medio de tratados, consiga interesar y hacer intervenir a estas provincias en el desarrollo del plan de Rivera. Dorrego piensa dar a la guerra un nuevo y poderoso impulso para lograr la obtención de una paz que satisfaga los altos intereses argentinos, culminando con un amplio y decisivo triunfo de los ejércitos republicanos su gestión gubernativa.

No bien sale de Buenos Aires el doctor Vidal para realizar esta gestión de Dorrego; Trapani que se entera, se lo comunica inmediatamente a Lavalleja:

" Reservado. — Acabo de saber que el Dr. don Pedro Vi-

" dal lleva en sus instrucciones la formación de un cuerpo de " tropas que entre a ocupar los pueblos de Misiones e indica pa- " ra el general de ellas a Rivera, aunque le dice que no haga " hincapié si encuentra oposición en los gobernadores. Yo no se, " lo que hará el señor Vidal en esto, pero dije al que en confianza " me comunicó esto, que mi opinión era que viniese Rivera a " Buenos Aires, que aquí se le diese una ocupación y se le dis- " tinguiese y que se esperase el allanamiento de Ud. para cual- " quier paso que hubiese de darse con Frutos Rivera en caso de " mandarlo a trabajar a la Banda Oriental, **pues sabía que Ud. " por ahora no estaba dispuesto a permitir que el fuese allí,** dije " que Ud. me había dicho que mandase fuese a esa y al lado de " Ud. el joven Bernabé y que era preciso esperar un poco para " lo demás." (Archivo Lavalleja. — Carta de Pedro Trapani al general Lavalleja, del 1º de setiembre de 1827, desde Buenos Aires.)

Esta es la primera información seria que trasciende y llega a Lavalleja, sobre el proyectado plan de Rivera.

Trapani en nombre de Lavalleja ha gestionado un cargo cualquiera para Rivera, con el fin de que este no se aleje de Buenos Aires y hasta allí está de acuerdo Lavalleja, el que no permitirá la ingerencia del caudillo en ningún asunto concerniente a la Banda Oriental, ni militar, ni político, ni privado. Solo consciente en que Bernabé vaya junto a el, quizás como rehén, para cortar las aspiraciones del caudillo que idolatra a su joven sobrino.

oooOooo

Las Misiones Occidentales son teatro de graves sucesos. Allí el Gobernador don Félix de Aguirre, indio misionero, valiente y de prestigio, pero sin ninguna moral, sostiene una cruenta guerra contra la oposición alentada y apoyada por fuerzas correntinas, que intervienen al sólo objeto de apoderarse de los ganados de los habitantes de esas apartadas regiones.

El Gobernador de Entre Ríos, don Mateo García, en carta a Lavalleja decía al respecto:

"Misiones (Occidentales), atrincheramiento de la anar- " quía, es el punto que ha tomado con un puñado de sujetos bien " conocidos, allí hace derramar la sangre de aquellos habitantes " animados unos contra otros; en esta y Corrientes ya se han " sentido sus infructuosas y mezquinas tareas." (Archivo Lavalleja. — Carta del Gobernador de Entre Ríos, D. Mateo García al general Lavalleja, del 7 de setiembre de 1827.)

oooOooo

Lavalleja permanecía aún en el Durazno a mediados de setiembre, absorbido totalmente por cuestiones de carácter po-

lítico, mientras el ejército vegetaba en sus acantonamientos del Cerro Largo a órdenes del general don Enrique Martínez.

Martínez en sus comunicaciones se refería por lo general a las proporciones alarmantes que había adquirido la deserción, por más severas que fuesen las medidas tomadas para evitarlo.

Lavalleja procedía con entera prescindencia de las autoridades civiles, exigiendo de todas las ramas de los poderes administrador y legislativo de la provincia, el más absoluto acatamiento a su voluntad.

El 9 de setiembre ordena la detención de los miembros del Tribunal de Apelaciones, doctores Juan Andrés Ferrara y Gabriel Ocampo y al tiempo que dispone el traslado de estos señores a Buenos Aires, comunica esta resolución al Gobernador don Joaquín Suárez, al sólo efecto de su conocimiento.

Suárez, en un gesto valiente y digno, se revela contra esa medida por considerarla un atentado violatorio de los derechos inmanentes a su autoridad, del resorte exclusivo de su persona y de las autoridades competentes, por lo que decreta el día 10:

" Contéstese, que el Gobierno no puede consentir inter- " vención en la orden comunicada al oficial Perez, por conside- " rarla violenta y atentatoria a la seguridad individual de que el " solo es responsable: que se digne manifestar los motivos que " pueden haber para tal violencia."

Suárez da cuenta a la Sala de Representantes de esta incidencia, la que designa una comisión especial para que informe sobre este asunto.

El 21 de setiembre se pronuncia la legislatura provincial, aprobando la conducta del Poder Ejecutivo de la provincia y declarando el procedimiento de Lavalleja, arbitrario y en contradicción con la ley sobre garantías y derechos de las personas.

Ante tan levantada y magnífica actitud de los poderes provinciales, Lavalleja cita al Durazno a los comandantes de los departamentos, donde son esperados con actas preparadas de antemano por el secretario Revillo, actas que firman los comandantes sin oposición y por las que manifiestan en nombre de los pueblos, hacer cesar en sus funciones al Gobernador y Sala de Representantes, reasumiendo Lavalleja el mando político de la provincia.

De las actas firmadas por los comandantes militares de los departamentos, el 4 de octubre, hace una reseña muy interesante en su diario el ayudante Brito del Pino, adscripto al Cuartel General, y en consecuencia testigo de los acontecimientos, expresando la forma ridícula como fué realizada.

El 12 de octubre, a dos años de Sarandí, Lavalleja con una pequeña fuerza llega a Canelones a materializar su designio, no sin antes escuchar la viril protesta del Gobernador Suárez y de la gran mayoría de los diputados provinciales, que de-

jaron sentada su gallarda actitud como los únicos y verdaderos representantes del pueblo oriental.

En esos días elGobernador de Entre Ríos también es depuesto, pero este por resolución de la Sala de Representantes de su provincia. Así lo comunica Dorrego a Lavalleja:

" Los asuntos de Entre Rıos han terminado con la sola " deposición de García (Mateo) y haber Zapata entrado a Go- " bernador: más está en consonancia con nosotros según me lo " aseguran." (Archivo Lavalleja. — Carta de Dorrego al general Lavalleja, del 14 de octubre de 1827).

oooOOooo

El doctor don Pedro Pablo Vidal en Santa Fé, cumple satisfactoriamente con una parte de su misión, ajustando en representación de Dorrego con el Gobernador don Estanislao López, un tratado que respondía ampliamente a las aspiraciones del caudillo. López y Dorrego procedían inspirados en el interés nacional, pero también como leales amigos del general Rivera.

El tratado es suscrito el 2 de octubre entre Vilad y don Pascual Echagüe; este último en representación de López y tenía como se ha dicho, la exclusiva finalidad de aportar medios para constituir un nuevo frente de operaciones en las Misiones Orientales, amenazando el flanco derecho y retaguardia del Ejército Imperial.

Ese tratado decía en su artículo 9º:

" Conociendo como conoce el Exmo. Gobernador de Santa " Fé las importantes ventajas que produciría a beneficio de la " causa púbilica la ocupación militar de algunos puntos o pue- " blos enemigos, limítrofes a las Provincias de Entre Ríos y " Corrientes, promoverá por su influjo a los Gobiernos de ellas, " la formación de una división fuerte para que pueda alcanzar " aquella, y si le es dable cooperará a su aumento.

" Interpondrá asimismo sus buenos oficios y respetos con " los enunciados Gobiernos, **para que sea ocupado en esta expe- " dición el señor general Rivera, cuyas aptitudes militares son " bien notorias y cuyos servicios pueden aumentar los triunfos " que ya antes de ahora ha alcanzado en beneficio de la Provin- " Oriental."**

Al efectuarse en Buenos Aires la ratificación correspondiente; Santa Fé lo acepta tal cual como estaba, no así la Junta de Representantes de Buenos Aires que sustituye la última parte por la siguiente enmienda:

"Nos el Gobernador y Capitán General de la Provincia " de Buenos Aires, por especial autorización de la Honorable Re- " presentación otorgada en sesión del 19 ppdo., aprobamos y " ratificamos los antecedentes estipulaciones con solo la supre- " sión del último período del artículo 9º que deberá concluir en " las siguientes palabras: "y si le es dable, cooperará a su au-

" mento", a cuyo efecto lo hicimos sellar con las armas de la " Provincia y refrendar por nuestro Ministro Secretario. — " Firmado en Buenos Aires, el 20 de octubre de 1827. — Ma- " nuel, Dorrego. — Juan Ramón Balcarce." (Palomeque. — Misiones.)

Este mismo compromiso consigue formalizarlo poco después el delegado Vidal con las provincias de Entre Ríos y Corrientes, pero sin que aparezca el artículo 9º. La primera provincia no especifica el número de fuerzas a entregar; en cambio Corrienteses formará una división de 500 hombres con sus jefes y oficiales.

Los contingentes así organizados por estas provincias, no podrán ser refundidos en otras unidades, ni sus oficiales separados sin el sumario correspondiente que lo justifique, en caso de falta o delito.

Todo eso lo conoce Lavalleja indirectamente, por intermedio de sus agentes en Buenos Aires, pero no oficialmente.

Se opondrá con todas sus fuerzas a la intervención de Rivera y hará valer su condición de jefe de ejército y señor de una provincia. Envía agentes confidenciales y observadores a Corrientes y Entre Ríos. Araucho observará el movimiento de fuerzas correntinas desde Mandisovi; y Curuzu-Cuatia. En Entre Ríos, el comandante Contreras de Orne y el joven Justo José de Urquiza serán sus corresponsales. Escribe a los gobernadores, quiere enterarse y saber lo que hay de cierto y en prosecución de este fin, designa a su hermano Manuel, Comandante General de la costa del Uruguay, desde el Río Negro al Cuareim, con asiento del comando en la villa de Paysandú. Su misión consistirá en vigilar estrechamente a las provincias vecinas.

oooOOooo

CAPITULO V

INFORMES DE MANUEL LAVALLEJA, CONTRERAS DE ORNE, URQUIZA Y TRAPANI — PREPARACION DE LA CAMPAÑA SOBRE MISIONES — BUSQUEDA Y OBTENCION DEL INFORME — DISTRIBUCION Y ESCALONAMIENTO DE LOS ORGANOS DE INFORMACION — RIVERA EN BUENOS AIRES COMO REPRESENTANTE DE DOS PROVINCIAS —ACTITUD DEL GOBIERNO DE BUENOS AIRES — INTERVENCION DE LAVALLEJA — SUSPENCION DE LA EXPEDICION — REGRESO DE RIVERA A PARANA.

El comandante del litoral, don Manuel Lavalleja, despliega desde Paysandú un celo y energía ponderable, representando muy bien a su hermano. Las primeras medidas que toma son las de establecer relaciones con destacados elementos de la oposición al Gobernador de Entre Ríos en esa provincia, de los que obtiene al par que una interesada amistad, valiosas informaciones unas veces, y otras, vulgares intrigas que se apresura en comunicar a su hermano Juan Antonio.

Además debe organizar un escuadrón integrado por morenos esclavos y desertores, únicos elementos que puede conseguir; gente forzada, que estarán contenidos mientras sean celosamente vigilados y sometidos a rigurosos castigos sin ninguna necesidad.

La primera carta que escribe a su hermano, es la del 22 de octubre en la que informa:

" Aquí he tenido carta del comandante Contreras (de " Gualeguaychu) en la que me instruye del estado político de " aquella provincia.

" Las noticias que me da son como sigue: Solas atropelló " a la Sala de Representantes y les ofreció bala si no lo nombra- " ban Gobernador, enseguida quitó a Zapata y desde el día 1º " calzó el mando.

" Contreras siempre sigue obrando bien, ayer me remi- " tió un desertor perteneciente al coronel Oribe y también me " dice que no está distante de remitirme enchalecada la división " oriental compuesta de 25 hombres que se halla en Gualeguay- " chu a las órdenes de Gregorio Salado y los más facciosos que " lo acompañan. Bernabé está en el Paraná, dicen que enfermo, " pero yo creo que recelándose de alguna borrasca, por Contre- " ras, pues ellos bien saben que de este no saquen astillas y que " no está lejos de enchalecarlos y remitírmelos según me dicen " algunos amigos del otro lado, mi estación en este punto les ha " oreado los pasteles o al menos les fastidia mucho a los de la " división oriental, yo creo que todo eso es paja y que jamás in- " tentarán pasar a este lado, pero si sucediese ,puedes descan-

" sar que de mi cuenta queda el escarmentarlos para que no
" vuelvan.

" Te advierto que mandes alguna fuerza para que esta
" acompañe la marcha de Aguirre hasta incorporarse de lo con-
" trario tu puedes estar cierto que aunque lo haga, jamás será
" como se le ordena ni como él quiere en caso lo haga.

" Tengo 41 hombres reunidos y acuartelados en este pun-
" to y pienso reunir muchos más luego que pueda echar parti-
" das al campo.

" ....

" ....

" Relativo al asunto de Misiones, te digo que el día que
" quieras es hecho el golpe sin difucultad ....

" ....

" Hasta ahora no se me ha ido uno de ellos y les hago dar ejerci-
" cio en grande y garrote cuando quieren deslizar." (Archivo Lavalleja. — Carta del teniente coronel Manuel Lavalleja al general Lavalleja, del 22 de octubre de 1827, desde Paysandú.)

Lo expresado sobre la deposición de Zapata no es cierto y no pasó de ser un incidente en una sesión de la cámara provincial.

Vemos aparecer ya a don Gregorio Salado con 25 orientales en Gualeguaychú; como también al Gobernador Aguirre, que aunque no es tal en esos momentos, se le continuará dando este título a ese misionero, que oportunamente jugará un rol importante en el éjército de Operaciones.

El bueno de Manuel satisface a su hermano con su celo, mientras larga partidas al campo para engrosar sus efectivos, a los que da instrucción y garrote en la incipiente villa de Paysandú.

Espera hacer detener por el comandante entreriano al pequeño grupo de orientales que se encuentran con don Gregorio Salado; pero éste previendo esa posibilidad, debe haberlo comunicado a Rivera, el que gestiona y obtiene del Gobernador Zapata un salvoconducto para esa gente; por que al efecto, Zapata dispone y comunica al comandante del segundo departamento, don Mariano Contreras de Orne, el lugar y alojamiento de Salado y su partida.

" Dicha división —dice Zapata—, es con la que se ha de
" ir formando el ejército de voluntarios que ha de ir a cargo del
" expresado señor Brigadier (Rivera) a invadir los pueblos de Misiones portuguesas, según se ha convenido con el señor Di-
" putado de Buenos Aires (P.P. Vidal), con aprobación del Honorable Congreso de esta provincia." (Archivo Lavalleja.)

No bien recibe esta orden el comandante Contreras, le remite una copia a Lavalleja.

Una vez ajustados los pactos entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fé y Entre Ríos, Rivera se dirige a la capital porteña. Va con la finalidad de resolver la segunda parte de su plan, o sea su designación como jefe de esa expedición, medios de que dispondrá y ajuste de las futuras operaciones a desarrollar en íntima armonía con el Ejército de Operaciones.

Antes se ha dedicado con inteligente empeño a la obtención de toda clase de información referente a las fuerzas enemigas que ocupan el territorio de las Misiones Orientales. Desde que considera realizado el convenio entre las provincias interesadas, y antes de la reunión de los contingentes que integrarán la expedición, necesita indispensablemente conocer el dispositivo, cantidad y calidad de las fuerzas enemigas, como también las características y recursos del territorio y el camino más viable para orientarse sobre el futuro escenario.

Rivera actuó en Misiones cuando la primera invasión portuguesa de 1812 a órdenes de Otorgués, pero fué durante un corto período y ya hace muchos años. Conoce sí la disposición de los habitantes, pero es necesario conseguir la influencia de personas de importancia, y prestigio en la región, que oportunamente lo auxilien o contribuyan material o moralmente en su patriótica gestión.

Aparecen en este período, escalonados en una y otra margen del Uruguay, desde Misiones hasta el Río Negro, una serie de órganos de información, compuestas por un jefe y una fuerza variable que trabajan con este fin.

Oficiales capacitados, inteligentes, valerosos y de su absoluta confianza, actúan en las Misiones Occidentales, con los naturales de la región.

Unos y otros elementos aportan interesantes y preciosos informes que Rivera recoge en Santa Fé o Paraná, adonde indistintamente llegan los chasques desde lejanas regiones, después de haber recorrido inconmensurables distancias y sorteados infinitos peligros.

Un precioso elemento para Rivera, es el Gobernador Aguirre, el inquieto e informal Aguirre, cuando aún se mantiene en su provincia misionera, de donde es desalojado poco después por la acción de las armas de sus rivales y de las fuerzas correntinas.

Por eso es que Rivera le escribe, y esta vez debe ser el capitán Posolo el portador de la carta, al que como veremos se le han anticipado dos oficiales.

Rivera le dice:

" La falta de conocimiento de las cosas, me privo de poner en conocimiento de V. S. el grande objeto que me condujo ante este Gobierno, y sin embargo que V. S. ha sido plenamente instruido por el oficial Rocha e Iglesias que pasaron a esa, yo quiero únicamente instruirlo de todo: es que de-

" seando los Gobiernos de Santa Fé y Entre Ríos dar todo el
" impulso necesario a la guerra contra el Emperador, y hacer
" efectivo el artículo 13 del tratado celebrado con el comisiona-
" do del Gobierno doctor don Pedro Pablo Vidal a fin de formar
" una fuerza de ambas provincias y todas las demás que quisie-
" sen contribuír a este fin, y ocupar militarmente los pueblos
" de Misiones que estan bajo el dominio del Imperio; con esta
" resolución y deseo pasé a esta para recabar los artículos de
" guerra necesarios a la realización del proyecto.

" Van, mi amigo, por ahora corridos doce días y hasta
" el presente no he sido despachado a causa que este Gobierno
" no puede deliberar sin que primero se preste a una reconcilia-
" ción conmigo el general Lavalleja y de esto está pendiente el
" bueno o mal resultado de mi comisión, aquí consta que el dicho
" general trabaja por esos destinos con el fin de paralizar esta
" tan digna resolución, queriendo llevar por si y privando que
" las provincias contribuyan con sus fuerzas como están resuel-
" tas, por otro motivo, que los celos que contra mí ha desple-
" gado este señor, para esto él ha pensado mandar algunos ofi-
" ciales y jefes que los he pedido de anterior a este Gobierno,
" para que obrando de acuerdo bajo las órdenes del general La-
" valleja se haga la guerra por Misiones.

" Ahora compare Ud. lo que podrá hacer con pocos o lo
" que podrá resultar del esfuerzo de muchos. **En cuya virtud
" estoy resuelto a llevar mi brazo y el de mis paisanos a la gue-
" rra contra el enemigo común, sin absolutamente mezclarme en
" cosa alguna que tenga tendencia alguna al general Lavalleja;
" mi conducta a este respecto será la misma que he observado
" hasta el presente.** Yo, a pesar que debiera y podía, jamás ami-
" go, he pensado en perturbarle la buena o mala marcha que
" han seguido, apesar de sus persecuciones; así no se haga la
" injusticia de creerme inspirado de resentimientos particula-
" res; mi objeto es uno solo, y es el en que está interesada la
" generalidad, en cuya virtud yo espero que V. S. se digne con-
" testarme si está o no resuelto a cooperar con sus dignos súb-
" ditos al objeto de que todos estamos resueltos, para si es así,
" recabar de este Gobierno los auxilios de armas, vestuarios,
" etc., para las tropas de su mando.

" No hay, mi amigo, que acordarnos de las rencillas del
" general Lavalleja, vamos a llevar nuestro esfuerzo contra el
" enemigo, y si el resultado correspondiese a nuestros esfuerzos,
" —como lo espero— no dudo entonces que el mismo general
" Lavalleja arribará a esa reconciliación tan deseada por todos
" los amigos del país.

" Con esta fecha les escribo al capitan Julián Arrue y a
" Berdun para que se mantengan a sus órdenes conservando el
" mejor orden posible, mientras tanto yo puedo allanar todos los
obstáculos que se presenten, y a partir sin demora sobre esos

" destinos, donde con gusto emplearía mis cortos conocimien
" tos en obsequio del país y particular de los amigos como lo es
" V. S." (I. de María. — Compendio. — Carta del general Rivera al Gobernador de Misiones Occidentales, don Felix de Aguirre, del 12 de diciembre de 1827, desde Buenos Aires.)

En estas líneas, aparte de los sentimientos expresados con respecto a Lavalleja, vemos ya la firme resolución del caudillo de efectuar la operación por su sola cuenta en caso de fracasar las gestiones que realiza en Buenos Aires. Lo interesante es, que en lo concerniente a la preparación de la misma en territorio enemigo, desfilan los nombres de los oficiales Rocha e Iglesias por un lado y por otro los de Arrue y Berdun. Los primeros son de los que lo acompañaron en Santa Fé y los segundos de las antiguas milicias de Paysandú con alguna tropa disidente de los sucesos de julio, agosto y setiembre de 1826, que se mantienen aún en esa actitud, viviendo en la amplia zona desértica al Norte del Arapey, obedeciendo a Rivera y trabajando en esos momentos en beneficio de la futura expedición en un rol informativo.

Posolo, aunque no lo dice la carta, ya se encontraba por Misiones, por sus condiciones de persuasiva simpatía, pues debe conseguir el decidido apoyo del Gobernador Aguirre, al que encuentra en lucha contra sus rivales y corrientes; y con el fin del mejor cumplimiento de su misión se embandera con el caudillo misionero en la querellla, en la que son totalmente derrotados, pero continuará un tiempo más junto a Aguirre.

Sobre la presencia del capitán José Augusto Posolo en las fuerzas de Aguirre, el único indicio que existe, lo aporta el ayudante Brito del Pino, cuando asienta en su diario el 28 de noviembre, que:
" Se le comunica al general Laguna que los misioneros de Agui-
" rre han sido derrotados y en consecuencia que trate de reunir
" los dispersos incorporándolos a la división de su mando."
Laguna se encontraba estacionado en Santa Ana.
" También se escribe a Manuel Lavalleja sobre el mismo asunto y se agregaba que:
" Si cayese Iglesias, el portugues (Posolo) o cualquiera de esos
" facciosos enemigos de la tranquilidad y fomento de la patria,
" el señor comandante está instruído de la conducta que debe
" observar con ellos; y se espera que si caen en sus manos no
" tengan lugar a fraguar más maquinaciones ni intrigas."

Se les fusilará; por que esas son las instrucciones que indudablemente posee Manuel Lavalleja. Pero felizmente esos oficiales, considerando cumplida su misión, retornan a Santa Fé para ordenar y estudiar sus valiosos informes.

El Gobernador Aguirre, vencido y corrido de su provincia esperará un tiempo a Rivera; pero sin constancia y forzado por los hechos y exigencias de Lavalleja, será incorporado a la

vanguardia del Ejército de Operaciones sobre el río Yaguarón.

Los corresponsales de Lavalleja lo siguen informando desde distintos puntos sobre los movimientos de Rivera y sus amigos o auxiliares. Trapani le ha escrito al respecto:

" Acaba de llegar de Misiones un individuo de alguna " respetabilidad, quien me comunica que un capitán de nación " Paraguay llamado don Julián Arrua y que ha pertenecido a " la división de nuestro don Julian Laguna, habiendo reunido " entre unos 50 ó 60 hombres entre orientales y misioneros, cargo a una fuerza portuguesa cuatro veces mayor que se ha- " llaba en las puntas del Miriñay, y habiéndola derrotado, sacó " todo el ganado que Arrua quiso, parece que los portugueses " por aquella parte están muy débiles y que los vecinos con " sus familias y haciendas se ponían bajo la protección del tal " Arrua que según entiendo iba a hacerse Gobernador de aque- " llos pueblos. Frutos había encargado a su hermano Bernabé " a que hablase con el capitán Arrua y viesen si podían ponerse " de aocuerdo para trabajar en consorcio. Aquí me aseguran, " que Frutos debe venir a esta, pero por lo que pueda intere- " sar, bueno es sepa Ud. lo que pasa por aquellos destinos: " parece que Arrua anda en esas incursiones al corso y de su propia autoridad y no sería malo que una fuerza oriental al " mando de Latorre u otro jefe de confianza obrase en conso- " nancia con Ud. por aquellos destinos. Tal vez el general La- " guna tendrá algún oficial de confianza que mandar allí." (Archivo Lavalleja. — Carta de don Pedro Trapani al general Lavalleja, del 25 de octubre de 1827).

Sí, Arrua ha llegado hasta el Ibicuy, donde goza de las simpatías de los pobladores de esa región; pero no procede por su cuenta e iniciativa, sino que responde a instrucciones que le ha trasmitido Bernabé Rivera desde Paraná, y ha tenido que combatir contra una fuerza superior para poder cumplir con la misión que se le había confiado; replegándose después al Sur del Cuareim para trasmitir sus informes.

oooOOooo

Surge de improviso un nuevo y oficioso corresponsal, que escribe a Lavalleja. Interviene a ratos en la turbulenta política de su provincia o trueca en Buenos Aires artículos que lleva desde su lejana Gualeguaychú, donde posee un pequeño comercio.

Este corresponsal que tan ajustadamente comprende a Lavalleja y del que ha adivinado el espíritu que lo anima contra Rivera; se encarga de encender vivamente ese rencor, trasmitiendo intrigas muy bien urdidas, con el exclusivo fin de beneficiarse políticamente. Este nuevo informante que parece gozar de cierto dominio sobre su paisano, el comandante del lugar, don Mariano Contreras de Orne, no es otro que el futuro

vencedor de Caseros, don Justo José de Urquiza; el que dice en su carta del 4 de diciembre:

" Si no estuviese bien penetrado de los incalculables ma-
" les en que va a envolverse esa y esta desgraciada provincia
" y aún toda la República si en oportunidad no se adopten algu-
" nas medidas que lo evadan; no me tomaría la libertad de diri-
" girme a V. E. con el objeto de proporcionarle algunos avisos
" que pueden ser útiles a aquel respecto y son los siguientes:

" El plan que don Fructuoso Rivera tiene en ejecución
" con el Gobernador de Santa Fé ,es derribar al Gobernador de
" Corrientes señor Ferré como lo hicieron aquí con el señor
" García y ver si pueden hacer colocar alguno que correspon-
" diendo a sus miras forme un cuerpo con aquellos y se pongan
" de acuerdo para con el apoyo de las tres provincias, así como
" con la de Misiones y otras que piensan sobornar y proclamar
" al referido Rivera, General en Jefe del Ejército de la República.

" La administración actual de esta provincia está ya dan-
" do los pasos más eficases para aquella consecución como lo
" manifiesta el consentimiento de la que llaman división de
" aquel y las órdenes que ha librado para que se le franquee toda
" clase de auxilio y protección, como lo prueba el oficio de que
" incluyo copia a V. E. en que indebidamente se hace entender
" la aprobación del Honorable Congreso de la Provincia, cuan-
" do no tuvo en ello ni la menor parte, siendo cierto que la to-
" mó y muy activa el Diputado de Buenos Aires don Pedro Pa-
" blo Vidal por su conocida decisión a favor de Rivera y en
" contra del patriotismo de V. E. (Se trata de la orden del Gobernador Zapata para que se aloje y atienda en Gualeguaychú al capitán Salado y sus hombres.)

" Yo recomiendo la más rigurosa reserva de estas noti-
" cias, en cuya seguridad ofrezco seguir dando sucesivamente
" las que adquiera lo que me es fácil en razón de mi colocación
" en el Congreso de esta Provincia que debe estar reunido pre-
" cisamente para el 15 del corriente a hacer la elección del Go-
" bernador para el bienio entrante: obra seguramente la más
" peligrosa que puede presentarse en las actuales circunstan-
" cias por haber muchos aspirantes a aquel empleo, estar dis-
" puestos todos a hacer uso de la fuerza para conseguirlo y ser
" todos ellos por desgracia el resumen de la inmoralidad.

" Si V. E. tiene la bondad de aceptar la prosecución de
" nuestra correspondencia, puede dignarse dirigirme la suya
" bajo cubierta de mi hermano Cipriano que debe residir en
" este destino por algún tiempo. V. E. puede contar con los de-
" seos que me animan de que serán frustadas las deprabadas
" maquinaciones de estos agentes del Emperador, y por los mis-
" mo enemigos y destructores del país, no menos que con la de
" que llenar aquellos empleara por su parte cuanto a ello sea

"conducente su muy apasiondao y atento servidor." (Archivo Lavalleja. — Carta de don Justo José de Urquiza al general Lavalleja, del 4 de diciembre de 1827, desde Uruguay. (Concepción.)

¡Si lo conocería a Lavalleja el joven Urquiza! Hombre inteligente, ha comprendido la obstinada y violenta tensión existente entre las dos principales figuras de la revolución del año 25 y piensa explotar esa situación en beneficio de su política y su partido, atacando la parte más sensible.

Con esto aumenta Urquiza el apasionado resentimiento de Lavalleja y para probar lo que ha escrito, agrega una copia de la orden del Gobernador Zapata al comandante Contreras, para que permita instalarse en Gualeguaychú a la partida de orientales que comanda Salado. Ya este joven, que posee una inventiva tan frondosa, ha desempeñado hasta poco antes el modesto cargo de jefe de las milicias de Gualeguaychú; pero llegará el día que posea en propiedad y de por vida los destinos de su provincia, influyendo poderosamente en otras y después de Caseros reemplazará a Rosas en la dirección de los destinos de una gran nación.

Por el momento distrae sus ocupaciones mercantilistas, interviniendo a ratos en la política de su provincia o mezclándose en la de las vecinas, mientras aguarda paciente, que un bondadoso lanchonero lo conduzca con su mercancía hasta la populosa capital.

El tono de sinceridad que ha impreso a esa intriga, produce como es lógico el efecto deseado; máxime cuando se le escribe a Lavalleja empleando sus favoritas expresiones. ¿Cómc no creer en maquinaciones cuando se trata de Rivera? Por que maquinaciones llama Lavalleja a la inteligencia despierta, ágil y vivaz del caudillo; al ingenio y recursos infinitos que éste sabe poner en juego cuando desea alcanzar determinado y calculado fin.

Esta y otras intrigas crean a Lavalleja una serie de problemas que lo dominan y absorven completamente. ¿Podrá así dedicarse de lleno a las operaciones militares? ¡No era posible!

El comandante entreriano don Mariano Contreras de Orne, pertenecía, como Urquiza, al viejo partido de Pancho Ramirez, partido que se agrupaba junto al medio hermano de éste, don José Ricardo López Jordan, el que estaba en la oposición; y Contreras no entrevee otro camino para el logro de su ideal que levantarse en armas contra las autoridades provinciales; pero careciendo de medios para realizarlo, ausculta a Lavalleja, a quien le insinúa le preste una fuerza, que bien pudiera ser la de Manuel, la que además de utilizarla en su empeño, serviría para reducir al capitán Salado y sus compañeros; y .... no sería todo esto una inspiración de Urquiza? Si le fuese mal al

comandante Contreras en esa aventura, cruzaría el Uruguay para cobijarse en el seguro amparo del jefe oriental.

Contreras escribe al día siguiente en que lo ha hecho Urquiza, al General en Jefe del Ejército de Operacionse, diciéndole:

" Lo que se advierte tanto por el contenido de la comuni-" cación que ayer recibí de don Gregorio Salado de que incluyo " a V. E. copia de la letra; cuanto por las ordenes oficiales que " de aquel tengo (del Gobernador) para que a este se le dis-" pense toda clase de protección y auxilios para el sosten de su " división, consistente en 38 hombres con inclusión de 5 ofi-" ciales.

"Es inexplicable cuanto me ha incomodado una com-" portación tan incompatible con el patriotismo de que todos de-"bemos hoy más que nunca estar animados y confieso que ja-" más me será posible adherir a las ideas tan malignas y destructoras.

" Por lo mismo pues, señor, a efecto de que ellas no " sean cumplidas, me opondré por cuanto medio esté a mi alcan-" ce; y la de suma escases de estos destinos no pueden ser su-" ficientes a llenar mis patrióticos deseos, es de indispensable " necesidad que para conseguirlo cuente con un apoyo que me ponga en aptitud de hacer efectiva y eficaz mi oposición.

" Con este objeto pues, me tomo la libertad de dirigirme "a V. E. a fin de que se digne tenér la bondad de decirme si " podré ser auxiliado por V. E. en el caso de necesitarlo, para en " consecuencia ponernos de acuerdo en la forma necesaria y " tomar lsa medidas que sean consiguientes." (Archivo Lavalleja. — Carta del comandante entreriano don Mariano Contreras de Orne al general Lavalleja, del 5 de diciembre de 1827.)

Es decir: que si el general Lavalleja le presta una fuerza al comandante Contreras de Orne, éste le entregará enchalecados al capitán Salado y sus 38 hombres; pero también revolucionará Entre Ríos. El asunto tiene sus complicaciones, más es digno de tenerse en cuenta.

oooOOooo

Manuel Lavalleja tiene sus aspiraciones para ser el realizador de la conquista de Misiones, e inspirado sobre los rumores que al respecto le llegan del general Rivera, envía un oficial en busca de informes, el que regresa el 10 de diciembre y en consecuencia le escribe a su hermano diciéndole que:

" Acaba de llegar el alférez Rosendo y tengo tres comu-" nicaciones y el armamento muy breve lo tendré; con fecha 4 " del corriente te he escrito y te hablo lo más circunstancialmen-" te posible del estado de Misiones: y para informarme más he " ordenado al comandante de Salto pase a Belen con el objeto de "cerciorarse prolijamente de cuanto pueda convenirnos; dán-" dome parte a la mayor brevedad, para poder instruirte sobre

" seguro del estado de aquellas cosas. La empresa me parece
" muy practicable y fácil, por la falta de fuerzas que ellos tie-
"-nen, pues solo consiste en 200 hombres de infantería que al
" mando del comandante Alen-Castro guarñece San Borja y
" unos pocos marineros que manda Yedros en el Ibicuy. Yo pue-
" do reunir hasta 200 hombres de este destino, Salto y Belen
" agregándose la partida del comandante Andion que consta de
" 25 hombres. Para hacer mayor la reunión, voy a esparciar la
" voz de que voy al otro lado del Ibicuy con el objeto de hacer
" vaquerías y estoy firmemente persuadido que alucinando con
" este interés no quedará uno que no me siga. Lo que conviene
" es aprontar todos los elementos sin tardanza y muy particu-
" larmente el que se me remita luego que sea posible el arma-
" mento que me indicas.

" Tengo muy presente a Berdun y cuantos le siguen sin
" perder de vista sus operaciones contemplándolos por ahora
" impulsado de la necesidad en que estoy de fuerzas, hasta el
" momento en que pueda asegurar esa canalla y tratarlos del
" modo que son acreedores.

" Yo te instruyo en mis anteriores acerca de la conducta
" anarquica y subversiva del Gobernador Aguirre, que se ha
" hecho el centro del desorden y los vicios, por lo que debemos
" interesarnos en que cuanto antes deje el punto que ocupa y
" vaya donde pueda servir de alguna cosa o al menos se le pue-
" da contener imponiéndoles con el rigor y la fuerza único medio
" para tales fascinerosos." (Archivo Lavalleja. — Carte del teniente coronel don Manuel Lavalleja al general Lavalleja, del 10 de diciembre de 1827, desde Paysandú.)

El general alienta a su hermano y es por eso que éste encuentra practicable la empresa, después de haber mandado al alférez Rosendo hasta el Ibicuy; el que vuelve con un falso informe, ya que 200 hombres solamente, defienden un paso del caudaloso río.

Pero Manuel quiere saber más, y ordena al comandante del Salto, el veterano del Alto Perú, don Bartolomé Quinteros, hombre lleno de méritos y valores profesionales; pero desalentado, ya que era teniente coronel el año 25 al iniciarse las operaciones, poseyendo idéntico empleo en esta fecha; mientras que sus capitanes han llegado ya a coroneles y tenientes coroneles. Se ha distinguido por su valor en todas las jornadas y sin embargo se le ocupa solamente en cargos secundarios, como el que ejerce, y comprendiendo la lucha de celos y rivalidades, se mantiene indiferente. Quizás Lavalleja tuviese en cuenta una falta que cometiese Quinteros en Santa Fé, durante el exilio de 1823. Quinteros cumple con la orden que le ha dado Manuel Lavalleja, trasladándose a Belén, desde donde adelanta hacia el Ibicuy un fuerte reconocimiento en el que va el alcalde del pueblo.

Manuel Lavalleja posee muy pocas fuerzas como se ha visto, y apesar de que está o se muestra satisfecho de ella, no debe confiar tanto.

No se olvida de Berdún y su partida a la que no está en condiciones de reducir; y en lo que respecta al Gobernador Aguirre, éste ya es otra cosa, apesar del desorden en que vive y depredaciones que realiza; pués posee todavía más de 200 misioneros.

La más interesante de las comunicaciones de este período, es una carta del 16 de enero de 1828, en que dice Manuel a su hermano:

" El teniente coronel Quinteros marcha hoy a la división " del general Laguna y sería muy útil lo hicieses ir a ese Cuar- " tel General para instruirte por él del pormenor que ocurre con " Aguirre, Arrua y la reciente revolución de Entre Ríos por " que la pluma no es capaz de detallar el estado del departamen- " to ya se hace indispensable mandes una fuerza, que empezan- " do por Aguirre haga una limpieza general, y nos quiten los " cuidados que pueden ser funestos.

" Arrua se halla en Belén con 12 hombres haciendo lo " que quiere y muy distante de obedecer; ocupado en negocios " de ganado con Taborda y otros de Entre Ríos, y a mi ver " complicado con Frutos. Ha celebrado una contrata de entre- " gar 10.000 cabezas de ganado y ya ha dispuesto de 3.000; en fin, por mil motivos, es preciso expulsarlo del lugar que ocupa " y **asegurarlo** para que pague las muchas que debe por que " traerlo aquí no es conveniente atendido a que es muy poca la " fuerza con que cuento, y estaría expuesto a que la desmorali- " zase con su ejemplo. A Berdún y su gente pienso hacerlos " venir y agregarlos al pié del escuadrón que estoy formando " para que así sean útiles y separarlos de inmediación de Arrua.

" Contreras ha preso a Taborda previniendo que este in- " dividuo pertenece a la división de Aguirre quien lo hizo co- " mandante y trayendo a la vista la comunicación que lo avisa, " se le encuentra complicado con Frutos, y así es que he contes " tado que si hay pruebas que acrediten melo remita asegu- " rado. **Cada día estrecho más las relaciones con Contreras, y " no dejo de interesarme de su triunfo por que de él lograremos " muchas ventajas y tu espíritu puede descanzar sobre los acon- " tecimientos de aquella provincia."** (Archivo Lavalleja. — Carta del teniente coronel Manuel Lavalleja al general Lavalleja, del 16 de enero de 1828, desde Paysandú.)

¡Cuántas preocupaciones absorven a Manuel Lavalleja! Pero otras más graves lo conmoverán profundamente dentro de pocos días.

Quinteros desde Belen se ha dirigido a entrevistarse con el general Laguna y es por esa circunstancia que Arrua ocupa ese pueblo con 12 hombres, dejando más hacia el Norte el resto

de su partida; mientras Aguirre continúa por el Cuareim, el que con su conducta molesta enormemente a Manuel Lavalleja. El comandante Taborda que comercia con los ganados extraídos del territorio enemigo por Arrua, ha sido detenido por Contreras de Orne, el que ya se ha pronunciado contra el Gobierno provincial de Entre Ríos; pero como cuenta con muy poca fuerza, se ha corrido hacia el Norte, operando frente a Belen; mientras Berdun permanece a la expectativa y tranquilo, por lo que Lavalleja optimista cree que engrosará con los efectivos de éste, sus raleadas fuerzas.

¿Contreras habrá conseguido los auxilios que oportunamente pidiera a Lavalleja? Es muy posible, ya que Manuel se ufana de las relaciones que mantiene con el jefe entreriano del que desea su triunfo por determinadas ventajas que espera conseguir.

Arrue poco después desaparece de la escena. Desaparición por la que Rivera hará cargos al general Lavalleja. ¿Lo han muerto o lo habrán asegurado como prometió Manuel a su hermano?

Estudiemos la disposición de esos elementos adictos al caudillo, en ese vasto territorio: Arrue con unos 60 hombres actuaba en el Ibicuy, región del Miriñay, donde ha tenido que combatir con una fuerza brasilera, obteniendo recursos de los pobladores de la campaña, entre los que goza de prestigio; y luego distribuyendo su fuerza en algunos puntos interesantes para estar siempre informado, llega al pueblo de Belén a donde lo lleva una imperiosa necesidad. Debe ser portador de valiosos informes que remite a Gualeguachú, desde donde los retrasmiten a Rivera. Luego el capitán Arrue desaparece misteriosamente.

Berdún, viejo disidente de las milicias de Paysandú, permanece aún en esa actitud con una partida menor que la de Arrue, operando entre los ríos Cuareim y Arapey.

Taborda, que lleva comunicaciones del turbulento Aguirre, es detenido por Contreras en Entre Ríos; y por último, Aguirre, el que apremiado por Lavalleja, no espera más a Rivera, incorporándose al general Laguna en el Yaguarón.

Brito del Pino dice al respecto:

"Entretenido en hacer vaquerías y otras depredaciones, " entregándose a toda clase de desordenes, se le ordena al ge- " neral Laguna lo haga incorporar a su fuerza."

y a Manuel Lavalleja se le comunica al mismo tiempo, que si lo encuentra robando:

" le menease bala."

lo que también se pone en conocimiento del mismo Aguirre, por lo que decide marchar con sus 200 misioneros hacia el Cerro Largo, a donde llega a fines de enero de 1928, destinándosele a las fuerzas del general Laguna, el 20 de febrero, donde juega un rol tan providencial.

En la región opuesta a las Misiones Orientales hemos visto actuar a distinguidos oficiales de Rivera, como los capitanes Posolo, Iglesias y Rocha, los que no han tenido otra misión que la búsqueda de informes, señalados con presición por el mismo jefe.

Junto al pueblo de Gualeguaychú se encuentra el capitán Salado, comandante de un grupo de 38 hombres, los que están en comunicación con destacados vecinos de esta margen del Uruguay, desde San Salvador a Belen. Vecinos que colaboran animosamente en la necesaria información sobre recursos, voluntarios, itinerario a seguir, etc.; y el indispensable control de las fuerzas que comanda Manuel Lavalleja, el que ingenuamente cree que su sola presencia en el lugar es suficiente para orearle los pasteles a Rivera, como se lo ha expresado a su hermano.

Funciona además este contingente, como centro avanzado de información, a donde llegan y desde donde salen los chasques para Arrue, Berdun o Aguirre y los vecinos amigos de la campaña oriental. Este punto está intimamente ligado a Rivera, en Santa Fé, por chasqueros de confianza, y cuando éste se traslada a Buenos Aires, los lanchones que surcan el Río Uruguay transportan a los mensajeros.

El jefe conoce así la disposición de las fuerzas enemigas, su valor material y moral, deseando sólo una fuerza organizada para llegar de un golpe al Río Pardo, y operar de inmediato y en concierto con el Ejército Republicano. Para esto último se ha dirigido Rivera a la metrópoli.

oooOOooo

Tenemos al general Rivera llegando a Buenos Aires por segunda vez, en el atardecer del 1º de diciembre de 1827. Llega a la ciudad donde ha más de un año, tuvo que salir ocultamente, perseguido por sus implacables enemigos que lo acusaron tan cruel e injustamente de traidor, con el fin de irradiarlo definitivamente de la Banda Oriental.

Apesar de que gobierna Dorrego, uno de sus íntimos amigos, éste, por razones de conveniencias políticas personales, no anula el infamante decreto que dispone la detención del caudillo. Mejor, lo anulará el mismo con su espada, puesta nuevamente al servicio de la patria. Y sin embargo de existir en todo su rigor esa resolución gubernativa, no se le molesta ni detiene; concurriendo al Fuerte, sede del Gobierno, y a los ministerios donde es afectuosa y cordialmente recibido.

Ha viajado en la provincia por los mismos caminos que lo persiguieran, pasea igualmente por al ciudad, ve a sus viejos amigos, vuelve a concurrir a reuniones y homenajes, donde se le demuestra con ostentación que es un grato huésped.

Dorrego, sus ministros y las autoridades en general, sa-

ben bien que existe esa orden de detención, y aunque viene representando a otras provincias, pueden rechazarlo y exigir el envío de otro delegado; pero no lo hacen.

Quiere decir pues, que al no detener o rechazar al general diplomático que ha llegado y para el que se abren diligentes las puertas del Fuerte, es por que consideran aquella resolución como inexistente y esa conducta significaba un rotundo mentis a los calumniadores.

Llega Rivera por segunda vez a Buenos Aires con poderes certificados por los gobernadores de dos provincias que le dan su representación: las de Santa Fé y Entre Ríos, compartiendo la de esta última con el teniente coronel don Evaristo Carriegos. Viene a tratar todo lo concerniente a la proyectada expedición del Norte; acelerar la concentración de las fuerzas con que contribuirán las provincias de acuerdo con los tratados celebrados y ratificados recientemente, por que Rivera piensa abrir la campaña de inmediato con fuerzas regulares y medios suficientes, para aplastar al enemigo en Misiones y dirigirse al Río Pardo para operar sobre un flanco y retaguardia del Ejército Imperial, aprovechando la buena estación o mejor época del año.

Rivera es optimista. Conversa largamente con Dorrego y Balcarce, quienes lo escuchan entusiasmados.

El caudillo les muestra la verdadera y real situación de Misiones , las fuerzas que la guarnecen, su distribución en la región, el estado moral y material de las mismas, el espíritu de los habitantes, la riqueza de la región, y hace resaltar las condiciones militares del jefe de las fuerzas enemigas a quien conoce perfectamente.

Dorrego y Balcarce son dos distinguidos e inteligentes soldados y nada les cuesta comprender que allí está el punto débil del Imperio y la fórmula de la ventajosa paz que desean. Dorrego ve además otro objetivo, el Paraguay: y expone sus ideas al caudillo.

Los poderes de Rivera vienen respaldados por una nota entusiasta del Gobernador Zapata, a quién el pueblo entreriano conducido por Rivera ha sostenido en el Gobierno, contra la violencia de una minoría exaltada. Por eso, por que es un llamado que llega del pueblo, Rivera los acompaña. Pueblo y caudillo están profundamente identificados por iguales aspiraciones.. Rivera es un demócrata apasionado.

El Gobernador Zapata expresa un merecido elogio que en nada excede los valores del recomendado, cuando dice:

"El Gobierno de Entre Ríos, bien persuadido de las " ventajas consecuentes de toda empresa militar son debidas " comunmente a la cabeza directiva y que ellas deben lograrse " en proporción de las aptitudes que la decoren, no menos que

" impelido por la gratitud de los servicios prestados a esta " Provincia en los amargos momentos de la alteración de su " quietud y orden interior por el señor Brigadier don Fruc- " tuoso Rivera; tiene el honor de recomendar merecidamen- " te a V. E. su persona al desempeño de sus funciones escla- " recidas de General en Jefe de la expedición proyectada bajo " el título de Ejército de Operaciones del Norte. Su táctica y " conocimientos prácticos militares, como de las calidades de " los enemigos con quienes debe medir sus armas, son bien " notorios los resultados gloriosos que en esta clase de guerra " le han formado un crédito indiscutible en el hemisferio ame- " ricano, él reclama nuestra cooperación al logro de que se " desarrolla activamente contra el enemigo comun: y la me- " jor política demanda la colocación de un militar temido de " los enemigos exteriores y amado de los paisanos, siempre " entusiasmados por un general adornado de las brillantes do- " tes de recto, afable, generoso, valiente, sagaz y práctico que " hace el amable caudal de su caracter. El organizará una fuer- " za inesperada con su solo nombre e influencia de sus amigos, " y a que contribuirá eficazmente el Gobierno que suscribe: " ella será tanto más útil, respetable y poderosa, cuanto parti- " cipe más de voluntaria que de obligada: aún integrarán las " filas de los defensores de la independencia e integridad del " territorio nacional, ciudadanos consagrados ya al sosiego y " atenciones económicas en guarda de sus fortunas ,y en fin " señor Gobernador, un presagio fausto de glorias y prospe- " ridades es la voz uniforme aún de los menos decididos. Los " entrerianos acreditarán no haberse apagado aun en sus co- " razones el fuego sagrado del patriotismo, que alguna vez em- " pañaron medidas violentas y desnudas de todos los atracti- " vos que deben servir de estímulo a su actividad y resplandor.

" Con tal plausible motivo el Gobernador de Entre Ríos " saluda al Exmo. de Buenos Aires a quien se dirige, etc." Archivo Mitre. — Revista Histórica.)

Dorrego y Balcarce, optimistas, confían ciegamente en el éxito de esta operación, la que será apoyada decididamente por varias provincias. Pero aparece la sombra de Lavalleja, y Dorrego y Balcarce se miran interrogantes. ¡Hay que consultar a Lavalleja! Por que este, además de ser el jefe del Ejército de Operaciones, es el Capitán General y Gobernador de la Provincia Oriental desde el Golpe de Estado de setiembre, y en este último carácter es que aun permanece en el Durazno.

El Gobierno Federal de Buenos Aires ha disimulado ese Golpe de Estado de la muy Federal Provincia Oriental, como lo disimularon las federales provincias de Santa Fé, Córdoba Entre Ríos y Corrientes; mientras al pié de los Andes, desde

Cuyo hasta La Rioja, se cierne la sombra de otra Liga Federal, la Liga Quiroguiana.

Se acabaron los gobiernos unitarios. Ya no existe en verdad ese problema en la Argentina; y sin embargo, la guerra se mantendrá a costa de muchos sacrificios, en un estado caótico y de depresión, peor que al iniciarse las operaciones a principios de 1826.

Aparece la solución para liquidar favorablemente el problema de la guerra con el nuevo y entusiasta aporte de cuatro provincias que se ofrecen en cumplimiento de una sagrada aspiración y de solemnes compromisos, y el Gobierno resuelve consultar al jefe del Ejército de Operaciones, conociendo perfectamente cual es el espíritu que anima a Lavalleja con respecto al general Rivera. Es de presumir la sonrisa de amargo desaliento del caudillo y la irónica mordacidad de Carriegos.

Balcarce, con las copias de los poderes conferidos a Rivera por los Gobernadores López y Zapata, dice a Lavalleja:

" Ha ordenedo S. E. al que suscribe ponga en consideración del señor General en Jefe, que la gran importancia del asunto, y su visible transcendencia a la conservación de la amistad y buena armonía con los expresados Gobiernos: la utilidad que en proyecto se presenta para hostilizar por otras vías al usurpador de esa benemérita provincia y adquirir mayores grados de probabilidad en éxito feliz de la próxima campaña: el deseo que se deja sentir de que el expresado general Rivera debe prestar algun servicio activo: y por último el compromiso en que se halla el Gobierno por virtud de los tratados celebrados con los de Entre Ríos y Santa Fé en los cuales está acordada su concurrencia al objeto de la ocupación de las Misiones Orientales del Uruguay; le han impulsado a oir las proposiciones a que se dirige la comisión de los expresados S. S. Rivera y Carriegos. En medio de esto y de que teme en último resultado ha de ser forzoso acceder a ella como lo solicitan los otros Gobiernos, pues en caso contrario, estos por si la llevarían adelante, dando a esto el escándalo que pudiera ser precursor de muchos males— de dirigirla con independencia y aún contra el consentimiento del Gobierno encargado de la dirección de la guerra: quiere S. E. que el señor General en Jefe del Ejército de Operaciones le informe lo que ocurra a este respecto, como más conveniente para sacar de dicha empresa todas las ventajas posibles en beneficio de la restauración de la Provincia Oriental.

" El Gobierno desea que al evacuar este informe el señor General en Jefe, **se fije solamente en la utilidad de la empresa:** partiendo por lo demás como de puntos seguros de arranque, de las siguientes observaciones: 1º Que el Gobierno tomará cuantas medidas crea convenientes para que la intervención

" del general Rivera no exceda su línea de demarcación: esto es,
" que exclusivamente se limite a la ocupación de los pueblos
" indicados. 2º Que los elementos con que obre, serán exclusi-
" vamente diligenciados en esta provincia y las de Santa Fé y
"Entre Ríos; llevándose esto al extremo de que no se admitirá
" en la expedición ninguna gente de la Banda Oriental, aún
" cuando voluntariamente quisiere incorporársele. 3º y último:
" Que los jefes y oficiales subalternos serán de toda confianza
" del Gobierno en término que esto aleje toda idea de colisión
" entre ellos y el general, para el caso —que no se espera— de
" que este quisiese dar otra dirección a las fuerzas que han de
" confiársele por los Gobiernos contratantes al objeto indicado.

" Sobre estos principios deberá proceder el señor Ge-
" neral en Jefe al evacuar su informe, etc. (Archivo Mitre. — Revista Hisetórica. — Comunicación Nº 892 del Ministro de la Guerra, general Juan Ramón Balcarce al general Lavalleja.)

Esta nota sale de Buenos Aires para el Durazno el 4 de diciembre y en ella se precisa en forma clara y terminante los puntos sobre los que debe producir su informe el general Lavalleja; y éste contesta el día 9 del mismo mes desde Durazno y no por cierto lo que se le exigía.

El general Lavalleja, por sus exclusivos méri.os y circunstancias políticas favorables, ha alcanzado la brillante posición que detenta. Ha culminado su actución pública con al designación de General en Jefe del Ejército de Operaciones; y desde ese elevado sitial, comienza el descenso, también por su sola obra, al derrocar por la violencia de la fuerza las legítimas autoridades provinciales en el mes de setiembre, y por su indiferencia hacia el ejército y a las operaciones militares; operaciones que no es capaz de conducir con éxito. Transcurrirán siete largos meses antes de que se haga cargo de la dirección del mismo, donde había tanto que realizar; y por último, el daño moral y material que le reportará la firma de ese escandaloso informe que aterra hasta a los propios gobernantes de Buenos Aires.

Estas causas y otras que no son del caso, jugarán un rol decisivo en el porvenir político de Lavalleja, por la pérdida de concepto en la opinión de sus conciudadanos.

Después de decir que:

" Ha hecho un eterno olvido de todo cuanto pueda ten-
" der a personalidades." Con el corazón ardiendo de apasionado odio que omnibula su pensamiento, de Jefe de Ejército y Gober.ador, desciende, para hacer cargos a Rivera que nada le ha hecho, y si algo existió, tan culpable fué Rivera como el propio Lavalleja. Lo acusa y maltrata en injusta e increíble forma, olvidando que el caudillo contribuyó como nadie, para elevarlo a la posición que ocupa y disfruta.

Sabido es que Rivera fué a Monzón por su propia voluntad, inspirado por su patriotismo e impulsado por sus ideas de libertad, para unirse a Lavalleja con el que desea correr la misma suerte, apesar de que con ello anula sus calculados y bien meditados planes para la emancipación de su patria. Rivera fué acompañado solamente de su ayudante al encuentro de Lavalleja, para que este lo tomase pris.onero, y en esa forma encubrir los compromisos morales contraídos.

Es bien conocida la astucia y prevención del caudillo, el que en ninguna circunstancia podía caer en una celada de ese orden, ya que siempre procedía con extremada cautela.

Se acercaba Lavalleja a la estancia de Olivera en El Perdido, al frente de un pequeño grupo, y Rivera que ha llegado a ese punto con el exclusivo propósito de incorporarse a los revolucionarios, los ve venir a la distancia y se pone a observarlos con su catalejo de campaña. No puede en consecuencia confundirlos con la fuerza de Dragones que conduce Bonifacio Isas, por la razón de que no han tenido tiempo de llegar en el espacio que media entre el momento en que dió esa orden y las presentes circunstancias, como lo demuestra el hecho de que Isas se les une dos días después. No puede confundir tampoco al grupo de paisanos que vienen con Lavalleja, con su bien uniformado regimiento, la correcta formación de marcha y hasta los caballos de los oficiales que él conoce perfectamente.

Está además el pretexto absurdo de permanecer en lo de Olivera, cruz de los caminos, aduciendo de que sus caballos estaban aplastados y dejar pasar sin incorporársele, el regimiento de caballería Nº 3, de da Silva, que marchaba hacia Mercedes.

Sin embargo, Rivera baja el cataeljo y resuelve adelantarse para encontrar a su compadre, por que bien sabía que era él; y no procedió como siempre lo ha hecho, aprestando su fuerza y adelantando un reconocimiento, sino que van él y su ayudante Iglesias.

La escena memorable del encuentro de Monzón es el orígen de nuestra independencia. Allí se resuelve en dos largas horas de conferencia, el desarrollo de un plan que con mucha antelación tenían ambos jefes preparado; y sin quitarle méritos a Lavalleja, debe haber tenido Rivera la parte más esencial e importante en la ejecución del mismo, por el conocimiento de las fuerzas enemigas, sus relaciones y contactos con los más destacados hombres de la campaña y por el enorme prestigio e infuencia en las masas campesinas.

Desde ese momento comienzan a salir proclamas y cartas para todos los amigos del país y Buenos Aires, firmadas en primer término por Rivera. Es éste el que levanta el Nor-

te y Sur del Río Negro y organiza las fuerzas Es éste el que invita a los jefes riograndenses a plegarse al movimiento, y es también el que en más encuentros y combates se ha encontrado.

Es el que decide con una acc.ón fulminante la batalla de Sarandí, obteniendo la superioridad de fuerzas de los patriotas, al aniquilar de un sólo golpe la derecha del dispositivo de combate enemigo.

Es también el que realiza la persecución con parte de sus Dragones, las fuerzas de Ignacio Oribe y las milicias de Durazno y Florida; deteniéndose si, para hacer prisionero al regimiento de Dragones del Río Pardo, del teniente coronel Alencastre, fuerza aguerrida de más de 400 hombres y en lo que pierde mucho tiempo; y vuelve a detenerse para dar un aliento a sus agotados caballos ensillados desde la tarde anterior. Llega al paso de Polanco del Yí, encontrando ya a los restos de las fuerzas enemigas en la margen opuesta y es en estas circunstancias en que acompañado de don José Brito del Pino y de don Gregorio Mas de Ayala, reprocha a Benito Manuel Riveiro, gritándole desde la margen en que se encuentra:

"¿Donde están sus ideas liberales?"

Continúa al día siguiente la tenaz persecución hasta el Río Negro, donde después de entregar a Oribe las instrucciones para la ocupación del Cerro Largo, se detiene ante el informe que le trae el capitán Benavidez, de que los jefes brasileros con tan sólo 200 hombres se han internado en el Brasil. Es recién entonces que puede dar de comer a sus hombres; después de cinco días de marchas y ayunos, para enseguida seguir hacia el Arroyo Grande al Norte del Río Negro, en observación de Barreto que se retira apresuradamente del Rincón de las Gallinas

Lavalleja acusa a Rivera de haber influído en la marcha de los Dragones al Ejército Nacional, cuando bien sabía de que Rivera sólo fué un simple ejecutante de las órdenes del general Rodríguez.

Lo acusa de la actitud disidente que luego tomaron y que era desde luego su propia tésis, sostenida calurosamente en San José, contra el delegado del Gobierno Central.

Dice que los Dragones tenían en esa época 700 plazas, cuando el estado suscrito por el mismo en el mes de marzo de 1826, dice que esa unidad solo tenía 495 plazas, incluídos los oficiales.

Le atribuye ambiciones que Rivera nunca tuvo y al protestar los justos elogios del Gobernador de Entre Ríos, recuerda para negar su capacidad mil.tar la derrota de India Muerta de 1816, y la retirada del Aguila del 4 de setiembre de 1825; diciendo que había impartido órdenes a Rivera de replegarse sin comprometerse en ninguna acción, cuando en realidad esta or-

den se la dió recién el día 7 desde Colonia, como consta en la "Correspondencia Militar del Año 1825", o sean tres días después del suceso. El Aguila, fué un triunfo de Rivera, al no permitir al enemigo ejecutar su intención de dirigirse contra el propio Lavalleja aislado frente a Colonia, conduciéndolo en cambio hacia el Norte y dejando expédito el camino para la unión de las fuerzas orientales. El Aguila fué una activa acción retardatriz inteligente, con un fin determinado, propio del talento del general Rivera. Allí no comprometió en absoluto sus fuerzas en una acción fija y estéril.

En las comunicaciones que Rivera dirigía a Lavalleja, día a día, grita el caudillo ¡Reunamos las Fuerzas! — Niega Lavalleja la acción personal del caudillo en dicha acción, siendo como fué, un maestro consumado en esa clase de maniobras.

Y le vuelve a negar acción personal en el combate del Rincón, y le niega hasta valor a este extraordinario conductor de ejércitos.

Lo acusa de dirigir cartas desde Santa Fé al capitán Arrue y al general Laguna; y ya sabemos que finalidad tenían esas cartas: eran preparatorias de la campaña de Misiones y no tendrían nada que ver con Lavalleja por que ni de unas o de otras adjunta copias en su informe; de lo contrario las hubiera hecho valer.

Y por último: se abroga para sí, como General en Jefe del Ejército de Operaciones, expedicionar sobre Misiones para cuando sea oportuno; pidiendo para el efecto las fuerzas que con aquel fin se aprestan en las provincias. Las reclama para el ejército que él no ha visto todavía como jefe del mismo y termina diciendo:

" Si se deja operar francamente al abajo firmado, la Re-
" pública Argentina tendrá todo su lustre dentro de un período
" reducido, así lo ofrece y lo jura por lo más sagrado de la Pa-
" tria el General en Jefe del Ejército de Operaciones."

Para reforzar los argumentos, expuestos en su informe, envía a Buenos Aires a su secretario don Juan Andrés Gelly, con severas instrucciones, el que sale del Durazno el 24 de diciembre. Dos días antes, y consecuente con su debilidad, ha resuelto el Gobierno Central dejar sin efecto la proyectada expedición, por efecto del informe de Lavalleja. Así lo comunica Balcarce:

" Consecuente el Gobierno encargado de la dirección de
" la guerra de observar consonancia con el Exmo. señor Gober-
" nador y Capitán General de la Provnicia Oriental y General en
" Jefe del Ejército, ha tenido por sumamente importante a los
" intereses del país, rechazar el nombramiento del Brigadier
" Rivera para el Ejército del Norte, no accediendo en parte al-
" guna a la solicitud de los Gobiernos promotores de la forma-

" ción del ejército indicado." (Archivo Lavalleja. — Circular del Minsitro de Guerra a los Gobernadores interesados, del 19 de diciembre de 1827.)

Rivera sufre el golpe que le asesta su compadre y la falta de carácter del Gobierno de Buenos Aires, el que debió disponer sin más trámite la marcha del Ejército del Norte, informando de esta resolución a Lavalleja, del que debió exigir el cumplimiento del plan; o de lo contrario removerlo del cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones, si se oponía a lo dispuesto por los responsables de la conducción de la guerra.

Rivera en su desaliento no pierde la esperanza; ha escrito unos días antes al Gobernador Aguirre la carta que ya hemos visto, pero ahora las cosas han cambiado, y este, quizás al tanto de estos negocios se va con Lavalleja.

Se espera reducir a Lavalleja de su intransigente actitud por intermedio de la influencia de poderosos amigos, los que con profunda alarma se han enterado de estos acontecimientos. Estos resuelven enviar a Lavalleja una delegación integrada por los coroneles Manuel Escalada y Marcos Balcarce, pidiéndose a Dorrego que fuesen como delegados suyos; pero éste se n.ega, por lo que fracasa esta interesante iniciativa. (Archivo Lavalleja. — Carta del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 22 de diciembre de 1827.)

Dorrego escribe a Lavalleja exponiéndole su delicada situación ante los Gobernadores que apoyaron la expedición al Norte, de acuerdo con tratados solemnemente realizados con la provincia de Buenos Aires, y le pide que no intervenga ante dichos señores, que deje el asunto en sus manos para darle la solución necesaria; indicándole además que ordene a Manuel Lavalleja se sustraiga de tomar parte en los asuntos de Entre Ríos, con cuyas autoridades debe guardar la mejor armonía. Como se ve, Dorrego se ha enterado de la participación de los hermanos Lavalleja en la revolución entrerriana; y después de todos los anteriores sucesos, ésta es la contemplativa resolución que toma.

Pocos días después, es Balcarce el que escribe a Lavalleja anunciándole la elección de don León Solas para desempeñar el cargo de Gobernador de la provincia de Entre Ríos: diciéndole entre otras cosas que este:

" no está decidido por la decantada expedición contra los pue-
" blos guaranies de la dominación del Emperador del Brasil.

" Se ha anunciado por tres días consecutivos el regreso
" del señor general don Fructuoso Rivera, más hasta hoy no se
" ha verificado. Acaban de asegurarme que mañana partirá.
" En estos últimos días se han promovido varios proyectos en-
" tre varios ciudadanos para crear fondos con que llevar ade-
" lante la consabida empresa, y parece que el resultado no ha

"correspondido a lo que se deseaba. Reproduzco a Ud. lo ex-
" puesto en mis anteriores de que acerca de este fatal negocio
" descanse Ud. en la buena fé del Gobierno, y en la inalterable
" fidelidad de sus verdaderos amigos." (Diario del ayudante José Brito del Pino. — Carta del Ministro de Guerra al general Lavalleja del 28 de diciembre de 1827.)

Lavalleja ha triunfado una vez más sobre Rivera; como ha triunfado sobre los generales Martín Rodríguez y Carlos María de Alvear.

Surge otro insospechable corresponsal, en el ex-Ministro don Manuel Moreno, el que como Urquiza, vierte corrosivo ácido en el atormentado corazón de Lavalleja, al que no deja disfrutar de este limitado éxito, que él creería quizás decisivo. Moreno que tantas veces ha servido a Lavalleja, deja ahora el Ministerio, pero al hacerlo intriga contra el Gobierno del que hasta hace poco formara parte, explotando los conocimientos que posee de las conversaciones mantenidas entre Dorrego y Rivera.

Dice Moreno:

" El proyecto de la expedición de Rivera a Misiones ha
" cambiado de rumbo; y parece que se trata de expedición al
" Paraguay, encomendándola al mismo individuo. Este plan ha
" sido discurrido por el mismo Rivera segun se asegura, ayudado
" por el Dr. Obes que es un gran proyectista, y un amigo deci-
" dido de este jefe, y quien sabe que más. Hay quien sospecha
" con bastante fundamento que la cosa es la misma, y que solo
" se le ha variado el nombre; pero el objeto es el mismo, y se
" busca con igual empeño, y con disimulo; y es poner en manos
" de don Fructuoso una fuerza con que pueda influir en la con-
" tienda actual, y servir a los portugueses. Un ingles de cré-
" dito ha dicho que Lecor le ha remitido tres billetes de 50.000
" pesos, con el nombre de Lecor en marca de agua sobre los bi-
" lletes, como los que se usan en el papel. Se intenta de nuevo
" conseguir su advenimiento de Vd. a esta empresa y se asegura
" enviarán a Ud. una diputación. Más como la cosa es la misma,
" sea con el nombre de Misiones o del Paraguay; y como el in-
" conveniente grande e invencible es que no se debe poner fuer-
" za armada en estas circunstancias en manos de un hombre tan
" sospechoso, la respuesta de Ud. no puede ser dudosa.

" Quedo ya separado del Ministerio en consecuencia de
" la tercera renuncia que hice de él. Rumores perfidos esparce
" la calumnia y la intriga sobre los motivos de mi renuncia." (Archivo Lavalleja. —Carta de Manuel Moreno al general Lavalleja, del 24 de diciembre de 1827, desde Buenos Aires.)

Que un Ministro se exprese así y que exista quién pueda dar crédito a tan majadera y absurda intriga, sería inaudito. Moreno deja el Ministerio, y al irse desenvuelve esta intriga

directamente contra Dorrrego, pulsando las más sensibles cuerdas del sencillo espíritu del general Lavalleja.

oooOOooo

Los proyectos y aspiraciones de Rivera parecen fracasar, ya que el Gobierno le niega su necesario concurso, claudicando de su autoridad, ante la necia conducta de Lavalleja.

Le han cerrado la última puerta donde ha llamado; pero no claudicará de su idea por falta de apoyo oficial, indispensable para la mejor realización de su proyecto. Hombre de infinitos recursos, calla y resuelve regresar a Santa Fé; pero, continuará trabajando a la sombra, en forma clandestina, volviendo a reunirse con sus más leales amigos para conseguir una parte de los más interesantes recursos.

Los amigos tienen profunda fé en Rivera, y rápidamente y en reserva contribuyen con el dinero que pueden; que según Manuel Moreno, asciende a la apreciable suma de 2.000 onzas de oro, cantidad que el caudillo necesita imperiosamente para la compra de algunas armas, ropa, etc. (Archivo Lavalleja. — Carta de Manuel Moreno al general Lavalleja, del 9 de enero de 1828.)

Trapani comunica a Lavalleja algo de lo que ha trascendido del reservado círculo riverista, desconociendo la verdadera intención del caudillo. Sólo sabe que ha conseguido dinero y que en los pr.meros días de enero de 1828 ha retornado a Santa Fé, sin haber adquirido un solo fusil de 1.000 que estaban en venta, y termina:

" en fin Manuelito estará a la mira y sabrá tal vez mejor que " yo lo que por allí se fragüe a este respecto." (Archivo de Lavalleja. — Carta de don Pedro Trapani al general Lavalleja, del 9 de enero de 1828.)

Manuel Lavalleja en Paysandú, a pesar de las esperanzas de Trapani, será sorprendido por los acontecimientos; y eso que se encontraba allí con un fin exclusivo de vigilancia y como la mejor y más segura garantía de su hermano..

oooOOooo

Dorrego, entendiendo que la persona de Rivera no debe ser un obstáculo para la realización de la expedición, de la que espera la paz como inmediata consecuencia; paz que desea imponer al Emperador por la fuerza de las armas, marcando con la espada los límites del Imperio y recuperando para la Unión de las Provincias los territorios que Portugal se anexó indebidamente, desconociendo los tratados celebrados al efecto con España. Rivera no puede ser un obstáculo y se le volverá a sacrificar no dándole intervención en la empresa que piensa llevar adelante contra la opinión de Lavalleja, al que habrá que convencer para que sea realizada por otro general, con otras fuerzas; contrariando a Lavalleja que quiere efectuarla él y ha pensado dar a su hermano Manuel la dirección de la

expedición, por que este considera esa operación fácilmente realizable y sin mayores dificultades; concepto basado en el informe de un alférez que ha llegado sin inconvenientes hasta el Ibicuy.

Es interesante señalar a esta altura, que el Gobierno había pedido al General en Jefe del Ejército de Operaciones, que formulase un plan de operaciones; a lo que contesta éste desde su nuevo Cuartel General en el Sarandí del Yaguarón, adonde recientemente ha llegado:

" Ejército de Operaciones

Nº 187.

"Yaguarón y enero 20 de 1828.

" El General en Jefe que firma ha sido impuesto de la " comunicación del Exmo. señor Ministro, fecha 5 del corriente " Nº 917, en la que se sirve pedirle el plan que hubiese adopta- " do para abrir la campaña; y como hasta ahora el enemgio no " ha hecho un movimiento indicante, ni el abajo firmado está " dispuesto para dar principio a esta operación, mientras no " lleguen los recursos y auxilios que se esperan, y es por esto " que no puede aún significar al Exmo. señor Ministro sus " ideas a este respecto, pero tan luego que las circunstancias lo " permitan y con oportunidad el que firma pondrá en conoci- " miento del Exmo. señor Ministro el plan que deba regir las " operaciones del ejército y entretanto lo saluda, etc." (Diario del ayudante Brito del Pino.)

Lavalleja no tiene un plan para desarrollar frente al enemigo y esto es absurdo, por que es absurdo que un comandante de tropas necesite, como lo expresa Lavalleja, que el enemigo efectue o realice "Un Movimiento Indicante" para improvisar recien un plan.

Expresa además que aguarda los auxilios de Buenos Aires para poder operar contra el enemigo. Injustif.cado protexto de su larga pasividad y quietud. Sin embargo pretende que sea su hermano el destinado a la recuperación de Misiones, y ¿Con qué fuerzas? Debilitando más aún las que posee.

El 9 de Febrero Trapani le adelanta:

" Parece que se activa la expedición que debe operar por " Misiones al mando del Gobernador López." (Archivo Lavalleja. — Carta de don Pedro Trapani al general Lavalleja, del 9 de febrero de 1828, desde Buenos Aires.)

Lo que es muy pronto confirmado por una larga pieza oficial, reservadísima, que firman el mismo Dorrego y su Ministro de Guerra Balcarce; documento que tiene además por finalidad rechazar:

" con el más profundo sentimiento de la misión del Secretario " de ese Ejército, don Juan Andrés Gelly, y de las observaciones " que en consecuencia de ella le ha hecho a nombre del señor " General en Jefe relativamente a la empresa de ocupar las Mi-

" siones Orientales del Uruguay, que se ha confiado al señor
" Gobernador de la Provincia de Santa Fé. Por el espíritu de
" las indicaciones que el emisario ha hecho en las diferentes
" conferencias tenidas en el particular con el que suscribe, se
" ha convenido este que toda la repugnancia que el señor Ge-
" neral en Jefe manifiesta contra un proyecto tan ventajoso,
" nace del equivacado concepto de que el general don Fructuoso
" Rivera figura de algún modo en este negocio." (Adolfo Saldías. Historia. — Carta de Dorrego al general Lavalleja del 27 de enero y 14 de febrero de 1828 y Diario del ayudante José Brito del Pino, comunicación de Dorrego y Balcarce al general Lavalleja, del 13 de febrero de 1828.)

En esta larga comunicación insiste Dorrego en la necesidad imperiosa de realizar esa operación, aplacando los rencorosos celos que atormentan el espíritu de Lavalleja. Gelly fué el portador de esta nota al regresar de Buenos Aires, que luego ha copiado en su diario pacientemente, el ayudante Brito del Pino.

oooOOooo

López también desengaña definitivamente a Rivera, el que en vano le ha insinuado sin éxito otra solución tendiente a la prosecución de su ideal. López le dice:

" Por haberme hecho preciso ausentarme de esta capital
" en los momentos en que recibí su estimada del 5 del que luce,
" retarde su contesto hasta esta fecha en que lo verifico. A vir-
" **tud de la insinuación que Ud. me hace con respecto al resulta-**
" **do de la expedición quiero hablarle con franqueza: me he de-**
" **terminado, solo aguardo los auxilios de Buenos Aires para**
" **moverme, pero se me previene terminantemente que en ella**
" **no se le haga lugar a Ud. por resistirlo las circunstancias pre-**
" **sentes y no obstante sus aptitudes.** En este caso a Ud no se
" le debe ocultar cual es mi resolución. El interés de la Provincia
" que está ligado a la buena armonía con las vecinas y el inte-
" rés público que se expone como una razón de estado me hacen
" ser deferente a esta medida.

" A Ud. no se le debe ocultar cuanta sea la delicadeza
" con que deben proceder los Gobiernos en asuntos públicos, y
" particularmente en circunstancias tan difíciles, como en la que
" se halla la República. Por eso es que no me queda otro arbi-
" trio que marchar por la senda que se me determina." (Palomeque. — Misiones. — Carta de Estanislao López al general Rivera, del 13 de febrero de 1828, desde Santa Fé a Paraná.)

López es radical; rechaza la para mi misteriosa sugestión del caudillo y expresa su resolución clara y terminante de aceptar el comando de la expedición, sin que en ella haya un lugar para Rivera. Tendrá en consecuencia este que aventurarse con los escasos medios de que dispone, para llegar antes que el

Gobernador de Santa Fé a la región de Misiones. Su contingente ha sido trasladado previamente a Paraná, para de allí saltar a la gloria.

CAPITULO VI

MARCHA DE RIVERA A GUALEGUAYCHU — DESEMBARCO EN SORIANO — LLEGADA A DURAZNO — PATRIOTICA ACTITUD DEL GOBERNADOR DELEGADO — PROCEDER DEL GOBIERNO DE BUENOS AIRES, LAVALLEJA Y ORIBE — JULIAN DE GREGORIO ESPINOSA — PERSECUCION Y ENCUENTRO DE BURICAYUPI — LAVALLEJA DESOBEDECE A DORREGO — CAMBIO DE CONDUCTA DEL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES — FRACASO DE LAS OPERACIONES MILITARES DEL EJERCITO DE OPERACIONES.

Todas las gestiones de Rivera han fracasado por que su querido compadre y amigo, Lavalleja, se opuso, como también se ha opuesto Dorrego, él que ha quedado con la obseción de la idea del caudillo; y por último el general López, lo rechaza. Pero en el corazón del caudillo arde con fuerza la llama de su purísimo patriotismo, y arrollando con todas las barreras, se lanzará por su cuenta en magnífica acción, para luchar otra vez por la libertad de la patria.

En Santa Fé lo acompañaban unos 100 hombres, orientales, según el capitán Pueyrredón. Había entre ellos muchos oficiales y tropa de los Dragones y milicianos que se le unieron en el exilio y sienten por el jefe una adhesión sin límites; además el capitán Salado lo espera en Gualeguaychú y por el Cuareim deambulan los hombres de Arrue y Berdún. Existían además en la campaña oriental, muchos y buenos voluntarios que aumentarán su contingente, el que en esa forma y en el peor de los casos, podrá ascender a unos 300 hombres veteranos, decididos y capaces; soldados aguerridos ,disciplinados y valientes.

Rivera abandona Santa Fé definitivamente en los últimos días de enero de 1828 para instalarse en Paraná, acompañándolo el mayor Bernabé Rivera; los ayudantes José Augusto Posolo y Manuel Iglesias; los capitanes Mariano Cejas, Felipe Caballero y Felipe de la Sota; los tenientes Eustaquio Dubroca, Juan Seijas, Dionisio Maidana y Riquelme; los alféreces Segundo Mieres, Mariano Muñiz; y cadete Francisco Bauza, a los que el jefe les expone su verdadera situación y la única forma posible de cumplir con su proyecto. ¡Hay que decidirse solos en la empresa! Que ahora si resultara peligrosa por lo reducido de los medios. Todos están de acuerdo en seguirlo, confiados en

los infinitos recursos del caudillo.

¿Cual ha sido la insinuación que Rivera ha hecho a López? ¿Será acaso que le ha confiado su terminante resolución de adelantársele? Si es así, no debió ser mucho el aporte, que según algunos historiadores brindó López a Rivera, desde que en forma terminante le expresa que solo él comandará la expedición.

Rivera debe haber enterado a López de lo que va a realizar, después de estar bien lejos de Santa Fé, rumbo a Gualeguaychú; al firme galope de buenos caballos que conducen los 100 hombres de su fuerza y depués de salir silenciosamente de La Bajada del Paraná, por que no confía en el Gobernador Solas.

En el reducido grupo van buenos baqueanos que han realizado muchas veces ese mismo recorrido y se orientan a rumbo, cortando campo para llegar más pronto y evitar encuentros desagradables.

A Gualeguaychú llegan en la tarde del 23 de febrero; uniéndose al contingente del capitán Salado, él que lo informa de la situación de las fuerzas de Manuel Lavalleja, desde Belen al Río Negro; de la retirada del Gobernador Aguirre; de la suerte corrida por el capitán Arrue y la ubicación de su numerosa partida y la del teniente Berdún; como también sobre el movimiento revolucionario del comandante Contreras de Orne.

Manuel Lavalleja ignora completamente la llegada del general Rivera a Gualeguaychú; enterándose recién cuando éste ya se encuentra profundamente internado en la Banda Oriental, por que Contre ras y Urquiza al levantarse en armas se han alejado del lugar; el primero hacia el Norte y el segundo hacia Buenos Aires.

Rivera pone en ejecución su plan de inmediato: enviando a Bernabé con la partida del capitán Salado hacia el Arroyo de la China, desde donde cruzará el Uruguay para desembarcar en el Rincón del Bellaco; desde donde controlará de cerca a Manuel Lavalleja. Al teniente Riquelme con 9 hombres hacia Belén con la misión de reunir los soldados de Arrue, manteniéndose atento hacia el lejano y misterioso Norte; mientras él con el resto de la fuerza embarcada en unos lanchones en el Puerto de Landa, se dirigirá a Soriano; llegando todos estos elementos a sus respectivos destinos en la madrugada del 25 de febrero.

Es necesario que hubiese gente apercibida en los puntos de desembarco para la obtención inmediata de caballos; ya que rápidamente marcha Rivera sin oposición alguna, hacia el paso de Yapeyú en el Río Negro, desde donde envía oficiales a los pueblos y villas de la región en busca de voluntarios.

En Soriano ha tenido un rol importante el joven Llupes; hijo de don Manuel Llupes, amigo de Rivera y hombre de pres-

tigio en la región, el que consigue algunas armas y los caballos para los 100 hombres que han desembarcado en ese pueblo.

Rivera, desde Yapeyú, escribe al general Lavalleja y al Gobernador Delegado don Luis Eduardo Perez, que ocupa este puesto desde que el primero se hizo cargo del ejército en Cerro Largo. La correspondencia la conduce el teniente de las milicias de Soriano, don Juan José López.

La carta a Lavalleja es como sigue:

" Yapayú, Febrero 25 de 1828.

" El general que suscribe siente el más vivo placer de " dirigirse al señor General en Jefe del Ejército de Operaciones " en marcha sobre el Brasil, para decirle que conducido del amor " a su patria, no ha podido vivir por más retirado del teatro de " la guerra, cuando su corazón, su alma y su sangre todo le cla" ma para contribuír a la lucha del Oriente y correr una mis" ma suerte con los hijos de este suelo. Este vehemente deseo " le ha sacado del retiro donde protegido de grandes amigos, " pensaba esperar el fallo de los hombres justos sobre su ho" nor ofendido y a impulsos de aquel deber, hoy ya recide en " medio de los valientes orientales, para ofrecer a S. E. el señor " General en Jefe todos sus servicios y los de los guerreros que " lo acompañan. El que suscribe tanto más se anticipa a comu" nicar esta noticia, cuanto que quiere con ella informar al " Exmo. señor General en Jefe del primer móvil que anima al " general que suscribe; por que su ánimo no ha sido aparecer " en su país como un caudillo tumultuario o anarquizador, sino " como un amigo que desea ayudar a sus paisanos, como un " soldado que quiere derramar su sangre a la par de sus anti" guos compañeros de armas, y como un jefe subalterno que no " podrá obrar sino de acuerdo y conformidad con las disposicio" nes que V. E. quiera; puede creer V. E. al infrascripto que le " habla en nombre de la patria y persuadirse que esta es toda su " resolución y este todo su propósito y que solo a este intento " se dirigirán sus pasos de la mejor buena fé. Al efecto V. E. " no desconocerá cuan importantes es al presente llevar una " fuerte división sobre las Misiones portuguesas para obrar con " más actividad en la guerra justa que sostenemos. **Este fué mi " antiguo plan**, y ruego a V. E. no lo desapruebe para llevarlo con " su aprobación a debido fin. **De este modo bien pronto llegare" mos a herir de muerte el corazón del Imperio** y V. E. tendrá " la gloria de recoger los triunfos de un proyecto interesante y " ventajoso.

" El que suscribe al llenar esta nota, debe reiterar al se" ñor General en Jefe, sus anteriores protestas, y rogar a S. E. " que corriendo un velo sobre antiguos disgustos permita pelear " por su patria y bajo las órdenes, un antiguo amigo y compa" ñero que ofrece al Exmo. señor General en Jefe su mayor res-

"peto y consideración." (Archivo Mitre. — Revista Histórica — Comunicación del general Rivera al general Lavalleja, del 25 de febrero de 1828.)

Sereno el espíritu y con sobrio y claro estilo, ha escrito Rivera a su compadre, esta extraordinaria pieza histórica. Es un grito pleno de patriotismo y un angustioso llamado; el último que hará a su viejo compañero, para quebrar esa tenaz persistencia de Lavalleja que pretende excluir a uno de los más preclaros hijos de la Banda Oriental, de la lucha por la libertad; ya que ninguna razón existía para el rechazo de esa demanda del más viejo y glorioso servidor de la patria; del cerebro más equilibrado y del hombre más capaz, que reclama con calor y desde hacía tiempo su puesto de combate.

El caudillo duda de la utilidad de su viril reclamación, procediendo en consecuencia con inteligente cautela.

A don Luis Eduardo Pérez le dice:

" El general que abajo firma, tiene la satisfacción de di- " rigirse nuevamente a V. E. con el objeto de poner en " su conocimiento que el señor don Juan José López es por mi " encargado de conducir las comunicaciones que he hallado con- " veniente dirigir a las autoridades de la provincia, así como de " hacer verbalmente al General en Jefe algunas reflexiones de " que le he impuesto a fin de que por pretexto alguno pueda ser " desatendida la guerra contra los enemigos comunes, pues que " en semejante terrible caso, sería de lamentar el estado en que " se pondría la provincia.

" Con este motivo el infrascripto general reitera al se- " ñor Gobernador Delegado a quien se dirige su más alta consi- " deración y distinguido aprecio." (I. de María. — Compendio. — Comunicación del general Rivera al Gobernador Delegado, don Luís Eduardo Pérez, del 25 de febrero de 1828.)

Rivera conoce muy bien a Lavalleja y sabe que este es capaz, en su encendido y apasionado rencor, de abandonar la dirección del ejército para perseguirle, desatando la guerra civil, guerra que el caudillo quiere evitar a toda costa.

Desde Yapeyú establece enlace con su hermano, el que permanece vigilando a Manuel Lavalleja; trasladándose poco después al Paso de Vera sobre el Río Negro, donde dejando su fuerza, se dirige hacia el Durazno para entrevistarse con el Gobernador Delegado y esperar allí el desarrollo de su gestión.

oooOOooo

A Manuel Lavalleja lo sorprenden estos sucesos completamente desprevenido; conociendo recién el 26 la presencia de Bernabé en la región, según comunicación que ese mismo día pasa al Gobernador don Luis Eduardo Pérez.

" Paysandú, Febrero 26 de 1828. — El Comandante Ge- " neral que suscribe da parte a V. E. que habiendo tenido no-

" ticia de que había pasado una fuerza de Entre Ríos, se dirigió " al destino en que le avisaron hallarse; y sabe positivamente " que don Bernabé Rivera está en el Rincón del Bellaco, con 40 " hombres bien armados, donde han carneado asegurándome " también que don Frutos ha desembarcado en Soriano a tener " una entrevista con algunos sujetos de su parcialidad.

" En consecuencia he impartido ordenes terminantes pa- " ra la reunión de toda mi fuerza y verificado, moverme sobre " ellos y perseguirlos en todas direcciones." (Archivo Lavalleja. — Comunicación del teniente coronel Manuel Lavalleja al Gobernador Delegado, don Luís Eduardo Pérez, del 26 de febrero de 1828.)

Esta actitud de Manuel responde lógicamente a órdenes reservadas de su hermano; órdenes que no conoce el Gobernador y que de no haber existido, no hubiese tomado el aparato de las enérgicas medidas que menciona.

El 27 ratifica el informe por temor de que el anterior hubiese sido interceptado. Este es más amplio: expresando que Bernabé posee 40 hombres y que él marchará a batirlo con 160; esperando la incorporación del comandante Andion y capitán Fraga con 60 hombres más. Que en Belen han pasado 9 soldados de Rivera a órdenes del teniente Riquielmes (Riquelme), dirigiéndose al Yarao con indultos de Rivera para los desertores que deambulan por esa región. (Archivo Lavalleja. — Comunicación del teniente coronel Manuel Lavalleja al Gobernador Delegado, del 27 de febrero de 1828, desde Paysandú.

oooOooo

La tranquila y apacible villa del Durazno será por unos días escenario de notables acontecimientos, los que se inician el día 28 con la llegada del teniente López, portador de las comunicaciones de Rivera; y sobre esto, el señor Carlos San Vicente, que se encontraba en ese lugar, nos ha trasmitido sus impresiones en la siguiente forma, en carta dirigida a don Gabriel A. Pereira.

" Son las 9 de la noche del 28 de febrero.

" Mi querido — Después de haberte escrito mi primera " a las 7, ha llegado un oficial de Mercedes con comunicaciones " para el Gobierno y el general, de don Frutos — Combina a " unión y a pelear con los portugueses por Misiones, dice que " nada quiere sino auxilio de amistad, por que cuenta con toda " clase de recursos — Pide la venia para seguir y dice que esta " noche llegará a este punto, tiene 200 hombres reunidos en " Cololó al mando de Bernabé y dicen se le reuna mucha gente " con caballos.

" No soy más largo por que el tiempo es corto.

" Repito que preveo muchos males — Se avisa por du- " plicado a Oribe y se le manifiestan las intenciones de Frutos.

"El Gobierno está dispuesto a favor de éste a Dios.
"San Vicente"
(Correspondencia de Gabriel Antonio Pereira.)

oooOOooo

El Gobernador Delegado, como primera y principal providencia, escribe al Comandante General de Armas, coronel don Manuel Oribe, él que tiene la doble dependencia, del Gobernador como tal, y como jefe del asedio de Montevideo, del General en Jefe.

Luis Eduardo Pérez le dice:

" Llegó a este punto de Mercedes el teniente de las mili-" cias de aquel departamento don Juan José López enviado por " el general Rivera con una comunicación para el que firma, "otra para S. E. el señor General en Jefe; y otras varias para " algunos señores del ejército. Este mismo oficial dice que que-" daba en marcha por Cololó y que su objeto es venir al Duraz-" no con una pequeña escolta a verse con este Gobierno.

"En la nota que dirige al que firma, anuncia la comi-" sión del teniente López y acompaña copia de la que dirige al " Exmo. señor general, en la que significa que su fin no es anar-" quizar al país sino recabar la venia de S. E. para efectuar la "expedición por Misiones y hacer la guerra al enemigo." (I. de María. — Compendio.)

Luis Eduardo Pérez cree sinceramente desde el primer momento en las intenciones manifestadas por Rivera y quizás nunca comprendió, a pesar de ser un Caballero Oriental, las razones de la intriga de que fuera víctima el caudillo. Cree en Rivera, él que el día 29 se le ha presentado valientemente en el Durazno; y al efecto de protegerlo ordena por una circular a Manuel Oribe, Juan Arenas y Manuel Lavalleja, que:

" El general don Fructuoso Rivera ha llegado a este pun-" to y se ha presentado al Gobierno pidiendo interponga sus " respetos con S. E. el señor General en Jefe a fin de que se le " permita a él y a los que lo acompañan emplearse en hacer la " guerra a los enemigos, como que este es el único movil que lo " dirige; pero esto poniéndose a las órdenes de las autoridades " que S. E. disponga, o de el mismo si lo tuviese a bien.

" El Gobierno, en vista de esta solicitud, ha tenido a bien "comisionar a la inmediación de S. E., el señor General en Jefe, " a los señores don Felipe Duarte y don Manuel Calleros, para " imponerle de ella y recabar —si es posible— la venia que " pide." (I. de María. — Compendio.)

Además, acusa recibo de las comunicaciones de Manuel Lavalleja de los días 26 y 27 y con esto cree el honesto patriota haber frenado la acción de los Comandantes Militares de los departamentos.

De los comisionados para ante Lavalleja solo partirá el

coronel don Felipe Duarte, jefe militar del Durazno; ya que Calleros permanecerá en Florida, después de haberse excusado culpando a una incidencia cualquiera de su carruaje, antes que a su ancianidad.

A su llegada al Durazno, Rivera encuentra en el Gobernador Delegado un protector generoso y patriota, un verdadero y grande amigo, que interpone su autoridad y ascendiente hasta donde esto pueda alcanzar, para evitar la catástrofe de una lucha. Revela en esta oportunidad una comprensión exacta de los hombres y un singular carácter.

Para el fogoso Manuel que ha sido burlado en su vigilancia, es necesario algo más que una circular para contenerlo, y es por esto que el Gobernador vuelve a escribirle el 2 de marzo:

" El Gobierno hace saber al señor comandante que el " señor don Fructuoso Rivera se ha presentado en este punto " sumiso alas autoridades, poniéndose a las órdenes de este Go- " bierno, manifestando en su solicitud se le admita a él y a los " que le acompañan a prestar sus servicios contra el enemigo " común, en cualquier clase y bajo las órdenes de quien S. E. " el señor General en Jefe tenga a bien destinarle. Pide al mis- " mo tiempo la reconciliación general entre individuos de un " mismo pueblo, de una misma opinión y unos mismos senti- " mientos por la libertad de su patria. Protesta solemnemente " no causar el menor desorden, ni hará más de lo que promete, " interin no se le fuerze por medidas violentas que desatiendan " su reclamación. Se sujeta últimamente a justificarse si se " considera necesario de todos los hechos por que se le quiera " reconvenir.

" El Gobierno en este caso, llena su deber interponiendo " todos sus respetos, influjo y valimiento con S. E. el señor " General en Jefe para evitar los males que amenazan al país, " si se encendiese la guerra civil, proponiendo reunir en masa " comun al pueblo oriental para llevar la guerra a los opresores " y que la sangre que se derrame será sólo en obsequio de la " que defendemos. Para el logro de este laudable objeto, se han " dirigido ya a S. E. comunicaciones y saldrán mañana a su " inmediación dos ciudadanos de toda respetabilidad que re- " caben de él el advenimiento que se desea y que el Gobierno " no duda conseguir.

" En mérito de esto, el que firma hace saber al señor " comandante que con esta fecha previene al señor Rivera ha- " ga replegar las fuerzas que tenga a este punto, en donde el " Gobierno lo declara bajo su protección, hasta tanto conteste " S. E. el señor General en Jefe de la diputación que se le man- " da, suspendiéndose toda medida que pueda aparecer hostil.

" En este concepto el Gobierno ordena al señor Coman-

" dante General de Paysandú se retire a ocupar el puesto de su " comando; suspendiéndose toda medida de precaución hasta " que por la resolución de S. E. reciba nuevas órdenes de él o " de este Gobierno." (I. de María. — Compendio. — Comunicación del 2 de marzo de 1828.)

Se pasa también una copia de esta resolución a los señores Manuel Oribe, Leonardo Olivera y Juan Arenas. (I. de María. — Compendio. — Comunicaciones del 2 de marzo de 1828.)

oooOOooo

Dorrego y Balcarce se enteran de la presencia de Rivera en la Banda Oriental el 29 de febrero a las 10 de la noche, ordenando de inmediato al coronel don Manuel Oribe, que:

" El objeto de esta comunicación es para mandarle des-" pliegue todo celo y actividad que esté a sus alcances, para " que, dejando el sitio a las órdenes de otro, se ponga a la ca-" beza de la fuerza que le fuese dable; y tomando igualmente " el Escuadrón de Defensores que acaba de pasar al sitio de " la Colonia, lo persiga en todas direcciones, hasta conseguir " destruír y aniquilar a él y a los que le acompañan, y en caso " que se tuviese la fortuna de tomarlo, hacer con él un castigo " ejemplar." Y a continuación:

" El Gobierno cree que la destrucción de este caudillo " —que según todas las noticias está vendido a los enemigos— " le hará tanto honor al señor Comandante General de Armas " como el batir cualquier división enemiga." (I de María. — Compendio. — Comunicación del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al coronel don Manuel Oribe, del 29 de febrero de 1828.)

¿Por qué se ordena a Oribe la ejecución de tan drásticas medidas? y ¿Por qué se abandonan o debilitan los asedios de Montevideo y Colonia? Lavalleja había hecho una cuestión de Estado por esa misma causa; pero ahora y por que se trata de Rivera apoya las medidas del Gobierno Central.

El comandante departamental más próximo a Rivera, es Duarte; el que se encuentra en el Durazno y al que debió corresponder esa orden. Sin embargo se ordena directamente a Oribe esa tarea, con grave perjuicio de las operaciones militares. Podrá aducirse que esa misión era del exclusivo resorte de Oribe por el cargo de Comandante General de Armas que desempeñaba: máxima autoridad militar de la provincia; y en este sentido es muy extraño también que no se le haya comunicado esa resolución por intermedio del Gobernador Delegado, como correspondía. Posiblemente Dorrego conociese la decidida inclinación de don Manuel Oribe contra Rivera.

También se dirigen idénticas comunicaciones y por el mismo correo al general Lavalleja, él que según Brito del Pi-

no, las recibe recién el 7 de marzo, y en las que se le decía:

"El caudillo Fructuoso Rivera ha terminado sus proyec-
" tos pasando a esa provincia sin otro objeto que introducir
" el desorden y la anarquía, servicio el más importante que
" se propone prestar a su antiguo amo el Emperador ......
" ....
" ....

"Lo singular es que los comandantes de Mercedes y So-
" riano le han facilitado las cabalgaduras y otros auxilios que
" ha necesitado; y el hijo del comandante de Mercedes ha ve-
" nido desde Gualeguaychú con él. El Ministro que suscribe
" tiene orden de decir al señor General en Jefe que espera
" despliegue todo su celo y actividad en que el expresado cau-
"dillo sea destruído y castigado ejemplarmente". (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del Ministro de la guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 29 de febrero de 1828).

Bien saben los gobernantes porteños que Rivera no llega a su tierra natal para introducir la anarquía y el desorden. Bien saben Dorrego y Balcarce cual es la intención y el espíritu que impulsan al caudillo para haber tomado esa resolución; y cuando don Luis Eduardo Pérez interpone su autoridad e influencia sobre el general Lavalleja, lo hace en la esperanza de alcanzar un justo arreglo entre los jefes. Pero es desde Buenos Aires desde donde parte la primera orden de exterminio total, y ésto tiene más fuerza que la patriótica gestión del Gobernador Delegado de la Provincia Oriental, que en vano reclama serenidad, cordura y patriotismo al General en Jefe.

Dorrego debió proceder como don Luis Eduardo Pérez y hacer un último esfuerzo para aplacar el infundado resentimiento de Lavalleja; él que, sin ese freno, estalla con toda su reconcentrada ira, ordenando el 3 de marzo a Oribe que:

"Es preciso pues que el Comandante General de Armas
" disponga que una fuerte partida al mando del sujeto de con-
" fianza marche a la campaña en su persecución, y se ponga
" de acuerdo con las fuerzas del comandante Lavalleja para ope-
" rar unidos o como lo permitan las circunstancias. El fin es
" no perder momentos; y ya que ese monstruo ha pisado nues-
" tro suelo, profanando con su negra perfidia, que no se vaya
" impune. Está en manos del señor Comandante General hacer
" a la patria un distinguido servicio con la captura o la muerte
" de ese malvado". (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al coronel Manuel Oribe, del 3 de marzo de 1828).

La muerte del vencedor de El Guayabo, significaba para su vencido un triunfo tan grande como el batir a una división brasilera y para Lavalleja un distinguido servicio.

Igualmente se dirige Lavalleja al Gobernador, diciéndole:

"Es evidente la presencia en la provincia, del monstruo " de la anarquía e inquietud, el Brigadier Rivera; y es preciso " destruirlo en sus primeros pasos. El comandante de Sandú, " según la comunicación que transcribe el Exmo. señor Gober- " nador, ya había dado algunos pasos a este fin; pero es preciso " sin embargo, que el Gobernador tome medidas enérgicas con " este respecto; y si tuviese el atrevimiento el Brigadier Rive- " ra de presentarse en el Durazno, que sea preso inmediata- " mente y remitido a este Cuartel General". (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al Gobernador Delegado, del 3 de marzo de 1828, desde Sarandí del Yaguarón).

Desde Buenos Aires y Melo se persigue al caudillo y las órdenes en tal sentido vuelan en todas direcciones.

Manuel Oribe aún no ha recibido las órdenes de Buenos Aires Aires el 3 de marzo, ni tampoco las de Lavalleja; pero sí, las comunicaciones del Gobernador Delegado, con la copia de la que Rivera dirigiera a Lavalleja desde Yapeyú; y a pesar de esto resuelve por su propia cuenta abandonar el sitio de Montevideo, trasladándose con su regimiento de caballería Nº 9 al paso de Pache del Santa Lucía, más cercano al Durazno y desde donde escribe a Rivera y al Gobernador Delegdo. Al primero y después de haber leído con detención la nota antedicha le dice:

"Que no ha encontrado en el contexto de ella una sola " razón congruente que pueda justificar el arrojo de su apari- " ción en el territorio oriental. Esta, con expresión de su obje- " to debió ser anunciada por el Gobierno encargado de la direc- " ción de la guerra y por el Exmo. señor General en Jefe del " ejército para que el abajo firmado no tuviese la justa alarma " que le inspira tan remarcable falta. Ella es de tal trascenden- " cia que por si sola debe causar el indicado efecto aún cuando " no del país del señor Brigadier para no restituírse a él duran- " te la guerra con el Imperio del Brasil. El infrascripto en fuer- " za de lo que le dicta su cargo en el presente acontecimiento, " Marcha a colocarse en la costa del Santa Lucía, en tanto que " S. E. el señor General en Jefe a quien da cuenta del inciden- "dente de que se trata le muestre el sendero por donde deba " conducirse; bien entendido que hasta la resolución que aguar- " da le es prohibido al señor Brigadier la reunión de un solo " hombre de la provincia a sus órdenes, que sea con la inten- " ción que fuere; en inteligencia que todo procedimiento en " contra será calificado por anárquico y como tal se emplearán " los medios convenientes de cortarlo. La Comandancia General " previene el señor Brigadier a quien se dirige que su puntual " permanencia en ese punto con solo su escolta competente y

" la observación escrupulosa de la anterior prevención, basta-
" rán a justificar la sinceridad y patriotismo que protesta."
(Archivo Mitre. — Revista Histórica y Diario del ayudante Brito del Pino. — Comunicación del coronel Manuel Oribe al general Rivera, del 4 de marzo de 1828.)

A don Luís Eduardo Perez le desconoce su autoridad y directa ingerencia en este asunto; a pesar de que sabe por que así se le dió a conocer, que el Gobernador ha tomado bajo su protección al general Rivera, adjuntándole la nota que pasa a éste, donde y después de extenderse en consideraciones sobre la presencia de Rivera en la provincia, le impone condiciones arbitrariamente, ya que el caudillo depende en ese momento de la máxima autoridad provincial. Las notas del coronel Oribe se caracterizan por la marcada determinación de intervenir en este asunto por su propia cuenta e iniciativa, ya que aún no ha recibido las comunicaciones de Balcarce y Lavalleja.

oooOOooo

Luis Edurdo Pérez entretiene a Oribe aprobando sus medidas. Recibe las notas de éste y por un hombre de su confianza se las retrasmite a Rivera, que en ese momento ya no se encuentra en el Durazno; escribiendo al respecto al Comandante General de Armas:

" El conductor de esta no ha encontrado en este punto a
" don Fructuoso Rivera y en la perplejidad de si había de se-
" guir a entregar las comunicaciones que traía del señor Coman-
" dante General, se resolvió por que ésta fuese dirigida, por un
" chasquero de este Gobierno.

" En el momento marcho dicha nota a su título y del
" mismo modo se pasará al señor Comandante General la con-
" testación.

" Con fecha 2 del corriente el infrascripto pasó a don
" Frutuoso Rivera la siguiente nota: El Gobierno ha impartido
" con esta fecha a los jefes militares la comunicación que en
" copia autorizada se adjunta. En su virtud y guardando con-
" secuencia con lo dispuesto, el Gobierno ordena al señor ge-
" neral Rivera, que luego que haya recibido esta, disponga que
" toda la fuerza de su mando se repliegue a este punto. El Go-
" bierno omite al observar al señor general las ventajas de
" esta medida, por creerlo bien satisfecho de ellas."

A lo que Rivera contestó, según don Luís Eduardo Pérez:

" Que falto de pasto para las caballadas por estas in-
" mediaciones y para poder dar cumplimiento a las órdenes
" del Gobierno, de reunir sus fuerzas, se ponía en marcha pa-
" ra el Paso de Vera en el Río Negro. Lo que efectuó en la
" misma noche, según noticias que se tienen por un vecino
" que dice lo encontró ayer en sus inmediaciones." (I. de Ma-

ría. —Compendio. — Comunicación del Gobernador Delegado al coronel Oribe, del 5 de marzo de 1828.)

El Gobernador ha dejado aparentemente a salvo su autoridad, anticipándose a Oribe en lo que respecta a la orden de concentrar las fuerzas de Rivera en el Durazno; y además no permite que el chasquero de Oribe llegue hasta el campo del caudillo, sino que envía uno propio, para evitar quizás el conocimiento por parte del Comandante General, de cosas o de hechos que era necesario no fuesen conocidas o divulgadas; como los efectivos, armas, caballadas, etc. Elementos estos que de ser sabidos precipitarían la ruína de Rivera. Por otra parte, bien conoce don Luís Eduardo Pérez las razones que ha tenido éste para alejarse del Durazno en la noche del 2; y sabe además que se ha retirado definitivamente; que se va a cumplir con lo que ambos anhelan.

Era un mal pretexto la falta de pasturas, que en el mes de marzo abundan en las costas del Yí, sin necesidad de ir a buscarlas al paso de Vera.

¿Qué ha pasado para este alejamiento precipitado de Rivera? Es lógico suponer que sus amigos de Buenos Aires se adelantaron a la resolución de Dorrego y Balcarce. Y así como una vez impidieron su prisión, evitan ahora su destrucción y en el mismo lanchón en que viaja el mensajero que conduce las órdenes de Balcalce para Oribe, o quizás antes, salían avisos para Rivera informándolo de las disposiciones del Gobierno contra su persona. El enviado ha estado diligente, viajando con la máxima celeridad ha llegado junto al caudillo, el que impuesto de tal actitud, toma medidas precaucionales alejándose del Durazno silenciosamente.

Luís Eduardo Pérez no debió ser extraño a las causas del alejamiento de Rivera. Sabe que se le perseguirá; por que así son las órdenes y conoce bien a Lavalleja y a Oribe. Procedió en consecuencia, inspirado en el patriótico interés de ver de una vez la directa y decidida intervención del caudillo en la lucha por la libertad.

Ha evitado, dentro de cierta medida, la persecución inmediata y segura destrucción de Rivera; y cuando lo considera libre de peligros inminentes, renuncia a toda responsabilidad en lo que pueda suceder; ya que sabe que Dorrego y Balcarce han ordenado disposiciones contrarias a su elevado espíritu, y escribe a Lavalleja y a Oribe:

"que juzga de su deber no mezclarse más en este asunto." (I. de María. — Compendio. — Comunicación del Gobernador Delegado al general Lavalleja, del 5 de marzo de 1828.)

Nada hubiera costado a Pérez detener al caudillo; ya que tenía fuerzas suficientes a su disposición. En el Durazno se encontraban las milicias departamentales a órdenes del co-

ronel Duarte y también se encontraban en ese punto el coronel lenguas y numerosos oficiales, con los que y muy facilmente se hubieran satisfecho los deseos de Lavalleja.

oooOOooo

Al paso de Vera llegan algunos voluntarios de las localidades inmediatas hacia donde se han destacado oficiales con ese cometido. Los que se incorporan al reducido contingente son hombres que han permanecido al margen de las actividades del ejército; elementos que Lavalleja no emplea en esos momentos, ni empleará después; son voluntarios que responden al llamado del caudillo para engrosar sus fuerzas; hombres, muchos de ellos, que observan con alarma la quietud suicida del Ejército de Operaciones acantonado en el Cerro Largo; y los hay también que son desertores de las divisiones orientales, alistándose en paso Vera para poner fin a su vida montaraz, llena de constantes sobresaltos, eludiendo así a las partidas que Manuel Lavalleja larga al campo, como lo ha expresado. Rivera resuelto a realizar su proyecto, no se detiene en consideraciones sobre el origen de esos voluntarios, pero no llevará un solo hombre del Ejército de Operaciones.

Manuel Lavalleja que con la intención de batir a Rivera se dirigió hacia el Rincón de las Gallinas, es detenido por las órdenes del Gobernador Delegado y en consecuencia regresa a Paysandú. Es recién entonces que don Luis Eduardo Pérez escribe a Rivera, comunicándole de que no tomará más participación en ese enojoso asunto, por estar ya en manos de Dorrego y Balcarce. (I. de María. Compendio. Comunicación del Gobernador Delegado al general Rivera, del 9 de marzo de 1828).

Este aviso le llegará a paso Vera y será la señal de iniciar su atrevida empresa; pero antes se dirigirá a sus campos de Averías y Arroyo Grande en busca de nuevos recursos.

Desde su Cuartel General en Sarandí del Yaguarón, el general Lavalleja hace redactar por su secretario Gelly, el 6 de marzo, una comunicación para Rivera; en la que después de reprobar la conducta de éste por haberse introducido en la provincia con hombres armados, sin previo aviso, y de reunir oficiales y tropa a los que ha hecho tomar aparato militar, despreciando las órdenes del Gobernador de Buenos Aires; le ordena que en el término de cuatro días repase el Uruguay, pasando a la provincia de Entre Ríos o de lo contrario acompañando al conductor de la comunicación, se dirija al Cuartel General en el más breve plazo.

"Confiando en la probidad y honor del General en Jefe
" ....

"El General en Jefe no está distante de escuchar y aco-
" ger las reclamaciones que se le dirijan con la dignidad que
" corresponda, y en el modo que la razón, las leyes y el orden

" público exijan; sin acordarse de nada que le sea personal, " pues todo ello es subalterno". (Diario del ayudante Brito del Pino, el que deja constancia de haber sido redactada por don Juan Andrés Gelly. Comunicación del general Lavalleja a Rivera, del 6 de marzo de 1828).

Lavalleja dispone que esa nota se haga imprimir y circular para conocimiento general de los habitantes de la Banda Oriental y del Ejército, ante quienes pretenderá justificar después y por ese medio cualquier atentado o arbitrariedad que se cometa en la persona del general Rivera.

Brito del Pino sólo ha dejado constancia en su diario de la anterior disposición de Lavalleja; pero esta treta no engaña al general Rivera, el que conoce bien la falta de sinceridad de su querido compadre y amigo; el que, no bien se ha alejado el conductor de esa primera comunicación, manda otra por su chasquero favorito, Saturnino Pereira, para el coronel don Manuel Oribe, que también ha redactado Gelly, y en la que dice al Comandante General de Armas:

"El General en Jefe ha recibido las comunicaciones del " señor Comandante General de Armas de fecha 3 del corrien" te y las comunicaciones del general Rivera y Gobierno De" legado que le han dirigido y copia de las contestaciones. De " todo ello deduce el General en Jefe, el gran tino y la activi" dad con que ha procedido el señor Comandante General, a " quien a la fecha ya contempla instruído de cuanto debe ha" cer. El Gobierno de Buenos Aires ha mandado al infrascrip" to copias de las comunicaciones que ha dirigido al señor Co" mandante General, ordenándole la persecución y exterminio " del Brigadier General Rivera; y el abajo firmado en comu" nicación que dirige con el soldado de la escolta Saturnino " Pereira, le recomienda encarecidamente igual procedimiento. " El general Rivera ha estado muy lejos de portarse con la " subordinación que ofrece en sus comunicaciones y ellas no " han tenido otro objeto que paralizar las medidas que pudie" ran tomarse contra él, ganando tiempo para hacer sus re" uniones de montoneras.

"Supuestos estos principios y bien informado el Gene" ral en Jefe de la conducta criminal que ha desplegado el Bri" gadier Rivera, previene al señor Comandante General que " no omita medio alguno para que pueda contribuir a la total " destrucción del expresado Brigadier, y como los que le acom" pañan incurren en el mismo delito de anarquía que aquél ha " consumado, el General en Jefe previene al señor Comandan" te General que pase por las armas a todos los que llegase a " capturar, de los que formaban la masa del expresado Briga" dier, sin tener la menor consideración para que un castigo " tan ejemplar haga entrar en sus deberes a muchos hombres

" que, guiados por sus pasiones y particulares intereses atra-
" san la carrera de la libertad con los pasos tumultuarios como
" los presentes. Después de lo dicho no queda más que preve-
" nir al General en Jefe; sino que el señor Comandante Ge-
" neral, dirigido al fin que se le indica, tome todas las medi-
" das que crea conveniente en presencia de las circunstancias;
" debiendo también decirle que el comandante Lavalleja tiene
" cerca de 200 hombres y según comunicación que he recibido
" de él iba en marcha y a muy poca distancia de las fuerzas
" reunidas en el Rincón de Bellaco, al mando de don Bernabé
" que seguramente a la fecha debe haberlo concluído. Las dis-
" tancias no han permitido al General en Jefe pasar órdenes
" al expresado comandante y se dirige al señor Comandante
" General para que le imparta las que juzgue oportunas al
" intento.

"El abajo firmado confiado en la actividad, celo y pa-
" triotismo del señor Comandante General y en la probidad de
" los comandantes de los departamentos, espera en contesta-
" ción la noticia de haber concluído para la patria un hijo des-
" naturalizado y más inícuo que sus mismos opresores. Con
" esta esperanza el señor General en Jefe lo saluda, etc."
(Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al coronel don Manuel Oribe, del 6 de marzo de 1828).

Igualmente escribe Lavalleja al Gobernador Delegado, y de esas líneas se deduce que: por la autoridad y ascendiente moral de don Luis Eduardo Pérez, aquél no se atreve a expresarse en los mismos términos con que le ha escrito a Oribe; aunque le dice:

"Mas habiendo verificado de este modo, y siguiendo ade-
" lante con su sistema desorganizador y anárquico, el que fir-
" ma reitera nuevamente sus órdenes para que sea perseguido
" y concluído por donde quiera que se dirija, lo mismo que
" la tropa que le sigue". (I. de María. Compendio. Comunicación del general Lavalleja al Gobernador Delegado, del 6 de marzo de 1828).

Rivera ha sido leal con Lavalleja y en sus comunicaciones se ha expresado con toda sinceridad, exponiendo sus más caras intenciones y sentimientos. Luego ha conocido la conducta de Dorrego y Balcarce, como también la de Lavalleja y Oribe, y no teniendo la menor duda de que se le perseguirá y tratará de destruir, adopta medidas de seguridad lógicas, alejándose del Durazno, no sin antes haberse entrevistado con la esposa de Lavalleja, como último recurso; entrevista que fué propiciada por don Luis Eduardo Pérez y Panchita Lavalleja; sobre todo de esta última, que llena de admiración por el caudillo, descorre las cortinas de las ventanas al verlo apa-

recer en la plaza de Durazno, e imponiéndose a la negativa de su cuñada, doña Anita Monterroso, la obliga a recibir al general Rivera. (Historia de Adolfo Saldías. Carta del Gobernador Luis Eduardo Pérez al general Lavalleja, del 8 de marzo de 1828).

Oribe recibe la comunicación de Balcarce; pero antes ha recibido la del Gobernador Delegado, por lo que indeciso se detiene, disponiendo que Rivera debe sujetarse a determinada conducta.

Lavalleja, al tiempo que escribe a Rivera dándole garantías para considerar su situación; ordena simultáneamente por otro conducto, su total destrucción y fusilamiento; y ésto tiene que haberlo sabido Rivera o por lo menos sospechado esa intención, ya que disponía de infinitos recursos y medios de información, como el propio chasquero que le ha llevado la comunicación de Lavalleja, o quizás y lo más probable, por don Luis Eduardo Pérez o don Carlos San Vicente, el que se encuentra en el Durazno y así lo hace saber a su amigo don Gabriel Antonio Pereira en las siguientes líneas:

"Marzo, 7 de 1828.

"No hay remedio, el hombre será perseguido en todas " direcciones, y el Gobierno general así lo ordena clasificándolo de traidor y ordenando se persiga a muerte. Aun no se " ha hostilizado más que por Lavalleja que le ha tomado un " oficial y cuatro hombres. Ya se dice que el hombre se va " para Misiones y sabemos que sus pasos son muy ocultos. " Carlos San Vicente." (Correspondencia de Gabriel Antonio Pereira).

Rivera con amplio dominio de la situación y de la verdad, contesta en consecuencia a su compadre:

"El general que suscribe acaba de recibir el oficio del " señor General en Jefe, fecha 6 del que rige, e impuesto de " su contenido sólo le resta contestar; que la resolución toma" da por el general que suscribe es la de llevar la guerra con" tra los enemigos generales, cuyo sentimiento hizo presente "a S. E. desde Yapeyú; este mismo sentimiento es el que le " anima y sólo alguna fatal casualidad le podrá hacer desistir " de semejante empresa en la cual se halla empeñado un no " pequeño número de nuestros compatriotas. En cuanto a de" cir a S. E. que el general que suscribe ha desobedecido las " órdenes del Gobierno encargado de la dirección de la guerra, " si es así, no debe S. E. extrañarse, cuando S. E. mismo las " desobedece; que en esta virtud, el infrascripto no puede mar" char al ejército, conforme S. E. lo desea, por que además " de tener presente el hecho perpetrado con su hermano, con " el capitán Arrue y otros; cuyos han sido víctimas de su " incauta fé, no tiene las garantías necesarias para dar seme-

" jante paso, cuando el oficio de S. E. más es amenazante que
" conciliatorio; y también por que no puede abandonar la gran
" porción de compatriotas que, como el infrascripto han he-
" cho sus votos. El general que firma desea, como ya lo ha
" dicho a S. E. ponerse bajo sus órdenes para llevar la guerra
" a los portugueses; **pero no de un modo que S. E. recuerde
" sus juramentos y ponga en práctica el plan de concluirles;**
" esto es, sólo permitiendo S.E. al infrascripto el llevar la gue-
" rra por el punto de las Misiones, de allí tendrá la satisfac-
" ción de coronar la patria de triunfos y llenar a S. E. de
" gloria.

"El infrascripto general saluda a S. E. el General en
" Jefe a quien se dirige con su más cordial afecto y alta con-
" sideración. (Archivo Mitre y Diario del Ayudante Brito del
" Pino. Comunicación del general Rivera al general Lavalleja, del 12 de marzo de 1828).

Esta comunicación es un adiós definitivo, por que ya vuela hacia Misiones. Así se aleja de su compadre, el General en Jefe, que le ha tendido una celada; y es la última vez que le repite sus intenciones y firme resolución. Ya no escribirá ni tratará más con Lavalleja. ¿Para qué? Es tan firme su propósito y está tan seguro del éxito, que se atreve a anunciarle:

"Que sólo una fatal casualidad le podrá hacer desistir
" de semejante empresa".

Sí, sólo la fatalidad podrá hacer fracasar sus meditados y bien calculados movimientos para la realización de su propósito.

El portador de esa nota lleva además un poncho arribeño con que Rivera se ha abrigado hasta ese momento, obsequio que le brinda a su compadre Lavalleja.

El General en Jefe le ha hecho cargos a Rivera por haber desobedecido las órdenes del Gobierno, y ésto es muy cierto. Pero Lavalleja también las ha desobedecido, como con mucha razón se lo dice el caudillo; cuando aquél debió informar solamente sobre los puntos que se le exigieron lo hiciese, cuando fué consultado sobre la conveniencia de la operación de Misiones y la designación de Rivera como general de la expedición respondiendo a tratados solemnemente celebrados entre las provincias. Por otra parte, ¿qué garantías podía esperar de un hombre que se las ofrecía

"Sin acordarse de nada que le sea personal."

para inmediatamente ordenar el exterminio total de Rivera y sus hombres, como éste con pleno conocimiento de ese hecho se lo dice:

"Pero no de un modo que S. E. recuerde sus juramentos y
" ponga en práctica el plan de concluirles."

El caudillo se ha enterado del juego de Lavalleja y

sabe que ya nada puede esperar de éste; a quien también le reprocha la actitud asumida contra su hermano Bernabé, cuando éste cayó incautamente en manos de Alvear, después de haber confiado en el compromiso moral contraído por Lavalleja. También le reprocha el atentado cometido contra el capitán Arrue, el que con engaños y falsas promesas ha sido eliminado de la escena. Y al negarse por faltas de garantías a cumplir con el deseo de Lavalleja, le dice en su despedida, que desde Misiones:

"Tendrá la satisfacción de coronar la patria de triun-"fos y llenar a S. E. de gloria."

Dorrego ha recibido la nota del Gobernado Delegado don Luis Eduardo Pérez, del 3 de marzo, en que este distinguido patriota le comunicaba la presencia de Rivera en el Durazno y las nobles intenciones que lo impulsaron a dar ese paso, por lo que lo ha tomado bajo su protección. Balcarce, que es el que contesta esa comunicación, expresa que la conducta de Rivera ha estado en contradición con los sentimientos que manifestaba; agregando después de otros cargos sin significación, que recibirá al caudillo en Buenos Aires sin ninguna dificultad, como a todos los que lo acompañan sin que se les siga perjuicio alguno, o de lo contrario quedará ese asunto a lo que resuelva el general Lavalleja. (I. de María. Compendio. Comunicación del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al Gobernador Delegado, del 7 de marzo de 1828.)

Extraño proceder el de los gobernantes de Buenos Aires; los que previamente han ordenado la persecución y exterminio del caudillo y al que poco después invitan para que se dirija a esa ciudad, con amplias garantías. Sólo es comprensible esta conducta, o cambio radical de proceder, por efecto de la nota de don Luis Eduardo Pérez; comunicación que ha conmovido la sutil sensibilidad de Dorrego, llamándolo a la verdadera realidad. En adelante será muy distinta su conducta.

Por otra comunicación del día 10 de marzo, el Gobernador Pérez, rebate a Balcarce los cargos que se deducen y que parecen consistir en que permitió la llegada de Rivera al Durazno, y luego su alejamiento sin haberlo detenido. Cargos que devuelve don Luis Eduardo Pérez con dignidad, por que el coronel Dorrego, como Gobernador de Buenos Aires, había permitido como él y como don Estanislao López en Santa Fé, el libre tránsito y larga permanencia del caudillo en las capitales de esas provincias; y que sino ordenó su detención, fué por que Dorrego tampoco la realizó cuando aquel estuvo en Buenos Aires; de lo que se excusa Balcarce, aduciendo el carácter público de la misión que desempeñaba Rivera. Esto no destruye las razones que expuso don Luís Eduardo Pérez, ya que Dorrego debió rechazar al comisionado,exigiendo de López

y Zapata la designación de otra persona. Aceptando a Rivera, significaba declararlo persona grata, desconociendo o rechazando los cargos que se le hicieran por sus crueles enemigos, por inconsistentes y mal intencionados. De esto Dorrego estaba seguro.

Por último y en esa misma comunicación, anuncia Balcarce la designación de don Julián de Gregorio Espinosa como delegado oficial ante Rivera, para intentar persuadirlo de que abandone la Banda Oriental, y desde luego, la más hermosa de las concepciones del caudillo. (I. de María. — Compendio. — Comunicación del Ministro de la Guerra J. R. Balcarce al Gobernador Delegado Luís Eduardo Pérez, del 17 de marzo de 1828.)

Al margen de estas gestiones oficiales propiciadas indudablemente por Dorrego, el Ministro Balcarce en carta particular a Lavalleja le dice:

" Nuestra consecuencia incontrastable al digno y benemérito ge-
" neral Lavalleja **contra quien principalmente son** dirigidas las
" **acechanzas de ese ambicioso e imprudente caudillo a** quien
" **muy pronto espero ver desaparecer de la escena pública.** (Archivo Lavalleja. — Carta del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 12 de marzo de 1828.)

Como se vé; por un lado tratan por todos los medios de conseguir que Rivera desista de su empresa, y por otro el Ministro Balcarce se identifica profundamente con el rencor de Lavalleja hacia su compadre, empujándolo e impulsándolo a una inútil e injusta crueldad.

Balcarce se dirige nuevamente a Lavalleja de quien se inspira al decir de:

" Un caudillo que ha nacido para desgracia de la Provincia Oriental". y comunicarle que el Gobierno ha resuelto destinar cerca de Rivera al ciudadano don Julián de Gregorio Espinosa, el que ha salido el 15 de marzo de Buenos Aires, con el fin de conseguir que el caudillo desista de su empeño. (Archivo Lavalleja. — Comunicación Nº 993 del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 17 de marzo de 1828.)

Don Julián de Gregorio Espinosa, como hemos visto antes, era un personaje al que el general Rivera distinguía con su amistad; y ésta es la razón por la que se le designa para tan importante y delicada misión en la Banda Oriental, hacia donde sale inmediatamente con credenciales y el salvo-conducto correspondiente.

Las instrucciones de que va munido Espinosa son acompañadas por una nota para el general Rivera, en la que se establecían las condiciones que se le exigían cumplir; prometiéndosele en cambio, la absoluta seguridad de las personas, tanto de

Rivera como la de aquellos que lo acompañaban y la conservación de los empleos militares de cada uno; lo que sería considerado como un notable servicio a la causa pública, si Rivera decide trasladarse a Buenos Aires con la fuerza que lo acompaña o influye para que esta se enrolase en las filas del Ejército de Operaciones. Todo esto se pone debidamente en conocimiento de Lavalleja. (Diario del ayudante Brito del Pino. — Copia de la comunicación del Ministro de Guerra J. R. Balcarce al general Rivera.)

Espinosa llega el 19 a Porongos, desde donde se pone en comunicación con el Gobernador Delegado, imponiéndolo de su misión y requiriendo el lugar donde se encuentra Rivera para continuar inmediatamente la marcha, temiendo que su amigo sea alcanzado por las numerosas fuerzas que lo persiguen.

El Gobernador Delegado y el coronel Lenguas le contestan el mismo día, diciendo que Rivera:
" Está por las Averías, y por lo tanto si el señor Espinosa diri-
" giera su marcha al paso de Quinteros en el Río Negro, donde
" deberá encontrarse con el señor Comandante General de Ar-
" mas, don Manuel Oribe, éste podrá instruírle a este respecto."
(I. de María. — Compendio. J— Comunicación del Gobernador Delegado a Julián de Gregorio Espinosa, del 19 de marzo de 1828.)

oooOOooo

El 30 de marzo llega al Cerro Largo, donde ya se encontraba Lavalleja que ha regresado recientemente de la vanguardia, el correo de Buenos Aires, el que trae entre otras, una nota del Gobierno, imponiéndolo de la misión confiada al señor de Gregorio Espinosa; nota que Lavalleja se apresura en acusar recibo, expresando que:
" Es tanta la perversidad de aquel malvado que al fin puede
" ser que desprecie todo." (Diario del ayudante Brito del Pino. — Comunicación Nº 295 del general Lavalleja al Ministro de Guerra J. R. Balcarce, del 30 de marzo de 1828.)

Esa noche el General en Jefe no duerme; medita largamente, por que Espinosa con su misión arruinará sus planes de exterminar al caudillo, y eso él no lo permitirá. El 31 bien temprano saldrán del Cerro Largo chasques para Oribe y su hermano Manuel, los que ya se han tiroteado con Rivera apesar de la presencia del delegado de Dorrego, señor de Gregorio Espinosa; pero anteriormente han reducido al sublevado Escuadrón de Defensores del Honor Nacional, fuerza retirada del asedio de la Colonia para aumentar las que perseguían a Rivera, las que al llegar al Norte del Río Negro se sublevan; no teniendo habilidad después para eludir la persecución del comandante Lavalleja, el que los reduce el día 22. Rivera, que no tiene nada que ver con este asunto, se dirige lentamente hacia el

Arapey desde sus campos de Averías, donde algo ha reforzado su escasa fuerza.

Lavalleja despreciando la misión confiada a Espinosa y la falta de carácter del Gobierno central, escribe a Manuel Oribe, y después de referirse a la felíz jornada del 22, donde los Defensores del Honor Nacional dejaron tan mal puesta su rumbosa designación, agrega que ese triunfo parece precursor del que debe esperarse sobre Rivera, por lo que:

" Encarga y ordena: que no pierda un solo instante en
" la persecución de ese anarquista hasta lograr concluírlo y a
" cuantos le acompañan. Estando en las manos del señor Coman-
" dante General el hacer un servicio a la Patria, de tanta mag-
" nitud, el que firma cree que el señor Comandante no descan-
" sará mientras no se proporcione un día tan felíz como el que
deje de existir ese monstruo que parece haber nacido para en-
" cadenarla.

" El que suscribe está prevenido por el Gobierno encar-
gado de la dirección de la guerra, que don Julián Espinosa ha
venido en comisión de reducir a don Frutos de que regrese a
" Buenos Aires.

" Este paso podría entorpecer la conclusión de ese fac-
" cioso como en otra ocasión lo hizo el Gobierno de la Provin-
" cia. Por tanto el Gobierno le ordena al señor Comandante Ge-
" neral a quien se dirige que su tendencia debe estar cifrada
" ciegamente en el obedecimiento de las órdenes del abajo fir-
" mado; y mientras por este conducto no reciba órdenes en con-
" trario, siga sus marchas y fatigas hasta concluír con ese anar-
" quista como repetidamente se le ha prevenido. Tan luego co-
" mo el señor Comandante General haya concluído con el Bri-
" gadier Rivera, dirigirá sus marchas hasta ocupar los pueblos
" de las Misiones Orientales, para cuya empresa queda autori-
" zado el señor Comandante General, y a pedir al Gobierno de
" Corrientes la fuerza que crea conveniente; pues por par-
" te de aquel la han ofrecido ya al comandante Lavalleja para
" la destrucción de don Frutos ....
" ....
" ....

" La expedición del Norte al mando del Gobernador López
" como estaba proyectada no se realiza ....
" ....

" Por todo esto es preciso que el señor Comandante Ge-
" neral no demore en la conclusión de don Frutos para poder se-
" guir sus marchas a la ocupación de las Misiones." Diario del
ayudante Brito del Pino. — Comunicación del general Lavalleja
al coronel Manuel Oribe, del 31 de marzo de 1828.)

¡La conclusión de don Frutos lo obseciona! Lavalleja demuestra estar profundamente dominado por un terrible odio ha-

cia un hombre que ha contribuído como ninguno a elevarlo, y que no le ha hecho más mal que el de poseer mayor talento, capacidad y prestigio. No le perdona el que se atreva con osada intrepidez a sacar su espada en defensa de su tierra. Desautoriza al Gobierno central, ordenando que se apresure el exterminio de Rivera y su gente; y sabiendo que Oribe no está preparado para la difícil empresa de la ocupación de Misiones, por que no posee ninguna información al respecto, le hace la gracia de esa misión, engañándolo al decirle que el Gobernador López no la realizará. E insiste y repite con una obsesión incoherente, que termine con don Frutos!

" Por todo esto es preciso que el señor Comandante no demore
" la conclusión de don Frutos para poder seguir sus marchas
" a la ocupación de Misiones."

Una cosa era previa a la otra; la última acondicionada a la primera. Misiones será el estímulo para la destrucción de su querido compadre y amigo!

Dice Brito del Pino que en el mismo sentido se escribió a Manuel Lavalleja ese 31 de marzo; añadiéndole, de que no suspendiese las operaciones con el fin de destruír a Rivera aunque llegase don Julián de Gregorio Espinosa.

Brito del Pino censura acremente a Lavalleja en su diario:

" Por que con este paso, faltaba a los compromisos contraídos,
" y a las terminantes órdenes del Gobierno encargado de la
" dirección de la guerra no dando oídos a reflexión alguna ....
" ....

" Se escribió igualmente al Gobernador de Corrientes don
" Pedro Ferré, haciódole varias reflesiones sobre la necesidad de
" coadyubar en la destrucción de Rivera, y que al efecto el Co-
" mandante General tenía orden para pedirle auxilios, que con-
" cluído Rivera, ocuparían las Misiones y sacarían todas las ven-
" jas posibles, tanto para la utilidad de los que tomaban parte
" en la expedición, como para acelerar la paz sobre la cual se
" estaba tratando."

Como se ve, deseaba interesar a Ferré, con las ventajas "posibles, ventajas que no eran otras que la organización de vaquerías, como se le llamara a la extracción de ganados del territorio enemigo.

oooOOooo

El odio devora a Lavalleja y lo hace más terrible, queriendo concluír con Rivera en cualquier forma. Duda del valor de Oribe, confiando solo en su hermano, en el que deposita todas sus esperanzas. Se acuerda de Otorgués, el que olvidado, no interviene en la lucha y sabe del valor de este, de su actuación en Misiones en 1812 y de la vieja rivalidad que lo separa de Rivera; rivalidad que nació cuando el caudillo lo relevase del co-

mando militar de Montevideo y que después hace crisis en Casupá, donde Lavalleja fué testigo de la violenta separación de los dos jefes. Lavalleja cree que el corazón de Otorgués es igual al suyo, por lo que resuelve mandarlo buscar urgentemente, y nuevamente es su chasquero de confianza, Saturnino Pereira, el que lleva la carta para doña Anita Monterroso de Lavalleja, en la que dice:

" Hago salir a Saturnino contestando a la tuya e incluyéndote una para Otorgues la que en el momento se la remitirás donde quiera que se halle, pues es mandándolo llamar para que venga a la estancia de Suarez y darle una fuerza para que vaya a perseguir a Rivera. Esto es preciso reservarlo, tu mándale la carta y que no pierda momento en venir que al momento concluiremos con ese canalla pues yo estoy cierto que Oribe le tiene miedo a ese mulato palangana, pero creo que si Manuel se ha reunido, el no le ha de dar cuartel ....
" ....

" Lo que interesa es que tu le dirigirás la adjunta a Otorgues sin perder momento para que venga volando ...... (Archivo General de la Nación. — Caja Nº 21, Carta del general Lavalleja a su esposa, del 25 de marzo de 1828.).. ..

Otorgués viene; pero intrigado por ese extraño llamado, demora su marcha dando un largo rodeo. Se detiene en Durazno donde se entera de los acontecimientos más recientes y después El Chileno crecido lo vuelve a detener tres días. Un arroyo detuvo a este hombre que no conoció jamás esas barreras de las naturaleza. Se demora expresamente, por que lo preocupa ese llamado.

Llega el 9 de abril a la estancia de Suárez sobre el Fraile Muerto, donde al fin se entrevista con Lavalleja, del que no acepta la triste misión de perseguir al que sabe va a luchar por la patria. Luego vuelve para deshacer el largo camino andado y encerrarse nuevamente en su misterioso retiro.

Las desgracias han serenado el otrora ardiente e impulsivo corazón de este divisionario artiguista, que rechaza con noble gesto ese pedido incoherente de Lavalleja, que en sus celos se muestra tan trágicamente apasionado.

El 29 a la noche llega al Durazno procedente de Buenos Aires, el teniente coronel don Ignacio Barrios y el ayudante don Venancio Flores, enviados por Dorrego como portadores de comunicaciones para el general Rivera y don Julián de Gregorio Espinosa. Al siguiente día después de haber sido refrendados sus respectivos pasaportes, continuan la marcha con rumbo al paso de Quinteros; pero al llegar a la posta de Barragán se enteran de que en la margen opuesta del Río Negro hay papeles rotos, pliegos desparramados y unos cadáveres, por

lo que se detienen, rogando al Gobernador Delegado les proporcione una escolta para poder continuar su comisión, ya que el tránsito se hace peligroso. Además esa situación se agrava por haberse producido un choque entre las fuerzas de Rivera y Oribe.

Inmediatamente don Luis Eduardo Pérez, inquieto por la actitud de los contendores, les ordena que continuen su comisión sin demora, y que el acontecimiento señalado no es causa para detenerlos, ya que el pase que llevan les da suficientes garantías.

Ignacio Barrios y Venancio Flores continúan su marcha siguiendo tras las huellas de Rivera. Intervinieron después en forma destacada en la lucha por la recuperación de Misiones: el primero como jefe del regimiento de lanceros y el segundo como capitán de dragones.

Manuel Lavalleja, después de reducir el día 22 al sublevado escuadrón de Defensores del Honor Nacional, se une a Oribe en el paso de Quinteros y juntos marchan tras las huellas de Rivera, dejando en el paso antes citado unos cadáveres, que no pueden ser otros, que los de un oficial y cuatro soldados que fueran tomados al caudillo. Fueron ejecutados de acuerdo a las terminantes órdenes que en ese sentido se habían impartido, y esa incidencia es la que detiene momentáneamente a Barrios y a Flores; y en cuanto a las versiones sobre un encuentro, éste se realizó el 25 de marzo a medio día, según el parte de Oribe al Gobernador Delegado, después de haber alcanzado éste al general Rivera en el Rincón de Buricayupí, potrero natural rodeado por el arroyo de este nombre, el Sauce y el Río Queguay.

En realidad este encuentro no ha sido otra cosa que un entretenimiento o sondeo defensivo, que realiza Rivera con una parte de sus efectivos con el exclusivo fin de apreciar la fuerza que lo persigue; con la que no desea luchar, y al efecto ha desplegado en tiradores unos pocos elementos para detener por el fuego la aproximación del escuadrón que comanda Manuel Lavalleja, y al intervenir el coronel Oribe con el grueso, rompe el contacto, replegándose con su fuerza fraccionada por distintos caminos, para reunirlos nuevamente al Norte del Daymán.

En esta incidencia ha obtenido el caudillo un precioso informe que necesitaba imperiosamente; es decir, que sabe la cantidad y composición de la fuerza que lo sigue, y especialmente el estado de las caballadas, que el mismo Oribe califica de mala; mientras que Rivera posee las mejores de la región.

Relata Brito del Pino: que Oribe se vió detenido en la persecución, por la desorientación que le produjo el fraccionamiento de las fuerzas del caudillo, las que además iban incen-

diando los campos que dejaban a retaguardia.

Oribe cree que Rivera se ha dirigido hacia el Hervidero en el Uruguay, con intención de repasar este río, pero sus baqueanos con más acierto, piensan en el Arapey y Arerunguá.

El historiador Deodoro de Pascual, refiriéndose a la inacción en que permanecían las fuerzas republicanas, establece entre otras causas que:

"No fué esto solo la consecuencia de la actitud e inacción " del ejército. Tuvo otra de más trascendencia, en la inesperada " aparición en este territorio del general Rivera, que en vista " sin duda de la inmovilidad en que permanecía el ejército, lo " mismo que el Imperial en el territorio limítrofe, se resolvió " a dejar su retiro forzado en Santa Fé, para venir a probar " fortuna a este lado del Uruguay, consecuente con su patrio- " tico ideal de la campaña de Misiones."

Efectivamente: la presencia de Rivera en la Banda Oriental interfiere las operaciones del ejército, reduciendo los efectivos que sitian a Colonia y Montevideo; como también paraliza totalmente las operaciones que dirigía Lavalleja personalmente con fuerzas exclusivamente de caballería, desde su Cuartel General en el Sarandí del Yaguarón, con resultado negativo; ya que el enemigo se había establecido defensivamente en las fragosidades de las sierras de la margen izquierda del Yaguarón.

El general Paz expuso su criterio a esa clase de operaciones, temiendo como sucedió, la pérdida de una gran parte de la caballada, la que se inutilizó sin resultados satisfactorios, privándose al ejército de un elemento tan indispensable.

Abandonado ese sistema de hostilizar al enemigo, más por la presencia de Rivera que por otra razón, vuelve Lavalleja al Cerro Largo; y como lo expresa en carta a su esposa, deseos le sobran de lanzarse en pos de Rivera.

Según ha anotado Brito del Pino en su Diario, comentando el encuentro de Buricayupí, afirma que:
"Con esto puede decirse que cesó la persecución."

Es decir, la persecución activa de que había sido objeto hasta ese momento el caudillo; persecución que burla, dividiendo sus fuerzas y desapareciendo en el horizonte tras la cortina de un río y del humo de los campos incendiados.

El 30 de marzo, sigue diciendo Brito del Pino, Lavalleja pasó oficio al Gobierno encargado de la dirección de la guerra, comunicándole:

" Que la provincia de Corrientes ofrece auxilio de ar- " mas, hombres, municiones y caballos para cooperar a la per- " secución. Que el general Lavalleja ha aceptado, para que se " haga más realizable la destrucción de Rivera, que por la co-

" municación del general López, se persuade el General en Je-
" fe, que el Gobierno de Corrientes no está conforme en prestar
" auxilio a la expedición del Norte. Que por esta razón le ha pa-
" recido conveniente la ocasión para hacer pasar esas tropas,
" las que después de contribuír a la destrucción de Rivera, le
" será fácil inducirlas a contribuír en la guerra, en caso que no
" se realice la paz de que se está tratando."

Como puede fácilmente apreciarse, Lavalleja despliega una sútil red, para impedir que el Gobernador de Santa Fé, general López, intervenga en el asunto de Misiones, abrogándose para sí esa misión; y con el pretexto de la persecución del caudillo, formar una fuerza importante y capaz para encarar ese problema, burlando las intenciones de Dorrego y López.

Lavalleja no posee fuerzas suficientes como para tomar la iniciativa sobre el Ejército Imperial, el que se encuentra del otro lado del Yaguarón; y a pesar de esta circunstancia, divide sus fuerzas para ser aún más débil, ordenando a Oribe la ocupación de Misiones y otras operaciones de que se tratará oportunamente.

Según Brito del Pino, el 4 de abril, se recibió una comunicación del Gobernador Delegado, pidiendo:

" Auxilio de tropa para perseguir las guerrillas de Mon-
" tevideo, pues por falta de la fuerza que se había llevado Ori-
" be, causaban mucho daño sin poder escarmentarlos. Se le con-
" testó, ordenase se reuniesen cuantos vecinos fuesen posibles
" y se pusieron a la orden del coronel Pablo Pérez."

oooOooo

Hemos visto al general Lavalleja impugnar contrariado en su informe, del 9 de diciembre de 1827, las ventajas de la ocupación militar de Misiones, y la de una acción inmediata de una importante fuerza sobre el Río Pardo, por el mero hecho de que en ella figuraba el general Rivera; y hemos visto también expresar a Lavalleja, ante el requerimiento del Gobierno, que no tenía un plan de campaña por que el enemigo:

" No había hecho un movimiento indicante."

Y por la falta de recursos esenciales; esperando para hacerlo la llegada de los refuerzos prometidos.

Lavalleja, en la situación en que se encontraba, estaba en realidad ejecutando un plan, pues colocado a la expectativa con el grueso de sus fuerzas estacionadas en Melo, y cubierto con una poderosa fuerza de caballería sobre el Yaguarón, realizaba o estaba en una situación de espera estratégica; es decir, se encontraban en condiciones de operar rápidamente con el grueso en cualquier dirección, ofensiva o defensivamente, según las circunstancias.

Dorrego y Balcarce hacen interesantes observaciones a Lavalleja, cuando este niega las ventajas que resultarían de la

ocupación de Misiones, remitiéndole el 13 de febrero de 1828, conjuntamente con esas observaciones, un plan de operaciones, y entre otras cosas le decían:

" La distancia del teatro de opercaiones, al contrario da "mayor realce e importancia a los movimientos convinados; "manda una idea relevante de la superioridad del genio y de "los recursos del que los emprende; impone y deslumbra al "enemigo, haciéndole una diversión que subdivide sus atencio- "nes, sus fuerzas o sus medios de ataque o defensa. Lo cual no "se consigue cuando por un solo frente y una dirección única se "mueven, las fuerzas destinadas a hostilizarle.

"En nuestro caso, la empresa de que se trata no solo im- "pondrá al enemigo, por el mero hecho de la ocupación de los "pueblos (Misiones), sino también por que va a ser amenazado "el Río Pardo según se ha prevenido al que ha de dirigirla. Si "a las distracciones que naturalmente debe hacércele con una "tentativa tal, o su mera apariencia, se agrega la que debe cau- "sarle un movimiento sobre el Río Grande, hecho por el coronel "Olivera con fuerzas simultáneas de mar y tierra —sobre lo cual "el secretario de ese ejército informara personalmente al señor "general— se convencerá éste de las grandes ventajas que la "reunión de ambas circunstancias debe producir en la causa ge- "neral, y al mejor éxito de la campaña." (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del Ministro de Guerra, J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 13 de febrero de 1828.)

Juan Andrés Gelly que ha regresado de Buenos Aires, ha sido el portador de esta nota y del plan de campaña que el Ministro de la Guerra impone a Lavalleja.

El plan en sí es la fórmula más interesante que se ha estructurado para desarrollar contra las fuerzas enemigas, y ejecutado por un buen general, el ejército enemigo hubiera tenido forzosamente que pasar por momentos angustiosos; pues ese plan, como se ha dicho, era muy bueno y consistía a grandes rasgos: en una masa principal operando de frente y sin perder contacto con las fuerzas enemigas; mientras otra fuerza importante también, después de ocupar Misiones, se descolgaría en perfecto enlace con el Ejército de Operaciones, sobre el flanco derecho y retaguardia enemiga; al tiempo que eran ocupados sorpresivamente los pueblos y villas del Río Grande por una fuerza mixta terrestre y marítima.

El plan es la concepción del general Rivera, ampliada. Es la maniobra clásica: el envolvimiento de los dos flancos del enemigo, al tiempo que se le presiona frontalmente con medios superiores.

Lavalleja escribe a Balcarce el 2 de marzo, aceptando en principio la designación del general López, como General en Jefe del Ejército del Norte; y al día siguiente, en otra co-

municación también dirigida al Ministro de la Guerra, aprueba definitivamente el plan de campaña, exigiendo se acelere la expedición de López, el que no debe:

"Limitarse a la ocupación de los pueblos de Misiones y amagar el Río Pardo, sino marchar hasta ponerse en contacto con el General en Jefe que suscribe para operar como lo demanden las circunstancias."

Profundo error el de Lavalleja, el que da a entender que no ha comprendido la verdadera misión o rol de la fuerza que debe ir a Misiones, a la que pretende encadenar a la suya, lo que hubiera resultado una prolongación del frente y no la verdadera concepción de Rivera, el que imponía dentro del cuadro de una lógica dependencia y buen enlace, cierta independencia, la necesaria para desarrollar su acción, según las circunstancias, en beneficio de la fuerza principal, maniobrando sobre un flanco y retaguardia enemiga.

Después de ciertas consideraciones sobre la operación mixta en el Río Grande, dice:

"El infrascripto responde por la toma del Río Grande en tiempo oportuno."

y se dedica de lleno a la organización de esa operación. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicaciones del general Lavalleja al Ministro de la Guerra J. R. Balcarce, del 2 y 3 de marzo de 1828.)

Lavalleja ordena al coronel Leonardo Olivera, el que previamente ha sido citado al Cuartel General, que con las fuerzas a sus órdenes, las milicias de Maldonado, se encuentre el 31 de marzo sobre el Arroyo San Luis, donde deberá presentarse al coronel Isidro Suárez, el que ya se encuentra en esa región con los regimientos de caballería Nº 8 y 17, el que comandará las fuerzas de caballería que intervendrán en la maniobra; cuyo planeamiento fué estructurado en la siguiente forma: El 1º de abril las fuerzas de caballería deberán internarse en el Brasil, partiendo del Arroyo San Luis, por el camino del Albardón, destacando previamente una fuerza de 200 hombres que marchará paralelamente por el camino de la Cuchilla.

La fuerza que marcha por el camino del Albardón deberá encontrarse el día 6 sobre la laguna de Cayubá, a retaguardia del Tain, ocupado por una pequeña fuerza enemiga que curtodiara hasta poco antes la Fortaleza de Sta. Teresa. Ese mismo día desembarcarán en la laguna de Cayubá, dos batallones de infantería con dos piezas de artillería para reducir a la fuerza antes indicada. La infantería debe ser conducida por la escuadrilla nacional que opera en la laguna Merin, siendo embarcadas previamente en la barra del Río Tacuarí. Toda esta fuerza estará a órdenes del general don José María Paz, jefe del

Estado Mayor del Ejército de Operaciones, el que conducirá la operación, tratando de progresar hasta ocupar los pueblos situados sobre la margen derecha del Río San Gonzalo.

Lavalleja pide al Ministro que complemente esta acción, con la intervención de parte de la escuadra naval; la que deberá, entrando por la barra del Río Grande, dominar la navegación de la laguna de los Patos, donde cree que el enemigo no tiene fuerza marítima de importancia.

El coronel Leonardo Olivera marcha a ponerse al frente de sus fuerzas y se encuentra con que el coroenl Oribe les ha dado otro destino, al marchar en persecución de Rivera; suceso por el que se retarda en 15 días la ejecución de esta operación. (Diario del ayudante Brito del Pino.— Comunicación Nc 269 del general Lavalleja al Ministro de Guerra J. R. Balcarce, del 14 de marzo de 1828.)

Como se habrá apreciado, el plan es interesante; pero resulta irrealizable, por la razón de que se va a ejecutar con las solas fuerzas que posee Lavalleja en Melo, ya muy debilitadas, y al restárseles esas unidades que se empeñaran en la empresa, quedarán reducidas a un tercio de su valor real.

Lavalleja con sus solas fuerzas pretende abarcar el enorme escenario que va desde Misiones al Atlántico, ya que al Norte operan Oribe y Manuel Lavalleja y al Sur cinco unidades, también de sus propias fuerzas, a las órdenes de su Jefe de Estado Mayor; general Paz, que se ha mostrado pesimista, apesar de tener participación directa en la organización y ejecución del plan, según Brito del Pino.

Cualquier Movimiento del Ejército Imperial sobre la fuerza principal republicana, así debilitada, sería de fatales e irreparables consecuencias y allí quizás se hubiera jugado la libertad de nuestro país, sin ninguna posibilidad de éxito.

La operación tal cual como ha sido montada, se posterga hasta el 15 de abril. El 14 se aleja el general Paz con los dos batallones de infantería, marchando por la margen derecha del Tacuarí, hacia su desembocadura en la Lguna Merin, donde deberán ser embarcados el 16.

Pero el enemigo ha tenido espías en el Ejército Republicano y conoce los detalles de lo que se va a ejecutar, como la transitoria postergación de esta operación, y es lógico suponer y asegurar que en ésto no debe ser extraña la acción inteligente del coronel oriental al servicio del Brasil, Juan Florencio Perea o Pereia como lo llama el historiador brasileño Alcides Cruz.

En las primeras horas del día 15, se presenta frente al campamento de la vanguardia en el Arroyo Las Cañas del Yaguarón —arroyo por medio— una fuerza brasilera de 2.000 infantes y 1.000 de caballería, que ha vadeado el Yaguarón sin ser sentida, y es aquí donde juega un rol providencial el Go-

bernador Aguirre con sus 200 misioneros que custodian el paso del arroyo. Los que ante la presencia de la fuerza enemiga, recurren a sus pifanos y tambores para tocar alarma con el fin de alertear al desprevenido general Laguna, cuyas fuerzas muestran la inquietud y desorden propios de las circunstancias.

El enemigo no efectúa el reconocimiento de rigor, sino que se retira, creyendo el jefe que comanda ese destacamento, haber sido engañado, ya que los pifanos y tambores le señalaban la presencia de una infantería que estaba seguro no encontrar.

A las doce horas, justo al medio día, llega el informe de este suceso al general Lavalleja, quien ordena como primera medida, que el general Paz regrese con sus dos batallones inmediatamente, mientras él se dirige hacia la vanguardia.

Si el enemigo hubiese atacado decididamente a la vanguardia, ningún trabajo le hubiese costado deshacerla, para presentarse después sobre Melo, que no poseía ninguna clase de organización defensiva, batiendo al grueso debilitado como debió batir a la vanguardia. Pero el tímido enemigo se retira silenciosamente, como se había presentado. Después y en días sucesivos se pierden tres barcos de los que debían conducir la fuerza de infantería: dos se pasan al enemigo con sus tripulaciones y el tercero es tomado por tres goletas enemigas, que batieran a la escuadrilla nacional. Y aun hay más: la vanguardia queda sin reservas de caballadas por una audaz golpe de mano del enemigo, que se ha vuelto atrevido.

El coronel Isidro Suárez se detiene en el Chuy huérfano de todo apoyo, realizando limitadas incursiones que pronto terminan con sus caballadas, y así fracasa una operación de la que tanto esperara Dorrego. (Historia de Saldias. — Carta de Dorrego al general Lavalleja, del 22 de abril de 1828.)

El 22 de abril Lavalleja comunica al Ministro de la guerra, haber quedado sin efecto el plan de expedición al Itsmo, según anotó Brito del Pino en su cuaderno.

Por este hecho, se puede apreciar en forma clara, como procedía Lavalleja: a impulsos, sin un juicioso y meditado estudio de las cosas. Creía que todo lo podía resolver y realizar él, perdiéndose así excelentes oportunidades de una acción de conjunto, con nuevas fuerzas y otros jefes, que actuasen sincronizados a la acción directriz, y respondiendo a un plan inteligentemente preparado. Era mezquino con la gloria ajena, sin pensar que contribuían a aumentar la suya.

No quiso que Rivera, representante de tres provincias, se apoderase de Misiones, con el hambre de acción que este poseía y e l aporte inmediato de considerables contingentes, que él sabría manejar sabiamente para alcanzar la realización de su preciado ideal.

Un mes antes de estos sucesos, el Ministro Balcarce ha-

bía escrito al General en Jefe por intermedio del Diputado don José Vidal, recomendándole que tuviese mucha precaución en el manejo de las fuerzas; previniéndole muy especialmente, la necesidad de no empeñarse en ninguna acción, donde no estuviesen visiblemente comprobadas las ventajas que pudieran resultar para el ejército; a lo que contesta Lavalleja el 26 de marzo, diciendo:

"Que el Gobierno puede estar tranquilo y satisfecho de " que el General en Jefe, no dará un sólo paso que retrograde " la marcha de la negociación, ni menos exponerse a que las " tropas del ejército sufran ninguna sorpresa del enemigo ....
" ....
" El general en Jefe vela por la conservación del ejército. (Diario del ayudante Brito del Pino.— Comunicación del genera Lavalleja al Ministro de Guerra J. R. Balcarce, del 26 de marzo de 1828.)

El 29 de abril se le ordena que recupere las unidades de caballería, que ya sin caballadas se encuentran en Santa Teresa, con el fin, se le dice, de que:

"Cuando se deje sentir la ocupación de los pueblos de Mi- " siones y Río Pardo por la división del Norte, se halle Vd. en la " actitud más imponente, y capaz de provocar al enemigo a una " acción, obligándolo a dejar la posición que ocupa por medio " de algunas maniobras."

Luego, Dorrego, que es el que escribe le indica:

"Creo es muy importante el que Oribe vuelva a atender " el sitio de Montevideo, quedando su hermano de Ud. al fren- " te de una fuerza respetable para estar siempre en persecu- " ción del Caudillo Rivera, quien se dice hoy que por el Salto ha " repasado al Entre Ríos dejando siempre a Oribe situado en " Belén. Esta es una noticia suelta y yo no sé si merece crédito." (Archivo Lavalleja.— Comunicación de Dorrego al general Lavalleja, del 29 de abril de 1828.)

oooOooo

El coronel Oribe, desorientado y con malas caballadas, se corre hacia el Uruguay, alcanzando el pueblo de Belen el 11 de abril, desde donde trata de localizar a Rivera, cuyo rastro ha perdido.

En Belen recibe la comunicación de Lavalleja del 31 de marzo donde se le ordena la ocupación de Misiones, previa la destrucción de Rivera.

Oribe conoce los compromisos contraídos entre Dorrego y López, y lo resuelto para que este último jefe comande las fuerzas que deben ejecutar esa operación; pero Lavalleja en su nota le asegura que López ha desistido de tal empresa. por lo que Oribe se pone en comunicación con el jefe de la fuerza correntina, comandante don José López o López Chico, con el fin de coordinar su futura acción, en la doble misión que se le

exige. Pero conociendo como conoce el carácter de Lavalleja, el que imperturbablemente deshecha toda responsabilidad atribuyendo a sus subordinados los errores por él cometidos; Oribe comunica, el mismo 11 de abril, al Ministro de la Guerra, su nueva misión de expedicionar sobre los pueblos de Misiones Orientales hasta su completa ocupación y la designación de su reemplazante en la Comandancia General de Armas. (Archivo Mitre.— Revista Histórica.— Comunicación del coronel Manuel Oribe al Ministro de Guerra J. R. Balcarce, del 11 de abril de 1828.)

La nota de Oribe produce en las esferas gubernativas el natural desasosiego y alarma consiguiente, por que esa inconsulta orden de Lavalleja contraría todos los planes y acuerdos realizados con la provincia de Santa Fé y su Gobernador, general López.

Inmediatamente se redacta una terminante comunicación para el coronel don Manuel Oribe, ordenándole en forma clara, que:

" El señor comandante General de Armas no avance al-
" gún paso en su comisión, que pudiera ser perjudicial a la con-
" cordia y paz doméstica, le prevenga directamente, por que
" así lo exige el imperio de las circunstancias suspender toda
" medida relativa a dicha empresa, por cuanto esta traería
" necesariamente resultados funestos que deben evitarse a todo
" trance."

Y después de una serie de consideraciones sobre la delicada situación del Gobierno ante el general López, continúa: "Ordena no se lleve adelante."

Repitiendo en un último llamado a la cordura de Oribe, que:

" El Gobierno ordena, que desistiendo de la expresada comisión
" y sustituyendo con el coronel don Manuel Lavalleja la de per-
" seguir al caudillo Rivera, se restituya a la línea de Montevi-
" deo, tomando el Gobierno sobre sí la responsabilidad de es-
" tas operaciones." (Archivo Mitre. — Revista Histórica. — Comunicación del Ministro de la Guerra J. R. Balcarce al coronel Manuel Oribe, del 21 de abril de 1828.)

Copia de esta misma orden sale de Buenos Aires con destino al Cuartel General de Lavalleja, acompañada de una breve y terminante comunicación, en la que se le dice:

" Que la expedición de ésta clase, en el estado en que se hallan
" las fuerzas y caballadas del Comandante General de Armas
" no llenarían los objetos que debían proponerse. (Archivo Mitre. — Revista Histórica. — Comunicación del Ministro de la Guerra JR.. Balcarce al general Lavalleja, del 22 de abril de 1828.)

Dorrego también escribe al General en Jefe, expresán-

dole su deseo, que equivale a una orden, de que:

"Creo que es muy importante el que Oribe vuelva a " atender el sitio de Montevideo quedando su hermano de Ud. " al mando de una fuerza respetable para estar siempre en "persecución del Caudillo Rivera." (Palomeque.— Misiones.)

Dorrego y su Ministro Balcarce, ambos a la vez, piden y ordenan privada y oficialmente, que Oribe no de un paso más allá de Belen, que vuelva al resentido asedio de Montevideo y que Manuel Lavalleja solamente con sus 200 hombres, continúe tras de Rivera; tras del Caudillo, con mayúscula, como apunta Dorrego, el que ve la necesidad de terminar de una vez con esa comedia de Lavalleja, que ha hecho una cuestión de Estado, de un asunto personal, siguiendo los impulsos de sus celos y rencores.

El mismo 6 de mayo, día en que Lavalleja recibe la nota de Balcarce, contesta al Ministro de la Guerra, y como lo presumía Oribe, es sobre él que el jefe descarga la responsabilidad de lo ocurrido, diciendo:

"El abajo firmado enterado ya de la mala interpreta- "ción del Comandante General a la orden que se le comunicó "respecto a la ocupación de las Misiones ....
" ....

Hemos visto la orden que en tal sentido pasó a Oribe y poco después la comunicación que éste, previendo complicaciones, pasó a Buenos Aires, y no puede existir ninguna duda al respecto. La orden sobre la ocupación de las Misiones, previa la destrucción de su presunto rival con la contribución de la fuerza correntina de López Chico, fué bien clara; comunicando además que López, Estanislao, el grande y noble Gobernador de Santa Fé, había desistido de la empresa, novedad ésta que Oribe no puso en conocimiento de Balcarce.

Luego agrega Lavalleja, en esa su contestación:

"Que está persuadido que el Comandante General obra- " rá como últimamente se le previene y sin la equivocación " que padecía. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación Nº 334 del general Lavalleja al Ministro de la Guerra J. R. Balcarce del 6 de mayo de 1828).

Manuel Lavalleja desde Belén se ha dirigido a la provincia de Entre Ríos en busca de caballadas y hombres, pretendiendo incorporar a su fuerza 100 reclutas destinados al general Estanislao López, en la seguridad de que éste había desistido, según asegurase poco antes su propio hermano, a incursionar sobre Misiones; y según Brito del Pino, el 25 de abril se oficia a Manuel Lavalleja:

"Acusándole recibo de su comunicación del 12 y previ- " niéndole que por ningún título incorpore los 100 hombres que " el Gobierno de Buenos Aires manda para la expedición del

" Norte, ni tome otra medida que no sea dirigida a la división
" oriental, que luego que reúnan las caballadas marche a la
" ocupación de los pueblos, pero en el bien entendido que si
" llega la expedición del Norte, la división oriental debe po-
" nerse a las órdenes del jefe que comande aquélla."

Manuel en su celo, ha excedido los deseos de su hermano, al pretender incorporar los 100 hombres que eran destinados a las fuerzas del general López; en la seguridad de que éste, como se le afirmase a él y a Oribe, había desistido de la empresa. Pero el General en Jefe se da cuenta de las dificultades que ese proceder puede ocasionarle, ya que con ello desafía abiertamente al poderoso Gobernador de Santa Fé, autoridad asentada sobre sólido pedestal, que influye decididamente en varias provincias y representa el más fuerte puntal de la política de Dorrego, por lo que se apresura a rectificar el proceder de su hermano.

También se escribe a Oribe y el general lo hace algo despechado, insistiendo.

"En que debe aprovechar la oportunidad para destruir a
" Rivera. Que ha visto con sentimiento que el comandante La-
" valleja se haya dirigido a Entre Ríos pidiendo auxilios para
" la expedición a Misiones, y hasta el haber solicitado los hom-
" bres que el Gobierno de Buenos Aires, manda para el Gober-
" nador López, jefe de la expedición del Norte, que no habien-
" do renunciado el Gobierno Nacional de esta expedición, lle-
" varía a mal tal conducta, que cruza las órdenes y medidas
" tomadas, que siendo la ocupación de Misiones por el Coman-
" dante General una cosa subalterna y sólo para imponer al
" enemigo, mientras se realiza la expedición, el Comandante
" General quedará subordinado al jefe que la mande."

Y finalmente

"Que se deje de pomposidades". (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al coronel Oribe, del 25 de abril de 1828.)

Por último le dice a Oribe que se deje de **pomposidades**; llamando así a las comunicaciones que éste ha dirigido a Buenos Aires para dejar a salvo su responsabilidad. Pero Oribe procede en esta forma por cálculo, por que bien que desea terminar con Rivera. De lo contrario hubiera cumplido con las órdenes que le impartieron directamente desde Buenos Aires a raíz de su última comunicación.

"Estas comunicaciones —dice Brito del Pino— se eleva-
" ron al Ministro de la Guerra para su conocimiento y en virtud
" de las equivocaciones que habían padecido los destinatarios
" en el cumplimiento de su misión."

Dorrego incapaz de imponer su autoridad, le contesta a Lavalleja el 10 de mayo:

"Mi querido compañero y amigo: Estoy conforme en que " Oribe haga la expedición del modo que Ud. últimamente me " indica, pues en ese caso no se cruza la expedición del Norte " que ya está en movimiento; antes por el contrario, Oribe " servirá como la vanguardia de ella. Sólo, sí, siento, la gran " falta que hace en la línea de Montevideo, donde se están per- " diendo por el mucho contrabando los derechos." (Archivo Lavalleja. Carta de Dorrego al general Lavalleja, del 10 de mayo de 1828.)

Bien sabía el General en Jefe que el director de la guerra terminaría transigiendo en esta forma. Al final Dorrego se lamenta de la ausencia de Oribe de frente a los muros de Montevideo, por la pérdida de los derechos que se dejaban de percibir en la introducción de ganados; pero no se lamenta de las depredaciones que a diario cometían las guerrillas brasileras en el vecindario de las inmediaciones, como lo puso de manifiesto el Gobernador Delegado oportunamente; y no hablemos del caso en que la autoridad brasileña se resolviese a incursionar en la campaña con una fuerza capaz.

Al final Dorrego transige en todo lo que se le ocurra a Lavalleja.

El 12 de mayo el general López se enuentra todavía en Santa Fé reclamando de Dorrego nuevo numerario para poder salir a campaña.

Mientras tanto el ejército continuará inactivo en el Cerro Largo, incubando la chispa que incendiará un continente; por que en tanto que Levalleja persigue a Rivera, altos jefes como Paz, Lavalle, Martínez, Suárez, Iriarte, Olazabal, Medina y otros, conspiran.

CAPITULO VII

LAS MISIONES ORIENTALES Y SU GOBERNADOR, JOAQUIN ANTONIO DE ALENCASTRE — PASAJE DEL IBICUY, DERROTA Y PERSECUCION DE LAS FUERZAS DE OCUPACION — MANUEL ORIBE — SACRIFICIO DE LOS CHASQUEROS DE RIVERA — POSOLO — CONCENTRACION DE ITU — APROXIMACION DE ORIBE — DIGNA ACTITUD DEL COMANDANTE CORRENTINO — REPLIEGUE DE ORIBE — MEDIDAS DE LAVALLEJA — REORGANIZACION POLITICA DE LA PROVINCIA DE MISIONES — LECOR — JUAN DE CASTRO DE CANTO E MELO — LOPEZ MARCHA A MISIONES — POSOLO EN BUENOS AIRES — ENTUSIASMO QUE DESPIERTA LA RECUPERACION DE MISIONES — ACTITUD DE DORREGO Y BALCARCE — IMPRESION DE LOS SUCESOS EN LAVALLEJA — FELICITACIONES AL CAUDILLO — RECHAZO DEL

CARGO DE 2º JEFE — LLEGADA DE LOPEZ A ITAQUI — GESTIONES DE PAZ — CARTAS DE RIVERA Y LOPEZ A LAVALLEJA — RETIRADA DEL EJERCITO BRASILERO — ACTITUD DE LAVALLEJA — PLAN DE OPERACIONES DE RIVERA — RONDEAU — RIVERA Y LOS JEFES BRASILEROS — ULTIMAS DISPOSICIONES DE LAVALLEJA — ¡PAZ!

La ansiada paz estaba aún lejos de ser considerada seriamente y nada inducía a creer aún en las esferas gubernativas, que podía ser alcanzada a breve plazo. La opinión oficial se manifestaba señalando que la conducta de Rivera entorpecería aún más las gestiones para obtenerla.

Trapani, el más leal y veraz de los corresponsales de Lavalleja, se lamentaba, diciendo que:

"La introducción de don Frutos en la provincia, de la " que los enemigos es regular esperasen grandes resultados en " su favor, el estado de facción y miserias de todas clases en " que se halla Buenos Aires, el descontento con que los traido" res de Montevideo, y enemigos que allí residen y que no de" jan de oponerse por todos los medios a la paz, con algo son " motivos más que suficientes para que no hayamos tenido " hasta la fecha resultados más positivos." (Archivo Lavalleja. Carta de Pedro Trapani al general Lavalleja, del 8 de mayo de 1828.)

El mismo Balcarce también escribía, refiriéndose a la paz, expresando que:

"No obstante esta dilatoria que podrá ser efecto de las " sugestiones hechas desde la plaza de Montevideo por el Pre" sidente Zúñiga, o bien un medio de observar (tomándose pa" ra ello el tiempo necesario) el aspecto que tomaban los ne" gocios de esa provincia con el tránsito de don Fructuoso Ri" vera, que necesariamente habría hecho concebir esperanzas " en la corte del Brasil bajo la suposición de que se encenderá " la guerra civil entre los habitantes de esa banda." (Archivo Lavalleja. Carta del Ministro de la Guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja.)

Dorrego pensaba igual que Balcarce, a pesar de conocer bien a Rivera, al que hace víctima de sus debilidades y en un momento dramático le confiesa al capitán don Manuel Pueyrredón y a don Pascual Costa:

"No tengo duda que él va a tomar las Misiones y eso " es lo que más siento, por que nos va a causar mucho mal.

"Necesitamos la paz! La paz! La paz! No podemos con" tinuar la guerra. Rivadavia ha dejado el país en esqueleto; " exhausto totalmente el tesoro. En el parque no hay una bala " que tirar a la escuadra enemiga. Hago esfuerzos inauditos

" por montar la fundición, no hay un fusil ni un grano de pól-
" vora, ni con que comprarla.

"Nuestra escuadra que tantos servicios hace, está im-
" paga y sin repuestos, nuestro estado no puede ser peor. Cuan-
" do Rivadavia no pudo marchar tenía razón, expresó la ver-
" dad. Puede uno hacer brotar recursos de la tierra pero no
" es justo apurar a este pueblo, agotado también como el erario.

"Yo sé que el Brasil desea también la paz, pero la
" toma de Misiones va a causarnos embarazos. Los brasile-
" ros no la han de querer ceder. Don Frutos no la va a en-
" tregar por que la toma por su cuenta.

"El Gobierno tratará de entenderse con él; pero eso
" no basta, es preciso que todos los amigos de ese hombre,
" vayan, lo rodeen e influyan para que no embarace la ne-
" gociaciones que el Gobierno se propone entablar." (Manuel de Pueyrredón. Memorias.)

Cuando Rivera se lanza en procura de Misiones, la paz tan imprescindiblemente necesaria y deseada ardientemente, tanto por las autoridades como por el pueblo argentino, aun no se entreveía, más por obstinación del Emperador del Brasil, que no deseaba desprenderse de un territorio heredado de don Juan VI y que además le permitía el control de la cuenca del Plata, vieja aspiración de la familia de Alcántara.

oooOOooo

A la vasta extensión territorial comprendida entre los ríos Arapey e Ibicuy se le denominaba "El Desierto"; región ocupada, más que poblada, por tribus errantes de charrúas y refugio de elementos perseguidos: matreros, desertores y hombres, en fin, que vivían alejados de los rudimentarios pobladores de los campos vecinos, hacia donde incursionaban para hacerse de los ganados que necesitaban para vivir; y al afecto se organizaban en partidas más o menos numerosas. Esas partidas se componían por lo general, de charrúas, como se ha dicho, pero también de orientales, correntinos y entrerrianos, que tenían alguna cuenta pendiente con las autoridades de su provincia.

Más al Norte, pasando el Ibicuy, el ambiente cambiaba radicalmente. Allí habitaba un pueblo que aún conservaba vestigios de una superior civilización, a pesar de las sucesivas depredaciones a que fuera sometido por las fuerzas portuguesas en los años de 1801-12 y 16. Era un pueblo autóctono, de raza guaraní, cuyo idioma conservaba; como conservaba además, parte de la cultura que por siglos le inculcasen sus maestros. Son las antiguas reducciones jesuíticas de la margen oriental del Uruguay, que prosperaron en forma tan elocuentemente auspiciosa, bajo la inteligente y bondadosa dirección de los esforzados e ilustres miembros de la Compañía de Jesús.

El retiro forzado de los padres jesuítas, las invasiones y depredaciones cometidas por las tropas portuguesas, redujeron a estos pueblos a un estado lamentable.

Acostumbrados a vivir gozando de una amplia libertad, sufrieron con la ocupación portuguesa y luego brasilera, la pérdida de sus derechos y el verse sometidos a la miserable condición de esclavos.

Ese pueblo consideró desde entonces a las fuerzas de Juan VI y de Pedro I, como a sus enemigos naturales.

Del recuerdo de mejores días, en que esas villas y comarcas florecieran por su esfuerzo inteligente y tenaz, en un ambiente de eterna y serena paz, rara vez perturbado por las incursiones de los bandeirantes, ven al usurpador con reconcentrado odio; odio que aumenta al observar la ruina de sus bienes. Ellos fueron testigos de su esplendor y no olvidan las torturas de todo orden empleadas para someterlos, reduciéndolos a la más inícua pobreza.

Aún existían muchos que se habían distinguido por su valor combatiendo a las órdenes de Seepe y después de Andresito, prestigioso divisionario artiguista y caudillo guaraní, o de Otorgués y hasta quizás del mismo Rivera, que ha estado en Misiones luchando contra las fuerzas portuguesas de Chagas y Curado.

Rivera conoce bien el estado espiritual de ese pueblo, siempre dispuesto a revelarse contra la tiránica opresión que soportan; y conoce también los ingentes recursos de la región, propulsados por un clima de eterna primavera y la feracidad extraordinaria de sus tierras; primitivo vivero, donde pastaban cientos de miles de cabezas de ganado vacuno y caballar, vagando por rientes praderas a la sombra de una grandiosa vegetación.

Los habitantes seguían siendo extremadamente industriosos; reparando en parte sus templos, casas y haciendas. Pero ese impulso de prosperidad será el último que realiza esa raza infortunada. La riqueza no era muy grande, pero si suficiente para alentar al caudillo a realizar su empresa, huérfano de todo apoyo oficial. Los principales recursos los proporcionarán, expontáneaente, los mismos hijos del país que va a liberar.

Era Comandante General de Misiones, el coronel don Joaquín Antonio de Alencastre, jefe que se había distinguido por sus condiciones de mando, capacidad y valor en la batalla de Sarandí, comandando el bizarro regimiento de Dragones del Río Pardo, y luego en Ituzaingó.

En Sarandí fué hecho prisionero con su regimiento, en el paso del Arroyo Sarandí, por la acción directa de Rivera.

Luego este jefe lo conoce y trata en el Durazno, durante el tiempo en que fuera prisionero.

Alencastre intentó en determinada oportunidad evadirse, sublevando a sus compatriotas también detenidos, los que eran más que la reducida tropa que los custodiara; pero descubiertos a tiempo por el propio Rivera, éste les impide la realización de su proyecto. Poco después logra fugar, y de nuevo en el Ejército Imperial, y después de Ituzaingó, se le condecora con el comando general de las Misiones Orientales.

El jefe brasileño era indudablemente un hombre valeroso, que tenía en su haber muy buenos méritos para ser distinguido por sus autoridades; pero como todo tiene su límite, la capacidad —no el valor— de Alencastre, era también limitada.

Esa capacidad no fué más allá del modesto marco del regimiento de caballería, no fué más amplia, no dió para más, no desbordó ese cuadro. Excelente jefe de regimiento, fué después un mal divisionario; y ésto bien lo sabía Rivera, él que tenía el don especialísimo de escudriñar, conocer y valorar la capacidad de los jefes enemigos, de los que, muchas fueron las veces que comentó sus valores con sus oficiales.

Alencastre debió, en su mando independiente de Misiones, desenvolver su capacidad y acción en un enorme territorio, teniendo que preocuparse por la vigilancia de dos frentes: uno principal y al que no dió la importancia que le correspondía, el Ibicuy; y el otro secundario, el Uruguay, que lo separaba de Corrientes, en donde gobierna el general Ferré, el que no desea intervenir en la lucha; es conservador, temiendo quizás que su provincia vuelva a sufrir las depredaciones que los portugueses realizaron en 1812, y en consecuencia se mantiene neutral en esta guerra. Concepto inconcebible, pero desgraciadamente fué así. Ferré egoísta, consideraba que su patriotismo no debía ir más allá de los límites de su provincia.

Esto debió haberlo conocido Alencastre, estableciendo relaciones con Ferré, como lo había realizado Lecor con Mansilla, Gobernador de Entre Ríos, años antes.

Controlado el frente del Uruguay en esa forma, debió mantener una severa vigilancia hacia el Sur del Ibicuy, destacando elementos o partidas fuertes, hasta el Arapey y aun hasta el Queguay, por más hostiles que le fuesen las tribus charrúas y partidas que deambulaban por el desierto, como lo realizó Barreto cuando debió cubrir Misiones.

En esos momentos tenía sólo a Manuel Lavalleja, el que con escasas fuerzas guarnecía Paysandú, Salto y Belén. Laguna que ocupase Santa Ana, había abandonado este punto

Tenía el jefe brasileño fuerzas suficientes para mantener esa vigilancia, y hasta para realizar operaciones más serias y de mayor alcance.

Las fuerzas de que disponía eran los regimientos de caballería Nº 24 y 25 de 441 y 397 plazas respectivamente; además una compañía de lanceros, dos piezas de artillería volante de a 4 con su respectiva dotación, y el destacamento de marina, compuesto por 75 pequeñas embarcaciones, comandado por el capitán de fragata don Justo Yegros. Es decir, Alencastre tenía a su inmediata disposición una fuerza de más de 1.000 hombres, bien tenidos, armados y equipados.

Esa respetable fuerza la distrajo Alencastre en la ocupación del territorio de Misiones, distribuyéndola en pequeños destacamentos aislados. Nunca la tuvo en la mano, creyendo sin duda que ese procedimiento era ideal para controlar más estrechamente el país de su dependencia; cuando precisamente ese dominio se lo daba el propio volumen de esa fuerza a su inmediata orden y dispuesta para emplearla donde su intervención fuese necesaria en la medida de las necesidades.

En cambio por ese sistema, nunca pudo disponer de esa fuerza, que abandonada a una vida fácil, agradable, sedentaria y sin control, en sus apacibles y tranquilas guarniciones, resintió la disciplina y sobre todo su moral. Esa fuerza así tenida, no podía considerarse como tal y es para el que la comanda un arma de doble filo.

Un caso extraño el de este valiente oficial, que al final sólo es acompañado por dos abnegados subalternos en su veloz repliegue.

En esa disposición las fuerzas brasileñas y con un estado de moral deprimido, nada de extraño fué, que, rota la primera y principal resistencia, toda la pésima organización restante se desmoronase estrepitosamente.

Esto lo sabía bien Rivera, que fué minuciosa y detalladamente informado por sus inteligentes oficiales; y Rivera conocía el fruto que iba a recoger cuando se lanzó sobre Misiones. De allí las expresiones de Dorrego a Costa y Pueyrredón:

"Yo sé que Rivera las toma."

Por que Dorrego fué partícipe del secreto del éxito, que Rivera le trasmitiese oportunamente, y Dorrego lo creyó con fé, por que conocía al caudillo. ¡Sí lo conocería!

Es claro que otro jefe también hubiera podido vencer; pero hubiera tenido que proceder con extremada cautela, lentamente, y quizás se hubiera dado tiempo a que Alencastre reuniese su fuerza, y entonces el triunfo era problemático, por que habría que disputárselo a un jefe indiscutiblemente valeroso.

En cambio Rivera no tiene dudas a este respecto; sabe de ante mano que vencerá, por que domina los más interesantes elementos; y rota la primera y principal resistencia, se lanza con la velocidad del rayo sobre los diseminados núcleos

enemigos, que desprevenidos y asombrados quieren huir, y al final se entregan, recibiendo del vencedor el más agradable tratamiento, pasando de una a otra autoridad sin molestias, para continuar su dulce y plácida vida en una tierra en que todo invitaba a vivir.

Todo esto lo ha meditado largamente Rivera en Buenos Aires y Santa Fé, a medida que le iban llegando los informes.

¿Y el pueblo? El pueblo lo recibe como a un libertador. ¡Si hasta pareciera que lo estaban esperando!

Por eso Rivera alcanza ese triunfo tan fácilmente, correspondiendo el desarrollo de la operación a sus más ajustados cálculos; y aquellos desertores, matreros e indios que se le incorporaron, acostumbrados a una vida de tropelías y desmanes de todo orden, tuvieron que someterse y ser tropas disciplinadas y respetuosas de los derechos y libertades de los misioneros, como de sus hogares y bienes.

La proyectada recuperación de Misiones no fué un secreto, desde que el asunto se debatió en todas las esferas, desde el mes de agosto del año anterior; y resulta imposible que los agentes brasileños en Buenos Aires no hubiesen comunicado a sus autoridades oportunamente esta novedad. Lecor, jefe del Ejército Imperial la conocía, y prueba de ello son las instrucciones de vigilancia e información que recomienda al coronel Alencastre; y éste, como primera medida, destaca un reconocimiento hacia el Sur a órdenes del capitán Buenaventura Soárez, con un escuadrón del regimiento de caballería Nº 24. Esta fuerza bate en las puntas del Arroyo Toro-Paso, en la margen derecha del Ibicuy, a una partida de 60 hombres, integrada por orientales y correntinos que se habían aventurado al Norte de este río y en esta acción, que se libra el 25 de marzo de 1828, es que caen prisioneros el mayor Sotelo, el alcalde de Belén y 10 soldados.

A los pocos días el capitán Soarez vuelve a batir en las puntas del Ñanduy a otra pequeña fuerza, pero frena su acción al alcanzar el Ibicuy, desde donde envía hacia el Cuareim al alférez José Silveira con 24 hombres.

Dice el historiador brasileño Alcides Cruz, que Lecor recomendó a Alencastre, que abriese relaciones con el jefe correntino López Chico, con el teniente Berdun y hasta con el propio Rivera, sin reparar en gastos; pero Alencastre no procedió así, por que entendía que ese servicio debía ser realizado por espías y bomberos. ¿Y qué son unos y otros, sino elementos de información? Rivera escribió a los jefes enemigos y enviaba la correspondencia por personas inteligentes, adornadas del don de la simpatía, que al tiempo que inclinaban al adversario a la concesión de unas letras, traían al re-

greso preciosos informes de los que muchas veces deducía la más recóndita intención del jefe enemigo.

El 1º de abril, pide Alencastre, al Presidente del Estado de Río Grande, autorización para mantener un servicio de espionaje y la cantidad de dinero necesaria para invertirlo en este fin; lo que demuestra su falta de iniciativa, ya que debió sin más trámite, organizar su información y después solicitar el numerario correspondiente.

Rivera ha mantenido por largo tiempo sus espías y agentes de información en campo enemigo, los que llegaron hasta abrazar una causa que repudiaban o les era indiferente, para mejor cumplir con su misión, y el caudillo no tenía ni solicitó dinero y si de algo dispuso, fué aquel que generosamente le brindaron sus amigos.

Después de haber roto el breve contacto que el caudillo mantuvo con Oribe en los Cerros de Buricayupí, y de la persecución de que es objeto hasta las inmediaciones del Daymán, éste último desorientado y falto de caballos, se dirige a Belén; mientras Rivera marcha hacia el Yarao región al Norte e inmediata al Cuareim, donde reúne sus fuerzas, compuestas ya de 300 orientales organizados en tres escuadrones, con las mejores caballadas del Norte del Río Negro.

El 2 de abril, sorprende en las inmediaciones, al alférez José Silveira, el que se incorpora a Rivera con sus 24 hombres.

Desde el Yarao se dirige a Casa Blanca, cerca del Ibicuy, y es recién entonces que Alencastre se entera alarmado de la presencia de Rivera en las inmediaciones; y como primera medida y más importante disposición, ordena que los naturales con sus familias y haciendas se retiren al interior del país; medida de extrema violencia que indispone más a la población, pero que Alencastre resuelve temiendo la colaboración de éstos hacia el caudillo; y es de suponer que el cumplimiento de esta medida, distrae una parte importante de los efectivos de las fuerzas brasileñas.

Al finalizar la noche del 20 de abril, aparece Rivera en la margen Sur del crecido Ibicuy, sobre el paso de Mariano Pinto, donde sus exploradores descubren en la margen opuesta un centinela enemigo en una canoa, al que llaman en su idioma, indudablemente sus mismos ex-compañeros del alférez José Silveira, ya que desaprensivo y sin temor, cruza el río con su embarcación, y al arrimarla a la orilla es ultimado. No se pudo evitar que la guardia brasilera se aperciba de este incidente y de la presencia de las fuerzas orientales, aprestándose en consecuencia para oponerse enérgicamente al pasaje del río

por las fuerzas de Rivera; por lo que éste, ordena al capitán Caballero que con 80 hombres fuercen el paso, cruzando el río a nado, llevando las pistolas atadas a la cabeza y los sables asegurados en la cintura. El intrépido Caballero se lanza al río con su escuadrón, en la madrugada del 21 de abril, apoyado por el cabo Manuel Gallegos, el que con tres soldados hacen fuego desde la canoa.

Cruzado el río, Caballero ataca decididamente a la fuerza enemiga que es numerosa y la comanda el mismo Mariano Pinto, el que muere en manos del sargento Felipe Sosa en el momento de hacer fuego sobre su jefe. La lucha es breve, y el enemigo pierde con su capitán, 19 soldados, persiguiéndoseles después a los sobrevivientes por espacio de una legua. Tomáronse en esta oportunidad 23 prisioneros y una caballada que se encontraba en las inmediaciones.

Rivera efectúa el pasaje del resto de su fuerza el día 22, y continúa la marcha, destacando previamente al capitán don Manuel Iglesias y al teniente Maidana de la compañía de guías, para que con una pequeña partida alcancen la estancia de Escobar donde se encontraba una fuerza enemiga, la que es reducida. Pierde la vida en la lucha el teniente Maidana.

La región ha sido despejada de enemigos; por lo que el 23 el general Rivera, orienta sus escuadrones en tres direcciones. El capitán Felipe Caballero marcha hasta San Francisco; el mayor Bernabé Rivera hasta San Borja; y el mismo Rivera progresará hacia el Este, para interceptar los caminos que unen a Misiones con el corazón del Imperio.

Los divisionarios van provistos de proclamas dirigidas a los habitantes de los pueblos. Bernabé lleva además dos oficios para Alencastre, exhortándolo a plegarse a las fuerzas de la libertad, o a la concertación de una conferencia a que lo invita Rivera; pero el jefe brasileño se repliega velozmente hacia el Este con la fuerza de que dispone; como también el teniente coronel Juan José Palmeiro, comandante de San Borja; y el teniente coronel Manuel da Silva Pereira del Lago, Administrador General de Misiones.

El comandante del destacamento naval de Itaquí, capitán de fragata Justo Yegros, también se retira, llevándose en carretas una parte del tesoro provincial, pero los nativos que lo escoltan se sublevan y apoderándose de él, lo conducen a San Miguel.

La acción de Rivera y sus divisionarios se caracteriza por la velocidad de sus marchas; arrollando toda resistencia que se pretenda organizar, y es indudable que cuenta y tiene a su favor, la decidida colaboración del pueblo, que lo auxilia

y secunda, y muchos son los jóvenes que se enrolan en las fuerzas orientales.

El caudillo rinde en el Boqueron de la Sierra a 160 hombres, apoderándose además de dos carretas con armas y municiones que le son extraordinariamente necesarias, ya que al llegar al Ibicuy sólo disponía de 150 fusiles.

En el Boquerón de la Sierra sabe que el coronel Alencastre se retira para la Sierra de San Martín con 300 hombres, y a marchas forzadas se lanza en su persecución, alcanzándolo recién en el Río Itabacuán, donde el jefe brasilero abandonando sus bagajes se interna en la Sierra General; pudiéndose considerar a salvo, recién al llegar a la guardia de Santa María de la Boca del Monte, que comandaba Andrés Riveiro Córdoba.

En el transcurso de la persecución, Rivera ha tomado prisioneros al teniente Pavão y 35 soldados, el 25 de abril; el 26 hace lo mismo con un capitán con su escuadrón; y el 27 al capitán Buenaventura Soarez con 122 hombres, al que luego designa comandante de San Borja. El 28 de abril, habiendo alcanzado Cruz Alta, termina la persecución del Gobernador, después de cinco días con sus noches de acelerada marcha.

Desde Cruz Alta retrocede a Itaquí, trayendo entre los muchos efectos capturados, dos banderas imperiales, que su ayudante Posolo conducirá a Buenos Aires.

Complementando la acción de Rivera, Caballero ha llegado el 26 a San Francisco de Asis, donde después de haber reducido a las fuerzas enemigas que ha encontrado, se dirige al Corral de Tunas, donde esperará nuevas órdenes; y Bernabé llegando el 24 a la costa del Camacuán, continúa de inmediato tras las huellas de una fuerza de 300 hombres, que a marchas aceleradas se retira para la sierra de San Martín, convergiendo con el itinerario que sigue su hermano el general; apoderándose sucesivamente de la artillería, carretas con municiones, caballadas, etc., hasta alcanzar San Borja, donde no se detiene, prosiguiendo hacia San Lorenzo en persecución de la fuerza enemiga, la que también se orienta hacia el Este. En esta marcha detiene a 243 hombres, que después le solicitan incorporarse a sus filas, siendo muchos de ellos orientales perseguidos, que habían conseguido asilo entre sus enemigos; además 13 oficiales y 130 de tropa de los que acompañaban a Alencastre, mucha caballada en buen estado, nuevas armas y municiones caen en sus manos.

El jefe enemigo consigue escapar a la persecución, acompañado tan sólo por su hijo y un leal y abnegado sargento, dejando en manos de las fuerzas orientales, toda la enorme

existencia de armas, equipos, municiones, depósitos con materiales y toda clase de embarcaciones.

Los prisioneros fueron puestos en libertad y muchos de ellos consiguieron ser admitidos en las fuerzas del caudillo.

Al retornar Rivera hacia Itaquí, destaca al alférez brasileño José Silveira, hasta la Cuchilla de Iguariza, con el cometido de requisar caballadas, ganado vacuno y carretas en esa región; y es en cumplimiento de esa orden que este oficial se encuentra con el teniente coronel imperialista, don Francisco Javier Carrete, delegado por el general Lecor para conferenciar con Alencastre en San Borja, el que viaja completamente ignorante de estos acontecimientos; pero enterado de éllos por el alférez Silveira, se apresura a regresar, y es por este jefe que Lecor conoce la recuperación de Misiones por el general Rivera, noticia que le adelanta desde el Río Pardo.

Los voluntarios afluyen entusiastas para engrosar las fuerzas orientales, que al pasar el Ibicuy solo alcanzaban a 500 hombres, incluyendo 200 charrúas; y esas nuevas reservas de material humano formarán un día un apreciable contingente, que tendrá primero que organizar, instruír y armar; y es con este fin que elige un campo en las inmediaciones del Arroyo Itú, a ocho leguas del Ibicuy; y para su Cuartel General, el puerto de Itaquí, en el Uruguay, ambos separados por pequeña distancia.

Además debe organizar la administración de Misiones y ponerse en comunicación con el Gobernador Dorrego y el general Lavalleja, para dar cuenta de su conquista y coordinar su futura acción.

ooOOoo

A mediados de abril llega Oribe a Santa Rosa del Cuarein, y aunque sus baquéanos han encontrado las restrilladas de Rivera, es poco lo que adelanta por el mal estado de sus caballadas. Desde este punto se pone en comunicación con Ferré, solicitándole auxilio de fuerzas para continuar la persecución.

Las fuerzas que lleva don Manuel Oribe están integradas por su regimiento de caballería Nº 9, el que en 1826 alcanzó a tener más de 700 plazas, pero que en esos momentos alcanza solamente a unos 500 hombres, después de haber sido reforzado con los integrantes del sublevado escuadrón de Defensores del Honor Nacional, los que por orden dle general Lavalleja fueron incorporados a esa Unidad y como sabemos que Manuel Lavalleja llevaba solamente 200 hombres, el total de ese destacamento era aproximadamente de unos 700 hombres.

Puesto nuevamente en pos de Rivera, alcanza el Ibicuy el 24 de abril, donde se detiene sorprendido al encontrar al caudillo en plena acción contra el enemigo en la margen

opuesta del crecido río. Indeciso y receloso no se atreve a pasar, creyendo a Rivera en connivencia con las fuerzas brasileras, y en consecuencia retrocede para instalarse sobre el Uruguay, en el Paso de Higo, donde espera a la fuerza correntina que se le ha prometido y luego con ese refuerzo reiniciar la persecución del caudillo.

Es indudable que Rivera hizo creer a los enemigos que la fuerza de Oribe era parte de la suya, y que en total formaban una poderosa vanguardia; y éllo surge de sus proclamas, órdenes y de las comunicaciones de sus divisionarios, cuyos títulos o destinos decían:

"Exmo. señor general de la vanguardia".

Esto influyó para que los jefes enemigos se sorprendiesen ante esa fuerza, que unida resultaba poderosa, y si en realidad esa era la vanguardia: ¡Como no sería el grueso! Ignoraba Alencastre la verdadera posición de Rivera con respecto al Gobierno Central y al General en Jefe del Ejército de Operaciones; circunstancias que Lecor conocía, pero que no trasmitió a su subordinado o que éste no se atrevió a explotar.

Oribe en el Paso del Higo intercepta las comunicaciones de Rivera, el que desde Cruz Alta y San Francisco comunicaba sus exitos a los Gobernadores de Buenos Aires y Santa Fé; y al respecto dice Berra:

" Oribe prendió a los chasques y los fusiló, después de tomarles declaración, que según todos, estaban conformes con el contenido de los oficios. Sus oficiales y tropa tomaron muy mal esta conducta, y su disgusto dió lugar a que expandiese la voz de que los había fusilado, por que eran desertores, apoderándose de las cartas".

Oficios y cartas que nunca llegaron a su destino, como tampoco se supo por intermedio del coronel Oribe, los éxitos alcanzados por el general Rivera en las Misiones.

Fueron sacrificados así, víctimas del rencor, los beneméritos soldados: Juan Tomas Sosa, Tomas Baca, Encarnación Parraguirre, Modesto Lugo y Manuel González. ¿Que eran desertores? Sí, y en tal caso toda la fuerza de Rivera estaba integrada por desertores; pero esos desertores habían consumado con su valor y patriotismo una hazaña de una magnitud trascedental para la libertad de la patria.

Sublevados y desertores fueron los integrantes del escuadrón de Defensores, y solo se sacrificaron de esa fuerza a tres baqueanos; en cambio, el mismo Oribe que tenía a esos sublevados en sus filas, no perdonó la vida de un solo chasquero de Rivera; chasqueros que eran portadores de notas oficiales anunciadoras del magistral triunfo; y al tiempo en que Oribe dejaba de leer esas comunicaciones sonaba la descarga que quitaba la vida a un humilde servidor que se había encontrado días antes, en alguna difícil y gloriosa empresa.

Desde el momento comienza a sufrir una fuerte deserción de los hombres de su fuerza, los que se dirigen hacia el campo de Rivera, el que se entera así de la suerte corrida por sus chasqueros; resolviendo entonces comunicarse con el Gobierno de Buenos Aires por la margen Occidental del Uruguay, enviando a su ayudante, el mayor don José Augusto Posolo, mientras él concentra una parte de su numerosa fuerza en la costa del Arroyo Itú, para poder controlar mejor a Oribe, el que abandonando su estacionamiento de Paso de Higo, se orienta hacia el Ibicuy reforzado por una fuerza correntina.

ooOOoo

Los partes que conduce Posolo dicen lo siguiente:

" Haún, Costa del Ibicuy, Mayo 16 de 1828.

" Habiendo ofrecido a V. E. en mis anteriores comuni- " caciones (1) el detalle de los acontecimientos que han tenido " lugar en esta provincia de Misiones, desde que las armas de " la República la han pisado, me lisonjeo ahora en cumplir mi " oferta, anunciando a V. E. que el día 21 del pasado llegue a " la costa de este mismo magestuoso río, en donde encontré del " lado opuesto una gran guardia enemiga que privaba el paso; " en estas circunstancias ordené que el sereno y bravo Felipe " Caballero hiciese destacar 80 hombres y que con los sables en " la cintura y las pistolas atadas a la cabeza, pasasen a nado, " protegidos por el cabo Manuel Gallegos, que, con tres solda- " dos, pasaba en una canoa, a fin de atacar dicha guardia. To- " do se efectuó y roto el fuego no tardaron las armas republi- " nas en cubrirse de laureles, de cuyo acontecimiento verá V. E. " el parte Nº 1.

"Después de este suceso emprendí el paso con el resto " de la tropa, y acabando de pasar el 22 por la tarde seguí mi " marcha mandando adelante en la noche al benemérito capi- "tan don Manuel Antonio Iglesias, acompañado del valiente te- " niente de la compañía de guías don Dionisio Maidana, con " una pequeña partida hasta la estancia de Escobar, en donde " tube aviso que había una partida de bomberos enemigos, con " los cuales habiéndose encontrado resultó lo que en el parte Nº 2 verá V. E.

(1) No se recibieron e indudablemente cayeron en poder de Oribe.

" Al día siguiente repartí mi tropa en tres divisiones; " la primera al mando del capitán Caballero, con dirección a " San Francisco: la segunda, al mando del mayor Rivera, con " dirección a San Borja: y la tercera me dirigí yo con élla a la " sierra. Los resultados de la primera y segunda fueron los " que por los partes Nº 3 y 4 de dichos comandantes V. E. ve- " rá, y los de la tercera han sido haber hecho rendir las armas " a 160 hombres que se hallaban en el Boquerón de la Sierra, " tomandoles dos carretas pertenecientes al Estado con armas,

" municiones y alguna plata, 600 caballos, ganado, etc., ense-
" guida marche precipitadamente en seguimiento del coronel
" Gobernador de la provincia, que tube parte se retiraba para
" la sierra de San Martín con 300 hombres, pero habiendo lle-
" gado hasta la Cruz Alta, después de cinco días con sus no-
" ches de marchas, llevándome todavía dicho Gobernador un día
" adelante, apurándome sobremanera el hambre a punto de te-
" ner que hacer carnear caballos para mantener mi tropa, y la
" mucha que se me presentaba de la que iba en retirada, me vi
" obligado a retroceder trayéndome el estandarte del Imperio
" tomado a esa tropa, el cual hago conducir a presencia de V. E.
" por mi ayudante el capitán José Augusto Posolo, el mismo
" podrá informar bien a V. E. de todas las particularidades
" ocurridas.

" La conducta observada por la tropa de mi mando ha
" sido y es ejemplar. Jefes y oficiales, sargentos, cabos y sol-
" dados todos los recomiendo a V. E. por creerlos a todos dig-
" nos de su superior consideración, pues ni el hambre, ni el pe-
" ligro, ni las innumerables fatigas hicieron jamás minorar su
"decidido valor, empeño, constancia y patriotismo.

" No es menos digna de la consideración de V. E. la con-
" ducta de los indios minuanos charrúas que al mando de los
" caciques Polidorio y Juan Pedro que acompañaban bajo la
" dirección del capitán don Juan Francisco Fernández.

" Esto es cuanto la República Argentina ha ganado; en
" adelante pondré en conocimiento de V. E. cualquier otra ocu-
" rrencia que tenga lugar por estos destinos, felicitando a V. E.
" por este triunfo y asegurándole la alta consideración con que
" reitero a V. E. mi más singular afecto y distinguido aprecio.

"Fructuoso Rivera.

" Exmo. señor Gobernador encargado de la dirección de
"la Guerra, don Manuel Dorrego.

" Nº 1.

" Abril 21 de 1828.

" Exmo señor:

"Después de haber pasado el paso y haber obtenido la
" oposición que V. E. precenció; ya fuera del monte logré des-
" trozar completamente la partida enemiga, quedando en tre-
" cho de una legua el comandante y 19 soldados muertos y 23
" prisioneros, el resto se ha escapado por la bondad de sus ca-
" ballos; por nuestra parte hemos tenido un solo soldado con-
" tuso. En esta forma no puedo menos que recomendar a la
" consideración de V. E. a los alferes don Segundo Mieres y don
" Mariano Muniz que con la tropa que mandaban se han dispu-
" tado la gloria; como igualmente al sargento Felipe Sosa de
" tiradores quien acuchilló al comandante enemigo al tiempo
" mismo de dispararme un tiro a quema ropa. En este momen-
" to marcho a apoderarme de una caballada que se deja ver pa-

" ra abajo de este arroyo. A mi vuelta daré a V. E. el número
" de élla.

" El que suscribe tiene la satisfacción de felicitar a V. E. por el triunfo que acaban de conseguir las armas de la República.

" Felipe Caballero.

ooOOoo

Nº 2.

" Son las doce de la noche en la estancia de Escobar.

" Me es lo más doloroso tener que anunciar a V. E. el desagradable suceso que ha habido en este momento, pero un efecto de la casualidad acaba de darle lugar.

" Habiendo yó salido acompañado del teniente don Dionisio Maidana y los ciudadanos que traía a mis órdenes, avanzando las partidas de bomberos enemigos que se hallaban en este punto, tube el sentimiento de ver caer muerto a mis pies al benemérito y valiente teniente Maydana del modo siguiente, después de rodear la casa, y ver que en élla no había nadie fuí informado que dicha partida se había ido a un espeso monte a dormir: en el momento resolví sorprenderla, pero con tal desgracia que en los primeros tiros cayó este teniente que con intrepidez indecible se había avanzado entre los enemigos; los quejidos de este digno compañero y los clamores de sus dos hermanos llamaron la atención tanto mía como de mis soldados, cuyo motivo dió lugar a que los enemigos se escapasen dejando tres muertos. Yo señor aseguro a V. E. que no he tenido momento de mayor dolor que éste, pues partía el corazón ver sus dos hermanos abrazados con el cadáver de su hermano llorando y sin haber modo de sacarlos de allí.

" Por las camas que encontré creo que la partida se componía de 20 hombres los cuales han dejado armas, sables, recados, ponchos, caballos, etc. todo está junto: yo quedo aguardando las nuevas disposiciones de V. E. para saber que debo hacer.

" Manuel Antonio Iglesias".

ooOOoo

Nº 3.

" El que suscribe pone en conocimiento del Exmo. señor General que apesar de los grandes esfuerzos que ha hecho para alcanzar la partida enemiga al mando del teniente Feliz, no lo ha podido conseguir, sin embargo que no ha sido preciso para lograr su total destrucción, por que fué tan vergonzosa su fuga que ha dejado desparramados sus soldados en el tránsito; todos estos se han presentado y solo espera el que firma, la determinación de ellos, como también el de más de 500 caballos que se han tomado. El teniente don Juan Seijas ha caminado esta jornada al mando de una partida avanzada desem-

" peñándose del modo más honorífico. El que suscribe saluda a
" V. E. con su más alta consideración y aprecio.

" San Francisco y Abril 26 de 1828.

" Nota. — Con esta fecha marcho para el Corral de
" Tunas, donde V. E. que lo ordena en la suya.

" Felipe Caballero".

ooOOoo

Nº 4.

" Costa del Camacuan, abril 24 de 1828.

" La atención de artillería, carreta de municiones, caba-
" lladas, etc., que he tomado al enemigo, me privan de no po-
" derlo seguir; el se retira con marchas forzadas para la Sie-
" rra de San Martín; la dispersión de tropa es grande; de mo-
" do que apesar de llevar aún 300 hombres, creo que en pocos
" días quedará solo. Yo marcho a las inmediaciones de San Bor-
" ja a esperar las órdenes de V. E. recomendando a V. E. los oficiales y tropa de mi mando por su ejemplar patriotismo y constante empeño en todas las diligencias de que los he comisionado.

" El infrascripto saluda a V. E. con su mayor conside-
" ración y respecto .

" Bernabé Rivera.

" Exmo. señor General don Fructuoso Rivera.

" Está conforme:
Rivera".

ooOOoo

" Exmo. Señor:

" En el momento que recibí la comunicación de V. E. fe-
" cha 9 del presente, traté de poner en ejecución lo que en élla
" me ordenaba y para el efecto marcha con 40 hombres del es-
" cuadrón de mi mando hacia la costa del Piraticuí, donde su-
" pe se hallaba el alférez Leonardo, con alguna gente, el cual
" así que tubo noticias mías, se ha dirigido para la Cruz Alta,
" llevando solamente tres soldados y algún armamento que con-
" duce en cargueros. En el mismo Piraticuí tuve noticias que
" el teniente coronel don Francisco Javier Santi, que estaba en
" San Miguel reuniendo alguna tropa para marchar al depar-
" tamento de bacacay; y sin perder tiempo me dirigí hacia don-
" de él se hallaba quien con solo haberle oficiado se ha puesto
" a mi disposición, con 52 soldados, incluso dos clarines, 67 ca-
" rabinas, algunas pistolas y municiones proporcionadas al ar-
" mamento.

''Yo he llegado hoy a este pueblo y mañana debo enca-
" minarme para Guarcazá donde dejé al teniente Ubiedo a car-
" go del escuadrón. A mi regreso debo pasar por San Luis don-
" de me aseguran hay algunos soldados armados.

" No he llegado hasta San Juan y Santo Angel por que

"todos me aseguran que no hay más gente en estos pueblos "que algunos indios, que por su avanzada edad no ha podido "Yedros llevarlos en su retirada.

"Las únicas noticias que he tenido de Alencastre, son "que con solo 7 soldados se adelantó a San Juan, marchando "con el resto de la tropa —que no llegan a 40— el coronel Al- "meira quien había llegado ya a Lagunón para adelante del "Monte Castellano.

"En Guarcaza espero órdenes de V. E. Entre tanto ten- "go la satisfacción de ser de V. E. súbdito y servidor.

"Bernabé Rivera.

ooOOoo

" San Lorenzo, Mayo 16 de 1828.

Exmo. Señor de la Vanguardia D. Fructuoso Rivera.

"El sargento mayor que suscribe, ha recibido la comu- "nicación que el exmo. señor general a quien se dirige le ha "remitido con el señor comandante don Gregorio Salado: y "para ejecutar lo que en élla se le ordena, ha puesto a dispo- "sición del expresado comandante dos excelentes piezas de ar- "tillería calibre de a 4, con cuatro cajones de cartuchos perte- "necientes a dichas piezas, ochenta fusiles de infantería, dos- "cientas tres lanzas, doce cajones de cartuchos a bala de fu- "síl, dos barriles de pólvora fina en grano, un cajón de pie- "dras de chispas, otro con cubre llaves, dos tiendas de campa- "ña una carreta cargada con una surtida botica perteneciente al "Estado, varios cajones de municiones que por haber sido arro- "jados en el campo han quedado inutilizados por la lluvia, ha- "biendo también un considerable número de balas de cañón, "las que serán remitidas en primera ocasión.

"Al infrascripto no le ha sido posible hasta ahora pasar "al pueblo de San Borja, a tomar cuenta de todo cuanto allí "se halla perteneciente al Estado por que sus muchas ocupa- "ciones se lo han privado, pero lo hará tan luego que le sea "posible y de todo dará parte al Exmo. señor general a quien "remite la relación que ha recibido del capitán que ha desti- "nado a dicho pueblo, siendo solamente de un almacén que se "encontró abierto, e ignorandose aún según el parte lo que ha- "bía en dos que hasta ahora se hallan cerrados.

"Al que suscribe se le han presentado hasta la fecha "243 hombres que gustosamente quieren tomar las armas, "siendo muchos de estos los orientales perseguidos que habían "venido a hallar asilo entre sus enemigos, y la mayor parte hi- "jos de Misiones. Dando también parte al Exmo. señor general "de haberse presentado al que firma, 13 oficiales de diferentes "clases, 7 sargentos, 15 cabos, y 109 soldados de los que han "desertado de la vergonzosa retirada del coronel Alencastre, y "a los cuales se ha desarmado y retirado a sus casas según a "ordenado al que suscribe, se han recogido todos cuantos ca-

" ballos gordos había en la invernada del Estado, sin que se le
" haya tomado uno al vecindario quien, por nuestra conducta,
" muestra un contento incomparable. El señor comandante Sa-
" lado informará detenidamente al Exmo. señor general a quien
" el que firma saluda con su acostumbrado respecto.

" Bernabé Rivera.

" Exmo. señor Brigadier General don Fructuoso Rivera".

oooOoo

" Estos dos últimos documentos han venido originales
" por que llegaron a manos del Brigadier Rivera poco antes
" de salir el oficial conductor de estas comunicaciones. Este di-
" ce que es considerable el número de individuos de lo más de-
" cente y facultado de la provincia que ha manifestado sus de-
" seos con suplicar al General por el establecimiento de un Go-
" bierno análogo a los sentimientos de la República, y por se-
" parado sus generosas ofertas de dinero, haciendas, caballa-
" das, toda clase de recursos para sostener sobre el mismo pié
" el sistema de independencia: que a la noticia del buen trata-
" miento que se dió a los prisioneros que se tomaron, fueron
" desamparando al Gobierno de aquella provincia los vecinos ar-
" mados que le acompañaban: que el General Rivera, tomadas
" sus precauciones de desarmarlos los ha dejado en perfecta
" libertad pero resuelto a darles el destino que el Gobierno de-
" termine.

" Que aquellos campos están cubiertos de ganados; y que
" el expresado Brigadier Rivera, y toda la expedición de su
" mando desean con ancia la llegada de la que manda el señor
" López Gobernador de Santa Fé para combinar nuevas opera-
" ciones que sin duda refluirán en mayor beneficio de la Re-
" pública.

" Añade que dispuesta su retirada, mandó el Goberna-
" dor de San Borja incendiar dos goletas, una balandra y un
" lanchón de guerra que había en aquél puerto, así como
" todas las maderas y útiles de marina; este incendio lo hizo
" verificar don Justo Yedros, comandante de la marina de aquel
" punto y aunque se hizo bastante esfuerzo por apagar una go-
" leta el mismo día 23 de abril en que entraron allí las armas
" de la patria, no fué posible absolutamente.

" En una de las carretas pilladas al trafago que arras-
" traba el Gobernador de San Borja don Joaquín Antonio de
" Alencastre se encontraron como unos 5.500 patacones y como
" cerca de 600 pesos en cobre. El General dispuso luego repar-
" tirlos y se verificó en esta forma: 8 pesos a cada soldado, 9
" a cada cabo y 10 a cada sargento. Los oficiales cedieron vo-
" luntariamente la parte que pudiera tocarles de este botín pa-
" ra que la tropa tubiese más provecho.

" El mayor Bernabé Rivera después de cerrada su co-
" municación oficial fecha 16 de mayo desde San Lorenzo avisa

" por carta confidencial del mismo día, que acaba de presen-
" társele el Administrador General de los pueblos teniente co-
" ronel D. M. Silva.

" Impreso por órden del Gobierno en la Imprenta del Es-
" tado; calle de la Biblioteca 89". (Archivo Lavalleja. Impreso del parte oficial del general Rivera y remitido al general Lavalleja por el Ministro de la Guerra J. R. Balcarce.)

ooOOoo

De este y otros oficios fué portador el capitán Posolo, el que se dirigió a Buenos Aires por territorio correntino; territorio que conocía perfectamente por haber estado poco antes por esas regiones, en preparación de ese golpe de audacia reflesiva y valerosa.

Se corrió hacia el Sur eludiendo las fuerzas de Oribe, para no correr la desdichada suerte de los chasqueros que le precedieron; demorando 15 días en trasponer la distancia que separa a Misiones de Buenos Aires. Pueyrredón demorará solo cuatro días en hacer el recorrido hasta Canelones, pero en distintas circunstancias. ¡Así habrán sido los peligros que habrá tenido que eludir el valiente Posolo!

ooOOoo

El general Rivera ha dirigido y orientado la acción de sus distintos destacamentos, a los que señaló claramente sus respectivas misiones, zona de acción, límite a alcanzar, etc., coordinando inteligentemente el trabajo de esas fuerzas hasta alcanzar los límites orientales de la provincia, reduciendo progresivamente a las fuerzas enemigas. Regresa después apresuradamente al Ibicuy por los informes que recibe, de que Oribe, al que ya se le ha incorporado el comandante correntino López Chico con una división de 500 hombres; abandona el Paso de Higo, dirigiendose a pasar el Ibicuy, ejecutando esto precisamente por donde lo había realizado Rivera: aproximandose lentamente al caudillo, el que lo espera con su ya numerosa fuerza reunida.

Rivera pudo haber batido fácilmente a Oribe, pero el caudillo rechazaba patrióticamente toda idea de lucha. Por ésto es que no se le opuso en el pasaje del Ibicuy, y por ésto es también que no lo ha hostilizado; adoptando en cambio una actitud preventiva, hasta liquidar esa situación pacíficamente. Pero dejemos la palabra a Manuel Lavalleja, quien describe a Brito del Pino estos sucesos y que este inserta en su diario el 22 de junio.

" El coronel don Manuel Lavalleja fué el primero que
" trajo al ejército la noticia del mal estado de la persecución
" de Rivera. Una mañana al amanecer, entró en su despacho, que
" era la secretaría del General en Jefe, en su Cuartel General de
" Melo, preguntando por su hermano el general, que aún dor-
" mía".

Interrogado por Brito del Pino como le había ido de campaña, contestó:

"El mulato nos ha j....., cuando llegamos al Ibicuy
" ya estaba bajo, y todavía causaba temor su anchura. Lo pa-
" samos y el coronel Oribe estuvo a punto de ahogarse. Como
" Ud. sabe, es gran nadador, pero en medio del río le dió un
" calambre que lo privaba de poder hacer esfuerzo alguno para
" adelantar ni aún para sostenerse. Inmediato a él venía en
" una pelota por no saber nadar un ayudante de Canelones, Al-
" corta, e invitaba al coronel a que se agarrase de la pelota,
" pero le contestó que no podía ser, porque entonces se ahoga-
" rían los dos. En tan supremos momentos, un soldado que iba
" nadando a cierta distancia, le gritó: "Mi coronel no se asuste
" y manténgase que allá voy a sacarlo", en efecto fué y con
" su auxilio llegó a la opuesta orilla; y a este mismo soldado
" —quizás Ud. no lo crea— al otro día le hizo dar 300 azotes
" por una ratería. En fin cuando llegamos al otro lado, todavía
" estaban en la costa los cadáveres de los brasileros muertos
" por la fuerza de Rivera. Continuamos nuestras marchas y
" cuando llegamos a las inmediaciones del campamento de
" aquél ya nos presentó una fuerza de más de 2.000 hombres;
" pues había logrado fanatizar a aquellos indígenas con la idea
" de que venía a libertarlos, y todos pidieron servicios a sus
" órdenes. En estas críticas circunstancias reunió el coronel
" don Manuel Oribe a los jefes de la fuerza que iba con él, que
" no llegarían a 500, incluso 200 que habían enviado de Co
" rrientes con el comandante López. Se acordó que, apesar de
" la desigualdad de las fuerzas era preciso batirse, por que la
" retirada era imposible, a la vista de las fuerzas de Rivera,
" que no tenían caballadas en buen estado, y que por último
" no tenían que comer. Uno solo se opuso y fué el comandan-
" te López jefe de las fuerzas de Corrientes. Este hizo presen-
" te, "que antes de derramar sangre de hermanos era preciso
" ver de conocer las intenciones y modo de pensar de Rivera,
" que él se comprometía ir a hablar con él, y volvería a darle
" cuenta". El coronel Oribe le hizo porción de reflesiones, pero
" inutilmente y concluyó por decirle que fuese, aunque estubo
" pensando en fusilarlo, y quizás lo hubiera hecho, si las consi-
" deraciones que las fuerzas que mandaba aquel eran tanta co-
" mo la suya, no lo hubiera detenido.

"Volvió el mismo día y le dijo terminantemente al co-
" ronel Oribe: "Que no se batía con el general Rivera por que
" era más patriota que Dios: que servía a la causa de todos y
" había batido a los enemigos.

"Ya no hubo que trepidar, y se resolvió la retirada, ha-
" ciéndolo a jornadas cortísimas y luchando con el hambre. El
" mulato nos mandó decir que podíamos retirarnos seguros de
" que no nos perseguiría por que nos consideraba como servi-

" dores de la patria, que en consecuencia enviasen por ganados,
" que le remitiría el que necesitasen. Mas el coronel Oribe despechado le contestó: "Que no lo necesitaba; que cuando lo
" precisase lo adquiría con su espada". Por último repasamos
" el Ibicuy, luchando con toda clase de privaciones de tal modo
" que vinimos a comer de un toro que habíamos dejado muerto
" a la ida. Desde allí me ordenó que viniese a dar cuenta al
" General en Jefe".

Este relato le fué más adelante corroborado a Brito del Pino, por el mismo don Manuel Oribe.

Rivera ha sufrido dolorosamente el fusilamiento de sus chasqueros; y a pesar de éllo y de la encarnizada persecución de que ha sido objeto, no destruyó a Oribe, como pudo haberlo realizado facilmente; ofreciéndole en cambio alimentos y la seguridad de que no sería hostilizado. La muerte de sus chasqueros fué un problema que debió ser resuelto por las leyes; pero reclamará en vano en este sentido y al respecto escribe a Lecor don Venancio Pereira:

" Rivera se queja al Gobierno de Buenos Aires por el
" asesinato de los chasqueros. Bernabé lee el oficio en voz alta, guardando los presentes un silencio osco por el sacrificio
" de los bravos de Rincón y Sarandí" (Alcides Cruz. Misiones.)

Pereira era un hombre que había llegado al campo de Rivera enviado por Lecor, siendo accidental testigo de esa escena, y como tál, la ha comunicado a su jefe, reseñando el dolor de los comandantes orientaltes; dolor que se manifiesta por un osco silencio de homenaje a los caídos. Silencio acusador y condenatorio para el que cometió por su apasionamiento, tan inútil como injustificado atentado, cebándose en la vida de los humildes servidores que se habían distinguido en Misiones, como lo hicieran antes en Rincón y Sarandí.

ooOOoo

Posolo fué portador además de una comunicación para el general Lavalleja, la que le fué remida desde Buenos Aires y en la que Rivera le da cuenta del feliz resultado de su operación, con una relacióndel material conquistado. (Archivo Mitre. —Revista Histórica.— Comunicación del general Rivera al General Lavalleja, del 17 de mayo desde Itain.)

También va una carta para el mismo Lavalleja; una carta afectuosa para su compadre y amigo, en la que demuestra que no existe ningún vestigio de rencor en su noble corazón, que tan facilmente sabe olvidar las crueles e injustas persecuciones de que por tanto tiempo se le hizo víctima; y es curioso: esa carta la firma el 16 de mayo en Itaquí, y el parte oficial al siguiente día en Itain o Itú. Se aproximaba Oribe y en consecuencia traslada su Cuartel General junto a sus fuerzas instaladas en este último lugar por lo que no ha tenido tiempo de seguir escribiendo en el mismo punto.

Dice Rivera:

"Compadre y amigo: por mi anterior del 30 del pasado
" desde la Cruz Alta habrá sido Ud. impuesto del resultado de
" la empresa que me propuse como lo verá Ud. por mi oficial.

" Compadre esto es un mundo, solo la justicia de la cau-
" sa y el empeño de nuestro bravos podría habernos hecho se-
" ñoriar de esta provincia, por que no dude Ud. compadre, no
" es exageración, para cada soldado nuestro mal armado, ha-
" bía 25 portugueses, pero ya sea la fuerza de la opinión o ya
" sea que así había de suceder, estos hombres no hacían fuer-
" za alguna, así ha sucedido que antes de ocho días ya todos
" eran enemigos del Emperador y se nos ha incorporado toda
" la provincia, asegurándole que de élla no han salido 100 hom-
" bres.Yo, por supuesto, ya sabe Ud. lo alarife que soy para
" manejarlos. Ya los he comprometido de tal modo que ya ten-
" go partidas de éllos mismos que penetran hasta La Cachuera
" (que es una villa que está a diez leguas del Río Pardo). Se
" han venido a presentar varios vecinos respetables de la Ca-
pilla de Santa María y el comandante de aquel punto ya me
" ha escrito poniendose a mi disposición. Ya le he lanzado al
" viejo Lecor unos espías para hacerle desertar toda la gente
" de caballería que tiene de esta frontera y siendo cierto que
" muy pronto lo hemos de tener loco y lo hemos de hacer de-
" cir: **ya están los diablos de Frutos y Lavalleja de manos da-**
" **das para me atormentar.**

" Yo tengo en este punto cerca de 800 hombres ya regla-
" dos y casi su mayor parte armados. Bernabelito está para los
" pueblos con 300 hombres muy buenos, él marchaba para la
" picada de Butencoraí con el fin de hacer alejar al paraguayo
" Yedros y al coronel Palmeda que con unos 40 hombres ha-
" bían ganado allí a espera de ver si podían llevar sus intere-
" ses que han dejado. Tal vez se le presente a Bernabé y los
" traigan y tengamos esos pasados por acá. Alencastre llegó al
" Río Pardo hacen hoy ocho días acompañado del hijo y de dos
" camaradas; la tropa lo quiso matar en la bajada de la sierra
" y se volvió y se nos ha presentado toda.

" Yo he dado al Gobierno todos los conocimientos nece-
" sarios del estado de esto, a este fin he hechos volar a José
" Augusto para que instruya menudamente de todo y que el
" Gobierno resuelva lo que halle a bien del mismo modo he es-
" crito a los gobernadores, a Oribe, a don Luis Pérez y a Ud.
" lo hago con el mayor gusto, **seguro que Ud. como patriota**
" **quiera darle el valor que esto tiene y contribuír a que no se**
" **malogre esta empresa en la que Ud. también tiene par-**
te como uno de tantos en la lucha general.

' Expresiones a Laguna, a Paz y demás amigos y Ud.

" reciba el afecto de su compadre y amigo Q. B. S. M.
" Fructuoso Rivera.

No podía faltar la postdata, en la que, como casi siempre, expresara su verdadero deceo, como vamos a ver:

"P. D. — Por el paso de Rosario o el de San Borja an-" da un alférez Carneiro con una partida de 100 hombres. Es-" tos días desbarato a un Cuello de los desertores que anda-" ban por Tacuarembó, les mató unos 20 hombres, les tomó " algunos y les quitó algunas familias que tenían. Esta es no-"ticia que me han dado algunos soldados del tal Carneiro que " se me han venido a presentar. Yo le he escrito con muy bue-" nas palabras si no se me incorpora pienso ver si lo corto por "San Gabriel pasando el Ibicuy por la sierra y luego venir a " ocupar el punto del Rosario con una fuerza, hacer enseguida " que el vecindario de Alegrete y toda esa frontera entre el " Ibicuy y Cuarein vengan a tomar cuenta de sus hogares para " de este modo tener nosotros recursos que al presente no hay: " si esto se consigue yo avisaré a Ud. para que ya entablemos " nuestras comunicaciones en derechura al paso del Rosario o " más arriba, pues para esto yo de aquí mandaré un oficial en " derechura a donde Ud. está para que arreglemos ese tránsito " y nos facilite el comunicarnos si posible fuese semanalmen-" te para de este modo reglar nuestras disposiciones con breve-" dad y acierto. Vale. Rivera". (Archivo Lavalleja. Carta del General Rivera al general Lavalleja, del 16 de mayo de 1828).

Como puede apreciarse, lo que deseaba el caudillo, era la materialización del necesario enlace entre él y el General en Jefe, con el exclusivo fin de articular las futuras operaciones manteniendo una estrecha y regular comunicación. Rivera aprecia inteligentemente que el Rosario, al Norte e inmediato a Santa Ana, era el lugar a propósito para instalar un destacamento de enlace, superior al que opera a órdenes del alférez Carneiro, marcando en forma discretísima, a su compadre, el lugar y la fuerza que se debe establecer.

Esta necesaria medida la entendía Lavalleja en idéntica forma y así lo dispuso, ignorante aún de los sucesos de Misiones y creyendo tenerse que entender con el coronel Oribe, ordenando el 12 de junio al capitán Santana:

"Que sabiendo de un modo cierto que el coronel Manuel " Oribe ha entrado en las Misiones y siendo necesario facilitar " las comunicaciones de la fuerza que manda con el Cuartel " General, marche con toda la gente que pueda reunir a situar-" se en Santa María, procurando ponerse al instante en rela-" ciones con el expresado coronel Oribe. Se le daban instruc-" ciones sobre el modo que debía proceder y conducta a seguir".

Pero el 18 conoce la verdad de lo ocurrido a Oribe, y rectifica esa órden, disponiendo inmediatamente que el capitán Santana se retire. (Diario del ayudante Brito del Pino).

Lavalleja, como muy bien lo demuestra, no quiere saber nada con Rivera. Anteriormente y a pesar del anuncio de Dorrego, de que el general López ya había salido para Misiones, por lo que Oribe debiera volver nuevamente frente a Montevideo, donde su presencia era tan necesaria (Carta de Dorrego a Lavalleja del 17 de mayo de 1828.); escribe al Comandante General de Armas, ratificándoles sus órdenes con respecto a Rivera, diciendo entre otras cosas:

" Que el señor comandante siga sus marchas sobre las " Misiones sin desatender su principal objeto que es la perse- " cución y exterminio del caudillo Rivera".

y agrega temiendo que Oribe obedeciese las órdenes de Dorrego:

" Con este motivo el que suscribe le previene que en " caso de haber recibido aquella órden del Gobierno, no la pon- " ga en práctica, sino seguir en conformidad con las prevencio- " nes que se le tienen hechas". (Diario del ayudante Brito del Pino).

Pero la situación de Oribe era muy crítica, a pesar de las seguridades dadas por Rivera, ya que a la segregación de la fuerza correntina de López Chico, debe agregarse la fuerte deserción que sufre el 9º de caballería, y es por esta razón y para poner rápido remedio a la grave alternativa de quedar solo con algunos oficiales, que emprende decididamente la marcha hacia el Sur con dirección a Montevideo; donde se restituirá en el comando del asedio de la plaza donde era tan necesario; pero antes dispuso que el coronel Lavalleja se adelantase al Cuartel General para comunicar el resultado negativo de su misión.

ooOOoo

Mientras en Itaquí e Itú las fuerzas orientales aumentan día a día; Rivera despliega una admirable política administractiva, paralela a la gestión militar; y ambas cosas contemplan con admiración los naturales y muchos brasileños liberales que habitan en la región. Los procedimientos democráticos que ensaya y las facultades y atribuciones que le reconoce al pueblo hasta entonces oprimido, lo presentan como un libertador; y al recobrar ese pueblo sus derechos con las más amplias facultades y garantías, hace que la fama de estos hechos vuele y se extienda de pueblo en pueblo, de comarca en comarca, y pasando los límites de Misiones, llegan hasta Puerto Alegre, donde el Presidente del Estado de Río Grande, Brigadier General don Salvador José Maciel, alarmado y temeroso informa a sus superiores la posibilidad de que Rivera internándose, alcance sin oposición, la capital del Estado; y al respecto expresa Alcides Cruz:

" Y fué así que, tolerancia, respecto a la propiedad par-

" ticular, a la vida y a la libertad de cada cual, su Gobierno
" consiguió captarse simpatías, hasta fuera del área de sus ac-
" ciones ....

....

" Preocupaba a las autoridades brasileñas más que el ac-
" to material de la invación, el espíritu de admiración a las
" ideas separatistas que el Caudillo mañosamente procuraba
" sembrar entre los riograndenses; cuya índole y tendencia él
" admirablemente comprendió ....

....

" Lo que causaba profunda impresión en las autorida-
" des brasileras, era el entusiasmo de la población de la cam-
" ña y las adhesiones que la causa extranjera iba captando.

" El capitán Antonio García de Moraes, enviado por el
" visconde de castro para reunir gente en San Gabriel, escribía
" el 25 de mayo: "Nuestros brasileros están tan influídos, que
" parecen indios infieles del tiempo de los jesuitas: no hay
" quien los haga entender que Fructuoso es falso a la nación,
" también un teniente Teles se presentó con toda su gente y así
" corren todos ciegamente al falso Fructuoso".

El Presidente Maciel escribía:

" Lo más gracioso que encuentro en la invación de las
" Misiones es el ser hecha por un hombre que conoce casi to-
" dos los militares de la provincia y el carácter de sus habitan-
" tes, lo que le facilita de manera increíble todos sus proyec-
" tos". (Alcides Cruz).

El 6 de mayo se le presentaron al caudillo dos fuertes y prestigiosos hacendados riograndenses, los que le ofrecieron 30.000 pesos para beneficio de las fuerzas que comandaba Rivera, el que al día siguiente hace formar las fuerzas, con las que aclama a la República, después de haber sido arengadas, delante de esos mismos ciudadanos.

Enterado Lecor de la asombrosa empresa realizada por Rivera, le escribe inmediatamente por intermedio del capitán Venancio Pereira de Asambuya, ahijado del caudillo, relatando éste en su informe del 6 de mayo:

" Que Rivera rió mucho de la carta de Lecor, como tam-
" bién rieron Bernabé y López Chico".

El caudillo le dijo a Pereira de Asambuya, que no tenía nada que contestar a la carta de Lecor, y si lo hiciese, sería para recordarle la conducta de Tres Arboles.

En Tres Arboles Lecor desconoció la tregua o armisticio que había pactado con Rivera, para poder así someterlo por medio de la fuerza, sorprendiendo desprevenido al incauto que hizo fé y dió crédito a lo solamente estipulado por el enemigo, que no respectó la suspensión de hostilidades en que de-

bían permanecer las fuerzas, mientras se desarrollaba la negociación que se realizaba para la pacificación del país.

El mismo Pereira de Asambuya saca copias de la carta de Lecor para ser remitidos a Buenos Aires, a López y a Lavalleja; y luego dice este a Lecor en su ya mecionado informe:

"Don Fructuoso, Bernabé y los demás no pronuncian
" una sola palabra que no fuera en favor de su patria y son
" enemigos del Imperio. Rivera dice que si no se hacen las pa-
" ces, solo la habrá cuando los de ésta provincia estén reuni-
" dos con la República". (Alcides Cruz. — Misiones).

ooOOoo

La acción de Rivera se sigue extendiendo hacia el Este. El 15 de agosto el capitán Felipe Caballero, ocupa la Capilla de Alegrete con 200 hombres, como elemento avanzado sobre el Río Pardo y en observación del Ejército Imperial que se ha retirado del frente del Yaguarón.

La débil reacción de las fuerzas imperiales, se manifiesta más por la iniciativa de los jefes subalternos, que por la dirección del General en Jefe; y es así como vemos al coronel don Juan de Castro de Canto e Melo, visconde de Castro, jefe de la línea o región del Río Pardo, desplegar una actividad elogiosa con los reducidos medios de que disponía. Tenía a su disposición un centro de reclutamiento con 80 hombres, bajo la dirección del coronel don Gaspar Francisco Mena Barreto, a quien ordenó que con esa fuerza se estableciese como avanzada en Santa María de la Boca del Monte, pero este jefe se enfermó en Cachoeria, por lo que lo sucede en el mando el teniente coronel don José María da Gama Coelho.

Castro, en el desempeño de su misión parte para Gasapava, mientras envía emisarios a Puerto Alegre, Encrusijada, San Amaro y Triunfo, con el fin de organizar la resistencia y reclutar nuevos contingentes con que oponerse a una posible ofensiva de Rivera, o que servirán de base a la formación de una fuerza que se dirigirá contra el caudillo, él que en esos momentos está absorvido absolutamente en ordenar e instruír sus distintos elementos y especialmente en estructurar la organización política de la provincia de Misiones. Ha pedido a los habitantes de los pueblos que designen sus representantes para instalar el Poder Legislativo, el que designará a su vez a las autoridades administradoras.

Rivera posee fuerzas para aniquilar el reducido contingente que lo observa desde Santa María; tiene fuerzas para volcarlas en procura del Río Pardo, pero éstas son irregulares y nada podrán en ese estado contra las disciplinadas tropas del Ejército Imperial, el que en esos momentos contramarcha para tomar una nueva posición en el Piratini, abandonando la

línea del Yaguarón; y sabe que su marcha al del Río Pardo tendrá éxito, siempre que el Ejército Republicano complemente su acción, presionando a Lecor. Pero, y deduce con acierto, que Lavalleja no intervendrá, como en realidad no lo realiza.

ooOOoo

Una nueva intriga se ensaya contra Rivera, pero esta vez no tendrá éxito. Se pone en juego el conocido sistema de la carta fraguada. Ignacio Oribe ha interceptado o conseguido una carta que el coronel Bentos Gonzálves da Silva ha dirigido al caudillo, enviándosela inmediatamente a Lázaro Gadea en el Durazno, éste al general Lavalleja, y así llega a Balcarce, el que la envía por un chasque extraordinario al general Estanislao López:

Para que a su vista regle su conducta respecto al expresado Rivera. (Archivo Lavalleja. Acuse de recibo del Ministro de la Guerra J. R. Balcarce a la nota Nº 353, del 12 de mayo de 1828, del general Lavalleja, el 22 de mayo de 1828).

Pero López que conoce el origen y causas de estas intrigas, no la toma en cuenta en ningún momento.

ooOOoo

Llega el 25 de mayo, último, en que argentinos y orientales ven flamear unidos la bandera de Belgrano, a cuya sombra entonan juntos y por última vez, las estrofas del himno:

"Se oye el ruido de rotas cadenas....."

El relato que de este acto ha dejado Brito del Pino, es sumamente interesante.

" Al rayar el día —dice— se rompieron dianas por las " bandas y música de los cuerpos, y esta fué la primera señal " que anunció al ejército el cumpleaños de la patria.

" A esta misma hora marcharon los cuerpos del Norte " del pueblo, donde se hallaba ya una batería de artillería de " seis piezas, servida a caballo; los batallones de infantería for- " maron en columna cerrada con frente al Oriente: la artille- " ría a la derecha de ésta. La bandera del 1º de cazadores fué " colocada al frente de la columna en medio del cuadro de jefes " y oficiales, presididos por S. E. el señor General en Jefe " y el señor General de Infantería. Se canto enseguida la can- " ción nacional y lo que sorprendió agradablemente a todos fué " que al empezar los disparos de artillería, la gran cerrazón se " disipó como si una cortina se hubiese desvanecido por el fue- " go del sol radiante y esplendoroso.

" Hubo bailes en la maroma, ejecutados con bastante " destreza por oficiales del ejército.

" Comparsas lujosamentes vestidas que bailaron en ta- " blados hechos al efecto, y después en casa de los generales y " particulares. Los soldados negros se reunieron por naciones " y bailaron las danzas de su país. El batallón 5º de peruanos " en su mayor parte dió una corrida de toros.

" A la noche un baile a nombre del ejército cuyas invi- " taciones fueron hechas por el Estado Mayor General. El sa- " lón estaba perfecta y vistosamente adornado: en el testero " las banderas Argentina, Chilena, Colombaina y Peruana, en- " trelazadas. El servicio y ambigú fué abundante y exquisito. " La reunión de señores y señoritas numerosa y actrativa por " su belleza y amabilidad".

En forma sencilla, pero bien elocuente, nos ha trasmitido el ayudante Brito del Pino, la forma como las autoridades, la sociedad melense y el ejército, conmemoraron el 18 aniversario del nacimiento de un gran pueblo, en la lejana villa de Melo, en el Cerro Largo, frente al enemigo; y es muy grato y amable apreciar, que con la solemnidad y majestad de los actos oficiales, se confundió el sano esparcimiento de los hombres de todas las clases que intervenían en la lucha.

Los morenos, legítimos africanos, contribuyeron con el lujo multicolor de sus improvisados trajes y brillantes adornos, bailando sus danzas nativas, con nostálgico recuerdo de su añorada libertad en su lejana tierra; libertad por la que lucharon en esta América que los adoptó y a la que contribuyeron generosamente, pagando muy largamente el tributo de sangre.

Los peruanos, diestros en el toreo, rivalizaron en gracia y valor en ese arte, que aprendieran de sus mayores que vinieron en pos de Pizarro; y el criollo, lució la viril vivacidad de sus danzas al rítmico y apresurado latido de las guitarras; girando, avanzando o elevándose ágil y esbelto, pleno de indómita y desafiante gallardía, agregando al compás cada vez más febril, el arpegio metálico de sus lujosas nazarenas. Sus flexibles piernas describen, con elegante dignidad, figuras de complicada destreza, para rematar con felina elasticidad y ritmo ya más grave, en movimientos amplios, glaciles, casi etéreos, con varonil belleza, como un triunfal canto de victoria: o se escuchan los dulces acordes de un pericón, donde se interponen a las armónicas complicaciones de la danza, la agudeza del ingenio, expresada en versos; o la clara voz de un payador, romántico trovero de nuestros campos, ensayando un himno al valor y virtudes de los héroes.

En el baile oficial el comentario obligado, son los sucesos del día. Aún no se nombra a Rivera, por que su azaña no es conocida. Recién se sabrá pocos días después.

ooOOoo

El Gobernador de Santa Fé, general don Estanislao López, ha cruzado el Paraná pero el 26 de mayo aún se encontraba en las inmediaciones de la capital de Entre Ríos, donde es estrechamente controlado por el celoso Gobernador de esta provincia, don León Solas. (Archivo Lavalleja. — Carta de don León Solas al general Lavalleja, del 26 de mayo de 1828, desde Paraná).

López lleva 700 hombres, de los que 300 son reclutas cordobeses:

"Tan bisoños, que hasta ahora aún no se les han pues-" to las armas en la mano. Una gran parte de sus oficiales son "paisanos, que han tomado partido para salir de manera que "puede decirse que van a disciplinarse frente al enemigo".

Según le dice López a Lavalleja, desde la ensenada de Punta Gorda, al Sur de la villa de Paraná, lugar de reunión de sus fuerzas. (Archivo Lavalleja. — Carta del general López al general Lavalleja, del 28 de mayo desde la ensenada de Punta Gorda).

Poco después cruzando la provincia de Entre Ríos, se orienta hacia el Este, hasta alcanzar las márgenes del Uruguay; zona más hospitalaria, desde donde toma decididamente rumbo al Norte. Durante la travesía de ésta provincia, sus fuerzas se verán mermadas considerablemente por la deserción, que reducirá a la mitad el efectivo inicial.

Esa clase de gente, no fué la que ambicionó Rivera para llevar a feliz término su empresa. Quería si el aporte provincial, pero de fuerzas organizadas e instruídas, para poder tirarse a fondo desde un primer momento contra las aguerridas unidades brasileñas; por que había proyectado una operación regular con fuerzas bien regladas.

La misma caballada de López es bastante mala; cuando alcanza Itaqui, de los 1.200 caballos que conducía, le quedaban muy pocos en buenas condiciones; los mejores se los habían llevado los desertores.

ooOOoo

Posolo llega el 26 de marzo a Gualeguaychú, desde donde rápidamente se esparce a las comarcas cercanas la noticia del triunfo de Rivera. El cura párroco de Uruguay hecha a vuelo las campanas; y en Santa Fé, don Francisco Castañeda, cura y periodista revolucionario, enemigo hasta entonces de Rivera, acelera afanoso la marcha de la primitiva y crugiente imprenta, para proclamar al caudillo, heroe de América.

Don Martiniano Vera, recien a los dos días puede disponer de tiempo para escribir a Dorrego desde Gualeguaychú:

" Este pueblo todo, ha estado loco desde el momento que " llegó el parte de la toma de los siete pueblos de Misiones por " el general Rivera.

" Loco el cura, loco el comandante, y el que lo escribe aún " lo está; en fin, esto es imponderable. Las jóvenes todas hasta " pícaras se habían puesto en la bulla. Don Antonio Aguiar y su " familia ya Ud. se puede figurar: hubo banda, iluminación, " baile y el bando con todas las milicias que casualmente se " hallaban en el pueblo. Esto ha sido una loquería". (Palomeque. — Misiones).

Está plenamente justificado ese desahogo del pueblo; por que el pueblo necesitaba una satisfacción que compensase en parte sus inquietudes e ingentes sacrificios ; y Rivera se la brinda, y como después de Rincón y Sarandí, las villas que en el tránsito encuentra el capitán Posolo, despojándose de la pesades de sus angustias y preocupaciones, festejan alborozadas los nuevos triunfos que se acaban de conseguir por las armas orientales.

Gualeguaychú no olvida, que a pesar de Manuel Lavalleja, de Contreras y de Urquiza, fué de allí mismo que salió la gloriosa expedición y que allí mismo también, el capitán don Gregorio Salado, organizó el núcleo original de la magnífica empresa, que ahora aplauden delirantes.

El ruido de los festejos de Gualeguaychú se comunica velozmente a la vecina villa del Arroyo de la China, donde también redoblan las campanas, cuyo eco, pasando el dilatado Uruguay, llega a Paysandú y se expande en la extensión de los campos de la Banda Oriental, y algo de ese eco llega al Durazno donde el exéptico José Vidal, que acompaña a Lavalleja en su rencor contra Rivera, escribe:

" Según las cartas de Buenos Aires y las noticias que aquí corren, López debe estar muy avanzado en su marcha. **" También corre la de que Rivera ha tomado a San Borja, pero no tengo para creer esta noticia".** (Archivo Lavalleja. — Carta del Diputado don José Vidal al general Lavalleja, del 30 de mayo de 1828, desde el Durazno).

Poco después llegará al Durazno la confirmación oficial del triunfo de Rivera, y esta villa se asocia al homenaje que los pueblos tributan al vencedor de Misiones, como lo ha reseñado San Vicente en esta breves líneas:

" 12 de junio de 1828.

" Supongo que ya sabrán Uds. los sucesos de don Frutos " sin embargo van los partes por si no los tienen; amigo yo salí " con la mía, el clasificado traidor ha demostrado con hechos de " importancia que no lo es.

" Que prodigios de conducta! ¡Que decisión la de los bra- " vos que lo acompañaron! Y que traginados estarán los con- " trarios, aquí hay mucho contento, luminarias, etc., no la hi- " cieron algunos como debían a causa de no se que considera- " ciones del diablo pero estamos seguros que en la provincia se " tomará con más entusiasmo.

" San Vicente".

(Archivo de Gabriel Antonio Pereira.)

La comunicación de Vidal es el primer informe que recibe Lavalleja sobre la azaña de Rivera, al que creía destrozado o incapacitado para realizar la reconquista de ese mara-

villoso territorio. ¿Que pensamientos abruman su cabeza? ¿Cuales los impulso de su corazón? Manuel ha fracasado, como también Oribe. Pero el cifraba todas sus esperanzas en su hermano! De Oribe dudaba ....
Ya vendrán informes más veraces que lo saquen de esa duda que lo atormenta.

oooOOooo

José Augusto Posolo ha llegado a Buenos Aires el 2 de junio, y el mismo día hace entrega de las comunicaciones oficiales al Gobierno. La noticia es sensacional, y Balcarce que es el más empecinado en su inclinación contra el caudillo, no puede evitar que el pueblo al enterarse del acontecimiento, lo festeje ruidosamente. Las iglesias tocan a rebato hechando a vuelo las campanas, y el pueblo en masa corre del Fuerte al Cabildo. La alegría se contagia y las más rumbosas y patricias casas porteñas, se adhieren al entusiasmo que ahoga a los elementos del Gobierno; los que al fin, hacen causa común con el pueblo, en esa extraordinaria explosión de sentimientos patrióticos.

Es el único triunfo que ha obtenido el Gobierno Federal de Dorrego, y éste no le ha costado nada, absolutamente nada; conquistándolo un general al que se le ha perseguido por traidor y ordenado su total exterminio.

Posolo lleva además dos estandartes imperiales; pero a uno de ellos Rivera lo ha dividido en cuatro partes, que ofrece como recuerdo de gratitud a sus amigos Pascual Costa, Julián de Gregorio Espinosa, Agustin Almeida y el presbítero Sánchez.

oooOOooo

Ante la realidad de los hechos y el entusiasmo popular que conmueve a la capital, la conducta del Gobierno cambia radicalmente con respecto a Rivera.

¡Se ha cumplido la predicción que Dorrego hiciera poco antes a Puyrredon y Pascual Costa! Rivera con sus propios y escasos recursos se apoderó de Misiones, siendo en vano la tenaz persecución de que fuera objeto, por que el caudillo supo eludir con inteligencia, valor y astucia, el círculo de hierro de Oribe, López Chico y Alencastre.

Ha culminado su brillante concepción y es dueño de un vastísimo territorio y de sus ingentes recursos.

Dorrego vuelve a ser para Rivera, el mismo amigo de aquellas horas en que solamente aspirase a derrocar el Gobierno Unitario de Rivadavia; escribiendo el 4 de junio, apenas dos días después de la llegada de Posolo:

"Mi apreciable amigo: la atrevida y brillante empresa " que acaba Ud. de ejecutar ocupando los pueblos de las Misio- " nes Orientales; a la par de ser un suceso de la mayor impor- " tancia, que obliga al Emperador a desistir de su pretención

" de titularse señor de un territorio usurpado, lo colma a Ud. " de gloria: habiendo llenado de júbilo a este pueblo desde el " momento en que la salvas de artillería y repiques lo publicaron yo como hombre público y como particular lo felicito a " Ud. del modo más sincero, y a la división de su mando; y espero que así se lo hará entender a mi nombre.

" Por conducto del señor López se le manda a Ud. el nombramiento de Segundo General del Ejército del Norte y no dudo que tendrá a bien aceptar este nombramiento. Unido todo " ese ejército se hallan Uds. en actitud de amagar hasta Puerto Alegre, lo que desearía es, que si le es dable ocupe inmediatamente el Río Pardo, que por la ocupación de dicho punto, hará indudablemente que el general Lecor o se mueva o " destaque su caballería y en uno y otro caso podrá ser obligado a dar una acción general, si nuestro futuro llegase hasta ese extremo. Ud. conoce que la suerte de esta contienda " cambiaría, no siendo dificultoso hacerles adoptar un Gobierno que éllos mismos se nombrasen.

" He oído detenidamente a su ayudante de Ud. y su relato me ha llenado de satisfacción, la bandera que él condujo " ha sido colocada en la Catedral. El le llevará a Ud. todo cuanto me ha pedido, varias letras firmadas por Ud. que existían " en esta sin ser cubiertas por los particulares contra quien las " remitió, van a ser inmediatamente pagadas por éste Gobierno.

" Si algún oficial existiese a sus órdenes sin despachos, " y a quien no se le remite el ascenso con que este Gobierno ha " tenido a bien premiarlos, espero que Ud. me lo comunicará en " la primera oportunidad; lo mismo que cualquier otras cosas " que necesitase. Deseo continúe Ud. con igual prosperidad, este su afectisimo amigo:

" Q. B. S. M.
" Manuel Dorrego.

" Reservado.

" P. D. — Tenga Ud. en vista mi idea sobre el Paraguay " de que hable a Ud. y diga lo que podría hacer contra el tirano " Francia. (Palomeque. — Misiones. — Carta de Dorrego al general Rivera, del 4 de junio de 1828).

Posolo retorna de inmediato con ésta y otras cartas, llevando además los despachos de los ascensos de los oficiales que acompañaron a Rivera y que con su jefe fueron perseguidos para ser fusilados por anarquistas y traidores. Al fin serán equiparados a sus viejos compañeros del Ejército de Operaciones; como los Oribe, los Lavalleja, los Zufriategui, Servando Gómez, Leonardo Olivera y otros que ya ostentan el empleo de coronel con que justamente fueron premiados.

Por un chasque extraordinario se le remite al general Estanislao López que viaja con su fuerza muy lentamente por Entre Ríos, el nombramiento de Rivera como segundo comandante del Ejército del Norte; nombramiento que el caudillo rechazara, por que no lo necesita.

Dorrego le pide que progrese hasta el Río Pardo, río que Rivera piensa controlar en parte con sus avanzadas; pero no podrá ir más allá, por que en las circunstancias en que se encuentra, no posée medios para realizarlo.

Como se ha podido apreciar en la carta antes inserta, se le dice al caudillo que el Gobierno pagará sus deudas. Sí, pero lo hará con dinero del propio Rivera, cuyos sueldos de general nunca le fueron devengados, permitiéndose además el saqueo de sus propiedades, que lo eran también de su familia.

Por último, se le llama la atención sobre el Paraguay, de lo que es indudable que han conversado, pero en lo que Rivera no tiene interes. Lo que persigue Dorrego con esta insinuación es alejarlo de Lavalleja, cuyas aspiraciones y espíritu conoce; pero a Rivera lo que le interesa y obsesiona, es la felicidad de su pueblo y de su tierra, que es por lo que está luchando; el Paraguay nunca estuvo en sus planes.

El Ministro Balcarce comunica a Lavalleja oficialmente, la extraordinaria azaña del caudillo, y para justificar la adhesión del Gobierno a los festejos del resonante triunfo, le dice:

" **El Gobierno de acuerdo con la opinión pública, mani-**
" **festada hasta el entusiasmo por suceso tan importante, lo ha**
" **hecho solemnizar como corresponde,** no solo por las ventajas
" materiales, adquiridas en la restauración de dicho territorio,
" sino también por los bienes morales que debe producir en be-
" neficio de la causa común".

Y luego agrega falseando la verdad:

"La expedición del Norte lleva ya diez días de su sali-
" da de Santa Fé: y unida a élla la fuerza del general Rivera,
" **de quien se sabe se ha puesto voluntariamente a las órdenes**
" **del citado señor López".**

Esto último será un sedativo, que amortiguará los trágicos celos de Lavalleja, para con su compadre Rivera.

Ya las comunicaciones de Balcarse dicen correctamente: "General Rivera". Antes solo era Brigadier o caudillo Ribero; tono y expresiones que alagaban a Lavalleja, por que lucían el título con que lo habían condecorado los portugueses, olvidando que a él le dieron el de coronel del Imperio.

Al salir Posolo de Misiones ignoraba éste los sucesos por los que Oribe se ve obligado a retirarse definitivamente de la región, por lo que también lo ignora el Gobierno de Buenos Aires y el mismo Lavalleja; ya que Balcarce en esta nota, no ordena como correspondería, sino que vuelve a insinuar tími-

damente, que Oribe debiera engrosar el Ejército de Operaciones o retornar frente a Montevideo, en el temor, de que el contacto entre Rivera y Oribe resultase fatal; extendiéndose después sobre la futura perspectiva de los ejércitos y el deseo de que se consolide la concordia entre los jefes orientales.
" Festejando dignamente el triunfo de las armas de la Repú-
" blica". (Archivo Lavalleja. — Comunicación del Ministro de la Guerra J. R. Balcarce al general Lavalleja, del 3 de junio de 1828).

No; no se celebrará en el Ejército de Operaciones tan magno acontecimiento. Solo se hará conocer en la Orden del Ejército, en forma ambigua, sin disponerse ninguna clase de homenajes; y mientras Lavalleja mantiene casi en reserva la comunicación del Ministro de la Guerra, contesta también reservadamente por intermedio de su secretario Revillo, diciendo entre otras cosas, que,

" Mientras la conducta criminosa de don Fructuoso Ri-
" vera dió lugar a las disposiciones del Gobierno para su per-
" secución, el infrascripto que no tiene otra tendencia que la
" salvación de la patria, tomó todas las medidas rigurosas para su destrucción". (Archivo Mitre. — Revista Histórica. — Comunicación Nº 382 del general Lavalleja al Ministro de la Guerra Balcarce, del 14 de junio de 1828).

¡Como! Resulta ahora que el Gobierno es el responsable de la persecución de que ha sido objeto Rivera? Lavalleja rechazó por inconveniente el plan del caudillo, de operar contra el ejército enemigo desde Misiones Orientales, y rechazó poco después la participación de Rivera, en cualquier condición, en la expedición del Norte. Lo acusó de portugués incompetente; y luego, cuando el caudillo llegó al Durazno para abrirle de nuevo su noble corazón, solicitando hasta con humildad un lugar en la lucha, Lavalleja pretendió entretenerlo con falsas garantías, para disponer por otra vía su total exterminio. ¡Ahora es el Gobierno el responsable! Sí; hasta cierto punto tiene razón Lavalleja, por que el Gobierno fué incapaz de contenerlo en su personalísimo afán y en su injustificado celo.

Para todo interpone la salvación de la patria, y no hay balanza que pueda medir los méritos de ambos; y si la hubiera, las glorias que ya en ese momento detenta Rivera son tan grandes, que no desmerecen ante la de ninguna figura rioplatense.

El 15 de junio Lavalleja ordena a Oribe, que con sus fuerzas se dirija a las puntas de Santa María, donde se constituirá en el importante rol de destacamento de enlace con el Ejército del Norte. (Diario del ayudante Brito del Pino. — Comunicación del general Lavalleja al Coronel Oribe, del 15 de junio de 1828.)

Aquí Lavalleja es sincero; comprendiendo la necesidad de la materialización del enlace, lo quiere realizar, para poder así encarar futuras operaciones militares, en las que piensa emular a su compadre. Al mismo tiempo dispone la movilización general de las milicias, con el fin de abrir la campaña ininmediatamente; pero la llegada de su hermano lo hace cambiar de idea, al conocer el fracaso y la verdadera situación de la fuerza de Oribe; por lo que rectificándose de su anterior resolución, le ordena que se restituya al sitio de Montevideo y su hermano Manuel volverá a Paysandú a proseguir en su rol de observación del caudillo. (Archivo Mitre. Revista Histórica. — Comunicación del general Lavalleja al coronel Oribe, del 18 de junio de 1828.)

oooOOooo

El 13 de junio, don Lucas Obes entusiasmado, remite a Rivera 150 corazas y el aplauso admirativo de sus amigos; y tres días después, Estanislao López profundamente entusiasmado le escribe:

" Este extraordinario acontecimiento, a más de propor- " cionar a la patria un día de gloria, hace aparecer a Ud. a los " ojos de los pueblos, como que es el amor de élla, bajo una dig- " na expectación, valiéndole por lo mismo un doble triunfo al " respecto de sus enemigos, que no podrán menos de confesar su " error en figurarse lo que no había. Con que vea Ud. mi ami- " go si en fuerza de la sinceridad con que lo amo, tendré en to- " do motivo de llenarme de gozo". (Palomeque. — Carta del general López al general Rivera, del 16 de junio de 1828.)

No se puede dudar sobre la sinceridad de los sentimientos manifestados por López y la fuerza de sus convicciones. No en valde ha sido el protector de Rivera durante casi un año, confiándole como Zapata, misiones distinguidas. El éxito del caudillo lo siente como propio, y es indudable que ha tenido indirectamente, una parte importante en la feliz solución alcanzada.

El jefe del Estado Mayor del Ejército de Operaciones, general don José María Paz, es bien expresivo y decididamente contrario al espíritu calumnioso con que se ha perseguido a su amigo, y así se lo escribe al enterarse de los acontecimientos de Misiones.

" Cerro Largo, Junio 18 de 1828.

" Mi estimado general y amigo: sin embargo de hallar- " me indispuesto no quiero perder la ocasión que se me presen- " ta de saludarlo y felicitarlo por los triunfos que ha conse- " guido sobre los enemigos de la libertad.

" Ellos al paso que le han adquirido una gloria duradera, " **han tapado la boca a sus enemigos. Ha triunfado Ud. dos ve- " ces.** Que la fortuna lo acompañe siempre, y que el orden, de-

" cencia y conducta tan digna que han observado esas tropas,
" contribuyan a hacer resaltar sus sucesos. Por fin llego ayer
" aquí don Manuel Lavalleja y aunque no lo he visto, se que
" asegura la retirada de Oribe. **Nunca dude del éxito que debía**
" **tener tan descabellada persecución, más temblábamos que se**
" **derramase una sola gota de sangre de hermanos, cuando tene-**
" **mos a la vista enemigos a quienes combatir.** Esto era tanto más
" sencible cuanto hubiera sido poco honroso presentar a los pue-
" blos recientemente libertados el escándalo de una guerra civil.
" **Además era servir al Emperador positivamente obligar a Ud. a**
" **no aprovechar las ventajas que tiene Ud. adquirida sobre sus**
" **tropas. Tampoco se ignora la generosidad con que ha tratado**
" **Ud. a sus encarnizados perseguidores. Esto en mi opinión va-**
" **le mucho; permítame que lo felicite otra vez.**

" Concluyo asegurándole que sus triunfos han sido gene-
" ralmente celebrados; yo le aseguro también que el ejército ha
" tenido también un buen día y que en su totalidad, participa
" de los sentimientos que le he manifestado. Su amigo el ge-
" neral Laguna, sin duda le dirá lo mismo". (Palomeque. — Mi-
" siones. — Carta del general Paz al general Rivera).

Paz aplaude el triunfo del caudillo y aplaude la generosidad que éste tuvo para con Oribe. El lo hubiera reducido y sometido a un Consejo de Guerra; Rivera en cambio lo deja ir, para elevar después los antecedentes a Dorrego, sabiendo de antemano que no tendrá andamiento su justa reclamación.

Como se ha visto, el jefe del Estado Mayor critica la conducta del General en Jefe; y como Paz pensaban la gran mayoría de los jefes del ejército.

El general don Julián Laguna, enfermo, se ha instalado en el Durazno, que desde el golpe de estado de setiembre en capital de la provincia, y desde allí escribe a Rivera este honrado y valiente patriota, cuyo nombre ha invocado indebidamente Lavalleja, involucrándolo en sus intrigas.

Laguna en su carta vierte la opinión de los jefes orientales, así como Paz lo ha hecho en representación de sus paisanos, con los que está profundamente indentificado moral y materialmente.

El general Laguna dice:

" Predilecto amigo: lleno de la mayor satisfacción tomo
" la pluma para darle mis parabienes por el feliz suceso que su
" honor (injustamente oscurecido) le ha proporcionado: el júbilo
" ha sido general, tanto en el ejército, cuanto entre los habi-
" tantes de la provincia, así es que por el espíritu de la que le
" incluyo de nuestro amigo el general Paz, podrá Ud. formar
" las ideas más lisonjeras de los buenos designios que nos asis-
" ten.

" Acabo de llegar del ejército algo enfermo y pienso per-

" manecer en esta su casa todo el invierno; mi amistad, facul-
" tades y cuanto me considere útil, sin reserva podrá Ud. dis-
" poner, pues me sería satisfactoria toda ocasión que me pro-
" porcione con traerme en su obsequio.

" Desearía continúe la fortuna siendole propicia eterna-
" mente y que disponga del afecto de éste su más verdadero amigo". (Palomeque. — Misiones).

Laguna nunca dudó de la inocencia de Rivera, y este documento así lo manifiesta, al condenar a los detractores. Trasmite además sus impresiones sobre el júbilo que anima al ejército y a los habitantes de la campaña que termina de recorrer, júbilo que nace del conocimiento de la extraordinaria azaña. Laguna es la mejor y más genuina representación de esos paisanos que aplauden entusiastas a su caudillo.

En el Durazno hay un hombre, cuyo noble corazón rebosa de gozo; y este es el benemérito Gobernador Delegado de la Provincia Oriental, don Luis Eduardo Pérez, que ostenta la justa satisfacción de haber defendido al caudillo contra todos; contra Dorrego, contra Balcarce, contra Lavalleja y contra Oribe, y que en el triunfo de Misiones hay algo de su ilustre personalidad, al haber contribuído poderosamente en la conservación de Rivera y sus reducidas fuerzas iniciales.

El general Tomás Guido le escribe a Rivera:

" Arrancar la máscara del error y presentar en triunfo
" los trofeos de un patriotismo sano, es el orgullo del honor y la
" complacencia de los amigos de Ud". (Palomeque. — Misiones).

En Buenos Aires la adhesión a Rivera es general; lo más representativo y destacado de la sociedad, aclaman al vencedor de Misiones. Así se lo trasmite don Julián de Gregorio Espinosa:

" El Dean Funes, Almirante Brown, Indalecio Oroñi,
" Tomasa Escalada y su hijo Mariano, Juan Ramón Balcarce,
" Manuel Rojas, Julio Pino, la madre del general Paz, León Ro-
" sas, Ignacio Alvarez, Braulio Costa y su hermano Pascual, la
" señora de Dorrego, Saturnino González. Buenos Aires vivió
" días de gloria". (Palomeque. — Misiones).

oooOOooo

Es pocos días después que conoce Dorrego la verdadera y real situación de Oribe, por intermedio de don Ignacio Vera, el que se la hace conocer desde Gualeguaychú, por lo que aquel escribe a Rivera el día 20 de junio:

" Don José Ignacio Vera me ha sacado de la ansiedad en
" que estaba por la conducta contraria y tenaz de Oribe. Feliz-
" mente las cosas han terminado sin los fatales resultados que
" eran de temerse, debido indudablemente a la prudencia de Ud.
" Tenga Ud. la bondad de dar las más expresivas gracias a

" nombre mío al comandante de las fuerzas correntinas por el " modo en que se ha comportado, no secundando la tenacidad " de Oribe. A la fecha supongo al señor López unido a Ud. y " de consiguiente en actitud de emprender sobre el Río Pardo " pues a mi juicio la ocupación de dicho punto hará moverse al " general Lecor, o al menos que desprenda alguna fuerza del " ejército.

" Oficialmente se le aprueba la conducta que ha obser- " vado con respecto a la comunicación que le dirigió el general " Lecor. Las intrigas de este viejo prueban lo débil que se halla " y por lo tanto es necesario apretarlo ahora más que nunca " pues el Emperador no cederá sino a la fuerza y cuanto más " ventajosa sea nuestra posición, tanto mejor será la paz que " se haga.

" Recomiendo a Ud. a don Ignacio para que le propor- " cione algún ganado del perteneciente a los que han emigra- " do, pues a más del servicio que acaba de prestar ahora, es " digno de consideración por los que ya tiene prestados a la " causa del país". (Palomeque. Misiones).

Rivera recibe esta carta y recuerda muy bien, que Oribe no fué el único culpable de la tenáz persecución de que fué objeto, y que tanto pareciera conmover a Dorrego; pués sabe muy bien la parte importante que éste último ha tenido en esos hechos, casi trágicos, que ha vivido, y de los que ha escapado con vida por que sus amigos evitaron que sucumbiese en la trampa que se le había tendido, precisamente, por orden del gobernante y su Ministro. Rivera lée detenidamente esta carta y con sonrisa socarrona anota al margen:

" Yo creo que Ud. y Lavalleja piensan que soy un zonzo. " Haga Ud. el favor de no embromarme".

Oribe era un alto jefe y ocupaba un alto cargo de suma responsabilidad, para ignorar el atentado que realizaba; en consecuencia es culpable; pero la culpabilidad deben también compartirla Dorrego, Balcarce y Lavalleja, que impartieron terminantes órdenes para el exterminio total de Rivera y sus hombres; y luego, el último lo ha estimulado con el ofrecimiento de la ocupación de las Misiones, contrariando expresamente los solemnes compromisos de Dorrego y para cuya misión Oribe no estaba preparado desde que no poseía la imprescindible información, ni los medios de que dispuso Rivera, presentándose en las inmediaciones de Itú, con sus fuerzas casi a pié; y en esas condiciones su triunfo hubiera sido muy difícil.

Oribe fué el instrumento que utilizó Lavalleja para satisfacer su rencoroso celo, y en el cumplimiento de lo ordenado por el General en Jefe, se excede y se identifica con éste.

El 20 de junio, el general López, sufriendo infinitas penurias alcanza Mandisoví Chico, al Norte de Entre Ríos, recla-

mando de Lavalleja el auxilio de ganado para consumo, ya que la falta de ésto, lo imposibilita de continuar la marcha, que de por sí es muy lenta. (Archivo Lavalleja. — Carta del general López al general Lavalleja).

El 22 ha sido alcanzado por el extraordinario de Dorrego y en consecuencia escribe a Rivera adelantando un chasque:

" Adjunto a Ud. también los despachos que me ha remi-
" tido el Gobierno, encargado de la guerra, nombrándolo para
" segundo jefe de la expedición. Si Ud. como no dudo acepta
" este encargo, yo tendré la gloria de militar con un amigo a
" quien he consagrado todo mi cariño". (Palomeque. — Misiones).

Rivera contesta a su benefactor digna y serenamente.

" Cuartel General en Itaquí, 6 de Julio de 1828.

" Los despachos de Segundo Jefe de la expedición del
" Norte que V. E. se ha dignado incluirme en su estimable no-
" ta de fecha 22 del pasado, que tube el honor de contestar se-
" paradamente, se hallan en mi poder, y aunque aprecio en el
" más alto grado la distinción que el Gobierno encargado de la
" dirección de la guerra ha querido hacerme, no permiten mis
" actuales circunstancias, mi honor y mi delicadeza el que los
" acepte.

" Ninguno mejor que V. E. sabe los justos motivos que
" tengo para no aceptar tal nombramiento. Aún existe en mi
" poder la comunicación original que V. E. me dirigió al Entre
" Ríos, por la que me avisaba que el Gobierno le había ordena-
" do que no me admitiese, ni me diese ninguna clase de colo-
" cación en su ejército, y supe posteriormente que se le encar-
" gaba mi persecución a todo trance.

" Toda la República está llena de las notas del Ministe-
" rio de la Guerra de ese mismo Gobierno, dirigidas al coman-
" dante don Manuel Oribe para el mismo objeto.

" En todas éllas se dejan ver las terribles palabras de
" traidor Fructuoso Rivera; y después de todo esto, quiere V. E.
" que yo renunciando hasta a los más nobles sentimientos del
" honor y de la dignidad del hombre, reciba un destino tan ele-
" vado en el mismo ejército en que me negó colocación, aún en
" clase de soldado raso? Yo reclamo aquí la atención de V. E. y
" que, escuchando la voz de su corazón en el silencio de las pa-
" siones que suelen ofuscar el entendimiento humano, diga con
" la franqueza propia de su carácter, si son justos y justísimos
" los motivos en que me apoyo para no admitir el referido nom-
" bramiento.

" Yo no se Exmo. señor, hasta cuando se quiere apurar
" mi constancia y sufrimiento. Diez y ocho años de contínuos
" sacrificios y fatigas habían bastado para convencer al mundo
" entero de mi firme adhesión a los sagrados intereses de mi pa-

" tria, pero éllos han servido solamente para hacerme sentir to-
" da clase de males, sin que hasta ahora se halla podido arri-
" bar al objeto de mis insesantes desvelos:

" Olvidado hasta enteramente de mi mismo he servido
" solo para la patria. Su dicha y su engrandecimiento han sido
" el móvil de todas mis acciones y cuando la perfidia política
" de estos tiempos de calamidad pública me ha perseguido sin
" cesar, yo he marchado por el sendero del honor y de la glo-
" ria, dejando atrás mezquinas ideas, preocupaciones vulgares,
" y todos aquellos sentimientos innobles que manchan y sirven
" de lunar a las acciones honorables del hombre público.

" Pero: ¡Qué desgracia! Mientras que los verdaderos hi-
" jos de la patria hacen callar todas sus pasiones en presencia
" de los males que la afligen, no faltan seres desgraciados que,
" olvidando su primer deber, le abren profundas heridas y de-
" rraman sin cesar sobre la tierra de los libres, la simiente fe-
" cunda de la discordia, auxiliando por este medio los esfuer-
" zos que hacen las miserables reliquias de los ejércitos de este
" trono tambaleante ....
....

" Por estas consideraciones, que a mi juicio son de grave
" peso, ni es prudente esperarlo todo del Gobierno, ni estar ciega-
" mente sujeto a sus mandatos, y en aquel estado de inacción
" que manda decir el primer magistrado, pues sería muy pro-
" bable que los enemigos personales se aprovechasen de esta
" circunstancia, para descargar el último golpe sobre sus riva-
" les sin que la autoridad de un Gobierno que ellos desprecian
" pueda servir de obstáculo. Esto mismo ha visto V. E. prac-
" ticar a Oribe, quien aprovechandose de nuestra inocente con-
" fianza y de las atenciones que teníamos al frente del enemi-
" go común, invadió esta provincia trayendo la desolación y
" la muerte contra los bravos que acaban de dar a la patria
" un día de gloria, mejorando sensiblemente el estado militar
" y político de la República.

" En vano tuvo repetidas órdenes del Gobierno Nacio-
" nal para dejarme de perseguir. Todas fueron despreciadas
" por él.

" De todo esto resulta el que yo no me haya resignado
" a admitir destino alguno en el ejército que manda V. E. has-
" ta que el Gobierno me haga la justicia que merece mi pa-
" triotismo, y que se me dé una satisfacción pública de la atroz
calumnia que se me levantó declarándome traidor a la patria.
" Así mismo espero que el coronel Oribe será juzgado por el
" atroz asesinato que ha cometido con los chasques que mandé
" de la Cruz Alta a los Gobiernos de las provincias, por la in-
" tercepción de toda la correspondencia Oficial y particular y
" por haber desobedecido al Gobierno e invadido alevosamente
" esta provincia promoviendo la guerra civil.

" Obrando el Gobierno en este sentido, yo me presta-
" ré gustoso a recibir el destino que se me diera, aún cuando
" pudiese mortificar mi amor propio; pero desde ahora pro-
" testo sacrificarlo todo en llegando este caso a la subordi-
" nación que debemos prestar a la primera autoridad de la Re-
" pública. Sin embargo de todo lo expuesto, V. E. debe estar
" seguro de que todos los recursos de que es capaz esta pro-
" vincia estarán a su disposición luego que arribe a élla. Yo mis-
" mo propenderé con mi persona, mi poder y mi influjo, a que
" V. E. se corone de gloria, no teniendo la menor cosa que me
" embarace para acompañarlo como un amigo compatriota a
" cualquier punto del territorio enemigo a que quiera llevar las
" armas de la patria.

" Estos son mis verdaderos sentimientos; con éllos pue-
" de contar V. E., recibiendo las protestas de mi distinguido
" aprecio y la particular consideración". I. de María. — Compendio. — Comunicación del general Rivera al general López, del 6 de julio de 1828, desde Itaquí).

Lo que exige o pide Rivera es bien justo, y esta hecho con un sentido de elevación moral sin precedentes. Su voz es claramente acusadora contra el o los causantes de tantos males y desgracias; pidiendo además que se arranquen de los muros de los pueblos el infamante decreto de traidor que pregonasen sus implacables enemigos políticos y personales, persiguiendo fines inescrupulosos.

Pero ésto será inútil; su protesta llegará a las autoridades, las que como siempre y por su propia debilidad, nada resolverán. A mala puerta ha llamado el caudillo; lo colmarán de honores y halagos, pero su voz que reclama imperiosamente justicia, no será escuchada, apesar de ser el único general que brinda un magistral triunfo a ese Gobierno Federal de reparación, y al que tanto ha apoyado entusiasta y desinteresadamente con su pensamiento y acción, inspirado siempre en los altos destinos de la patria.

López recibe esa comunicación, y nada le cuesta comprender las poderosas razones de su amigo, al que apoyará en todo sentido. Pocos días después llega con sus raleadas fuerzas a Itaquí, y los dos generales se unen en un sincero y fuerte abrazo.

López queda asombrado del éxito y los progresos de Rivera, quién ya tiene en instrucción un numeroso contingente. No exige a su amigo que ocupe el cargo que Dorrego le ofrece, por que comprende que el caudillo es ya de por sí, el General en Jefe de una fuerza muy superior a la suya y es dueño absoluto de un vastísimo territorio que sus partidas controlan en todas direcciones; en consecuencia acepta que los dos dirijan esa fuerza y serán por el breve tiempo que éste permanece en Itaquí:

"Los Generales del Ejército del Norte".

Rivera firmará después por el ser el menos antiguo.

Se repite así el caso de la dirección de las fuerzas orientales después del transcedental abrazo de Monzon, en que Rivera y Lavalleja presidían las operaciones, firmando las comunicaciones por igual; Rivera primero por ser general.

Así permanecerán las cosas, hasta que López considerando que no tiene nada que hacer en Misiones, o quizás alarmado por los acontecimientos políticos de Buenos Aires, regresa apresuradamente a su provincia el 24 de setiembre.

oooOOooo

Rivera pide a los gobiernos de las provincias de Entre Ríos y Corrientes su cooperación en fuerzas a lo que éstos se oponen decididamente.

Dorrego, en cambio, dispone que Rivera sea reforzado con un escuadrón de artillería del Ejército de Operaciones, escuadrón integrado por las compañías de los capitanes Martiniano Chilavert y José María Piran, los que actuarán bajo la dirección del teniente coronel don José María Farrer, distinguido artillero, que va desde Buenos Aires con un grupo numeroso de oficiales, viajando en una cañonera que los conduce hasta el Arroyo de la China; entre estos van el coronel don Eduardo Trolé y el capitán don Manuel Pueyrredón, los que tendrán una actuación destacadísima en Misiones. En la embarcación se ha permitido viajar hasta el puerto de destino. a un joven comerciante que no despierta la atención de los viajeros, el que con el tiempo llegará a ser el vencedor de India Muerta, Caseros y luego Presidente de la Nación Argentina; esta persona no es otra que el joven Justo José de Urquiza, el que en esa época no avisoraba otra posibilidad de futuro que el comercio, dedicándose al intercambio de productos entre su pueblo y la capital porteña, interviniendo a ratos en la política de su provincia, como hemos visto anteriormente.

Los oficiales que se dirigen a reforzar los cuadros del Ejército del Norte, desembarcan en el Arroyo de la China, continuando el viaje a caballo por la margen occidental del Uruguay, pasando por Curuzu Cuatiá,, Yapeyú en ruinas y La Cruz, cruzando el Uruguay frente a Itaquí, donde Rivera los recibe afectuosamente, pero con aire militar, según consigna Pueyrredón en sus memorias.

En Itú ya se encontraba el coronel don Manuel Escalada, desempeñando las funciones de jefe del Estado Mayor, donde se destaca por su actividad e inteligencia en la organización e instrucción de las fuerzas.

También se encontraban en el Ejército del Norte, el teniente coronel don Evaristo Carriegos, el que desde Entre Ríos corrió a unirse a su amigo el general Rivera, como el mayor don Bernabé Magariños, que oficiaba de secretario del general.

Desde Buenos Aires a Misiones se establece una corriente de militares y ciudadanos, llegando entre estos últimos el doctor don Lucas Obes, dilecto amigo y eficaz colaborador del caudillo; pero el general necesita urgentemente fuerzas regulares en que pueda fundar una necesaria confianza, para abrir operaciones de inmediato ,y no le dan esa confianza, la mayoría de elementos que se le han incorporado, con los que no puede estructurar una fuerza eficiente, ya que estos son misioneros, indios tapes o charrúas en una gran proporción. El número de orientales, santafecinos y cordobeses es reducido; los oficiales son intrépidos e inteligentes, pero ésto no es suficiente, ya que no confía en la lealtad de aquellos que han abandonado las banderas del Emperador y que en circunstancias adversas, también lo abandonarán a él.

Con el fin de conseguir nuevas fuerzas hace gestiones ante Solas y Ferré, y por una u otra circunstancia los dos se oponen a cederle tropas regulares.

López, como se ha visto, llega a Misiones muy retrasado, en la primera quincena de julio, después de haber sufrido una fuerte deserción en el tránsito, estimulada por elementos de Entre Ríos, y los pocos que llegan a Itaquí son tan reclutas como los misioneros, a excepción de un escuadrón del glorioso regimiento de Dragones de Santa Fé.

El general Lucio Mansilla, en Entre Ríos, donde aún tenía cierta influencia, desarrollaba una acción contraria al interés nacional, obstaculizando el envío de refuerzos, al punto de que promovió por intermedio de los señores Santa María y Cáceres un movimiento sedicioso en la Bajada del Paraná, destinado a detener, como efectivamente lo consiguió, la marcha hacia Misiones de un contingente a órdenes de don Blas Martinez. Santa María y Cáceres fueron detenidos acusados de promover esos desórdenes.

Todo esto hace que el Gobernador Solas vigile celosamente su posición de gobernante, y en consecuencia no se desprende de un solo soldado, distrayéndolos en mantener la estabilidad de las instituciones provinciales.

Ferré también las niega, aduciendo que tiene un pacto con Entre Ríos, a cuyo Gobierno consultará en virtud precisamente, no solo de ese pacto, sino que también de la amistad y buena correspondencia que debe existir entre esas provincias; por lo que Rivera le reprocha, con profunda razón, esta incomprensible conducta del Gobernador correntino, ya que había contribuído con fuerzas numerosas para que se le persiguiese a él, respondiendo al pedido que al respecto le hiciera Lavalleja.

Ferré le contesta a Rivera el 4 de julio, pretendiendo justificar aquella actitud, y entre otras consideraciones dice, que:

"Fué por último que me ratifique de que la citada ex-

"pedición (la de López), quedaba sin efecto a cuyo motivo me
" dispuse a franquear aquella al coronel Oribe a solicitud del
" general Lavalleja, quien me la pedía para igual objeto".

Agregando después:

"Ni menos la persecución de patriotas que verdadera-
" mente consultan y trabajan por el bien de su país sin más
" interés que libertarle del poder de los tiranos. En esta inte-
" ligencia puedo protestar a Ud. que cuantas veces se vea opri-
" mido, encontrará en esta provincia todo el asilo que merece
" y cuando las filas del común enemigo lo invadan, y se insi-
" nuen oportunamente, tampoco le faltarán fuerzas que lo au-
" xilien pues aunque se halla ordenado el regreso de las del
" teniente coronel López (Chico), siempre se conservarán en la
" frontera para aquel caso". (Palomeque. — Misiones).

Efectivamente, Ferré ha ordenado el regreso de la división correntina, y esta repasando el Uruguay, se declara neutral en la contienda internacional, dedicándose exclusivamente a vigilar las fronteras provinciales con un egoísmo inconcebible.

En cambio, la Sala de Representantes de Corrientes, es la que tiene un gallardo y patriótico gesto. Esos legítimos representantes del pueblo, marcaron rumbos a las demás legislaturas provinciales, disponiendo que fuesen destruídas las notas y decretos en que se acusaba de traidor al general Rivera; y notas y decretos de Rivadavia, Alvear, Soler, Rodríguez y Lavalleja fueron quemados en la plaza pública por mano de verdugo. Ferré aprueba esa decisión para satisfacción del pueblo correntino y del general Rivera, adelantándose en esa necesaria y justa reparación a las demás provincias.

Ferré además se inclina, por gestiones de Rivera, a reconocer los derechos de los pueblos de Misiones Occidentales los, que querían regir sus propios destinos de acuerdo con los principios de federación, y enviar diputados al Congreso que se reunirá en Santa Fé. Rivera, para conseguir este fin, hizo intervenir los buenos oficios de López y Solas; además el Gobernador correntino decreta el castigo de toda persona que moleste a los habitantes de Misiones, principalmente a los que saqueaban y realizaban el tráfico clandestino de ganados sustraídos de esa provincia, y por resolución del 26 de agosto establecía:

"Que era interesante al bien general el restablecimien-
" to de los pueblos Orientales de Misiones, por las armas de la
" República Argentina y su reincorporación a élla. En conse-
" cuencia deseaba el Gobierno estrechar desde luego con aque-
" lla provincia los vínculos de amistad fraternal, recíproca ar-
" monía y buena inteligencia en todo lo concerniente al bien-
" estar y seguridad de los habitantes de ambos territorios".
(Palomeque. — Misiones).

Pero no entregará a Rivera un solo soldado. Todas las

anteriores resoluciones estaban inspiradas precisamente en esa idea, de complacer al caudillo en una parte de sus patrióticas demandas, para negarse en forma rotunda en lo esencial.

Baldrich lo establece; Rivera quería y pedía fuerzas regulares para continuar las operaciones del otro lado del Río Pardó. Las pidió con insistencia a todos los gobernadores y todos se las negaron.

oooOOooo

Las relaciones entre Rivera y Lavalleja parecen cordiales, pero esto es solo aparente, ya que en el apacionado corazón del segundo sigue ardiendo vivamente la llama de los celos, llama aumentada por la culminante situación que ha alcanzado el caudillo con sus triunfos. Celo apenas velado, pero que alcanza a engañar al ingenuo Dorrego, que cree en la evolución de los sentimientos del General en Jefe del Ejército de Operaciones, y así se lo comunica a Rivera el 29 de junio:

" El general Lavalleja estaba de diferente opinión y muy " satisfecho de los triunfos de Ud. Espero que Ud. se pondrá en " comunicación con él". (Palomeque. Misiones).

Lavalleja vive en este período un proceso confuso, de indecisiones tales, en que no sabe que conducta seguir. Ha pensado en un primer momento emular a su compadre, compitiendo con este en la conquista de nuevos lauros para la causa de la libertad; y al efecto decreta la movilización general de las milicias, dando a entender a Dorrego que las operaciones militares se reiniciarán a breve plazo; por lo que éste y por intermedio de don José Vidal, Diputado de la Provincia Oriental en Buenos Aires, escribe el 6 y 16 de junio, trasmitiendo a Lavalleja el deseo del gobernante de que se abran operaciones de inmediato contra el enemigo; y al efecto el general comunica al Ministro de la Guerra, que ha ordenado a todo el ejército y a las milicias de la provincia, que se apresten rápidamente con el objeto de abrir la nueva campaña, en concierto con el Ejército del Norte. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al Ministro de la Guerra J. R. Balcarce, del 1º. de julio de 1828).

Pero deshechando Lavalleja esa primera idea o impulso, adopta una actitud distinta, de quietud y pasividad, en lo que debe interpretarse un marcado interés en no colaborar con los generales del Ejército del Norte; estableciendo recien 19 días después, comunicaciones con Estanislao López, por intermedio del mayor don José María Reyes, el que es portador de varias notas con que disimula su verdadera misión de observador. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al general López, del 19 de julio de 1828).

Trapani, pesimista sobre los sentimientos de Lavalleja, a quien conoce muy bien, y sobre el que tiene cierto ascendiente,

le escribe desde su quinta de Buenos Aires:

"Si Ud. como lo dice, llega a entenderse bien con Frutos " Rivera podrían dar Uds. un golpe maestro, **pero desconfío mu- " cho de las pasiones de los hombres, pero si Uds. se entendie- " ran bien, repito, cuánto podrían hacer a la humanidad y a la "patria!!."**

" Jamás —Gran Dios— me ha tomado Ud. en renuncios, " y muchas veces ha visto Ud. realizado lo que le he anunciado " y será posible que Ud. no relea las cartas de un hombre que " jamás —gracias a Dios—; ha sido inconsecuente? Puede ser " que mis cartas le parescan demaciado pedantes, o severas, pe- " ro aseguro que éllas son francas y sinceras". (Archivo Lavalleja. — Carta de P. Trapani al general Lavalleja, del 22 de julio de 1828).

Trapani había tratado en varias oportunidades de suavisar asperezas, de aplacar el ánimo caldeado de Lavalleja con respecto a Rivera, y en más de una oportunidad le había pedido:

" Unión y pulso"

Repitiendo ahora:

" Si Ud. como me dice, llega a entenderse bien con Fru- " tos Rivera podrían dar Uds. un golpe maestro".

Pero es muy pobre el optimismo que lo anima cuando escribe esa carta. ¡Conoce a Lavalleja!

Esta apacible bonanza es pasajera, y pronto aflorarán dominando totalmente a Lavalleja, los viejos e injustificados rencores. Los celos le amargan y corroen el alma; y es muy probable, que el clan logista de los Caballeros Orientales influyese nueva y poderosamente sobre el espíritu ya inclinado de Lavalleja contra el general Rivera. Acaso no están aún allí Giró, los hermanos Zufriategui, Pereira, los hermanos Oribe, los Lecor, Tomás de Iriarte y otros?

Lavalleja desea y lo exige como General en Jefe, que López progrese inmediatamente hasta el Río Pardo, para luego corriéndose al Sur, establecer contacto con el Ejército de Operaciones, para recién entonces resolverse y adoptar una actitud contra el enemigo.

oooOOooo

Si las fuerzas nacionales, por la inacción y otros factores conocidos y ya señalados, se encontraban en malas condiciones materiales y morales para resolver una campaña militar favorablemente; otro tanto sucedía con el ejército enemigo, el que no se encontraba mejor que el republicano; ya que sufría casi los mismos males, con el agravante de haber soportado la sublevación de varias unidades, integradas por escoceces, irlandeses y alemanes; y ese espíritu se encontraba en fermento en las fuerzas imperiales de operaciones, en ese crítico momento.

Lecor, viejo general portugues, confiaba en obtener me-

jores resultados para la causa que defendía, por medio de complicadas gestiones y enmarañadas intrigas, que del éxito de una batalla que no deseaba, que trataba de evitar a todo trance; habiendo tenido oportunidades de romper el equilibrio de las fuerzas, con verdaderas posibilidades de éxito, oportunidades que deshecha receloso.

Es innegable que el astuto general obtuvo en otras oportunidades, verdaderos triunfos con ese su sistema preferido, pero ya bien conocido, por lo que pierde el tiempo tejiendo y sembrando nuevas intrigas entre los jefes orientales. Además Rivera ya es dueño de Misiones y es por ésto que éste se ríe y burla de tales ingenuidades, que solo encuentran eco en el espíritu atormentado de su compadre.

Lo que exige Lavalleja del Ejército del Norte no era lo que la lógica indicaba, separándose así de la concepción de Rivera, y contrariando las órdenes bien claras de Dorrego; y el muy bien que lo sabe, ya que ha ordenado al capitán Santana primero y después a Oribe, de establecerse como destacamento de enlace entre ambos ejércitos, para que éstos pudiesen operar en forma coordinada contra un objetivo común.

Rivera ha cumplido en parte su misión, ocupando Misiones y adelantando sus avanzadas hacia el Este; pero no podrá continuar en el desarrollo integral de su idea, hasta que no posea una fuerza organizada e instruída, y ésto también lo sabe Lavalleja; debiendo conocer además que Lecor alarmado divide sus fuerzas y se apresta a replegarse sobre el Piratiní. Hermosa circunstancia para que el Ejército de Operaciones sea llevado sobre el Yaguarón.

Dorrego impaciente le escribe y ordena, casi imperativamentea Lavalleja:

" Supongo a Ud. al recibo de ésta en movimiento con el " ejército después de habersele incorporado toda la división de " Suárez pues el coronel Olivera con sus milicias me parecen su- " ficientes a entretener al enemigo por la parte de Santa Tere- " sa. En vistas de las circunstancias en que debe Ud. dirigir sus " operaciones, las que confío tendrán brillante resultado tanto " por el buen estado de nuestro ejército, cuanto por el de des- " moralización en que se halla el del enemigo".

Y después:

" Mi plan es que a proporción que se acerca la termina- " ción de la guerra, debemos redoblar nuestros esfuerzos, ya " para que la paz sea más ventajosa, y para que el Emperador " escarmiente dejando este legado hasta sus tataranietos". ·(Ar- " chivo Lavalleja. — Carta de Dorrego al general Lavalleja, del " 29 de julio de 1828).

oooOOooo

La paz tan deseada por Dorrego, se consideraba ya en las esferas gubernamentales como una cosa factible, desde que

el gobernante porteño había aceptado en principio la fórmula redactada por el Emperador, el 18 de marzo. La paz se avisoraba, pero no era un hecho cierto y real.

El 17 de junio se designan los plenipotenciarios argentinos; recayendo esa honrosa misión en los generales Juan Ramón Balcarce y Tomás Guido, los que se aprestan para dirigirse a Río de Janeiro, para donde se embarcan recién el 12 de julio.

Rivera en Misiones permanecerá por mucho tiempo ignorando totalmente estos acontecimientos; todo lo contrario de lo que sucedía a Lavalleja, él que es mantenido al corriente de la negociación y estaba de acuerdo en aceptar la paz, sobre la base de la independencia absoluta de la Banda Oriental.

Dorrego parece sufrir con la segregación de un territorio que consideraba pertenecía de hecho y de derecho a la Nación Argentina, única heredera de los territorios que constituyeron el antiguo Virreinato del Río de la Plata, por lo que reaccionando, remite a sus plenipotenciarios en Río de Janeiro, la nota reservada del 26 de julio, en la que les expresaba que de ninguna manera firmasen la paz sobre la base de la independencia de la Banda Oriental.

Los acontecimientos lo impulsaron a tomar esta desición y estos no fueron otros que: 1º) La triunfal ocupación de las Misiones por el general Rivera; 2º Las exigencias del pueblo, el que se oponía a la segregación de una parte de lo que consideraba su territorio; 3º) Las sediciones de los cuerpos brasileños, unidades que se habían sublevado contra sus autoridades; y 4º) El aumento de la fuerza marítima y terrestre r-gentina.

Esa nota reservada dió lugar a que los plenipotenciarios Guido y Balcarce, no la aceptasen, por considerarse comprometidos moralmente, en el momento de recibirla, para mantenerse dentro de las primeras instrucciones que se les habían entregado a su salida de Buenos Aires, y en consecuencia no tuvieron en cuenta esta última objeción.

Rivera ha escrito a Dorrego el 2 de agosto desde Itaquí exigiendo la adopción de medidas tendientes a conservar la Provincia de Misiones y a este respecto hacía resaltar en forma clara:

"Que en todas ocasiones había mostrado el interés sagrado con que se dedica a llevar con dignidad y acierto una guerra que al paso que restituye a las provincias de la Unión la integridad del territorio Oriental, muestra también al Emperador del Brasil el poder de la justicia con que la causa de América lleva sus vistas a grandes y dignos objetivos".

Rogándole además a Dorrego, para que influyese y consiguiese la concertación de una conferencia entre él y Lavalleja:

"Para persuadirlo de la alta necesidad que se presenta

" de ponerse de acuerdo y obrar en combinación con el Ejérci-
"to del Norte, para dar un impulso positivo e irresistible que
" extermine para siempre el ejército enemigo y que obligue con
" este hecho al Emperador del Brasil a abandonar un territorio
" que uniformemente se ha pronunciado y quiere pertenecer a
" la Unión de las provincias hermanas, de cuyo incomparable
" beneficio lo había privado una fatalidad inexcrutable". (Palomeque. — Misiones).

Además envía Rivera para sostener ante el Gobernador de Buenos Aires esta interesante sugestión, al coronel don Rafael Hortiguera y al doctor don Vicente Anastacio Echevarría; por que Rivera no estaba al tanto del plan de Lavalleja y en realidad no era separatista, como tampoco lo había sido Artigas, anhelando como éste para su pueblo, un rol destacadísimo en la unión de las provincias del Río de la Plata; y no solo no era separatista, sino que hasta reclama como límites de esos territorios, aquellos mismos que separaron un día no lejano, las posesiones de las coronas de España y Portugal; pero en la ignorancia de los últimos acontecimientos, pide y exige un esfuerzo de Lavalleja para imponer al Emperador una paz por la fuerza de los éxitos de los ejércitos republicanos.

oooOOooo

El mayor don José María Reyes ha llegado a Itaquí y entregado al general Rivera una carta de su compadre, que solo le reporta al caudillo dolor y amargura; por que el Gobernador propietario, Capitán General de la Provincia Oriental y General en Jefe del Ejército de Operaciones, no le envía la justa reparación que correspondía.

El 12 de agosto y con motivo del regreso del mayor Reyes al Ejército de Operaciones, contesta Rivera esa carta, expresando:

" Mi apreciado compadre: Ha llegado a mi poder la car-
" ta de Ud. de 19 del pasado que me fué entregada por el ma-
" yor de infantería don José María Reyes. No hay duda com-
" padre que después de todos los sucesos que han demostrado
" su conducta pública y personal hacia mí, las genialidades de
" Ud. solo pueden tener lugar en el hecho de adoptar una con-
" ducta distinta para arribar a la reparación de mi crédito y
" honor, minado tan injustamente como atrozmente. Así es que
" no debe extrañar el estilo con que le contesto, diverso al de
" la suya; pues he jurado que nada me hará retraer de la fir-
" me y justa resolución de no capitular hasta que Ud. vuelva
" sobre sus pasos, y se me restituya al frente de su ejército la
" opinión que debo merecer, haciendo anonadar la existencia de
" esos decretos vigentes que de ningún modo pueden permane-
" cer, y el Gobierno proceda como debe.

" Lo que exijo de Ud. y del Gobierno, es justo, pues
" mientras una declaratoria especial y pública no me restituya

" lo que se me ha usurpado, no cesaré compadre, de exigirlo a " todo trance, ni menos ocupare ningún destino público el cual " sería siempre incompatible con los principios que presiden " mi caracter y que me obligan a adoptar las circunstancias.

" Después de ésto, no me resta más sino asegurarle a " Ud. que la fortuna y la victoria coronaran con un brillante " triunfo nuestra amistad y compromisos. Entonces, en brazos " de la amistad, verá Ud. aparecer a su compadre caracteriza- " do siempre de aquellos sentimientos que con más fé los culti- " vará para con el general Lavalleja". (I. de María. — Compendio. — Carta del general Rivera al general Lavalleja, del 12 de agosto de 1828).

Rivera ocupaba ya anteriormente, y especialmente en este período, y por su solo esfuerzo e inteligencia, una posición culminante de tal magnitud, en que no era necesaria ninguna gestión de ningún orden, tanto suya como ajena, para borrar la infame y calumniosa, acusación de sus enemigos.

No hay indignación en esas líneas de Rivera; hay sí, dignidad, y lo que exigía de su compadre, si bien era muy justo, tenía por finalidad exclusiva someterlo a proclamar la inocencia del caudillo, como sanción moral a los atentados y atropellos cometidos contra su persona, sus bienes y sus amigos desde que se separó del ejército en julio de 1826; pero Lavalleja no responderá.

Lavalleja sabía o debía sospecharlo, que sus generales, las autoridades y el pueblo no creyeron nunca esa absurda intriga, y sin embargo, no dió anteriormente y no da ahora el paso que su prestigio y honor exigían, para confundirse con ese unánime y general clamor.

Los celos lo atormentan ahora más que nunca, por que su compadre ha conseguido un triunfo insospechado y desde esa elevada posición lo reprende dictándole normas de moral.

En los pueblos no hay casa donde en animada tertulia, no se comente con admiración la azaña de Rivera; no hay viajero que al llegar a una estancia no requiera o brinde informes del caudillo; mientras otros correrán muchas leguas en procura de detalles que les interesan vivamente; y en los fogones del Ejército de Operaciones, los oficiales y tropa acortan las largas noches invernales, comentando los sucesos que llegan desde Misiones engalanados con la viva imaginación del paisano, observando con infinita nostalgia la partida de muchos compañeros que marchan a unirse a las fuerzas del general Rivera, y hasta el eco de la algaraza de las despedidas llegan hasta el Cuartel General, donde también altos jefes, dominados de patriótico entusiasmo escriben apresuradamente, trasmitiendo con su admiración, su adhesión al general triunfador.

Lavalleja tiene sus admiradores, como el bravo coronel don Manuel de Olazabal, el que conoce muy bien a su jefe, el

que le ha disimulado sus arrebatos coléricos, cuando estimulado por bebidas espirituosas arremetía violentamente contra alguno de sus camaradas. Debilidad y grave defecto de este destacado jefe de infantería. El coronel Olazabal, desde Buenos Aires, y con el exclusivo fin de que se le firme un pagaré, le dice:

" Al fin don Frutos dará la patada y entonces se desengañarán los pícaros que quieren elevar un traidor con la ruina de un benemérito".

El benemérito es Lavalleja, al que gustan estas expresiones.

También intriga Olazábal contra el Diputado don José Vidal, el que como se ha visto era una persona de la absoluta confianza del general Lavalleja y al que ha controlado en la capital bonaerense, ya que escribe a continuación:

" Mucho veo entrar al Fuerte a su amigo Vidal. Si estará en nuevos planes?". (Archivo Lavalleja). — Carta de Manuel de Olazábal al general Lavalleja del 9 de agosto de 1828).

oooOOooo

El ejército brasilero ha abandonado sus posiciones sobre el Yaguarón el 1º de agosto, replegándose sobre el Piratiní, movimiento exigido por la circunstancia de que presentaba su retaguardia y flanco derecho a las avanzadas de Rivera, las que incursionaban ya por las inmediaciones del Río Pardo, avanzadas a órdenes del capitán caballero, el que ha ocupado Alegrete con 200 hombres. Pero Lavalleja no ha seguido al Ejército Imperial como debió haberlo hecho, al abandonarle éste una extensa zona territorial, y esa conducta obedecía a que Lavalleja estaba en el secreto de la paz que se avecinaba; mientras que Rivera se agitaba en la ignorancia de este suceso. Pero, y si la paz no se hubiese firmado? Lavalleja a dado ventajas al enemigo, a quien debió molestar y estrechar con su numerosa caballería. Lecor pudo así dedicar toda su atención a las fuerzas de Rivera.

El general López comunica a Lavalleja el 12 de agosto, desde Itaquí y por intermedio del mayor Reyes, su resolución de volver a Santa Fé; pero antes le señala la necesidad imperiosa de llegar a un acuerdo para explotar la ventajosa posición alcanzada y

" Estrechar al Emperador ....

....

" Sabe Ud. muy bien la sinceridad con que he trabajado para que un esfuerzo uniforme-secundado por la opinión y el interés de los pueblos- fuese la base sobre la cual marchasemos y diesemos a la guerra una actitud respectable, contando con su cooperación decidida como me lo creí y me lo hicieron creer".

Hace resaltar López en esta nota, la informalidad de los Gobernadores de Entre Ríos y Corrientes, los que negaron el

aporte de hombres, aporte que debió ser enviado a los generales del Ejército del Norte en cumplimiento de sagrados y solemnes compromisos; y mientras Solas rehusa el envío de soldados y entorpece toda gestión en este sentido de otras provincias, Corrientes ordena el retiro del contingente con que se persiguió a Rivera, siguiendo una política egoísta y contraria al interés general, como se ha hecho resaltar anteriormente. Además hay también un cargo contra el mismo Lavalleja por su marcada indiferencia, muy mal disimulada, para encarar operaciones en combinación con el Ejército del Norte.

Continúa López:

" Por otra parte, esta expedición tenía por especial objeto, la ocupación de Misiones, **la que encontré ya conquistada por las armas del general Rivera".**

Describe López a continuación el enorme esfuerzo realizado por el general Rivera para organizar políticamente ese territorio y preparar una fuerza con que poder continuar su plan, y agrega:

" Que ha puesto en planta los poderosos recursos que élla ofrece reglando un sistema militar y político que hace de éste país el foco de nuevas ventajas en la guerra. Las fuerzas ya respectables de éste general, y las que yo dejaré si el Gobierno lo acuerda, pueden bastar para abrir la campaña y adelantar sus servicios con mayores sucesos. La moralidad y disciplina que ha establecido, el anhelo con que trabaja, los grandes progresos que hace cada día, su opinión y los recursos de que dispone deben apurar fatalmente al Emperador".

Esta es la valiosa opinión del general don Estanislao López, el que ha podido apreciar el enorme e inteligente esfuerzo a que ha estado sometido Rivera para organizar el territorio y preparar una fuerza eficiente y poderosa.

A continuación López exhorta a Lavalleja para que proceda con elevado y justo espíritu, brindando al general Rivera una lógica e indispensable reparación, diciendo al respecto:

" Yo creo que entre Ud. y él nada debe hacerse ya de un modo privado; la satisfacción que el general Rivera reclama debe hacerse en forma solemne y pública.

" Cuando la fortuna pública y la suerte de la patria lo exige, nada debe de perdonarse, mayormente cuando creo a Ud. dispuesto a éllo.

" Por último yo debo dejar el mando de este ejército y el que se halla indicado para dirigirlo es aquel general con que llevará Ud. la libertad y la ruina de los enemigos de la patria pues nadie desconoce que ambos pueden concluir la obra coronada de un brillante suceso, cuyo lauro sería siempre suyo mi amigo". (Archivo Lavalleja. — Comunicación del general López al general Lavalleja, del 13 de agosto de 1828, desde Itaquí).

Lavalleja tenía órdenes, instrucciones y medios suficientes para haber iniciado operaciones contra Lecor cuando éste se recoge sobre el Piratini, y en consecuencia debió seguirlo y hostilizarlo, comunicando a López y a Rivera ésta su decisión; materializar el enlace por medio de un destacamento instalado en un punto a propósito; dar a conocer a los jefes del Ejército del Norte sus ideas, marcándoles la inmediata puesta en campaña sobre el flanco y retaguardia del enemigo, expresando en forma clara sus intenciones, objetivos y tiempo útil para el cumplimiento de esa misión, y esto hubiera sido ejecutado; sobre todo si hubiese enviado a su jefe de estado Mayor, general Paz, o a los generales Martínez, Laguna, Lavalle o a cualquier otro alto jefe, para dar fé y confianza a su resolución, ya que éstos eran amigos de Rivera. En cambio envía al mayor Reyes, oficial cordobés, joven inteligente y de muchos méritos, pero sin prestigio ni vinculación de ninguna clase con el caudillo.

Lavalleja en el secreto de la paz, no da un paso para conseguir una ventaja que se caía de madura.

oooOOooo

El extraordinario triunfo de la recuperación de Misiones, aplaudido y festejado ruidosamente, despierta también los celos de aquellos que no querían a Rivera.

Entre éstos figura en primer plano, el jefe del regimiento de caballería Nº 9, coronel don Manuel Oribe, instrumento con el que Lavalleja pensó eliminar a su rival.

Oribe es todo un Caballero Oriental, y como tal se muestra reacio para entender y comprender la nobleza con que el caudillo lo trató en Itú, al Norte del Ibicuy, y ofuscado y desfraudado pretende justificar su actitud, escribiéndole a Dorrego el 15 de agosto:

" Es un hombre ambicioso —dice Rivera— que nada " omitirá para robustecer por medio de agentes que promueban la anarquía y el desorden y que no conviene semejante hom- " en las Misiones y es necesidad que de allí se le saque cuanto " antes, como también que se restituyan los sublevados a sus " respectivos jefes. Es necesario darle a conocer a Rivera que " el Gobierno desaprueba una conducta que tiende a trastornar " todo. Esa misma capital se resentirá algún día de las aspi- " raciones y venganzas que caracterizan a este faccioso y nunca " olvidará que el Gobierno lo clasificó de traidor ....

....

" Es de un interés recíproco que Ud. ponga en ejercicio " toda su autoridad e influjo con el general López a fin de que " sea separado Rivera de aquel punto; y excuso enumerar los " males que se seguirán en caso contrario por el convencimien- " to de que estoy de que le conoce quizás mejor que yo". (Palomeque. — Misiones).

Oribe pretendía que Rivera fuese separado del campo de sus últimos grandes triunfos y hasta quizás que López lo fusilase, como el fusiló a los chasqueros en el Paso de Higo y anteriormente a un oficial y cuatro soldados en el Paso de Quinteros.

Dice que Rivera poseía un corazón vengativo, cuando bien le constaba a Oribe que el corazón del caudillo era el más noble y generoso del Río de la Plata; y prueba de éllo es que el propio Oribe, que ha escrito esas líneas, hijas del despecho, será poco después Ministro de la Guerra y Presidente de la República por obra exclusiva del hombre al que tanto ha maltratado.

El problema de los desertores es claro que le molestase, pues éstos eran aquellos hombres que lo abandonaron a él y a Manuel Lavalleja; y ya sabemos como este último los reclutaba y mantenía a sus órdenes; y hemos visto también a Oribe aplicar fríamente la pena de azotes a un pobre hombre que pocas horas antes le había salvado la vida en medio del Ibicuy. Si esos hombres no se hubiesen ido con Rivera para cubrirse de gloria en la lucha por la libertad de la patria, se hubiesen convertido en matreros; esto es indudable.

También es anárquico y desordenado el hombre que ha sido delirantemente aclamado por los pueblos por sus últimos éxitos, y en esos momentos no tiene reposo físico ni mental para ordenar un ejército y encauzar a un pueblo en las prácticas democráticas de un gobierno.

A través de esa lucha terriblemente injusta, surge y se eleva más grande la figura gloriosa del caudillo y del jefe, que aman profundamente todos los seres humildes de su tierra

oooOOooo

La situación aparentemente tranquila, se agrava repentinamente. Se ha sublevado el escuadrón de Manuel Lavalleja, el escuadrón integrado con elementos de las milicias de Paysandú.

Manuel Lavalleja como Comandante General del departamento de Paysandú, ha destinado esa fuerza para la vigilancia de la campaña, y esos hombres, que siguieron de muy cerca el proceso de la persecución del general Rivera, el fusilamiento de los chasqueros en Paso del Higo, el pasaje del Ibicuy y luego el generoso tratamiento del caudillo; después el hambre, desventuras y necesidades de todo orden, sufridas por el espíritu rencoroso del jefe; entreven la posibilidad de reunirse a sus viejos compañeros de Rincón y Sarandí, para nuevamente en acción, que es lo que buscan y desean ardientemente, volver a cubrirse de gloria. Esto último era mil veces preferible a la pobre situación que por tan largo tiempo se les ha mantenido; y es así que, entre la miserable misión de perseguir desertores o la más honorable de ir a batirse con los brasileros, no han du-

dado; y abandonado a sus oficiales, se orientan hacia el Norte para dirigirse al Yarao, en la margen derecha del Cuarein.

El general Rivera ignoraba absolutamente todo ésto, pero Manuel Lavalleja no esita en acusarlo de su desventura; y al respecto Brito del Pino anotó en su diario el 20 de agosto lo siguiente.

" Se recibió una comunicación del coronel Manuel Lava-
" lleja en que avisaba que se había sublevado un escuadrón de
" caballería que destinaba al centro del departamento de Pay-
" sandú; que habían separado a sus oficiales y se habían mar-
" chado llevando 300 caballos y un carguero de municiones di-
" rigiendose al Yarao a incorporarse al general Rivera: al punto
" se creyó que eran las maniobras de este último y presumiase
" también que de el general López, ya que no se pensase en la
" anunciada marcha del ejército del Norte, favorecería por to-
" dos los medios al éxito de Rivera y al aumento de su fuerza.
" Pero teniendo el General en Jefe que proceder con pulso con
" el general López".

Brito del Pino, testigo de como se recibe ese informe en el Cuartel General, señala claramente el pensamiento de Lavalleja, el que se precipita expontáneamente señalando sin titubeos a Rivera y López como los causantes directos de la sublevación.

¡Las maquinaciones de Rivera!

Como se ha visto, Lavalleja acusa así, ligeramente y por simple sospecha al que cree complicado en este asunto; pero está el general López de por medio y éste por su posición merece un tratamiento especial, por que además de ser el Gobernador de una provincia, es un fuerte puntal del Gobierno Central y una figura prestigiosa, que Dorrego aprecia y respeta. El problema se complica, por lo que Brito del Pino ha anotado que Lavalleja debe proceder con pulso. Pero a pesar de ese dique que significaba López, ese mismo día se le pasa una extensa comunicación reclamando a los sublevados, los que deberán ser entregados al Comandante de Belén, teniente coronel don Bartolomé Quinteros. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación del general Lavalleja al general López, del 20 de agosto de 1828).

En esa nota Lavalleja establece en forma terminante, que los sublevados van hacia el Yarao para incorporarse a Rivera; pero bien sabía López cuales eran los sentimientos dominantes que siempre impulsaron a Lavalleja para proceder en esa forma; por que ésta es la contestación que recibe a su pedido de cooperación, repetido en varias oportunidades, y éste pretexto le servirá como escudo para no dar a Rivera la satisfacción que se le pedía.

Desde el Yarao a Itaquí existe una gran distancia, y es muy probable que algunos de esos hombres lograsen incorporarse a las fuerzas de Rivera, fuerzas cuya original composición fué de hombres corridos o perseguidos por el propio Lavalleja; así que

no sería de extrañar que éstos también fuésen admitidos por el caudillo.

Pero lo que mortifica a Lavalleja, no es tanto la grave falta cometida por los sublevados, sino que, como lo ha anotado Brito del Pino por haberlo escuchado posiblemente del propio general, es que éstos iban a aumentar las fuerzas y los éxitos de su rival!!!

¡Los éxitos de Rivera lo atormentan! ¡Pero si el caudillo se los ha ofrecido y quiere que su compadre los comparta como general en Jefe! Por que así fué Rivera, hasta con la gloria era espléndido.

El único responsable de esas deserciones era el mismo Lavalleja. En mayo de 1826 existían 4.500 orientales sobre las armas; en Ituzaingó solo alcanzaban a 2000 los que intervinieron en esa acción; y poco después apenas alcanzaban a 1.500 hombres los que figuraban en el Ejército de Operaciones, y ¿Quién tenía la culpa de ésto? Rivera se encontraba entonces en Santa Fé, bien lejos del escenario donde actuaba el ejército.

Es cierto que casi todos esos hombres pertenecieron a las milicias, que, o se habían licenciado o prestaban servicios en sus respectivos departamentos, para evitar precisamente la deserción. Lo que pasó fué que, esos voluntarios no fueron estimulados como correspondía cuando llegaron los rotundos triunfos iniciales, manteniéndoseles en cambio en la más ruinosa molicie y tuvieron que ser forzados espectadores de la más injusta y cruel campaña contra el hombre de sus más caras simpatías, el general Rivera.

El 21 vuelve a escribir Manuel a su hermano y entre otros informes le dice:

" Es preciso que tengas presente que el partido de Fru-
" tos trabaja mucho en nuestra provincia y que pocos o muchos
" en todos los pueblos los hay".

Es claro que, el prestigio del caudillo largamente consolidado y la admiración que despierta la reciente conquista de Misiones, sobre todo en las difíciles condiciones en que fué realizada, obliga a la simpatía y admiración de los paisanos hacia el jefe amigo; y esto alarma profundamente a Manuel, el que continúa diciendo en su carta:

" Yo creo firmemente que Frutos no es bueno y que
" aún cuando no sea portugues, tan luego como el pueda nos ha
" de hacer la guerra y tú cree que él está tomando cuerpo y
" este no es para emplearlo con los portugueses".

Manuel entrevé y teme ya la vuelta de Rivera, y ésto deberá evitarse.

Manuel Lavalleja también protesta en esa carta, por que Rivera ha hecho detener a un señor Bas y a sus peones por que se entretenía en medio de la guerra en hacer vaquerías, lo que no permitía el caudillo; y no lo permitía precisamente por que

ese hecho significaba un atentado contra los intereses de los habitantes de Misiones, de los que él se ha constituído en amplia garantía; justa medida que respondía al principio de respecto a la propiedad, respecto que había implantado en esas apartadas regiones.

Del escuadrón sublevado poco dice ahora —al día siguiente—, solo tiene una leve sospecha de que sea determinada persona la causante, y no ya el general Rivera. (Archivo Lavalleja. — Carta del Coronel Manuel Lavalleja al general Lavalleja, del 21 de agosto de 1828).

oooOOooo

López, como Rivera han adivinado que la intención del general Lavalleja era la de permanecer inactivo en el Cerro Largo, entreteniéndolos con procedimientos dilatorios, como también al Gobierno encargado de la dirección de la guerra; por lo que resuelven enviar, como se ha visto, a los señores Hortiguera y Aguirre, como delegados ante el Gobierno Central, con notas, planes e informes de sumo interés, los que salen de Itaquí el 2 de agosto; haciendo resaltar en una de esas notas que:

" Los altos y favorables acontecimientos con que se han
" marcado los primeros pasos de las armas que tienen la hon-
" ra de mandar los infrascriptos generales".

Los altos y favorables acontecimientos que el Gobierno Central es incapaz de explotar debidamente, imponiendo definitivamente una conducta a Lavalleja. Dorrego debió, por que así se lo exigían los felices resultados de la ocupación de Misiones (donde se levanta una fuerza respectable a las órdenes de un distinguido general, el que ampliamente apoyado material y moralmente por la importante población de la región, sin que ese esfuerzo haya costado al gobernante más que unos ascensos), complementar la acción de Rivera portergando la salida de los plenipotenciarios rumbo a la corte del Janeiro, e impulsar con energía aquel éxito, exigiendo terminantemente a Lavalleja la reiniciación de las operaciones, coordinando el esfuerzo de los dos ejércitos, sin necesidad de relevar a este del comando de su fuerza, poniendolo conjuntamente con Rivera a las órdenes de una autoridad militar que hiciera jugar en ajustado concierto a las dos fuerzas.

La paz, sobre la base que se realizó, fué una consecuencia directa de la incierta conducta de Dorrego.

Rivera decía en la mencionada nota, y ésto confirma las ideas de Dorrego al respecto, ideas que Rivera conocía muy bien por haber tratado este asunto ampliamente cuando éste llega por primera vez a Buenos Aires, y en que estos dos hombres se descubrieron mutuamente sus ideas e intenciones:

" Que al paso que restituya a las Provincias de la Unión
" la integridad del territorio Oriental, muestra también al Em-

"perador del Brasil el poder de la justicia con que la causa de "América lleva sus vistas a grandes y dignos objetos no po- "drá menos que dilatar un rayo de su influencia hasta la pre- "sencia del general del Ejército de Operaciones, para persua- "dirlo de la alta necesidad que se presenta de ponerse de acuer- "do y obrar en combinación con el Ejército del Norte para dar "un impulso positivo e irresistible que extermine para siempre "el ejército enemigo y que obligue con este hecho al Empera- "dor del Brasil a abandonar un territorio que uniformemente " se ha pronunciado y quiere pertenecer a la Unión de las pro- "vincias hermanas de cuyo incomparable beneficio lo había pri- "vado una fatalidad inexcrutable. (Archivo Lavalleja. — Copia de la nota Nº 1 de los generales del ejército del Norte, López y Rivera, del 2 de agosto de 1828, al Ministro de la Guerra y retrasmitida por este al general Lavalleja el 28 de agosto de 1828).

Bien establecidas y aclaradas las razones y aspiraciones que indujeron a Rivera para clamar nervioso la urgente necesidad de operar franca y decididamente contra el Ejército Imperial, el que se revuelve angustiado y retrocede hasta el Piratiní para ocupar una nueva posición; solo corresponde señalar sin titubeos a los responsables de tal desidia y de tan grandes errores: Dorrego y Lavalleja.

Además, y en otra nota, establecia el caudillo cinco puntos, los que deberían presidir las operaciones inmediatas, y esta iniciativa respondió al vehemente deseo de detruír la calculada indiferencia de Lavalleja, señalando la conducta a seguir por éste y sus divisionarios, dentro de un plan que Dorrego aprueba. En el primero de estos puntos se señalaba la necesidad de establecer de inmediato y en forma sólidad y definitiva, el enlace material y moral que debía existir entre ambos ejércitos para poder batir al enemigo, el que oprimía con su presencia el espíritu liberal, separatista o republicano de los riograndenses, con cuyos jefes parece que Rivera estubiese en inteligencia; quizás con Benito Manuel Riveiro, como lo señala el historiador Alcides Cruz, él que expresa que el separatismo de este jefe se remonta a esa época y yo creo que corresponde a una muy anterior. Recordemos que en una oportunidad, en 1825, después de Sarandí Rivera interpeló a este caudillo riograndense en el Paso Real del Yi —río por medio—, gritándole en son de reproche al negarse a pronunciarse contra el Emperador:

" ¿Dónde están sus ideas liberales?".

Por que el caudillo sabía como pensaba Bentos Manuel; y es de presumir que Benito Gonzálvez da Silva también estuviese en inteligencia con el caudillo, por que éste también le ha escrito en varias oportunidades.

En el segundo punto se establecía la zona de acción de cada fuerza, límite a alcanzar y objetivos. Repartición de las misiones perfectamente coordinadas, propio del talento del general Rivera.

En el tercero se señalaba el respecto que se debía observar para con los habitantes del territorio enemigo y sus bienes. Esta garantía sobre el derecho de propiedad y libertad de los individuos, ya había sido establecida en Misiones, pero Rivera la desea para todas las regiones.

El cuarto es una extensión del anterior y tenía por finalidad, afirmar el concurso voluntario de los habitantes del país enemigo en el mantenimiento y sustento de las fuerzas, y al respecto decía:

" El conquistador prudente que sabe captarse la volun-
" tad de los habitantes, muy luego se hace señor de todo, pues
" disponiendo a su arbitrio de los recursos físicos y morales de
" ese mismo país; deja al enemigo desposeído de aquellos mis-
" mos recursos de que la fortuna lo ha hecho arbitro; por el con-
" trario una conducta opuesta a los principios indicados, ataca
" el derecho de gentes, lleva el descrédito a todas partes que se
" dirige, alarma contra sí la opinión general, despierta la ven-
" ganza de los indiferentes, sobre todo la fuerza moral del ene-
" migo; y aún cuando los acontecimientos se presenten por al-
" gún tiempo al parecer favorables, triste cosa es, tener que fi-
" jar los estandartes de la libertad entre los gritos de los opri-
" midos. Los bravos que pelearon siempre por la libertad no de-
" ben dejar jamás sus patrios lares para hacer gemir la huma-
" nidad, y si, para defenderle y uniformar el grito unísono de
" la independencia".

Este extraordinario criterio del caudillo, ha sido indudablemente dictado por su larga experiencia e inteligente observación de los atentados y depredaciones de todo orden cometidos por las fuerzas portuguesas durante el período de ocupación, y era una profunda lección que desgraciadamente no fué atendida y quizás ni comprendida por los mismos hombres a quienes fué dirigida. Sabios pensamientos, que como otros muchos, fueron propios de este dilecto discípulo de Artigas.

El quinto punto trata de, en la ignorancia en que están los generales Rivera y López del estado de las negociaciones de paz, pedían que estas se dilatasen por unos meses, hasta que se destruye el ejército enemigo, y que

" El estandarte de la libertad tremolaría sin obstáculos
" en la capital de Puerto Alegre y Villas de Río Grande, Pardo
" y Cachueira y esta misma provincia por su posición, es la
" más imponente del Imperio Brasilero y la que más se her-
" mana en usos y costumbres, con las de la Unión Ar-
" gentina, sacudiría tal vez para siempre el dogal tiránico que
" la sofoca ....

....

....

" ....sería para las provincias argentinas el triunfo de la
" civilización y las luces, debido a las virtudes cívicas del digno
" Gobierno que las encabeza, cuya posteridad recordará con en-
" tusiasmo el acierto y dignidad con que se plantó el árbol de la
" libertad en el territorio de la Nueva Unión Argentina, que va
" arrancar para siempre de la América meridional, ese semi co-
" loso, ante cuyas plantas sacrílegas, jamás se curvaron los
" que llegaron a disfrutar los encantos de la libertad". (Archivo Lavalleja. — Copia de la nota Nº 2, de los generales López y Rivera, del 2 de agosto de 1828, al Ministro de la Guerra y retrasmitida por este al general Lavalleja, el 28 de agosto de 1828).

A Balcarce lo ha sucedido Rondeau en el Ministerio de la Guerra, el que por su carácter blando y bonachón no era realmente el hombre indicado para ese alto cargo en tan críticas circunstancias.

Rondeau es una figura interesante de la revolución, a la que se adhiere entusiastamente desde el primer momento, ocupando cargos destacados y de suma responsabilidad en los que, no se destaca o triunfa en la medida de sus deseos y de las aspiraciones de todos, por falta de firmeza de su carácter, cometiendo sus primeros y graves errores precisamente por esta razón, y su apego a las absurdas exigencias de sus autoridades, al no querer reconocer los principios democráticos expresados por el pueblo oriental y expuestos por Artigas, cuando sostuvieron sus derechos para regir sus propios destinos dentro de un régimen o sistema federal. Después su desgraciada actuación al frente del Ejército del Alto Perú, afirma el anterior concepto.

Rondeau no era el hombre enérgico y decidido que se necesitaba para circunstancias tan difíciles como en las que le toca actuar, y hasta pareciera que no entiende o que no le interesa la ventajosa pocisión de sus ejércitos, e inspirándose en su antecesor deja correr las cosas tal cual, como las había encontrado, con el mismo ritmo; no se extrema ni su opinión pesa en la solución que se busca.

Rondeau contesta a Rivera y López diciéndoles que:

" No una vez sola ha ordenado por conducto de este Mi-
" nisterio de la Guerra al General en Jefe del Ejército de Ope-
" raciones que uniforme sus medidas militares con la de los ge-
" nerales del Ejército del Norte para obrar de acuerdo y en
" combinación contra el del Imperio Brasilero, y que aquel je-
" fe con especial puntualidad ha satisfecho las miras del Go-
" bierno a este respecto como demuestra en sus comunicaciones
" Nº 1 y 2 de las que se adjuntan copias (que son las Nº 404 y

" 406 del general Lavalleja, referentes a concentración de las
" milicias y la comisión del mayor Reyes a Itaquí."

A continuación les dice que aprueba el plan propuesto por los generales del Ejército del Norte; plan que remite a Lavalleja. (Archivo Lavalleja. — Copia de las comunicaciones del Ministro de la Guerra Rondeau, remitidas a los generales López y Rivera, del 23 de agosto de 1828).

Rivera ha establecido un servicio regular de postas desde el Queguay a Misiones con el fin de facilitar las comunicaciones, y ésta nota de Rondeau vuela por la nueva ruta rumbo a Itaquí.

El Ministro de la Guerra escribe a Lavalleja recién el 1º de setiembre, recomendándole inutilmente que:

" Por éllas verá el señor general a quien se dirige el que
" firma, **lo urgente que es el que se disponga a abrir la campa-
" ña con la brevedad que demandan las cominaciones en que se
" hallan los otros generales con varios jefes del ejército enemi-
" go y que es preciso no dejar escapar los momentos en que esto
" pueda proporcionar resultados tan favorables a los intereses
" del país".**

Luego se extiende detallando el interesante hecho de que algunos jefes enemigos se han comprometido en entregar a Rivera las caballadas del Ejército Imperial y a no ofrecer resistencia a las fuerzas republicanas; y continúa:

" Se facilita la más pronta comunicación con los genera-
" les del Norte a fin de que por una bien calculada combina-
" ción tenga efecto el proyecto en toda su extención". (Archivo Lavalleja. — Comunicación Nº 2012 del Ministro de la Guerra Rondeau al general Lavalleja del 12 de setiembre de 1828).

oooOOooo

El Cuartel General de Rivera ha sido muy visitado ultimamente, no solo por hacendados riograndenses, sino que también por jefes imperiales, como Bonifacio Isas (el ex-segundo jefe de Dragones); el capitán Pereira de Asambuya, delegado de Lecor y otros; pero, lo más importante, fueron las entrevistas y relaciones mantenidas con Benito Manuel Riveiro, líder separatista, y quizás el más distinguido y valiente caudillo de Río Grande. También ha llegado correspondencia que últimamente le ha dirigido Benito Gonzálvez da Silva, también separatista, y jefe prestigioso del ejército enemigo.

Lavalleja debía estar enterado de esas combinaciones de su compadre, él que ya le había adelantado que:

" Ha enviado unos espías a Lecor".

Y Rivera sabía lo que hacía. El movimiento separatista armado riograndense estalla con extraordinaria violencia pocos años después.

Dorrego también ha escrito a Lavalleja el mismo 1º de setiembre y le dice, ratificando lo expuesto por Rondeau:

"Me parece que es llegado el caso de que Ud. se ponga "de una vez en movimiento, pues aunque la paz se hiciese se" ría mucho más honroso firmarla habiendo antes hecho ese "ejército algo importante; lo que sin grandes compromisos es "realizable por la completa desmoralización en que se halla "el enemigo. Su opinión de Ud. y el honor del Gobierno lo exi" gen así". (Archivo Lavalleja. — Carta de Dorrego al general Lavalleja del 1º de setiembre de 1828).

Dorrego pretendía estimular a Lavalleja encelándolo con "su opinión"; es decir, su prestigio y su honor, para que se decidiese a realizar algo, ya que en realidad en un año largo de comando no había hecho absolutamente nada.

Pero el celo que se pudiese despertar en Lavalleja no sería precisamente para volcarlo contra el enemigo, sino que dando la espalda a éste, arremete contra Rivera.

El 2 de setiembre ha regresado al Cuartel General el mayor José María Reyes, y el mismo día vuelve a salir de Melo con rumbo a Buenos Aires, llevando un voluminoso legajo que Lavalleja envía al Ministro de la Guerra y en uno de los tantos capitulos de cargos contra el general Rivera dice:

" El espíritu de esta comunicación muestra terminan" temente que el Ejército del Norte no solo está distante de ha" llarse en la aptitud y adelantos a que se refiere la nota de "S. E. el señor Ministro de la Guerra y Marina Nº 1097 y 2007. " sino que no hay ni la más remota esperanza de que pueda ve" rificar la ocupación de Río Pardo". (Diario del ayudante Brito del Pino. — Comunicación del general Lavalleja al Ministro de la Guerra Rondeau del 2 de setiembre de 1828).

Claro, las tropas de Rivera y López carecían del arreglo y prestancia que da el uniforme, el equipo y las armas. Era sí, una fuerza vigorosa que surgió de la nada y que recién se estaba organizando e instruyendo bajo la experta dirección de un núcleo de brillantes oficiales; de probada capacidad y experiencia. Esa fuerza no desmerecía absolutamente en nada a aquella otra que se había batido con éxito en Rincón y Sarandí, y como aquella estaba dotada de un coeficiente moral extraordinario. ¿Acaso no lo habían demostrado?

El 3 de setiembre llegan a manos de Lavalleja las comunicaciones de Dorrego y Rondeau con el plan propuesto por los generales Rivera y López (Nº 2012) y el mismo día, pero separadamente, llega la nota Nº 2013 en la que se le ordena no habrir la campaña por estar ya ajustados los preliminares de paz.

Como ya no hay interés de parte de Lavalleja en esos asuntos, distrae ahora su preocupación en consolidar su situación política en el nuevo estado que surge a la vida independiente, por lo que recién contesta las precedentes notas, el 23 de setiembre, o sea veinte días después,

" El General en Jefe del Ejército ha recibido las comu-
" nicaciones del Exmo. señor Ministro, de Guerra y Marina Nº
" 2012, fecha 1º del corriente en que se sirve remitirle el plan
" propuesto para las operaciones de la próxima campaña, por
" los generales Rivera y López y aprobado por el Gobierno. El
" infrascripto se prepara a manifestar a S. E. **las razones que**
" **tenía para clasificar este plan de nocivo e inverificable,** cuan-
" do el recibo de la nota Nº 2013 —en que S. E. previene al que
" firma no habra la campaña y en caso de haberlo verificado re-
" grese al Cerro Largo, por estar ajustados los preliminares
" de la paz—, le hizo suspender su ejecución como innecesaria
" ya. Sin embargo el abajo firmado debe indicar a V. E. que a
" la fecha debe haber llegado a su presencia el sargento mayor
" don José María Reyes y por las comunicaciones que conduce
" del que suscribe y copia de la del señor general López, po-
" drá el Exmo. señor Ministro, conocer, **al primer golpe de vis-**
" **ta,** la contradición de élla con el tenor de la que le adjunto a
" S. E. en la citada nota 2012.

" Igualmente al oír las explicaciones verbales del mayor
" Reyes, con respecto al Ejército del Norte y demás circunstan-
" cias relativas a este asunto, **no podrá menos S. E. que graduar**
" **de especiosas, contradictorias y hasta inconcebibles, las ex-**
" **presadas comunicaciones.**

" A juicio del que firma, no pueden, con presencia de los
" antecedentes, someterse a una comparación, sin venir por úl-
" timo resultando a considerarlas de otro modo, que el que lo
" ha hecho el abajo firmado.

" Su deber ha hecho el que firma, hacer estas indicacio-
" nes para que sirvan de conocimiento a S. E. a quien con este
" motivo tiene la satisfacción de saludar, etc". (Diario del ayu-
dante Brito del Pino. — Comunicación del general Lavalleja
al Ministro de Guerra Rondeau, del 23 de setiembre de 1828).

Lavalleja ha sufrido al ver triunfar a su compadre en el terreno de los hechos y de las iniciativas, que luego el Ministro pretende imponerle tan luego a él, al árbitro de un país y que debe juzgar y dar solución en todo, desgraciadamente bien personalista.

Bien sabía Dorrego lo que pasaba en Misiones, pues para éllo había comisionado al capitán Manuel Pueyrredón, él que lo había informado detalladamente; como también debe haberlo hecho el jefe del Estado Mayor, coronel Escalada, o el coronel Hortiguera que ha llegado recientemente a Buenos Aires, y cuyo valioso informe ha servido para que Dorrego hiciese suyo y apoyase el plan de Rivera; encelando después a Lavalleja, para que algo hiciese por:

"Su opinión y honor del Gobierno".

Sin embargo el General en Jefe contesta que el plan de Rivera es:

"Nocivo e inverificable"
Olvidando que él no pudo estructurar un plan cuando éste se le requirió, por que el enemigo:

"No había hecho un movimiento indicante"

Esta intransigencia de Lavalleja para todo aquello que tuviese atingencia con Rivera, fué obra casi exclusiva de aquel cerrado círculo de los Caballeros Orientales, cuyo espíritu ya se manifestaba en el período artiguista, en la funesta oposición que realizaron algunos hombres ilustrados de entre muros, al Protector de los Pueblos; y ese mismo espíritu toma cuerpo y es acción maléfica y disolvente al iniciarse este período de nuestra historia, en que impulsados solo por odios y mezquinos intereses personalísimos, abrieron un abismo y separaron a la familia oriental, la que debió haber sido mantenida en una estrecha unión para afrontar con mejor éxito el embate de las pasiones, que éllos mismos desencadenaron furiosamente, acción que se prolongará a través del tiempo. Hombres patriotas e inteligentes, pero ambiciosos y ávidos de acción directriz, explotaron en su favor el sencillo corazón de Lavalleja, en el que encendieron muy viva la llama de una impertinente arrogancia para lanzarlo contra el general Rivera y destruír así una vieja amistad de dos hombres que habían nacido para complementarse mutuamente, como la más bella fórmula para conducir a un pueblo hacia una segura felicidad.

oooOOooo

CAPITULO VIII

LIMITES DEL NUEVO ESTADO — ORDENES DEL GENERAL LAVALLEJA A SU HERMANO — RIVERA INICIA OPERACIONES — LLEGADA DEL GENERAL HILARION DE LA QUINTANA A ITU — COMUNICACIONES DE RIVERA AL GOBIERNO ORIENTAL — PREPARATIVOS DE EVACUACION — ACCION DE LECOR Y BARRETO — CONVENCION DE IRERE AMBA — REGRESO — SUCESOS POLITICOS DE BUENOS AIRES — RIVERA Y LA EJECUCION DE DORREGO — VALIOSO PASAPORTE — ARRIBO DEL EJERCITO DEL NORTE AL ARROYO DE LA VIRGEN — DESIGNACION DE RIVERA COMO JEFE DEL EJERCITO NACIONAL.

El 27 de agosto en Río de Janeiro se ha firmado la paz, negociada entre los plenipotenciarios argentinos, generales don Juan Ramón Balcarce y don Juan Tomás Guido; y los delegados brasileros, generales Juan Carlos Augusto Oyenhansen de Gravemburg (marques de Aracatí), Consejero José Clemente Pereira y teniente general Joaquín de Olivera Alvarez.

El canje de las ratificaciones del tratado de paz se efectúa en Montevideo el 4 de octubre, permaneciendo las fuerzas de ambos ejércitos desde la primera quincena de setiembre hasta la fecha, en una suspención de hostilidades, excepto el Ejército del Norte, el que por la distancia recibe las comunicaciones con mucho retraso.

Es cierto que el gobernante de Buenos Aires, encargado de los negocios generales de las Provincias Unidas, ansiaba la paz por las razones que hemos visto y sobre todo, por ser la provincia de Buenos Aires la que con su gobernante llevaba el peso y la responsabilidad de la guerra.

El erario se había agotado, haciendose enormes sacrificios para conseguir el mantenimiento del ejército.

Existía además para agravar este estado de cosas, una serie de problemas de política interna muy graves, tales como la violencia de la campaña opositora organizada por el general Alvear, campaña que resentía la unidad y feliz gestión gubernamental; además y para agravar este cuadro, ardía la guerra civil en forma implacable desde Salta hasta Cuyo, como también Entre Ríos se debate en contínos lances armados entre los partidos en que se divide la opinión pública de esa provincia.

Dorrego tenía razón cuando afirmó que no podía seguir la guerra; por que a un país así convulsionado y exhausto, no podía exigirsele la continuación de las operaciones militares.

Sin embargo la Argentina tuvo dos oportunidades favorables para imponer la paz por el éxito de sus ejércitos, y ambas oportunidades fueron deshechadas en forma incomprensible. La primera fué en Ituzaingó, donde no se explotó debidamente el triunfo; y la segunda es imputable al mismo Dorrego, el que no supo imponerse y sacar partido de la ventajosa posición de sus ejércitos, al recuperar Rivera las Misiones, donde transigiendo con personalismos inconcebibles, perdió la mejor fórmula para batir al ejército Imperial, o empujarlo desmoralizado hasta el Estado de Santa Catalina o San Pablo; y no sería extraño que este error le haya costado la vida y algo de ésto dice el general Paz en sus memorias; de haber triunfado, es indudable que hubiera cambiado la historia rioplatense.

El Brasil se encontraba en condiciones casi idénticas a la argentina; allí la guerra era impopular y prueba de éllo es el alborozo con que fueron recibidos en Río los plenipotenciarios argentinos, Guido y Balcarce.

Los recursos pecuniarios si bien no se encontraban agotados como en la Argentina, éstos no abundaban, y eran muy grandes los sacrificios realizados en este sentido, y muchos miles de vidas se habían perdido estéril e injustamente.

El comando brasileño sufría además, la desmedida impertinencia y atentados de todo orden, realizados por los ex-

tranjeros enrolados en las unidades del ejército, los que vivían en permanente estado subersivo, habiéndose sublevado algunos cuerpos.

La situación del Ejército Imperial era muy crítica y su moral estaba muy deprimida, por lo que el Brasil como la Argentina, también necesitaba urgentemente de una paz reparadora.

Existe una versión del historiador Deodoro de Pascual, que establece la influencia que tuvo la recuperación de Misiones para la concertación de la paz, y al respecto dice:

"Se leían en el Consejo del Emperador los despachos del
" Presidente de la Cisplatina, en que, anunciando las disencio-
" nes de los principales jefes orientales (Rivera y Lavalleja),
" y exagerando las consecuencias, predecían la disolución de las
" fuerzas republicanas y el próximo triunfo de la causa impe-
" rial. Las esperanzas renacieron para el Imperio. Pero algunas
" horas después se recibieron y leyeron otro despacho de la Cis-
" platina en que se daba cuenta de la ocupación de los pueblos
" de Misiones por el general Rivera, y el Emperador dijo ate-
" rrado a sus consejeros: Con otra nueva discordia como esta
" de los jefes orientales se vienen hasta Puerto Alegre. Es pre-
" ciso hacer la paz".

El único que señala esta versión, es como se ha dicho, Deodoro de Pascual, y de cuya veracidad existen muy fundadas dudas; pero, bien hubiera podido ser que resuelto el Emperador a negociar la paz, se hubiese expresado jocosamente en esos términos.

Inglaterra perjudicada notablemente en su comercio por los beligerantes, y muy especialmente en la Argentina, fué un elemento decisivo en el restablecimiento de la paz; y al respecto, desde mediados de 1826, influía poderosamente en ese sentido por intermedio de Lord Ponsomby, designado plenipotenciario por el Gobierno inglés y gestor importante en la fórmula de pacificación.

Los dirigentes orientales hicieron objeciones importantes al tratado de paz, tales como en lo que se refería a la cuestión territorial y límites del nuevo Estado; como también a que no había sido consultada la voluntad del pueblo oriental, siendo Rivera uno de los que estableció interesantes observaciones en ambos sentidos.

La cláusula 12 de la Conveción de paz establecía que los beligerantes debían desocupar en determinado plazo los territorios pertenecientes al enemigo, y en consecuencia y según la tésis que sostenían las autoridades brasileras, Rivera debía evacuar el territorio de Misiones; pero éste sostenía que los límites, que no habían sido fijados para el nuevo Estado, debían ser los acordados entre España y Portugal; desconociendo por

irritos y nulos, todos los acuerdos, tratados y juramentos arrancados al pueblo oriental por la violencia de la fuerza, y entre lo que se encontraba el acuerdo o tratado secreto de límites establecido entre el Cabildo de Montevideo y el Estado de San Pedro de Río Grande del Sur; tratado impuesto por Lecor en 1819, y por el que Montevideo se desprendía de los territorios del Norte del Arapey.

Rivera no conoce el ajuste de la paz y su ratificación, y tal es así que la primera noticia que le llega al respecto en la apartada Misiones, es por intermedio de las autoridades brasileras, las que se lo comunican el 1º de noviembre; haciendolo el Gobierno Argentino recién el día 10.

Mientras tanto Lavalleja que aún permanece en Melo, ha resuelto renunciar el cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones, elevando el día 2 de octubre la nota renuncia; y ese mismo día anotó Brito del Pino en su diario, diciendo que:

" Se apuró más la extracción de ganados empezada des- "de varios meses antes no cesando de pasar tropas para la " Provincia, que dejaban una parte para el Estado, con lo que " empezaron a formarse establecimientos que con el tiempo vi- " nieron a ser establecimientos valiosísimos. Entre el ganado "que se extraía se encontraba aún muchísimos animales de "los que nos sacaron cuando la guerra con el general Artigas " y después cuando la ocupación de la Provincia por los mis- " mos brasileros; y hubo caso, de no querer pasar algunos ani- " males de su antigua querencia, que habían reconocido des- "pués de muchos años".

Alguien ha hecho objeciones a este proceder de Lavalleja y también de Rivera, siendo como puede apreciarse un cargo plenamente injustificado, ya que los dos fueron testigos y víctimas del ensañamiento a que, durante casi veinte años, fueran sometidos los hacendados orientales, los que soportaron un saqueo sistemático y despiadado en 1812 y después en el período 1816-20, en que los enemigos arrasaron la campaña, apoderándose de los ganados que quisieron llevarse sin ninguna consideración, dejando al país en la más terrible desolación material y moral.

Esos saqueos trajeron como consecuencia la ruina y miseria de la mayoría de los hacendados orientales, a los que se les quitó la única industria que poseían y el único recurso de subsistir.

El proceder de Lavalleja y de Rivera debe considerarse como una reparación lógica, aunque forzada, que se le impuso al enemigo; reparación que sólo alcanzó a cubrir una ínfima parte de los enormes perjuicios causados por éllos mismos en el proceso de tantos años.

Recién el 13 de octubre recibe Lavalleja la comunicación

del general don Miguel Azcuénaga, de haberse efectuado el día 4 a las dos y media de la tarde, el canje de las ratificaciones del Tratado de paz, y es desde ese momento que ésta se restablece en forma definitiva, haciéndose conocer al Ejército de Operaciones inmediatamente. (Diario del ayudante Brito del Pino. Comunicación Nº 442 del general Lavalleja al Ministro de la Guerra, del 15 de octubre de 1828).

Pocos días más permanece Lavalleja en el comando del ejército; pero antes de abandonarlo designa con la autoridad de jefe del Ejército de Operaciones, Capitán General y Gobernador de la provincia Oriental, a los Comandantes Generales de Frontera; recayendo estas designaciones en el coronel don Andrés Latorre, del Yaguarón; coronel don Servando Gómez de la Cuchilla Santa Ana; y al coronel don Manuel Lavalleja, del Cuarein. A este último las instrucciones que le dá, son esencialmente relativas a impedir el regreso a la patria del general Rivera y su fuerza. Para éllo dispone que su hermano deberá instalarse en Belén, desde donde controlará el compartimiento que se extiende entre los ríos Tacuarembó, Negro, Uruguay y Cuarein.

Los artículos siguientes de esas instrucciones, eran terminantes al respecto y decían:

" Art.6º No permitirá el señor Comandante General " que las tropas que ocupan las Misiones hagan su retirada para " la provincia, a menos que traigan una expresa orden para ve- " rificarlo, del Gobierno encargado de la dirección de la guerra.

" Art. 7º Cualquier fuerza que se dirija sin ese requi- " sito la contemplará el señor Comandante General como anár- " quica e insubordinada, de consiguiente la batirá y remitirá " bajo de prisión a los que llegue a tomar.

" Art. 8º Como debe reinar una buena armonía con el " Gobierno del continente, podrá el señor Comandante General, " en caso que tenga efecto el artículo anterior pedir a las fuer- " zas más inmediatas de aquel Gobierno los auxilios que pre- " cise para contrariar y anonadar a los que pretendan invertir " el orden y alterar la tranquilidad de ambos territorios: que- " dando el señor Comandante General sujeto también a prestar sus auxilios, si para el mismo efecto fuesen exigidos por parte de " los subditos del Gobierno del Continente". (Diario del Ayudante Brito del Pino. Instrucciones del General en Jefe del Ejército, Gobernador y Capitán General de la Provincia Oriental, general Lavalleja, al coronel Manuel Lavalleja, del 23 de octubre de 1828).

Es la última medida contra Rivera que dicta Lavalleja, y élla significaba el desconocimiento del derecho que el caudillo tenía para poder regresar a su patria, conjuntamente con los oficiales y tropa que lo acompañaban, los que aún seguían siendo considerados por Lavalleja como desertores. Y no sólo

pretendía impedir el regreso del caudillo, sino que además se puso en inteligencia con las fuerzas brasileras con el objeto de batirlo, a las que debe pedir o brindarle el apoyo necesario para ese exclusivo fin.

Esta arbitrariedad pudo traer muy graves consecuencias; pero éllo no fué un obstáculo para Lavalleja, el que no se detiene en ordenarla abrogándose una facultad que no posee y que no le correspondía, por que pertenecía al resorte del Gobernador Delegado, el que no había cesado en sus funciones.

Persistía Lavalleja en pretender el alejamiento de Rivera de su tierra natal, de su familia y de sus intereses; como también de todos aquellos que lo siguieron; pero ésta será una medida inútil, por que Rivera regresará, no sin antes haber sufrido las consecuencias del aislamiento a que ha sido sometido; y ese deseo manifestado abiertamente en esta oportunidad, ya había sido expresado durante los años 1826-27, como lo hemos visto al tratar ese período, y esa conducta resulta muy sospechosa, pues élla debe interpretarse como un vehemente interés en alejar de la escena nacional al único hombre que por sus virtudes, capacidad, glorias y prestigio podía obstaculizar su anhelado deseo de encumbramiento en la dirección de los asuntos públicos de la Banda Oriental; deseo muy justo, pero que en su consecución ha cometido terribles errores e injusticias, empañando sus hasta entonces límpidos blasones.

El 26 de octubre, Lavalleja entrega el mando de las tropas argentinas al general don José María Paz, y el 10 de noviembre se presenta en San José, donde se encuentra reunida la Sala de Representantes, tratando la designación de las autoridades que deberán regir los destinos del nuevo Estado. Lavalleja tiene fundadas esperanzas de ser reelecto, pero se verá desfraudado en sus aspiraciones.

oooOOooo

Rivera, como se ha dicho, permanece completamente ignorante de estos acontecimientos, por lo que sigue absorvido totalmente en la difícil tarea de la reorganización política y administrativa de la provincia de Misiones, de la que ha sido disignado Capitán General y Gobernador por el Poder Legislativo provincial; pero teniendo que dedicar sus atenciones al ejército y futuras operaciones, no ha podido prestar el juramento de práctica por lo que es sustituído por un Gobernador Interino, cuyo nombramiento recayó en don Fabián Pérez de Almeida. (Alcides Cruz. — Misiones. Comunicación del general Rivera al Gobernador Interino don Fabian Pérez de Almeida, del 28 de octubre de 1828, desde Itaquí).

El 6 de noviembre, sin dar por terminada aún la instrucción del personal de los regimientos de Dragones y Lanceros, Cuerpo de Tiradores, Escuadrón Escolta, Guías, Batallón de In-

fantería y Escuadrón de Artillería, unidades que con las milicias regionales constituían su ejército, abandona definitivamente Itaquí, lugar en el que últimamente ha concentrado las fuerzas, para trasladarse a Itú, donde el día 10 lo alcanza el general don Hilarión de la Quintana, enviado por Dorrego para anunciarle oficialmente el advenimiento de la paz y su ratificación por los gobiernos interesados; ordenándosele además la evacuación de Misiones, debiendo en consecuencia trasladar sus fuerzas a la margen derecha del Uruguay e instalarse en el pueblo de La Cruz, donde deberá ser reforzado por una fuerza a órdenes del general don José María Paz, para de allí dirigirse al Paraguay con el fin de someter a la autoridad argentina, al Gobernador don Gaspar de Francia.

Refiere Pueyrredón en sus memorias, que esas dispociciones, sobre todo la referente al abandono de Misiones, disgustaron profundamente a Rivera, el que pretendió rebelarse y resistir por la fuerza la entrega de ese territorio; intención que abandona al no encontrar apoyo en sus oficiales, elevando una protesta al Gobierno Oriental en la que expresaba su criterio sobre el derecho del nuevo Estado al dominio de ese territorio, de cuyos habitantes, únicos que debieron resolver ese problema, adjunta un manifiesto bien expresivo y elocuente. (I. de María. Compendio).

En lo referente a repasar el Uruguay, dice Antonio Diaz, que el general Rivera expresó al general de la Quintana:

" Que habiéndose segregado su país natal de la Repúbli-
" ca Argentina, pensaba dirigirse a él con las fuerzas que obe-
" decían a sus órdenes".

Y desde Itú, envía la siguiente comunicación al Gobierno de su patria:

" Exmo. Señor:

" El Ejército del Norte, formado en un ángulo de la Pro-
" vincia Oriental por la voluntaria reunión de una parte de sus
" hijos, y conducido por uno de sus más distinguidos soldados,
" logró tremolar en éllas el pabellón de la República Argentina
" y poner al enemigo en la necesidad de multiplicar o dividir
" sus ejércitos, ya debilitados por los sucesos de Rincón, Saran-
" dí e Ituzaingo, para impedir que, invadido lo más precioso del
" continente limítrofe, las armas de la patria se estendiesen
" triunfantes sobre las provincias de San Pablo, tal vez de Mi-
" nas y probablemente de Santa Catalina.

" En semejante estado, el Gobierno de la República Ar-
" gentina envió plenipotenciarios al Janeiro y ajustó prelimi-
" nares de una paz que restituye las Misiones al Imperio del
" Brasil, pero que desliga la provincia Oriental de la Federación
" Argentina; le asegura su independencia absoluta y le hace pi-
" sar el primer escalon de sus altos destinos.

" La soberanía de la Provincia Oriental! Esta es una de

" las bases del tratado, y este es el único objeto de la invasión de " las Misiones, en su origen, y la del continente, cuando se con- " cibió de que no era difícil.

" La guerra pues, ha cesado para el Ejército del Norte, " que ejecutó lo primero, y se halla encargado de lo segundo, " y sus jefes, sus oficiales y tropa, enajenados con la perspec- " tiva del nuevo Estado a que pertenecen, a nada más aspiran " que a la dicha de saber su patria, libre de enemigos, y puesta " en el goce de la soberanía, puede ya restituírles sus padres, " sus esposos e hijos para volar hacia éllos mostrándoles sus heridas, llorar con éllos de gozo y poner sus espadas a los pies " de la patria, para que dispongan de éllas como a un tributo " que a élla solo pertenece, desde que élla solo es arbitra del " destino de sus hijos.

" Los orientales del Ejército del Norte llevan en esta de- " nominación el primer título por donde se han distinguido del " resto de las Provincias Unidas, pero ahora tienen otro que le " separan de aquellas y les restituyé en la precisa alternativa " de reconocer la soberanía de la patria, o seguir las banderas " de una potencia limítrofe.

" La elección, en tales circunstancias, no podía ser du- " dosa. Ello ha ocurrido y harán cuantos sacrificios les fueran " pedidos todavía, para que la República Argentina haga efec- " tiva la restitución del territorio que ocupa actualmente; y si " de esto fuera preciso una prueba, seanlos desde ahora los do- " cumentos adjuntos, donde verá V. E. que ni los compromisos " del Ejército del Norte para con los habitantes de Misiones, ni ''sus votos, ni las ventajas de una conquista tan justa como " interesante al nuevo Estado Oriental, han podido retardar la " publicación de las órdenes del Gobierno General de la República, " y las medidas consiguientes para su ejecución en todo lo com- " patible con la fidelidad del ejército al nuevo Gobierno de su " país nativo.

" El ejército además, ha creido poner además a las ór- " denes de la República Argentina toda la tropa y municiones " no consumidas que recibió de aquella autoridad durante la " guerra; y lo que en este punto élla disponga será igualmente " cumplido al primer aviso, si el Estado Oriental no creyese " oportuno su adquisición por un ajuste con la República.

" Exponer esto mismo, ampliarlo y dar a V. E. detalles " sobre todos los objetos que lo demanden, es el primer asunto " de la misión con que ha sido investido por mi, su Mayor Ge- " neral, el benemérito coronel don Manuel Escalada, y por su " conducto V. E. recibirá los mejores testimonios del puro ho- " menaje que tributan a la soberanía de su patria los conquis- " tadores de las Misiones Orientales.

" Tengo el honor de saludar a V. E. con lo más profundo " de mi respecto.

" Fructuoso Rivera.

" Exmo. Gobierno Provisorio del Estado Oriental". (I. de María. Compendio. Comunicación del general Rivera al Gobierno Provisorio del Estado Oriental, del 18 de noviembre de 1828).

Pocos días después el coronel Escalada llega a Canelones, asiento del Gobierno Provisorio, presentando al general Rondeau, electo por la Sala de Representantes para presidir los destinos del nuevo Estado, las comunicaciones de Rivera, a las que adjunta la protesta y resolución del pueblo misionero, el que voluntariamente abandona las tierras y villas en que vivieron sus mayores, para trasladarse al territorio de la nueva República.

En el documento que hemos visto, deja el caudillo plenamente estipulado, que el ejército a sus órdenes, compuesto casi exclusivamente de orientales, no duda en elegir su futuro destino, poniendo sus gloriosas armas al servicio del Gobierno de la tierra que los viera nacer.

La guerra ha terminado para el Ejército del Norte, dice el general Rivera, pero también se cree obligado a declarar que abandonaba un territorio que pertenecía a la Banda Oriental, no sólo por los derechos de herencia y reconquista, sino que también por el deseo expresado en forma unánime por los habitantes de esas regiones, los que no quisieron pertenecer a un Imperio que los ha humillado, esclavizado, saqueado y quemado sus pueblos en el proceso de más de veinte años. Por estas razones y por resultar el Estado Oriental el legítimo heredero de la corona de España para la posesión y dominio de esas tierras, reclama del Gobierno de Buenos Aires la reivindicación de ese derecho, por que la Argentina es la indicada para resolver ese problema.

oooOOooo

Dispuesto Rivera a abandonar Misiones, debe hacerlo en el perentorio plazo de pocos días, ya que el 4 de diciembre ese territorio debe estar desocupado, según las instrucciones que recibiera del general de la Quintana, disposiciones que se le trasmitieron recién el día 10 de noviembre en Itú.

La absurda idea de Dorrego de incursionar al Paraguay para poner en obediencia al doctor Francia, en ningún momento fué tenida en cuenta por el caudillo, el que fué y siguió siendo un soldado de la libertad. No pondrá jamás su gloriosa espada al servicio de la violencia con el fin de someter a un pueblo, el que dueño de sus destinos, sostiene sus derechos, por que además y como el doctor Francia que gobierna tiránica y despóticamente en su tierra, existían muchos gobernantes en las provincias argentinas, y considera que ese es un problema

que atañe única y directamente al pueblo paraguayo y no a ninguna otra persona, por lo que nunca tuvo en cuenta esa insólita proposición de Dorrego.

oooOOooo

Antes de iniciar la evacuación pone en libertad a los pocos prisioneros de guerra que por su importancia ha mantenido en custodia, y licencia las milicias regionales.

Como medida previa, debe Rivera recojer las fuerzas destacadas como elementos de seguridad lejana, lo que realiza adelantándose personalmente, con el fin también, de despedirse de los prominentes hacendados de la extensa región, que desde un principio se manifestaron abierta y decididamente sus partidarios y colaboradores; por que el caudillo les debía una explicación sobre los motivos y razones que lo obligan a replegarse al Sur del Ibicuy, lo que está resuelto a cumplir. Este correcto proceder fué norma corriente de su conducta; no abandona a esos hombres sin antes prevenirlos debidamente de su actitud y de las consecuencias que podrán sufrir por su adhesión a la causa de la libertad, de la República y al caudillo.

Ha escrito Pueyrredon que:

" Muy luego el ejército se puso en movimiento fraccio-
" nándose en dos cuerpos o divisiones, una de las cuales a las ór-
" denes del coronel de Dragones don Bernabé Rivera marchó ha-
" cia la costa del Ibicuy, donde debía operarse la reunión ge-
" neral. Esta división se componía de las tres armas. La otra
" a las órdenes del mismo General en Jefe se dirigió al interior
" en la dirección o rumbo del río Pardo. Sólo llegó hasta la aldea
" de la Picada de San Vicente; donde el Gobierno Imperial tenía
" grandes propiedades y estancias con numerosos ganados".

En el tránsito visita Rivera a varios establecimientos ganaderos donde fué hospedado y agasajado afectuosamente por los caballerescos dueños y es en esas circunstancias que se le apersonaron a Rivera el Comisario de Guerra Imperial, Abreu y el capitán Azambuya, quienes vienen como delegados del valiente y prestigioso coronel don Benito Manuel Riveiro, a solicitarle en nombre de éste, el auxilio de su fuerza para erigir en República la provincia de Río Grande del Sur.

Rivera delega al doctor Obes y al capitán Pueyrredón para que trasladándose al Arroyo Zasquen, lugar donde estaciona Bentos Manuel con su brigada de caballería integrada por los regimientos Nº 40 y 42, traten ese interesante asunto. Pero después de cuatro días de conferencia y no llegando a un acuerdo satisfactorio, regresan definitivamente los delegados de Rivera; con lo que queda ampliamente demostrada la inteligencia del caudillo con los jefes enemigos, inteligencia que expuso a Dorrego en su nota del 2 de agosto por intermedio de Hortiguera y Aguirre, y que Lavalleja calificó después en su infrome de **"plan nocivo e inverificable"**.

Rivera llega a San Vicente, y desde allí procede a recoger sus elementos avanzados, requisando además los ganados pertenecientes al gobierno Imperial y haciendo arrear los de las familias que voluntariamente lo acompañan, cuyo traslado hasta el Ibicuy proteje.

Expresa Pueyrredón:

"Que los habitantes se enorgullecían en obsequiarlo, du-
" rante ese breve recorrido."

La fuerza que reunía el coronel Mena Barreto en la línea del Río Pardo por orden del dinámico visconde de Castro, fué reforzada en setiembre con el regimiento de caballería Nº 24, apresuradamente reorganizado con nuevos contingentes, bajo el comando del coronel Oliverio José Ortiz, designado comandante de la frontera de Misiones.

La posición de las fuerzas imperiales que se encontraban en observación de Rivera era la siguiente, al promediar el mes de octubre: el coronel Ortiz con el regimiento de caballería Nº 24, en la Picada de San Martín; Bonifacio Isas (Calderón), con tres compañías en el Paso de San Lucas; Bentos Manuel con su brigada de caballería en el Arroyo Zasquen; Mena Barreto en el Río Pardo; mientras Lecor profundamente preocupado se había establecido desde el 1º de agosto en el Piratiní, concentrando toda su atención sobre las fuerzas del general Rivera.

Lecor ordena al coronel Ortiz adelantarse desde la Picada de San Martín al pueblo de San Miguel, para desde allí ponerse en comunicación con los demás pueblos de Misiones, a cuyos habitantes ofrece perdón y olvido por su adhesión al caudillo. Además desde ese punto mantendrá abiertas las comunicaciones entre el ejército y las fuerzas del Río Pardo como destacamento de enlace. Para el cumplimiento de esta misión Ortiz es reforzado por el batalón Nº 4 de cazadores, una de las más brillantes unidades veteranas del Ejército Imperial.

El general brasilero, en vista de que Rivera no se retira de Misiones con el apresuramiento que él desea, resuelve intimidarlo con fuertes efectivos que acumula al efecto; disponiendo que el mariscal Sebastián Barreto Pereira Pinto, con una fuerza compuesta por los mejores elementos de la caballería imperial, ocupe Alegrete, que Felipe Caballero ha evacuado poco antes.

El 15 de noviembre el jefe oriental ocupa aún San Francisco de Asís con avanzadas sobre el Río Yaguary y Santa Tecla, punto este último alcanzado recientemente por el coronel Ortiz con el batallón 4º de cazadores y el regimiento de caballería Nº 24, mientras Mena Barreto constantemente reforzado ha ocupado Santa Victoria.

Lecor no se desprende de muchas unidades, en el deseo

de mantener siempre un núcleo importante a su inmediata disposición. Está receloso y es precavido; por lo que procede en el mando y distribución de sus fuerzas con extremada cautela, por que conoce a Rivera y sabe de lo que éste es capaz a pesar de su inferioridad numérica. Desconfía de la actitud del caudillo y sospecha un juego que entiende puede resultar peligroso; por que Lecor debe saber que en Río Grande no pisa terreno muy firme y de allí la explicación de tanto recato en el manejo de su fuerza. Indudablemente Lecor está preocupado, y es por eso que desde Santa Catalina, ciudad extremadamente alejada, refuerza al mariscal Barreto con una dotación de artillería y desde Puerto Alegre con el batallón de infantería Nº 28, de alemanes y escoseses. Este batallón ya había dado mucho que hacer en Río de Janeiro, donde se había sublevado, conjuntamente con otras unidades. Esta unidad se incorpora a las fuerzas del coronel Mena Barreto en Santa María de la Boca del Monte, donde reeditan sus actos de insubordinación después de haber jalonado su itinerario de marcha con idénticos atentados; y es claro que esta conducta, resiente el ánimo de los pobladores, y especialmente del comando brasilero al que le crea una gran contrariedad al no poder contar con esa fuerza y en la que debe descuidar o entretener para su vigilancia.

Con el fin de controlar de cerca a Rivera, Lecor ordena a Barreto el 26 de noviembre, que con cualquier pretexto abra correspondencia con el caudillo y en el caso de que éste no evacúe Misiones el 4 de diciembre como debe hacerlo, lo ataque, disponiendo para que esto último sea realizable con probabilidades de éxito, la reunión para el 30 de noviembre de las fuerzas de los coroneles Ortiz, Mena Barreto y Bentos Manuel en Alegrete, sobre la margen derecha del Ibicuy. Las fuerzas brasileras así reunidas ascienden a 3.800 hombres de las tres armas.

A Rivera se le exige que abandone Misiones repasando el Uruguay o que se dirija al Sur del Arapey; pero éste se repliega lentamente sobre el Ibicuy, debido a que tiene que proteger las numerosas familias que con sus intereses domésticos y numerosos ganados se dirigen al punto en que el coronel Bernabé Rivera permanece estacionado con el resto de las fuerzas.

Se arrean también las haciendas que pertenecieron al Gobierno brasileño por considerarlas buena presa, las que no se habían retirado con anticipación por el hecho de haber tenido sus fuerzas distraídas en las graves preocupaciones de la guerra y en la seguridad de que el territorio por él ocupado no pertenecería más al Imperio del Brasil.

Con el fin de recuperar esas haciendas, el coronel Ortiz escribe al general Rivera el 25 de noviembre, previniéndole además de la aproximación de la fecha en que debe estar evacuado el territorio de Misiones. (Alcides Cruz. Misiones. Carta

del coronel Oliverio José Ortiz al general Rivera, del 28 de noviembre de 1828).

Relata Pueyrredón la marcha de las reducciones hacia el Sur del Ibicuy en la siguiente forma:

" Cada reducción o tribu marchaba como en proceción, " presidida de los ancianos que llevaban los santos principales. " El pueblo conducía multitud de santitos. A la cabeza de aque- " lla iba la música. Cada tribu tenía la suya, compuesta de vio- " lines. Los músicos son también los cantores.

" Las dos divisiones se unieron en la costa del Ibicuy.

"Allí había 28 carretas cargadas traidas por el capitán " Magariños.

Llevaban objetos de culto y hasta las campanas; se de- " cía que contenían mucha riqueza. No lo creo.

" Luego que llegamos al Ibicuy: empezó a efectuarse el " pasaje con mucho trabajo por que el río es muy ancho y se " hallaba crecido".

Es en esas circunstancia que Rivera es informado de que el Ejército Imperial, a órdenes de Barreto ha alcanzado la Capilla de Alegrete; y la presencia tan cercana de esa fuerza, cuya misión conoce, lo coloca en una difícil situación, entretenido como se encontraba en la condución del numeroso convoy, familias y ganado que quiere trasladar al Sur de Río.

Rivera conoce desde mucho tiempo atrás al mariscal Barreto y sabe de su gran capacidad profesional y legendario valor, y al margen de la guerra y de las operaciones militares han cultivado una cordial amistad; y sabe además que Barreto no comprometerá sus fuerzas en una batalla de resultados dudosos, sin antes agotar todos los recursos indispensables para evitarla.

Barreto por su parte conoce igualmente a Rivera y también sabe de los infinitos medios que éste puede desplegar venjosamente, y ésta es la razón por que no lo ha hostilizado y atacado sin dilación de acuerdo a las terminantes órdenes que al respecto se le habían dado, adelantando solamente descubiertas que observan al Ejército del Norte.

Ante tan crítica situación, Rivera ordena al capitán Pueyrredón que se dirija a presencia de Barreto con el fin de entretenerlo, mientras él continúa el pasaje del Ibicuy, y al respecto dice en sus memorias el capitán antes citado:

" Mis instrucciones estaban reducidas a hacer reclamos " sobre esa reunión de fuerzas; formular alegatos y suscitar cuestiones de todo género".

Cuatro días permanece el delegado de Rivera en campo brasileño y al regreso encuentra que éste no ha podido efectuar totalmente el pasaje del Ibicuy, por el inmenso trafago que arrastra, demandando todavía cuatro días más.

Barreto, no bien se ha retirado el capitán Pueyrredón,

mueve inmediatamente sus fuerzas hacia el Arroyo Toro-Paso, afluente del Ibicuy, sobre un flanco de las fuerzas de Rivera, el que ante esta nueva incidencia suspende la operación de pasaje para tomar disposiciones de combate, y al respecto dice Puyrredón:

"Estabamos a una legua de distancia uno de otro, en " actitud hostil. Nuestra línea se formó en una altura para espe- " rar el ataque, pero el brasilero no se movía. Las avanzadas " se tocaban; en una de éllas se cambiaron algunos tiros y se " tomaron dos prisioneros".

Las fuerzas del Ejército del Norte estaban muy disminuídas por el licenciamiento de las milicias, pero aún así y bajo la experta dirección de Rivera, su poder era respetable; adoptando éste una actitud de espectativa ante la presencia de Barreto, el que parece ha dejado en Alegrete su infantería y artillería.

En esa situación no se podía permanecer por mucho tiempo y antes de romper las hostilidades, resuelve nuevamente Rivera delegar a Pueyrredón para que ante el jefe brasilero:

"Hablase alto y fuerte; de no economizar amenazas".

Pueyrredón además, debía apreciar la verdadera fuerza de Barreto.

Mientras Rivera espera la vuelta de su delegado con sus fuerzas desplegadas, ha mantenido como rehenes a los oficiales brasileros Bonifacio Isas y Azambuya, los que se encontraban en su campo accidentalmente.

Dice Pueyrredón que buscando una solución al problema con el mariscal Barreto, éste le expresó:

"Por que una de las cosas que hace difícil mi posición, " es que no se con quien he de tratar, por que todo se sabe. Uds. " quienes son? Cual es su Gobierno? Los señores son una horda " de hombres errantes; Frutos ha desobedecido al Gobierno de " Buenos Aires: el de la Banda Oriental no lo quiere recibir: " nosotros tenemos orden de perseguirlo, luego pues a quien " obedecen? De quien dependen?".

No tenía razón el jefe imperial, por que Rivera no había desobedecido al Gobierno de Buenos Aires, el que si bien le ordenó repasar el Uruguay para instalarse en La Cruz, disposición que el caudillo no cumplió; ésto no significaba una desobediencia, desde que era un general oriental que con un puñado de orientales se había apoderado de Misiones contra la opinión de ese mismo Gobierno que luego no supo y fué incapaz de explotar militarmente tan favorable situación; como también se olvida de sacar partido de ese hecho al enviar sus plenipotenciarios a Río de Janeiro, desdeñando o siendo indiferente a su indiscutible derecho a la legítima posesión de ese territorio. Además Rivera dijo al general de la Quintana, representante de Dorrego que:

"Habiéndose segregado su país natal de la República Ar" gentina, pensaba dirigirse a él con las fuerzas que obedecían " sus órdenes"

Su desvinculación con la Argentina estaba perfectamente establecida, y en consecuencia no podía desobedecer a ese Gobierno, Como lo expresara Barreto; y con respecto a su dependencia del Gobierno Oriental, ya había enviado al coronel Escalada para que pusiese su ejército a las órdenes del Gobierno Privisorio, y en consecuencia dependía de hecho de esta última autoridad; y si aún no estaba este punto debidamente aclarado, éllo se debía a que la distancia conspiraba contra el rápido y necesario trámite.

Peró Barreto procedía honesta y lealmente al decir que Rivera no dependía de ninguna autoridad, por que así se lo habrían hecho saber Juan Antonio o quizás Manuel Lavalleja, el que poseía arbitrarias instrucciones para no permitir el regreso de Rivera a su patria, al que debe batir auxiliado o auxiliando a las fuerzas brasileras.

Pero felizmente, Barreto, que sabe, por que como el dijera "todo se sabe", de la rivalidad de los jefes orientales, rivalidad nacida del obsecado espíritu de Lavalleja, resuelve llegar a un acuerdo con Rivera, evitando con esa plausible actitud el derramamiento injusto de sangre americana.

Esa misma noche del 25 de diciembre, se firma entre ambos generales la Convención de Irene-Amba.

Barreto ha dado al capitán Pueyrredón una afectuosa y cordial acojida y con espíritu amplio, accede a llegar a un acuerdo con el general oriental, delegando al efecto para la tramitación correspondiente al coronel Rodríguez Barboza, él que negocia con el coronel don Eduardo Trolé, representante del caudillo.

La principal objeción que hacía Barreto, era de que Rivera debía retirarse al Sur del Arapey, límite señalado para la provincia Cisplatina entre el Cabildo de Montevideo y la provincia de San Pedro de Río Grande del Sur; mientras Rivera por su parte invocaba el acuerdo de límites establecido entre España y Portugal en 1801, sosteniendo con perfecta razón que el límite Norte del nuevo Estado debía alcanzar al Ibicuy.

Llegóse por fin a un acuerdo entre los delegados, por el que las fuerzas orientales se retirarían al Sur del Río Cuarein y las brasileras se instalarían al Norte de dicho curso de agua.

Esta Convención es conocida con el nombre de Irere-Amba, nombre del arroyo donde se ajustó.

Pueyrredón que escribe sus memorias a los muchos años de esos sucesos, la llama Ibebeambe; Alcides Cruz dice, Ibebearne; Andrés Lamas en cambio lo deforma, expresando que es Trebe-Azuba; y el barón de Río Branco, Irebe-Azuba. Pero fue-

re como fuere el verdadero nombre del arroyo, ese nombre está consignado en el documento como Irere-Amba y así debe llamársela.

Esa convención es como sigue:

" Los abajo firmados, Sebastián Barreto Pereira Pinto, " mariscal de campo, comandante de la caballería del Ejército " Imperial del Sur, y el señor coronel don Eduardo Trolé, Inge- " niero en Jefe y comandante general de artillería del Ejército " Argentino del Norte, completamente autorizado por el Exmo. " señor don Fructuoso Rivera, General en Jefe del mismo ejér- " cito deseando cortar las dificultades que se presenten y que " podrían dar lugar a males irreparables sino ocurriesen ambas " partes a los gobiernos interesados respectivos, y solos com- " petentes para decidir sobre cuestiones relativas a la evacua- " ción del territorio entre el Ibicuy y el Arapey por el Ejército " del Norte, lleva de ganados y familias que le siguen; han acor " dado lo siguiente:

" Art. 1º) El ejército republicano del Norte al mando " del Exmo. señor general don Fructuoso Rivera, continuará sus " marchas hacia el Cuarein, llevando consigo el ganado que tie- " ne y las familias indígenas que lo acompañan; comprome- " tiéndose el general de las fuerzas imperiales a no poner em- " barazo alguno en su marcha ni en la de los demás individuos " que lo siguen así como en el tránsito de los animales que lle- " va; menos intentar ninguna vía de hecho en contra de él.

" Art. 2º) Dicho ejército se situará sobre la margen del " Cuarein en el lugar que eligiera el Exmo. señor General en " Jefe don Fructuoso Rivera, entre el Cuarein y el Arapey, sien- " do el primero la línea divisoria provisional entre ambas " fuerzas con las familias y animales ya mencionadas hasta la " resolución de los gobiernos interesados en las cuestiones pen- " dientes.

" Art. 3º) La fuerza imperial podrá situarse sobre la " margen derecha del mismo Cuarein línea divisoria provisional " entre ambas fuerzas, debiendo distar siempre sus avanzadas " en la más próxima de diez leguas de las del ejército republi- " cano, hasta la resolución de los gobiernos interesados sobre " dichas cuestiones pendientes mencionadas.

" Art. 4º) Serán remitidas de ambas partes por los ge- " nerales de las fuerzas respectivas, rehenes, por garantía de la " presente Convención provisional.

Art. 5º) Dicha Convención provisional, será redactada " en castellano y portugués y firmada de puño y letra de cada " uno de los arriba expresados; En fé de lo que, la firmaron a " los 25 de Diciembre de 1828, en el campo de Irere-Amba.

" Sebastián Barreto Pereira Pinto.

" Firmado: Fructuoso Rivera.

"Es copia: Eduardo Trolé". (Comentario adicional de Misiones de Alcides Cruz.

Como consecuencia inmediata de esta Convención, así negociada entre los generales Barreto y Rivera, este último cruza definitivamente el Ibicuy, para continuar sus marchas lentamente hasta el Cuarein, donde, en la margen izquierda instala una parte importante de la población indígena que lo ha seguido, haciendo levantar la colonia de Bella Unión.

La Convención de Irene-Amba fué aprobada por los respectivos gobiernos, pero élla no estableció en ninguna de sus partes que el Cuarein fuese el límite de dos estados, sino simplemente la línea que demarcaba la separación en forma transitoria de dos ejércitos.

Pasado el Ibicuy, Rivera destaca como sus delegados ante el Gobierno Oriental y el de Buenos Aires a los señores doctor Lucas Obes y coronel Eduardo Trolé respectivamente, los que conducen el informe de la Convención realizada.

oooOOooo

Fué en aquellas circunstancias difíciles de la aproximación del mariscal Barreto, que Rivera se entera de los graves sucesos políticos acaecidos en Buenos Aires. Un chasque llegado desde Santa Fé, enviado por don Domingo Cullen, le anunció el estallido de una revolución en la capital porteña, por lo que el Gobernador Dorrego tuvo que salir apresuradamente de la capital perseguido por el general Lavalle, jefe del movimiento sedicioso.

Pero sigamos a Pueyrredón el que en sus memorias consigna este último informe y el que, desde la cuchilla de Aurupá, veinte leguas al Norte del Cuarein, es destacado en misión especial ante el general Rondeau.

El pasaporte entregado a Pueyrredón con el fin de facilitar su viaje decía:

"A todos mis amigos de la campaña. Ruego a todos mis
" amigos que le proporcionen al portador de ésta el mejor ca-
" llo que tenga, para el desempeño de la comisión que lleva, que
" es de la mayor importancia. Campo de Aurupá, etc.

"Fructuoso Rivera".

(Memorias del capitán Manuel Pueyrredón).

El mismo día llega Pueyrredón a Belén, donde alcanza al doctor Obes y coronel Trolé, los que lo enteran del fusilamiento del coronel Dorrego, novedad que se apresura en llevar a conocimiento de su jefe, y al respecto nos dice:

"He sabido después que la impresión que le causó mi
" carta, fué tal, que estubo dos días encerrado; que había llora-
" do apesar de no ser amigo de Dorrego".

No, Rivera apreciaba y quería a Dorrego, al que le demostró su afecto antes y durante su gestión gubernativa. Ri-

vera quería al desdichado Dorrego, el que comprendió muy bien al caudillo, como también comprendió a los enemigos de éste; pero graves cuestiones de estado existían de por medio, y entre éstas y Rivera, optó por sacrificar al amigo; hasta que éste conquista por su inteligente esfuerzo una posición idéntica a la de Lavalleja, y es entonces recién que Dorrego reacciona en favor del caudillo, pero ya era tarde, la llegada de la paz impidió su decidida inclinación en favor de éste, que interpretaba fielmente las aspiraciones del gobernante argentino.

Rivera llora el injusto fin de su amigo y es necesario ver en ese dolor, no solo una debilidad del hombre afectado por la pérdida de un ser al que quizo verdaderamente, pues existía además algo más grande y grave que conmovió profundamente al caudillo, y fué la exacta visión de los irreparables males que ese hecho traería consigo. Vió a su patria y a su pueblo, por cuya libertad luchó como ninguno en el largo proceso de casi 18 años, debatirse y agitarse ahogado en olas de sangre; vió a su pueblo para el que ambicionase una larga y fructífera paz que le permitiese orientarse serenamente hacia un venturoso porvenir, caer en horrible caos envuelto en las llamas de la revolución y la tiranía, desgracias que ya dominaban amenazantes en la otra margen del Plata.

Rivera lo revela con ajustada presición en la carta que escribe a su grande amigo don Julián de Gregorio Espinosa, en la que le decía:

" Que tropel de ideas tristes se me han agolpado en este " momento! La idea de un Gobernador de Buenos Aires senta- " do en un patíbulo ....

....

" Mi corazón se estremece con la idea de los males futu- " ros que puede traer una medida semejante!!!

" Yo no estoy autorizado para disputar lo justo o injusto " del hecho, pero como hombre que tiene facultad de pensar y " discurrir, creo que me será lícito opinar sobre las consecuen- " cias que deben sobrevenir al país por un hecho que en la his- " toria de la América del Sur es el primero. La imaginación me " pinta una cadena de males interminables cuyo primer escalón " bañado de sangre nace de la tumba del desgraciado Dorrego..

....

" Desgraciadas provincias del Río de la Plata!

....

" Leí la carta de Dorrego y mi alma se sintió conmovida. " Mi señora tubo un día entero de lamentación. Yo le acompañé " algunos momentos para pagar el tributo a la naturaleza y no " ser indiferente a las desgracias de mis semejantes.........

....

" Te confieso que estoy atormentado con la idea de un

" porvenir muy desastrozo y tiemblo de que éste estado parti-
" cipe del contagio en unos momentos en que necesita tanto
" de buenas doctrinas y de ejemplos más saludables que los que
" tiene a la vista.

" En fin, trabajaremos para conjurar la tempestad y si te-
" nemos la dicha de ver nuestro país constituído y tranquilo, se-
" rá la mejor recompensa de los sacrificios que hemos prodigado
" en obsequio de la causa y la de todos los pueblos de la Repúbli-
" ca Argentina". (Natalio A. Vadell. Biografía del teniente coronel Ignacio Barrios. Carta del general Rivera a Julián de Gregorio Espinosa, del 3 de enero de 1829).

oooOOooo

Aquellas pocas líneas que como pasaporte entregara Rivera a Pueyrredón, dirigidas:

" A todos mis amigos de la campaña".

Fué el más valioso documento de que haya hecho uso el oficial argentino en toda su larga y accidentada carrera, y al respecto nos dice que:

" No presente la carta en parte alguna que no medieran
" el mejor caballo y muchas veces, monte los parejeros que te-
" nían en compostura y era despachado en cualquier hora de
" la noche.

" La recomendación fué tan eficaz, que en lugar de cami-
" nar volaba.

" Esto me dió la idea del prestigio del nombre de aquel
" general en la campaña".

¡En cuatro días y medio hizo el trayecto entre Misiones y Canelones!

oooOOooo

Manuel Lavalleja no pudo oponerse como su hermano le ordenase, al retorno del general Rivera; no solo por que el acuerdo o Convención de Irere-Amba impedía todo rozamiento entre las fuerzas imperiales y las del caudillo, sino que también, por que las autoridades que presidían en la Banda Oriental ya eran otras; y además, por la poderosa razón de que las fuerzas con que retorna el caudillo a la patria por la línea del Cuarein eran muy poderosas y aguerridas.

Acompañaban a Rivera sus ayudantes los tenientes coroneles Manuel Britos y José María Palomeque, los Mayores Manuel Antonio Iglesias y Juan Antonio Freire y los capitanes Gregorio Sánchez y Bernabé Magariños.

El Estado Mayor lo comandaba el coronel Evaristo Carriegos por ausencia de Manuel Escalada, figurando como adjuntos los oficiales Antonio Mendaña, Sití, Catuí, Arellé, Mairá y Sapopí; el cirujano mayor Antonio Benítez San Martín y los doctores Luis Jacinto Fontein y Pedro San Martín; el jefe del detall Juan Alberto Espinoza y el comisario José María González.

Seguía luego el Escuadrón Escolta del teniente coronel Pedro Calderón, con las compañías de los capitanes Luis Herrera y Joaquín Tabárez.

El Regimiento de Lanceros de naturales de Misiones con sus jefes teniente coronel Ignacio Barrios y mayor Justo Caraballo, con los escuadrones y compañías de los capitanes Vicente Robles, Juan Agustín Saracho, Luis Chaper, Luis Irairá, Juan de Rosa Galiano y Félix Arayé

Pasa después el glorioso Regimiento de Dragones que comandaban el coronel Bernabé Rivera y el teniente coronel Juan José Hernández con sus intrépidos oficiales Pedro Pablo Ortiz, Venancio Flores, Nicolás Cáceres, Francisco Osorio. Vicente Lápido, Cornelio Canteras, Eustaquio Dubroca, Simón Bengochea, Cesareo Montenegro, Abdon Rodríguez, Alberto Camano y José María Ibáñez; a continuación el escuadrón de Dragones de Santa Fé, que comanda accidentalmente el teniente coronel José Augusto Posolo.

El Cuerpo de Tiradores con su valeroso jefe el teniente coronel Felipe Caballero y sus capitanes Juan Seijas y José Ignacio Ayala.

Desfila el Batallón de Infantería del mayor Pedro Bazan y las compañías de los capitanes Augusto Hers y Juan C. Rodríguez; luego la artillería del teniente coronel Juan José Ferrer y en la que faltan los capitanes Martiniano Chilavert y Manuel Pueyrredón que cumplíán otras comisiones.

Por último, los Guías de alférez José María Luna.

Venían confundidos en brillantes unidades orientales y misioneros con los que el caudillo realizó la asombrosa empresa de la recuperación de Misiones.

Seguían a estas fuerzas un pueblo que abandonaba definitivamente las tierras heredadas de sus mayores, los que las poseyeron por miles de años. Las abandonan para seguir en pos de la anhelada libertad.

De villas y poblaciones del tránsito se adelantan delegaciones para homenajear al jefe amigo y saludar al Ejército del Norte.

En los primeros días de enero de 1829 llega Rivera al Arroyo de la Virgen, a su vieja y querida estancia, asentada en el camino que del Durazno conduce a Canelones y Montevideo por el Paso de Juan Chazo del Santa Lucía; y en ese punto hace alto para homenajear a los oficiales argentinos de los que se despide, por que desde allí parten inmediatamente para su patria por el puerto de Colonia. Trolé que ha llegado poco antes desde Buenos Aires, participa de esta sencilla pero emotiva ceremonia, alejándose definitivamente de un jefe al que con una profunda admiración, lo unirá un indisoluble afecto.

Rivera se adelanta a Canelones acompañado por los Dra-

gones del coronel Posolo, para presentarse al gobernante provisorio, general don José Rondeau, al que presenta una vez más fervientes votos de lealtad y acatamiento.

Pocos días después el Gobierno se traslada a La Aguada donde el gobernante designa a Rivera, Jefe del Estado Mayor por que Rivera significaba la primera autoridad militar y el comandante natural del ejército de la incipiente Nación.

Rondeau estuvo afortunado en esa designación, con lo que reparaba la enorme injusticia cometida por los celosos enemigos del caudillo. Después entra a su ciudad, la capital de la patria, a la que hace cuatro años que no viera; cuatro largos años de luchas, intrigas, persecuciones despiadadas y crueles pero también de gloriosos triunfos.

El general Rivera rindió tributo humildemente a la Virgen de la Merced y condecoró a la Catedral, prendiendo de una de sus torres una campana misionera, donde permanece, como única reliquia de una epopeya heroica, y cuando tañe, su argentina voz habla y dice de un pueblo toda su historia, desde que naciera en las selvas fundida por hombres de bronce, como élla, y que con élla siguieron el camino de la libertad, guiados por un hombre al que amaron profundamente.

oooOOooo